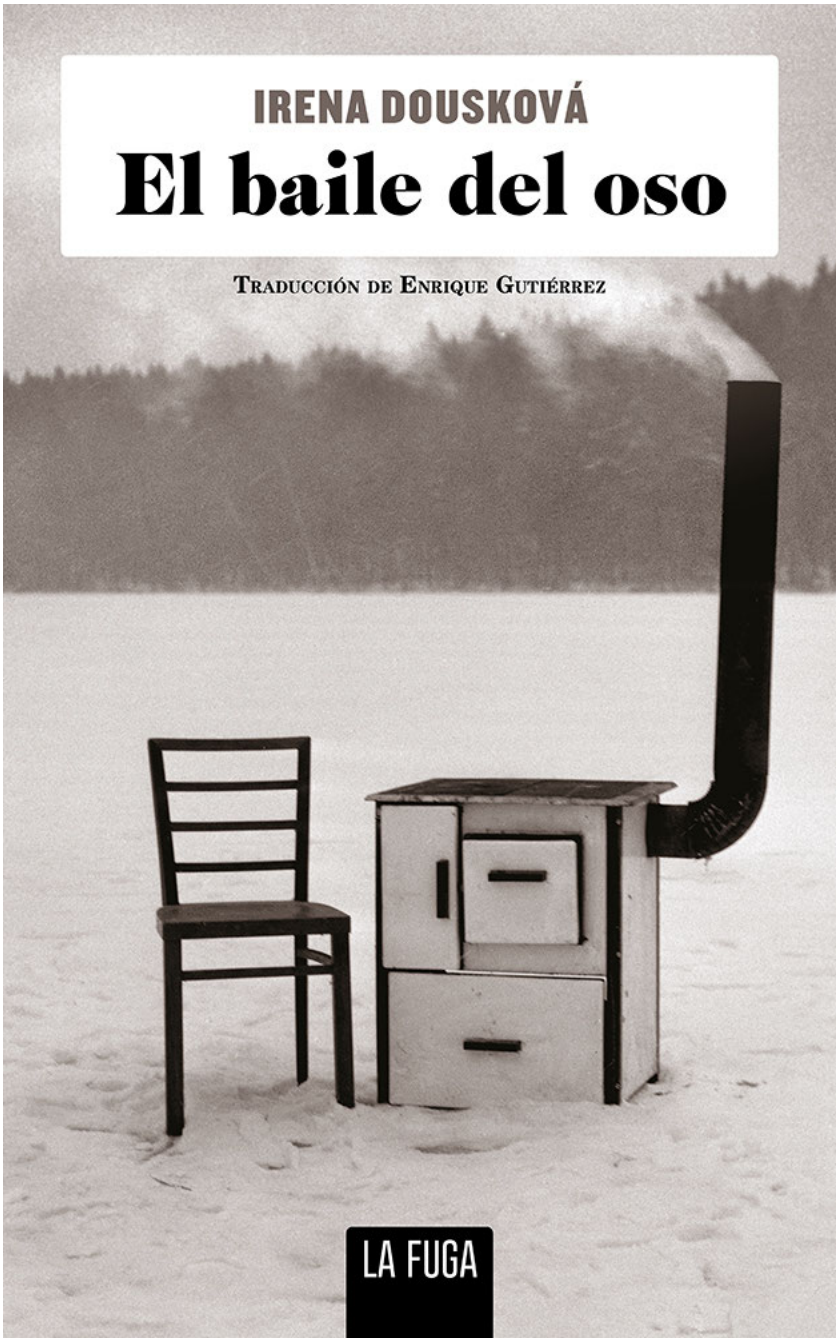
IRENA DOUSKOVÁ

El baile del oso

Traducción de Enrique Gutiérrez

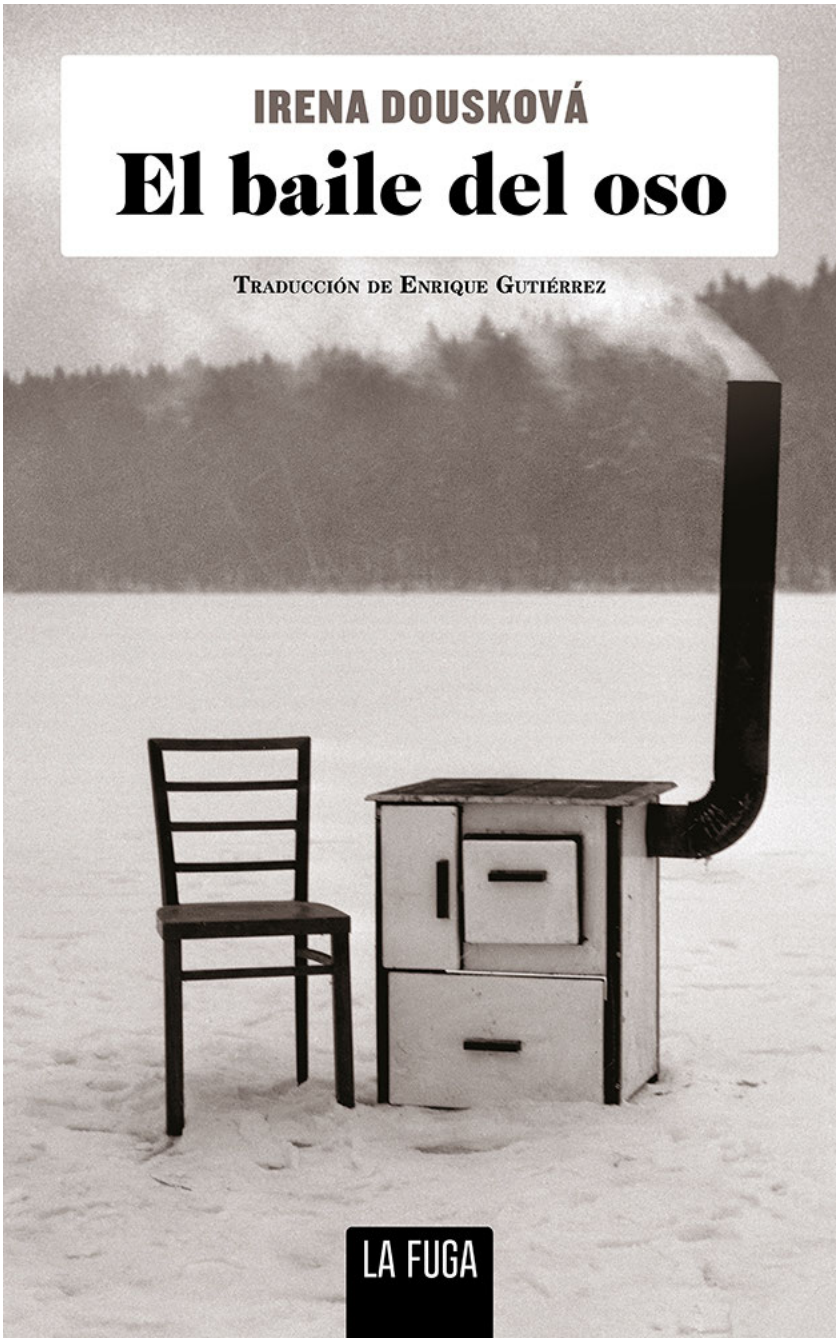


LA FUGA

IRENA DOUSKOVÁ

El baile del oso

Traducción de Enrique Gutiérrez



LA FUGA

Índice

Escalones

Créditos

Autora

Traductor

El baile del oso

Escalones,

17

LA FUGA
EDICIONES

Título original: Medvědí tanec

© Irena Dousková, 2014

Primera edición digital: mayo 2023

© de la traducción: Enrique Gutiérrez, 2023

© de la presente edición: La Fuga Ediciones, 2023

© de la imagen de cubierta: Igor Malijevský, 2023

Corrección: Olga Jornet Vegas

Revisión: Iago Arximiro Gondar Cabanelas - Leticia Clara Cosculluela Viso

Diseño gráfico: Joan Redolad

Maquetación digital: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

ISBN: 978-84-127258-0-3

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda financiada por el Ministerio de Cultura de la República Checa.

Este libro forma parte del proyecto Cien Años de Humor en la Literatura Europea que cuenta con la financiación de la UE a través del programa Europa Creativa.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados:

La fuga ediciones, S.L.

Passatge Pere Calders 9

08015 Barcelona

info@lafugaediciones.es

www.lafugaediciones.es

Irena Dousková

Příbram 1964

Irena Dousková es una novelista, periodista, poeta y dramaturga checa. Desde 2006 se gana la vida escribiendo. Ha escrito once

libros de ficción, que han sido traducidos a 18 idiomas, El baile del oso es la primera de sus obras que se traduce al castellano. Es una de las autoras más conocidas de su país: ha vendido más de 100.000 copias solo en la República Checa. Actualmente vive en Praga..

Este libro ha sido traducido por:

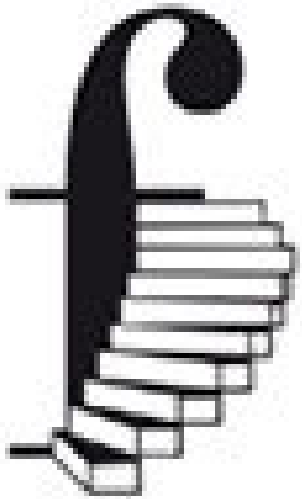
Enrique Gutiérrez Rubio

Es licenciado en Filología Eslava y Filología Alemana, además de doctor en Lingüística Checa por la Universidad Complutense de Madrid (2007). Aunque su principal actividad profesional es la académica –es profesor titular en el Departamento de Filologías Románicas de la Universidad Palacký de Olomouc (República Checa)–, ha traducido una quincena de libros del checo y el inglés, entre los que destacan las novelas gráficas Alois Nebel (Gallo Nero, 2020) y De momento, bien (Nórdica, 2020).

Irena Dousková

El baile del oso

Traducción de Enrique Gutiérrez



LA FUGA

EDICIONES

Prólogo

Otro día lloviendo sin descanso. Trombas de agua caían desde las grises nubes. Como si una enloquecida criada celestial se dedicara a verter un cubo tras otro, decidida a limpiar toda aquella suciedad de una vez por todas y devolverla a la tierra, al lugar al que pertenecía. Oscurecía pronto. Sin embargo, nada cambió con la llegada de la noche, continuó lloviendo. El viento, con un aullido, lanzaba auténticos torrentes contra la ventana de la buhardilla que las desnudas ramas del nogal golpeaban como si de las patas de un esquelético monstruo se tratara.

No era algo que lo molestara. Se durmió rápidamente. A fin de cuentas, Dios había prometido que no habría un nuevo diluvio universal. Todos esos salvajes sonidos ahí fuera reforzaban su sensación de seguridad en el interior. Le ayudaban a conciliar el sueño de un modo casi hipnótico. Soñó que subía una colina. Despacio, con dificultad. Había arrastrado la lluvia y la oscuridad a su sueño y les había añadido rayos y truenos. No sin esfuerzo, terminaba alcanzando la cima. Exhausto y empapado, con la tormenta en los talones, se detenía ante una iglesia cuya existencia ni siquiera sospechaba durante su dura ascensión. No sentía el más mínimo interés por entrar. Y no tanto porque se tratara de una iglesia, sino, más bien, a causa de su extraño aspecto. Que la iglesia era extraña era algo que sentía con meridiana claridad en su sueño, aunque no supiera exactamente por qué. Por fuera recordaba cualquier otro santuario en mitad de la naturaleza. Salvo por su inusual estado de abandono y por la oscuridad de sus muros. Debía de ser antiquísima, probablemente románica. Difícil saberlo con seguridad, no era un experto. Por su aspecto recordaba a un pequeño castillo o fortaleza. En su sueño, acercaba la mano hacia el herrumbroso picaporte, hasta el punto de que ya podía incluso tocarlo cuando, de pronto, cambiaba de opinión. Seguro que está cerrada con llave, pensaba. Sabía que no era más que una excusa. La tormenta, sin embargo, lo acababa alcanzando. Azotaba todo a su alrededor. No servía de nada resistirse. Aunque sentía que todo

sería en vano, agarraba de nuevo el picaporte y la puerta se abría.

Al principio no veía absolutamente nada. La oscuridad que lo envolvía era aún más impenetrable que en el exterior. Pasado un momento, sin embargo, comenzaba a distinguir las trémulas llamas de unas velas. Le sorprendía que estuvieran encendidas en un lugar tan apartado y abandonado como aquel. No tardaba en vislumbrar otro brillo, débil, procedente de varios rincones tenebrosos. Quizá saliera de aquellos cuadros —al estilo de los iconos ortodoxos—, cuyo significado y temática se le escapaban. El interior de la iglesia se hallaba dispuesto de un modo distinto al habitual. Recordaba a un laberinto cuya forma y estructura no era posible abarcar desde un único punto y en el que todo convergía hacia su centro. En su sueño avanzaba en pos de ese centro. Pasado un tiempo, cuya duración le resultaba completamente imposible de calcular, daba con una construcción de piedra, no muy alta y sin ventanas. Le evocaba un iconostasio, pero construido de piedra. Además, los desnudos muros carecían por completo de decoración. Aún en sueños, lo inspeccionaba detalladamente, sin prisa. No había forma de continuar. Palpaba los gruesos y ennegrecidos muros. Tan solo al tacto acababa descubriendo una puerta prácticamente indistinguible. Al abrirla, un torrente de luz lo cegaba. No podía entrar. Todo cuanto percibía era la propia luz. Si dentro se ocultaba algo, no era capaz de verlo. De hecho, ya ni siquiera le interesaba. De golpe sabía todo cuanto era necesario.

—¡Bondy! ¡Holgazán cerdo judío! ¡Sal!

—¡Abre! ¡Venga!

Tardó un momento en entender que todo había sido un sueño... Y que los gritos y sordos golpes afuera, delante de su casa, no formaban parte de él. Aún adormilado, se sentó. No paraban. No desaparecían. Alguien le dio una violenta patada a la puerta. También oyó el sonido de una piedra al chocar con el cristal de una ventana.

—¿Sabes lo que es un pogromo? ¿No? ¡Pues ahora te vas a enterar!

—¡Abre, Bondy, o no dejamos piedra sobre piedra!

¿Pogromo? ¿En Lipnice? ¿En la Checoslovaquia de 1922? No acababa de creérselo. Si bien era cierto que en Holešov... Que no, que no, imposible, aquello no tenía sentido. Y, aun así, sentía el sudor frío cayéndole a chorros por la espalda. El alboroto frente a la casa no cesaba. Al contrario, le parecía que ganaba en intensidad. Cayó en la cuenta de que en el cuarto contiguo dormía Emilka. Bueno, probablemente ya no durmiera... De pronto, la parálisis se había evaporado.

—Entonces, ¿qué? ¿Tenemos que quemarte la casa?

Tan rápido como pudo se lanzó hacia abajo por las oscuras escaleras. Desde su ventana, que daba al patio, no se veía la parte delantera del edificio. No quería encender la luz. Sin embargo, ya desde el pasillo se podía distinguir el baile de luces en el exterior.

—¿Papá? ¿Qué ocurre? ¿Papá?

—No lo sé, no lo sé... Seguro que hay alguna explicación. No tengas miedo. ¡Quédate ahí, por favor! ¡No salgas de tu cuarto!

Se precipitó hacia la puerta. Dio un traspiés y a punto estuvo de caerse. Pensó en que debería hacerse con un arma. No tenía nada a su alcance. Sin llegar a detenerse, agarró una escoba y, al instante, la tiró. Al final, abrió tal y como estaba: en calzones largos, descalzo y con las manos vacías.

—¿Qué es todo este escándalo? —gritó.

Más bien habría que decir que trató de gritar, porque lo que salió de su garganta fue un sonido ahogado y falto de cualquier dignidad. Le sorprendió que frente a la casa hubiera solo dos hombres. Sin embargo, portaban más antorchas o, al menos, eso le pareció. Quizá solo porque las estaban agitando. No podía verles la cara. No veía prácticamente nada, tan solo las luces en movimiento.

—¡Por hoy basta, cobarde bazofia!

—Tienes suerte de no haberte cagado encima. Por esta vez te vas a librar, pero la próxima será peor, ¿entiendes?

—¡Ándate con ojo, cerdo judío!

Y, de pronto, se habían marchado. Resultaba difícil de creer, pero se habían echado a correr. Cada uno por su lado. Pudo ver que, sin detenerse, tiraban al suelo las antorchas aún encendidas. Quizá de verdad solo tenían dos. Al instante se apagaron. El camino y sus veredas estaban plagados de charcos después de tres días de lluvia constante. Solo entonces cayó en la cuenta de que algunos vecinos lo observaban desde detrás de las ventanas. Uno de ellos la abrió.

—¿Bondy? ¿Todo bien?

—Sí, creo que sí. No pasa nada.

Ya iba a entrar en su casa cuando reparó en que había algo tirado junto a la puerta. Un paquete inmenso y sin forma definida. Lo tocó precavidamente con el pie. Era bastante pesado y estaba empapado. Antes de inclinarse sobre él, dudó un instante. No tenía aspecto de artefacto diabólico. Más bien parecía algo repugnante. A pesar de todo, arrastró aquella cosa al interior de la casa y cerró la puerta. Se acabó el espectáculo.

—Papá —en la escalera vio a Emma con una lámpara de petróleo en la mano.

—Te pedí que no te movieras —le dijo bruscamente.

Enseguida se sintió avergonzado. Sonrió con inseguridad.

—No tengas miedo, ya ha pasado. Todo está bien.

—¡No lo abras! Mejor no lo abras.

—No digas tonterías. Tráeme un cuchillo.

Mira por dónde, pensó, ya podía habérseme ocurrido antes lo del cuchillo. Cortó el cordel y arrancó algunos trozos de periódico mojado bajo los que apareció papel de estraza. El proceso era lento. Por mucho que se esforzaba, no podía evitar que las manos le temblaran ligeramente.

—Vete a la cama.

Emma negó con la cabeza. Estaba ahí, de pie, encima de él, con el

farol en una mano mientras con la otra se tapaba la boca. Para no gritar si dentro hubiera algo... Algo... ¡Dios no lo quisiera! ¡Con un poco de suerte no! Sobre todo, que no fuera nada vivo. Bueno, muerto... Un animal. ¡No, no, no! Sintió entre los dientes el sabor salado de la sangre. De su propia sangre.

Era un animal. Y estaba muerto. Un ganso enorme y bien cebado. Desplumado y todo.

Lo colocaron sobre la mesa de la cocina. Sin decir palabra, se sentaron como si estuvieran velando el cadáver del ganso. Emma, desconcertada, lo tocó con el dedo.

—Aquí hay algo, mira.

Del agujero sobre el obispillo asomaba el extremo de un sobre.

—Tráeme las gafas. Están junto a la cama.

—Ya lo leo yo.

—No, tráeme las gafas.

El ganso gusta al judío,

pues somos amigos, Bondy,

este bien gordo le envío,

cocínelo usted por mí.

Justo para San Martín,

organice un buen banquete.

Intentó escapar de mí,

lo envolví en un gran paquete.

Espero no se le ocurra

un mal chólent cocinar.

Raza traidora de Judas,

es lo contario a un manjar.

Discúlpele esta comedia

a Hašek y su humor de mierda.

¡Bastardo! Se va a enterar ese miserable, se prometió el exhausto dueño de la tasca y fue a servirse una copita de slivovice a ver si, con su ayuda, podía volver a conciliar el sueño

El muchacho se puso de puntillas y echó un vistazo a la taberna a través de la ventana. No pudo ver gran cosa, aún no habían encendido las luces. Además, tenía que andarse con ojo para que no se le cayera nada. En una mano llevaba el mensaje de Bondy, en la otra apretaba con fuerza la moneda de cinco céntimos, también de Bondy. Por el mandado. No quería meterse ninguno de los dos en el bolsillo, tenía un agujero. Pequeño, cierto, o eso le había parecido al tantear con los dedos, pero no estaba dispuesto a arriesgar lo más mínimo. Al volver a apoyarse sobre los talones, resbaló y cayó con todo el peso de su cuerpo sobre el fango acumulado bajo la ventana. Tras tres días de lluvia ininterrumpida, la víspera el aguacero se había convertido en nieve y ahora el conjunto formaba un fango repugnante sobre el que el muchacho chapoteaba y que se le colaba en las botas. Estaban destrozadas, pero no tenía otras ni las tendría en un futuro cercano.

Entró en el local. Era poco después del mediodía y estaba vacío. Ni siquiera vio a Lexa Invald, el dueño. El señor Hašek sí estaba allí, en una mesa, al fondo, cerca de la cocina. En el sitio en el que siempre se sentaba. Lo saludó. Pero nada. No lo había escuchado y, sin embargo, tenía la sensación de que lo estaba observando. Desde luego, estaba mirando en su dirección. Mejor esperar a ver qué pasaba. No quería molestarlo ni nada parecido. Especialmente cuando le habían pagado por el mandado. Sin embargo, como seguía sin ocurrir nada, decidió acercarse un poco. Observó cómo fumaba y se le pasó por la cabeza que tenía un brazo extraño. En realidad, los dos. Eran como los de un bebé regordete. Bueno, quizá como los del hijo del alcalde. Desde luego, no como los de su hermano. Pepíček tenía los bracitos delgados como un par de ramitas, desde el principio hasta el fin, hasta el mismo día de su muerte. Claro, que se murió muy pronto, no tenía aún ni seis meses. Sería mejor repetirlo de nuevo. Buenos días. Por fin se movió.

—Buenas.

Sí que está gordo, terriblemente gordo, pensó. No era capaz de entregarle el recado. Debe haberme embrujao, como dice la abuela. Embrujao por el bolchevique.

—¿Has venido a por cerveza?

—No, no tengo jarra.

—Y si tuvieras, ¿habrías venido a por cerveza?

Era justo lo que se temía. Y, sin embargo, no supo qué contestarle. ¿Por qué lo torturaba así? Gordo seboso. ¡Bebé gigante! Bebé gigante de mierda.

—No, tampoco. Vengo a...

—¿Y a por qué habrías venido entonces? ¿Con una jarra, digo?

Se estaba pasando de la raya. Le habría gustado salir corriendo. Claro que antes tiraría el recado al suelo y escupiría sobre él. Pero entonces, ¿qué pasaría con la moneda de cinco céntimos? Tendría que devolverla y eso sería...

—Eh, Tonda... ¿Qué te trae por aquí?

—Le traigo un mensaje al señor Hašek.

—¿Y por qué no se lo das?

—Justo iba a dárselo, señor Invald...

Por fin, se acercó y posó el maldito recado sobre la mesa ya de por sí repleta de papeles.

—Aquí tiene.

Y ya estaba yéndose. Aunque dio dos pasos hacia atrás antes de lograr volverse hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Así que eres Tonda?

—Sí, soy Tonda. Pero ya tengo que irme, por favor.

—Como mi abuelo. También se llamaba Tonda. Tonda de Krč. Estaba pensando que a lo mejor querías algo de comer, Tonda.

Dudó. Por primera vez se atrevió a mirar directamente a los ojos

entornados de Hašek.

—Pero vaya, que si tienes que irte, pues vete. No hay mucho que yo pueda hacer al respecto.

Lo mato. ¡Lo mato! Avanzaba a saltos por el repugnante fango que salía disparado en todas direcciones.

—¡La próxima vez será!

Se le cayó la moneda. Tardó un buen rato en encontrarla.

Apenas la había mirado. Pero una cosa le había quedado bien clara. También ella estaba bastante gorda. Y fumaba. Una bolchevique. Igual que él.

A través de la ventana entraban algunos rayos del sol vespertino. Sobre la mesa creaban un circulito de mayor claridad. Una mosca atontada curioseaba con un irritado zumbido en una gotita de cerveza. Hašek fue a darle un buen manotazo, pero cayó en la cuenta de que estaban en noviembre. Tenía los días contados. Leyó la nota.

HAŠEK, VENGA EL VIERNES.

HABRÁ TRUCHA.

UN ATENTO SALUDO.

VÍTĚZSLAV BONDY.

—¿Qué te escriben?

—Que me han concedido el premio Nobel. Por Švejk.

—Faltaría más —se rio el tabernero—, ¿qué podría ser si no? En ese caso, te tomarás otra, ¿no?

—Claro que sí. Y también un café con ron. Hay que celebrarlo.

—¿Celebrarlo? ¿Y qué dices que hay que celebrar?* —Šura se quitó el abrigo de pieles.

—¿Ya me dirás qué te vas a poner en enero?

—En enero... Pálido el culo y el cuerpo entero —apuntó Invald.

—Bondy nos invita a cenar. Mañana. Pescado relleno al estilo judío: Gefilte Fisch. Así ahorramos.

—Mañana viene Ašulinka. Va a hacer tortitas. Ya hemos quedado.

—No me vengas con tortitas. Bondy me ha invitado a pescado y es pescado, y no otra cosa, lo que voy a cenar.

—Como quieras, Jaroslávčik. Si prefieres irte con el judío ese... —desapareció por las escaleras hacia arriba.

—Chusma —suspiró Hašek y le pegó un manotazo a la mosca.

Fue un golpe un poco a la buena de Dios. Pero acertó. La mosca estaba medio borracha y no había podido reaccionar a tiempo. Invald continuó sacándoles brillo a las jarras en silencio. Y, aunque conocía a Hašek ya lo suficientemente bien como para saber cuándo hablaba en serio y cuándo no, esta vez no estaba tan seguro.

---

* En el texto original, Šura se expresa tanto en checo como en ruso, lengua que también usa Hašek, en algunas ocasiones, al dirigirse a ella. Para facilitar la comprensión al lector, en esta edición todo el texto en ruso ha sido traducido al español y marcado en cursiva. (N. d. T.)

—Me alegro de verlo —le dio la bienvenida Bondy.

Hašek vislumbró una leve muestra de regocijo en sus ojos grises.

—Igualmente. Me agrada que no se lo tomara a mal.

—En absoluto, un regalo así... Pase, pase.

Observó la cocina. Acogedora, cargada de aromas.

—Emička está en su cuarto —lo informó.

—Con todo el respeto, sobreviviré. Tengo la casa hasta arriba de mujeres. Bueno, en realidad, Invald, el pobre... ¿Y quién se encarga del negocio?

—¿Hoy? Nadie, está cerrado. Sabbat. Venga, siéntese.

—Ah, claro, seré imbécil. Me había olvidado.

—Nada —se rio—, ojalá hubiera más como usted, de los que se olvidan. No me importaría lo más mínimo. ¿Se toma una copita de vino conmigo?

Hašek asintió distraídamente con la cabeza. Aparentemente lo que más llamaba su atención en ese momento eran dos candelabros de plata sobre los que, lentamente, se consumían las velas del sabbat.

—Yo, sí, pero no me diga que usted también. Que va a beber hoy. ¿O es que acaso hay algo que celebrar?

—No, no que yo sepa. Sabbat aparte, claro, que no deja de ser la mayor festividad. Pero me voy a tomar una. O dos. Por educación.

—Yo no he comido mucho hoy. También por educación. Y para poder disfrutarlo aún más.

—Ha hecho bien.

El bodeguero colocó dos copitas de vino tinto sobre la mesa. Se

sentó junto al invitado.

—¡Salud!

—Puede decir tranquilamente: ¡Lejaim! Ahí ya se incluye la salud. Lo tienen ustedes todo muy bien pensado. No solo salud, en una sola palabra cabe todo. El dinero también, ¿verdad? Cuanto uno desee. ¿No es así?

Le sonaron las tripas, Bondy tuvo que oírlo.

—Pues sí. La vida... Para cada uno es algo distinto. También dinero, ¿por qué no? Pero me imagino que no es algo que a usted concretamente lo preocupe en demasía.

—No se confunda conmigo. Aún no me conoce, pero cuando lo haga... No se ría. Soy un verdadero cerdo. Me vendo al mejor postor. Un interesado. Traiga aquí esa trucha. No sea tímido.

Bondy no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa. Se levantó de la mesa, pero no se dirigió hacia el aparador. Sobre una mesilla, en un rincón debajo de una ventana, había encontrado su lugar desde hacía un par de semanas un gramófono. Un lugar privilegiado.

—Yo puedo cenar sin música. Pero, vale, alardee. Menos mal que no está aquí Šura. También quiere uno, está como loca.

Bondy giró la manivela. El disco, que ya estaba preparado en el interior de esa última moda del mundo moderno, se puso en movimiento. En la casa resonó La trucha de Schubert. No había nada para comer. Apenas unos trozos de jalá, secos y desmenuzados, que el bodeguero judío, apiadado del hambriento escritor, acabó por sacar de la despensa. Esa misma tarde comenzaron a tutearse.

—¿Sabes lo que se me ha ocurrido?

—Subir los precios.

—Eso después de Año Nuevo —se rio Bondy—. Se me ha ocurrido que podría largarme de aquí. Al sur.

—Entonces, hemos pensado lo mismo. Me gustaría ir a España, un par de meses al menos. Tengo allí un conocido, de cuando la guerra. Calor, mar y en el jardín, en lugar de ciruelas, naranjas. ¿Te lo imaginas?

—Yo me refería a marcharme para siempre. Pero solo a Bohemia del Sur. A alguna ciudad pequeña, a Protivín o algo así...

—¿Protivín? ¿Pero qué se te ha perdido a ti en Protivín? Si solo beben cerveza de esa del príncipe, ni rastro de pilsen.

—Tengo allí unos parientes lejanos. He estado un par de veces de visita. Me gustó el lugar.

—Te juro que no sé qué te pudo gustar de un sitio así.

—Gente agradable... Esa fue mi sensación. También tienen mejor clima. Aquí siempre está lloviendo o nevando.

—Chorradas, olvídate de Protivín. Vente conmigo. Sevilla, Granada, Barcelona... A eso lo llamo yo el sur, eso sí que nos sentaría de maravilla.

—¡Ni loco! ¿Qué iba yo a hacer allí? No hablo español y no conozco a nadie.

—No me lo creo, pero si tenéis parientes en todas partes.

—En casi todas partes. En España, no. Y eso que soy sefardí, bueno, de origen. Después de todos estos siglos, más bien askenazí.

—Sefardí, askenazí... ¡Por favor! ¡Qué más da!

Hašek se tambaleó. Sería mejor que se fuera yendo a casa.

—Imagínate esa tranquilidad, esa paz. Nada de política, nada de esos malditos periódicos, nada de discusiones, nada de nada. Y aunque no fuera así, nosotros al menos no los entenderíamos. Allí no tienen necesidad alguna de hacer la revolución, ni siquiera es posible con el sol pegándote todo el día en la cabeza. Y siempre podemos hacerla nosotros mismos cuando nos cansemos de tanto bañarnos en el mar.

—O, por ejemplo, a Týn, tampoco está mal esa ciudad.

—Por ahí sí que no paso. ¿Has estado alguna vez? ¿Has estado alguna vez en Týn? ¿Sabes lo que se dice? En Týn, mierdas mil. Y es una verdad como un templo, créeme. Yo sí he estado allí.

Lo observó un instante, caminando penosamente, tambaleándose de un modo peligroso a pesar de la lentitud con que se movía. No era fácil negarle la bebida. Lo había intentado un par de veces. No servía de nada. Se iba a beber a otro local. No le hacía caso a nadie. No existía en todo el mundo una sola persona a quien escuchara. Quizá a su exmujer. Pero no, tampoco. Acabó con ella como con todos los demás. ¿Y la rusa? A esa la echa como a un perro cuando le viene en gana. Se arrastra como un viejo de cien años. No es solo por el alcohol. Ya ni sobrio se mantiene apenas en pie. Bondy se acordó del pogromo y de la noche de la trucha. Juraría que había pasado toda una década. En realidad, hacía apenas un año, un año casi exactamente. ¿Y qué puedo hacer yo?, pensó. ¿Qué se puede hacer?

El agua hasta los tobillos y con un traje de baño femenino, gorro incluido. Así había dejado que lo fotografiaran con Matěj Kuděj. Se le había ocurrido que podrían cogerse por los hombros o, al menos, de las manos. Que así sería todavía un poco más depravado. Matěj se negó. No digas chorradas, dentro de cincuenta años alguien verá la fotografía y pensará que éramos un par de hermanos maricas. ¿Tú crees? ¿Y qué más da? Pero, oye, ahora que lo dices, es buena idea, voy a empezar a difundirlo hoy mismo.

Devolvió la fotografía a la caja sobre el armario de donde se había caído. Sacó el papel de carta. Jaroslav Hašek —escritor— Lipnice. En el membrete estaba bien claro: escritor. Por desgracia, lo había tenido que hacer él mismo, si no, ya podía esperar sentado.

Caballeros en el fango,

con las damas enterrados.

Comida simple, sabrosa,

confirman los invitados.

¿Dónde te has metido, Tarzán?

No nos dejes atascados.

Tachó la última palabra. En lugar de atascados, escribió puteados. Después lo tachó todo, arrugó el papel y lo tiró al cubo del carbón. No acertó. Tuvo que agacharse a recogerlo. No le resultó sencillo. 1912... Tenía veintinueve años. No va a escribirle a Kuděj. Hoy no. Miró por la ventana. Nada más que barro, la verdad. Barro y hojas caídas. Si fuera Božena Němcová, lo transformaría en oro. Aunque, en realidad, ¿de qué serviría? Hasta que no se murió, tampoco a ella supieron apreciarla como escritora. Otra cosa era la gente, la gente la quería. Aunque eso no despertaba precisamente su envidia.

1912. Verano.

Fue con Kuděj a través de Radotín hacia Dobřichovice hasta llegar a Svatý Jan, arriba hacia Tetín, abajo hacia Beroun, luego Křivoklát a través de Nový Jáchymov, durmieron en una taberna grande, se quedaron tres días y luego, al cruzar el bosque, pasaron la noche en una cabaña, después otra vez en el bosque bajo un árbol y, por último, enfilaron ya desde Křivoklát hacia Rakovník. En Rakovník lo reconocieron, por sí mismos, sin que les dijera nada, tardaron, es cierto, pero lo acabaron reconociendo y, entonces, lo invitaron. Los agasajaron durante dos días, como a reyes, en cuanto se dieron cuenta de que era él, Jaroslav Hašek. Lo reconocieron sin ayuda. El tabernero acababa de enviudar, no estaba para fiestas. Pero le hizo ilusión tenerlo de invitado. Decía que era un honor. Bebieron de lo lindo. Consiguieron que el buen tabernero pensara en otra cosa. Era un enano melancólico de cabello rojizo. Habría apostado más bien por sacristán o algo parecido. El local no lo mantenía muy limpio que dijéramos. ¡Había ciervos por todas partes! La decoración constaba únicamente de piezas de caza mayor. Un ciervo saltando, un ciervo en celo, una feroz pelea en mitad del claro de un bosque, un grupito de ciervas en un calvero en una noche de luna... Percheros hechos con cornamentas y patas de corzo, una cabeza disecada tras otra. Casi tantas como en el castillo del chalado ese de Konopiště. Un asco. Por fortuna, el gulash que servían era el normal. No era temporada de caza, sino principios de junio. Junio. El mejor mes para viajar. Una cerveza bajo un tilo en flor mientras las abejas revolotean como locas. Después volvieron al camino. Todos los meses son buenos para viajar. Todos. Incluso el maldito noviembre. Le gustaría ir al menos hasta Deutschbrod. Al menos hasta Světlá. Los pies se le deforman. Hinchados, endurecidos. Sufre dolorosos tirones en las piernas. Sobre todo en la derecha. Si no llevara sus botas de cuero de Yamal, no podría ni calzarse. No va a escribir a Kuděj. Hoy no. Cuando se le pase. Después de Navidad se le habrá pasado.

Sale tambaleándose de la taberna, ya no llueve. Da un par de pasos y, al cruzar la esquina, las piernas le fallan. No se cae del todo. Apoya una rodilla y, en el último instante, se ayuda con las manos. Se levanta como buenamente puede y se desabrocha la bragueta. Orina contra el muro, apenas mantiene el equilibrio y ni se percata de que no está solo. Aunque, bien mirado, le habría dado igual. No lo oye, pero se están riendo de él. El comisario soviético Gašek* se ha manchado las botas de pis.

Se adecenta un poco. Tiene barro por todas partes, no solo sobre los pantalones. El baile ha acabado, los músicos ya han recogido los bártulos, solo el trompetista borracho, un chaval con acné y un bigotillo ridículo, sigue tocando hasta bien entrada la noche. Hace un momento le ha dado diez coronas para que toque Cuando cruzaba la puerta de Putim, pero ambos lo han olvidado. Está tocando algo distinto allí adentro, algo aún más melancólico. Hašek está hasta las narices de tanto lloriqueo. Le va a explotar la cabeza del dolor. Quiere ir a decírselo, echarle una buena bronca, solo que, en lugar de dirigirse hacia la taberna, cruza tambaleándose la carretera en dirección a la escuela. Se detiene frente al edificio y se pone a darle voces al trompetista. Como este no lo oye, lo amenaza con el puño. Vuelve a perder el equilibrio y se apoya en un árbol. El trompetista es un sinvergüenza, se la trae al pairo que le haya pagado. No cumple su palabra, es un desconsiderado y, para colmo, toca fatal. Está a punto de vomitar, por el ataque de rabia, pero solo tose. La tos le desgarra los pulmones y siente náuseas.

Está hasta los mismísimos del chico. No quiere seguir escuchando sus lamentos, que le den morcilla. Será mejor ir a ver el castillo. Hace mucho que no sube. Brinda por tan maravillosa idea con su petaca de ron y se enciende un cigarrillo. Entonces escucha que alguien lo llama. ¡Jarda! ¿Jarda, dónde estás? Y luego... ¡Jaroslávčik! Alguien lo está buscando. Se pega al árbol tanto como puede, riéndose por lo bajo con el rostro escondido entre las sucias palmas de las manos. Un minuto después reina el silencio. Sale cauteloso. Ya no escucha al idiota ese. Le habrán estampado la trompeta en la cabeza. No escucha nada, tan solo el viento. El río Blanice se ha desbordado; a veces ocurre en otoño. Cosas que pasan.

Escucha las campanas de la iglesia. No es capaz de contarlas... ¿Una, dos? Son y media, ¿pero las qué y media? Poco importa. Ya casi ha llegado, no lo van a alcanzar. Ya está prácticamente arriba, tiene la torre justo encima. Ahora la última cuesta y habrá llegado, joder cómo resbala. El sendero está oculto entre los matorrales, es difícil dar con él a oscuras, pero no para él, no para un caminante experimentado como él. Solo necesita tomar aire y beber un poco. Y luego, rápido, que no quiere que lo alcancen. Da un paso, siente una punzada de dolor y se desploma. Al volver en sí ya no sabe dónde está ni lo que hace ahí. Todo es dolor y oscuridad. El mundo gira a su alrededor. A pesar de todo, intenta levantarse de nuevo. Algún vestigio de su intención original sigue vivo en su mente. Lo empuja a levantarse. Y vuelve a golpearse la cabeza contra la roca.

Šura y el trompetista lo encontraron poco antes de las cinco. La pobre ya casi se había dado por vencida. Lo habían buscado por todas partes, incluso en el castillo, hasta eso se le había ocurrido, pero habían ido por otro sitio, por el camino habitual. Fue tan solo la desesperación la que condujo a Šura hasta ese extraño y absurdo lugar. Hašek no reaccionaba a nada, por un momento Šura pensó que estaba muerto. Solo la trompeta logró despertarlo. Hablaba entre toses, enfadado, no se le entendía. Šura, sin embargo, no estaba enfadada. No, no estaba enfadada. El insoportable hedor le revolvía el estómago. Pero se alegró cuando, por fin, lograron que se sentara. Observaba el barro, la sangre que tenía sobre la frente y por el rostro, y la mierda que le bajaba por los pantalones del traje, de su nuevo traje azul, hasta las botas... Y, a pesar de todo, no estaba para nada enfadada. El trompetista de veinte años no sabía adónde mirar, cierto. Aun así, por supuesto, les ayudó. Entre los dos lo levantaron y lo llevaron a casa.

—No me jodas, sepulturero. Toca Cuando íbamos a Jaroměř —le ordenó.

—No puedo, señor Hašek, ahora no. Si le suelto, se cae.

Lo mandó a la mierda, pero luego le firmó un autógrafo en la cocina.

---

* Adaptación rusa del apellido Hašek. (N. d. T.)

Cuando llamaron por tercera vez a la puerta, fue a abrir. En el umbral había una mujer entrada en años. No paraba quieta, mostraba los dientes y movía las manos hacia los lados.

—¿No me diga que no es una maravilla? ¡La nieeeeve! Mire qué algodón ha sembrado Dios. ¡Y además hace sol! Incluso noviembre puede rebosar misericordia divina. Como dicen las escrituras, sin la voluntad de Dios ni la hoja de un árbol se mueve. Claro que no se trata únicamente de la nieve, qué decir de las mariposas, por ejemplo, y de todos esos animalillos de hermosos colores. ¿Acaso puede surgir algo así sin más? ¿Qué piensa? Yo estoy convencidísima de que es completamente imposible.

—¡Šura! ¡Šura! Tienes que ver esto. Ha venido de visita una mujer de la Sociedad Internacional de Estudiosos Sesudos de la Biblia. Ven a verla antes de que le dé con la puerta en las narices.

La mujer sonreía entusiasta.

—Menudo bromista está usted hecho, señor Hašek. Exactamente tal y como me lo había imaginado.

—Šura no viene, gentil mujer, así que hágame el favor de marcharse a algún otro sitio, me empiezan a doler las piernas. En cuanto la vi, supe que era usted una tipeja rara. Pruebe abajo donde Bondy, quizá él la escuche. Ya se sabe que los judíos y los testigos de Jehová son tal para cual. Un placer y hasta la vista.

—¿Testigo de Jehová? ¿Mi esposa? ¡Qué ocurrencia más maravillosa! —junto a la mujer apareció, como por arte de magia, un tipo de abrigo largo con cuello de piel.

—Es un honor, señor Hašek, me he reído de lo lindo. ¡Así que testigos de Jehová! Ateos es lo que somos. Jajaja. No era más que una broma. Discúlpenos, me quedé ahí detrás, observando su casa. Es una preciosidad. Aquí tiene. Le hemos traído un detalle por eso de no venir con las manos vacías.

Le entregó una botella de slivovice.

—¿Nos permitiría pasar un momento? Soy Mašek, de Světlá. Mašek - Hašek, menuda rima la nuestra, ¿no cree? Y esta de aquí es mi mujer. Somos de la Sociedad por el Embellecimiento, ¿sabe? Nada de testigos de Jehová...

Y ya se habían colado en la casa.

—¿Ves, Máňa? Me paso la vida diciéndote que te dejes de peroratas. Luego la gente se cree que estás chalada. ¿A que lo ha pensado, Hašek?

Les ofreció asiento en la plaza de armas, como le gustaba llamar al salón de la casa en homenaje al castillo de Lipnice, y abrió de inmediato la botella de aguardiente, contento de poder sentarse.

—¡Salud! Así que de Světlá, ¿verdad?

—De Světlá, sí, señor y señora Mašek. Vivimos en el número 8. Quizá haya oído hablar de nosotros.

—Creo que no.

—¡Salud! No importa. No importa lo más mínimo, ¿verdad, Máňa?

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo su esposa con una carcajada.

—Ya ve que no hay manera de aburrirse con Máňa. Uno se lo acaba perdonando todo enseguida.

—Sociedad por el Embellecimiento... Dudo que encuentre en mí algo que pueda ser aún más bello.

—¡Es usted bueno, Hašek! ¡Realmente bueno! Que no falten las bromas, ¿verdad?

—Venga, suéltaselo de una vez, Láďa. Y luego va diciendo por ahí que soy una cotorra, señor Hašek. Pero él se puede pasar tranquilamente medio día de cháchara y, al final, irse sin haberle dicho nada. En serio.

—Tienes razón, gordita mía. Como siempre, tienes razón. A ver, no

hemos venido estrictamente de visita. Hemos venido a pedirle que nos escriba una pieza.

—Láďa se refiere a una obra de teatro.

—Eso, eso, una obra de teatro. Había pensado en una así... Como traviesa, ¿sabe?

—Nos gustaría representarla en el baile de carnaval.

—No tiene por qué ser larga, lo importante es que sea divertida. En eso es usted todo un maestro. Porque sabe que lo es... ¿Verdad?

—¿Para cuándo la necesitan?

—Para dentro de seis semanas. Tendría que darnos tiempo a ensayarla antes del carnaval.

—¿Y sobre qué debería tratar?

—Eso es mejor que lo decida usted, ¿verdad, Láďa?

—Por supuesto. Pero que tenga gracia. Debe tener mucha gracia.

—Y descuide, se la pagaremos.

—Señor Hašek, somos conscientes de que no es usted como el sastre del campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. Aquí tiene cincuenta coronas y, cuando la acabe, le daremos cincuenta más.

—O el doble, si la obra lo merece.

—Y encima, cuando hagamos matanza, no nos olvidaremos de usted. ¿Qué opina? ¿Trato hecho?

—Y lo invitaremos a nuestro baile de carnaval.

Los acompañó hasta la puerta. Abajo, frente a la taberna, les esperaba un carro. Mašek no paraba de dar golpes sobre el marco de la puerta como si de una mula se tratara.

—Ha hecho usted fortuna, una gran fortuna. Buena cosa. El escritor checo debe vivir bien, ¿verdad, Máňa? Y no como en los tiempos de

Austro-Hungría.

—Es bueno, no es malo, montañas de dinero sin dar ni un palo.

—Esta mujer le saca punta a todo, ¿verdad? Pero lo hace sin ánimo de ofender, Hašek. Que nos alegramos de que le vaya todo tan bien.

La mitad del slivovice se había esfumado. Si bien es cierto que la mayoría se la había bebido el señor Ladislav.

—No tienes ni una pizca de sentido común. Hay que escribir Švejk.

—¿Por qué no has venido cuando te he llamado?

—No me han gustado. Idiotas burgueses.

—No te han gustado... ¿Y el dinero?

—Cincuenta coronas. Švejk... Eso sí es dinero, Jaroslávčik.

—¿Qué pasa con el pescado? Me prometiste pescado, Bondy.

—¿Te lo prometí? ¿En serio? Pues no habrá pescado. Pero, si quieres, te pongo otra vez a Schubert.

—Dicho y hecho.

—Has comido ganso, puedes darte con un canto en los dientes. Por el pogromo ese tuyo es más que suficiente. Casi nunca hacemos pescado relleno. ¿De verdad te gusta?

—Que sí.

—A mí no mucho. Y, sobre todo, que es bastante laborioso de preparar. Emma ni siquiera sabe hacerlo. ¿Te puedes creer que aquella noche pasé miedo de verdad?

—Normal, para eso precisamente están los pogromos.

—¿Sabes lo que ocurrió en el año dieciocho en Praga?

—Yo no estaba aquí. Aún andaba asesinando por Rutenia.

—Y en Holešov, también hace cuatro años. Allí hubo hasta muertos. ¡Qué horror!

—Para horror lo que me pasó a mí hace diez años, más bien quince, cuando fui de Praga a Krč. Ya llevaba una semana de viaje, quizá más...

—¿A Krč? ¿Desde Praga? ¿Una semana? ¿Ibas a cuatro patas o qué?

—A ratos, sí, pero me refiero al Krč de la región de Písek. Bueno, da igual. Nada más pasar Příbram me lie un poco. Tengo un amigo en Březové Hory, trabaja de vigilante en un pozo minero. Bueno, mejor dicho, tenía un amigo; hace ya tiempo de esto. Llevábamos mucho sin vernos, así que bebimos de lo lindo aquella vez. Creo que pasaron tres días antes de que viniera su mujer a buscarlo.

—¿Tres días? ¿No fue al trabajo tres días seguidos?

—No, no fue... O, al menos, eso creo.

—¿Y no lo echaron?

—No lo sé, no lo he vuelto a ver.

—¿Hace quince años que no lo ves? ¿Y dices que es tu amigo?

—No, no lo he visto desde entonces. Pero eso no viene ahora al caso. Venga, deja de interrumpirme todo el rato. Fui a visitar el monasterio ese de la montaña sacra y no podía parar de vomitar. Vomité cuatro veces, una frente a cada una de las capillas. Menos mal que a la Virgen María la tienen subida a una columna. Si no, también ella habría salido malparada. Sin embargo, Dios no tardó en castigarme. No tolera este tipo de cosas, por ahí no pasa. Que haces una tontería, paliza que te crio, no esperes compasión por su parte. De eso sabéis tela los judíos, ¿a que sí? Me refiero a lo inmisericorde que es. Solo perdona las auténticas atrocidades, no las chiquilladas. No le gustan. Es algo que quedó bien claro en mi caso: un par de pasos más adelante me tiró al Litavka. No, hombre, no te rías, ¿sabes por qué el río Litavka se llama precisamente Litavka? Ay, las sutilezas de la lengua checa, una palabra parece inocente, una mosquita muerta, y, de pronto, ¡pim, pam, pum! A ver, viene de lítat, volar, y el agua de ese río, cuando le da por ahí, no corre, ¡vuela! Por poco me ahogo. Igualito que el cachorro de perro salchicha ese que se le cayó a Šura al pozo del castillo. Igualito. Y ahí no quedó la cosa. Me metí en una posada a tomarme un grog para no coger una pulmonía. Puede que fueran dos, pero no más, no quería demorarme, estaba ya hasta las narices de Příbram. Seguí mi camino, bosque y nada más que bosque, hacia el sur. En dirección a Krč, pero al Krč de donde era mi abuelo. Y, aunque el cielo se fue cubriendo de nubes, yo dale que te pego, un tramo y luego otro más. Me decía que en Březové Hory lo había pasado de vicio y que ahora tocaba un poquito de sacrificio. El bosque se hizo más frondoso, de modo que, al caer la noche, no veía más allá de mis narices. Me dolían las piernas y estaba lleno de arañazos, así que busqué cobijo bajo un abeto cuyas ramas llegaban hasta el suelo. Me quedé dormido de inmediato. Me desperté temblando de frío. Estaba tumbado en un charco y llovía a cántaros, con truenos y

todo. No tenía sentido quedarme ahí tirado, así que me levanté y, enfrentándome a las inclemencias, busqué un lugar donde refugiarme. Y justo entonces cayó un rayo sobre el abeto bajo el que apenas un momento antes había estado tumbado. La repentina luz me mostró algo que me había pasado inadvertido hasta entonces. Una pequeña cruz. Me acerqué, encendí una cerilla. Estaban secas, siempre que me es mínimamente posible cuido bien de que no se mojen. Era una cruz de piedra en homenaje a Ryba. Al compositor Jakub Jan Ryba. Me acerqué a la cruz y en una placa estaba escrito, aunque me costó casi toda la caja de cerillas leerlo, que había sido justo en ese sitio donde se había cortado la yugular. Se degolló con una cuchilla, justo allí, él solito, como si fuera un ganso condenado al horno. Solo entonces eché un vistazo a mi alrededor, no había mucho que ver, pero, amigo, sentí tal miedo que salí pitando. Ni aquel diluvio universal, ni los truenos y rayos, nada habría podido retenerme en un lugar como aquel. Puse tierra de por medio y, por más que en ese infierno resultara imposible avanzar deprisa, no paré hasta que comenzó a amanecer. Lo importante era alejarme lo más posible de allí. Y te voy a ser sincero: en toda mi vida no he visto lugar más terrorífico que aquel. Nunca. Jamás. Ya sé lo que estás pensando. No, ni siquiera en la guerra. Y ahora dame tú una explicación.

—Los checos no se quieren mucho. Me refiero a quererse a sí mismos. Aunque, bien pensado, tampoco se quieren mucho los unos a los otros.

—¿Y qué? ¿Tú te quieres? ¿Os queréis los judíos?

—No mucho. Nada en absoluto, más bien.

—¿Y no es lo mismo entonces?

—Parecido. Queremos a nuestros hijos. Los queremos de verdad.

—Peor para vosotros.

—Exacto.

El cerdo está colgado de un gancho. Rechoncho y pálido. Ya ha perdido toda la sangre. Hašek no puede evitar encontrar cierta semejanza. Continúa girando la copita de slivovice aún un instante antes de bebérselo de un trago. Inmediatamente después comienza a hablar.

—Sería un craso error y una formidable necedad considerar que el mejor amigo del hombre es el perro. El hecho de que se trate de un error reiterado de forma irreflexiva y con patética obstinación no lo acerca ni un ápice a la verdad. La cuestión es que, estimados amigos, la criatura que más próxima se halla al hombre en todos los sentidos no es, en realidad, el perro, así como ninguno de esos antropoides tan vehementemente sobrevalorados por Darwin. En todos los sentidos no hay animal más parecido a nosotros, los humanos, que el cerdo.

—¡A algunos más que a otros!

Era de esperar. Ferda se reía satisfecho de su chiste. Y eso que Hašek había intercedido personalmente por él, de lo contrario no lo habrían invitado.

—Existe una significativa cantidad de trabajos de investigación respecto a este tema que demuestran, de forma meridianamente clara y fehaciente, que este puesto de honor no pertenece o, expresado con mayor exactitud, no debería pertenecer a ningún otro animal que al cerdo precisamente. Sí, amigos, a esa criatura tantas veces objeto de burla, el puerco, marrano, cochino, gorrino, lechón o incluso porcino, si es que así lo preferís. En todo el reino animal conocido no hallaremos ningún otro representante cuya piel, si bien de aspecto grueso, se asemeje tanto a la nuestra y cuya inteligencia sea tan elevada. Ningún otro corazón animal muestra tanta afinidad con el humano como el del cerdo. Y ahora os pregunto: ¿qué gratitud reciben a cambio nuestros amigos a los que, Dios bien lo sabe, deberíamos amar y apreciar? Por desgracia, ninguna. No solo se trata de que, tras una miserable existencia llena de agravios, vivida en el barro y la inmundicia, agasajados con las repugnantes sobras de nuestras mesas, los matamos y nos los

zampamos. Sino que, además, para que nuestra crueldad sea simplemente perfecta, empleamos su simple nombre como el peor de los insultos. Al inútil sin remedio y al vago inveterado les llamamos cerdos holgazanes, a la persona de aspecto repugnante, sucio cerdo, y al mayor de los canallas entre nosotros los humanos lo denominamos cerdo asqueroso. ¿No es algo bajo y denigrante? Una pregunta retórica, claro está, tendréis la bondad de perdonarme, especialmente si tenemos en cuenta que no soy y nunca seré de esos que se sientan en tal o cual consejo, de esos que, a fin de cuentas, tienen influencia sobre la cantidad de paja disponible en vuestros comederos, por otra parte, tan injustamente olvidados. Y ya que hemos tocado este desagradable tema, el dinero tiene, aparte de todas esas connotaciones negativas por las que resulta, por definición y con todo merecimiento, despreciado por cualquier persona sin diferenciar profesión, confesión y afiliación política, una cualidad particularmente insidiosa y repulsiva: en el nada frecuente supuesto de que uno lo tenga a su alcance, el dinero toma, prácticamente sin excepción, la dirección equivocada, por las razones equivocadas y, lo crucial en este asunto, hacia las cuentas equivocadas. Creo que en eso estaremos todos de acuerdo. Desde el miserable paria y el proletario explotado prácticamente hasta la muerte, pasando por la madre soltera, inconsciente hasta resultar conmovedora, que, en tantas ocasiones, lo es por culpa ajena, sin olvidarnos del auténtico poeta que, a causa de su genuino arte sin par que a nadie interesa, vive en una cruel miseria o del empresario al que tan solo unos impuestos tan elevados que rozan la indecencia impiden trabajar más por la causa nacional, hasta llegar al aristócrata que se desvive hasta la extenuación en su ingrato papel sin recibir siquiera una pizca de reconocimiento y, por último, al político checoslovaco de nuevo cuño que, solo Dios sabe por qué, sigue sin ser tomado suficientemente en serio y apreciado como se merece. No me hago muchas ilusiones respecto a mis posibilidades reales de persuadiros de que renunciéis a las morcillas, a las carrilleras, a los hígados y a los prodigios de la sopa de matanza, sin competencia a lo largo y ancho de este valle de lágrimas. Empero, os tengo reservada una petición. Propongo que, desde el día de hoy y en homenaje al difunto aún aquí presente, alteremos, al menos parcialmente, nuestro vocabulario vulgar. Y yo intercedo en pos de esta propuesta con todo el peso —que como podéis observar, no es poco— de mi persona para que, de este modo y en la medida de lo

posible, digamos: «Sufre como un cerdo, aunque sea inteligente como un puerco y abnegado como un gorrino». Vosotros mismos sabréis, sin duda, imaginar otros ejemplos similares. Así, alzo mi copa —Pepa, llénamela— y brindo por todos aquellos que tanto merecen este reconocimiento. El cochino de cuerpo presente —y creedme que sé bien cómo se llamaba, pero no pidáis tanto de mí, dudo que pudiera soportarlo— era uno de ellos. Compañero, ¡por tu eterna memoria!

—Yo igual no me he enterado muy bien, ¡pero se me ocurre un ejemplo! Y bastante bueno. ¡Jarda, estás gordo como un cerdo!

—Ferda, infeliz, ¿y aún te sorprende que nadie te dé trabajo? —dijo Böhm.

Hašek le hizo un gesto a Böhm para que lo ignorara. No merecía la pena.

—Porque soy un paria. Pero espera, ya verás en un par de años. Ten paciencia. Cuando triunfe la revolución, llegará el día en que seré yo el que decida quién le da trabajo a quién.

Böhm era como un bulldog. Incluso tenía aspecto de bulldog.

—¡Qué va, Ferda! No se trata tanto de que seas un paria como de que eres estúpido, y vago, para colmo. Eso no lo soluciona revolución alguna. ¿Acaso no es verdad, Jarda?

—¿Para qué les hemos pagado a los gitanos? En fin, quieres la verdad, ¿no? Pues si te digo la verdad, no lo tengo tan claro como tú. Venga, que se pongan a tocar de una vez, ¿no?

al caer la noche, no veía más allá de mis narices. Me dolían las piernas y estaba lleno de arañazos, así que busqué cobijo bajo un abeto cuyas ramas llegaban hasta el suelo. Me quedé dormido de inmediato. Me desperté temblando de frío. Estaba tumbado en un charco y llovía a cántaros, con truenos y todo. No tenía sentido quedarme ahí tirado, así que me levanté y, enfrentándome a las inclemencias, busqué un lugar donde refugiarme. Y justo entonces cayó un rayo sobre el abeto bajo el que apenas un momento antes había estado tumbado. La repentina luz me mostró algo que me

había pasado inadvertido hasta entonces. Una pequeña cruz. Me acerqué, encendí una cerilla. Estaban secas, siempre que me es mínimamente posible cuido bien de que no se mojen. Era una cruz de piedra en homenaje a Ryba. Al compositor Jakub Jan Ryba. Me acerqué a la cruz y en una placa estaba escrito, aunque me costó casi toda la caja de cerillas leerlo, que había sido justo en ese sitio donde se había cortado la yugular. Se degolló con una cuchilla, justo allí, él solito, como si fuera un ganso condenado al horno. Solo entonces eché un vistazo a mi alrededor, no había mucho que ver, pero, amigo, sentí tal miedo que salí pitando. Ni aquel diluvio universal, ni los truenos y rayos, nada habría podido retenerme en un lugar como aquel. Puse tierra de por medio y, por más que en ese infierno resultara imposible avanzar deprisa, no paré hasta que comenzó a amanecer. Lo importante era alejarme lo más posible de allí. Y te voy a ser sincero: en toda mi vida no he visto lugar más terrorífico que aquel. Nunca. Jamás. Ya sé lo que estás pensando. No, ni siquiera en la guerra. Y ahora dame tú una explicación.

—Los checos no se quieren mucho. Me refiero a quererse a sí mismos. Aunque, bien pensado, tampoco se quieren mucho los unos a los otros.

—¿Y qué? ¿Tú te quieres? ¿Os queréis los judíos?

—No mucho. Nada en absoluto, más bien.

—¿Y no es lo mismo entonces?

—Parecido. Queremos a nuestros hijos. Los queremos de verdad.

—Peor para vosotros.

—Exacto.

—Tienes razón, gordita mía. Como siempre, tienes razón. A ver, no hemos venido estrictamente de visita. Hemos venido a pedirle que nos escriba una pieza.

—Láďa se refiere a una obra de teatro.

—Eso, eso, una obra de teatro. Había pensado en una así… Como traviesa, ¿sabe?

—Nos gustaría representarla en el baile de carnaval.

—No tiene por qué ser larga, lo importante es que sea divertida. En eso es usted todo un maestro. Porque sabe que lo es... ¿Verdad?

—¿Para cuándo la necesitan?

—Para dentro de seis semanas. Tendría que darnos tiempo a ensayarla antes del carnaval.

—¿Y sobre qué debería tratar?

—Eso es mejor que lo decida usted, ¿verdad, Láďa?

—Por supuesto. Pero que tenga gracia. Debe tener mucha gracia.

—Y descuide, se la pagaremos.

—Señor Hašek, somos conscientes de que no es usted como el sastre del campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. Aquí tiene cincuenta coronas y, cuando la acabe, le daremos cincuenta más.

—O el doble, si la obra lo merece.

—Y encima, cuando hagamos matanza, no nos olvidaremos de usted. ¿Qué opina? ¿Trato hecho?

—Y lo invitaremos a nuestro baile de carnaval.

Los acompañó hasta la puerta. Abajo, frente a la taberna, les esperaba un carro. Mašek no paraba de dar golpes sobre el marco de la puerta como si de una mula se tratara.

—Ha hecho usted fortuna, una gran fortuna. Buena cosa. El escritor checo debe vivir bien, ¿verdad, Máňa? Y no como en los tiempos de Austro-Hungría.

—Es bueno, no es malo, montañas de dinero sin dar ni un palo.

—Esta mujer le saca punta a todo, ¿verdad? Pero lo hace sin ánimo de ofender, Hašek. Que nos alegramos de que le vaya todo tan bien.

La mitad del slivovice se había esfumado. Si bien es cierto que la

mayoría se la había bebido el señor Ladislav.

—No tienes ni una pizca de sentido común. Hay que escribir Švejk.

—¿Por qué no has venido cuando te he llamado?

—No me han gustado. Idiotas burgueses.

—No te han gustado... ¿Y el dinero?

—Cincuenta coronas. Švejk... Eso sí es dinero, Jaroslávčik.lograron que se sentara. Observaba el barro, la sangre que tenía sobre la frente y por el rostro, y la mierda que le bajaba por los pantalones del traje, de su nuevo traje azul, hasta las botas... Y, a pesar de todo, no estaba para nada enfadada. El trompetista de veinte años no sabía adónde mirar, cierto. Aun así, por supuesto, les ayudó. Entre los dos lo levantaron y lo llevaron a casa.

—No me jodas, sepulturero. Toca Cuando íbamos a Jaroměř —le ordenó.

—No puedo, señor Hašek, ahora no. Si le suelto, se cae.

Lo mandó a la mierda, pero luego le firmó un autógrafo en la cocina.

Ha estado escribiendo toda la mañana y ahora se va a tomar una cerveza a donde Invald. Una, dos como mucho, y después se vuelve a casa para continuar. También debería comer algo, pero no tiene ni hambre ni ganas con este ardor de estómago. Quizá se le pase con la cerveza. No está nevando, pero se vuelve a sentir la nieve en el aire. Su rostro se topa con la humedad empujada por el viento. ¿O es sudor? No puede ser, han sido apenas un par de pasos. Menudo tiempecito el de hoy, no hace día para excursiones. Ni de broma. Así, al menos, no tiene que lamentar que sería incapaz de realizar semejante esfuerzo. No quiere ni imaginárselo. Qué ganas de esa cerveza. En realidad, se merece dos o tres después de todo lo que ha escrito hoy. Lleva consigo las páginas, las va a enviar por correo ahora mismo. Para darle una alegría a Synek... Y a Šura… Gracias a Dios que la estafeta de correos está en la planta de arriba de la taberna, mejor ir directamente. O no, quizá podría leerles un fragmento antes en el local. Veremos, dependerá de quién se encuentre allí a estas horas.

El viento soplaba desde bien temprano. En la chimenea bramaba y gemía de tal forma que acabó sacando de quicio a Šura.

¿Lo oyes?, preguntaba todo el tiempo. ¿Lo oyes? Ahí fuera hay una enorme loba. Está hambrienta. Da vueltas alrededor buscando a quien poder estrangular con sus fauces. No se marchará hasta que se lleve a alguien. Mejor no salgas hoy de casa, trató de prevenirlo. A mí no podrá arrastrarme, le contestó él. No es cosa de broma, se enfadó Šura. ¿Oyes cómo gimotea? No es un viento cualquiera. La loba con un ojo blanco y otro rojo quiere alimentar a sus crías. Primero un aullido prolongado, después, tres cortos, escucha... Para irritarla, le dijo que confundía el viento con el sonido de un shofar. Y se marchó.

—No lo confundo con nada, idiota. Es un mal presagio. ¡Muy malo! —le gritó.

El vendaval hacía volar periódicos viejos y trapos por el patio de Ferda, arrancaba las tejas de su tejado lleno de agujeros. Observó toda esa devastación con desagrado. No le gustaba pasar por allí.

—¿Vienes a verme? —Ferda se asomó por una ventana medio caída —. Venga, ¿para cuándo nuestro gran día?

—¿De qué hablas, Ferda? ¿Te quieres casar conmigo o qué? No nos dejarían.

El antiguo zapatero soltó una risa silbante.

—Me refiero a la revolución, a cuándo nos ponemos a hacer la revolución. A cuándo les vamos a dar de una maldita vez a esos jodidos burgueses lo que se merecen.

—Cuando quieras, Ferda, ponte a hacerla cuando quieras. Pero tendrás que buscarte a otro camarada, yo ya no me dedico a las revoluciones.

—¡Venga ya! Espera, ¡a qué tanta prisa! ¿No quieres entrar? Te invito a una copita de...

—Otra vez será, Ferda. Adiós. Podrías empezar por hacer la revolución en tu patio.

Cayó en la cuenta, no sin sorpresa, de que había tenido que contenerse para no decirle algo peor. ¿Por qué le molestaba tanto ese hombre? En el fondo, lo sabía. Y aun así nunca dejaba de asombrarlo la increíble falta de afecto que sentía por él.

Praga, viernes 3 de noviembre de 1922

Nueva Época

Cultura

Extraña muestra de respeto

En tiempos del Imperio austriaco suponía un gran honor para una ciudad que le fuera concedido el permiso para bautizar una de sus plazas, calles o parques con el nombre de alguno de los miembros de la Casa Habsburgo. En Viena esto era considerado una enorme muestra de respeto con la dinastía gobernante y aquí, a su vez, se veía la concesión de semejante permiso como una formidable gracia por parte del archiduque en cuestión o incluso del propio emperador.

Esta forma de homenajear la dinastía imperial se extendió incluso a la hora de nombrar ciertos hoteles o locales de renombre. Todos recordaremos sin dificultad establecimientos como El Emperador Vienés, El Príncipe Heredero, El Archiduque e incluso Los Dos Archiduques. Y así, el dueño del hotel El Emperador Austriaco se sentía ciertamente superior a los simples propietarios de la posada La Rosa Blanca o el restaurante El Sol, quienes, por su parte, se recriminaban para sus adentros que no se les hubiera ocurrido a ellos antes, y que hubieran permitido que se les anticiparan.

Con frecuencia, sin embargo, se trataba de un homenaje de carácter más bien dudoso como cuando, a modo de ejemplo, se comentaba que en El Emperador Austriaco se jugaban grandes sumas a las cartas o que El Príncipe Heredero era un nido de juerguistas que, a

causa del vino, perdían fortuna y honor.

Cierto es que había también patriotas que no se dejaban arrastrar por la idolatría a la casa imperial y para quienes eran más preciadas y cercanas a sus principios denominaciones como El Tilo Checo, La Corona Checa o La Corte Checa.

E incluso había muchos a quienes este tipo de nombres les sabía a poco y se remontaban al pasado nacional para escoger denominaciones a su gusto. No había necesidad de solicitar permiso alguno y, además, cuanto más distinguida fuera la persona homenajeada, más lo habían de valorar nuestros compatriotas y mayor había de ser el número de litros que estos consumirían del pan líquido checo: la cerveza. Y así fue cómo una buena parte de nuestra historia, y especialmente la más gloriosa, se nos quedó grabada en los ojos y las bocas, inseparablemente unida a nuestros locales más acogedores. No resulta infrecuente, a modo de ejemplo, dar con la taberna Carlos IV, rey checo este que, a buen seguro, no tenía nada en común con esos admiradores de su nombre que, con una jarra bien llena en las manos, perpetran estériles conversaciones. De una especial popularidad goza la época husita, fuente de un sinnúmero de sobresalientes personajes históricos convertidos en tabernas en la convicción de que son inmejorable expresión del sentimiento patriótico, el mayor de los homenajes posibles para, por ejemplo, Jan Žižka de Trocnov, nuestro guerrero de Dios por antonomasia, y para varios de sus seguidores. En este sentido, resulta digna de mención la taberna Milíč de Kroměříž, en memoria de un hombre que renegó toda su existencia del alcohol, que vivió en la pobreza y la modestia más severas, y que se guardaba por completo de la carne y el vino. A lo largo de su vida, de intachable virtud, se dedicó a desviar a sus semejantes del camino de la perdición y a salvar a las meretrices de sus inmorales prácticas. Actos estos por los que debía ser recompensado, qué duda cabe, con una taberna de mala muerte con su nombre.

El colmo de la irrespetuosidad y una auténtica humillación para con el personaje más popular de la nación checa, devoto de la verdad auténtica, de la inmaculada moral, santo en la vida y en la muerte, es el mesón Maestro Jan Hus. Resulta inconcebible el modo en que nuestro pueblo honra a sus prohombres, a los que siempre, sin

excepción, deberíamos observar con reverencial respeto, así como rememorar en silencio sus vidas, sus ideas y sus actos, alentando de este modo en nuestro interior el propósito de perpetuación de la magnanimidad, abnegación, altruismo y demás virtudes que los convirtieron en inmortales.

Por lo demás, tampoco resulta extraño bautizar las tabernas con el nombre de los más destacados escritores de nuestro reciente pasado, como Jan Neruda o Karel Havlíček Borovský.

Si uno se pasea por Praga y sus suburbios, y entre estos por uno muy especialmente, se encuentra con un sinfín de tabernas con nombres tan queridos, memorables y célebres entre los checos que resulta necesario detenerse a reflexionar sobre nuestra falta de delicadeza, nuestra ignorancia y nuestra deshonra para con el glorioso pasado de nuestra patria.

Este no debería ser el modo de honrar la memoria de los mejores y más notorios hombres que nuestra nación ha dado. Y si afirmamos que ha llegado la hora de realizar una depuración y un renacimiento moral, debemos hacerlo también en relación con los gloriosos y memorables nombres de nuestra historia, ¡defendamos su integridad!

Nuestros antepasados sabían denominar sus tabernas de un modo más apropiado: El Caballito, El León, El Ciervo, El Buey Negro, El Zorro Verde, El Águila, El Ganso Dorado, El Cisne Blanco, El Cangrejo, La Rana Verde, La Rosa Blanca, La Uva Azul, El Árbol Verde, El Barril Dorado, La Crucecita, El Molinete, La Rueda Rota, etc. Las tabernas como Port Arthur, Pleven, Alegría, María o Hacašprnda disfrutan de denominaciones apropiadas para cualquier época; todo lo contrario cabe afirmar de Jan Neruda, Jan Žižka y, muy especialmente, de Maestro Jan Hus.

Lipnice, a 6 de noviembre de 1922

Muy honorable profesor:

Antes de nada, tenga a bien recibir el más cordial de los saludos desde esta nuestra región, que, sin ser sustancialmente rica, rebosa hermosura. Me supone una enorme alegría poder transmitirle, sin faltar un ápice a la verdad, la elevada estima que aquí se tiene de su extraordinaria obra. Créame cuando le aseguro que no hablo únicamente en mi nombre, el humilde director de la escuela del pueblo: su noble labor en el campo del pensamiento nacional y sus reconfortantes frutos literarios son, bien lo sé, acogidos con una nada desdeñable estima incluso en los círculos más elevados y, muy especialmente, entre políticos y profesores de las ciudades, tanto grandes como pequeñas, de toda nuestra región.

Por otra parte, no me cabe la menor duda de que le causará satisfacción saber que también el alumnado del nivel de enseñanza obligatorio está bien familiarizado con aquellos de sus poemas a ellos destinados. En el futuro, no será uno sino varios de sus logrados versos los que brotarán de los labios de los ahora aún pequeños revoltosos. Y lo harán de forma totalmente espontánea (!) debo subrayar. Y paso, al fin, a presentarme, si bien, en realidad, ya conoce lo fundamental de mi persona; tan solo faltaría, con su permiso, añadir mi nombre: Bohuslav Pavel. Soy, desde hace ya tres años, el director de la escuela de primaria de Lipnice, localidad cercana a Světlá.

Paso ahora a detallar el motivo de mi escrito. Me dirijo a usted para preguntarle, con el mayor de los respetos, si el Comité para el Ensalzamiento de la Literatura y las Letras Checoslovacas, que su digna persona dirige en la actualidad, no podría actuar en favor de un escritor que en este momento reside aquí. Se trata de Jaroslav Hašek, ingenioso humorista cuyo nombre muy probablemente no le sea desconocido. Se me ha ocurrido, por ejemplo, si no podría convertirse en uno de los emisarios que, según he podido leer, su

honorable persona está considerando establecer con la finalidad de difundir las ideas del paneslavismo. Al tratarse de un hombre que domina excelsamente varias lenguas europeas —incluida la rusa— por escrito y de viva voz, se me antoja que esta misión es especialmente apropiada para él. O, en su caso, si no sería posible encontrarle otra posición igualmente adecuada.

Cabe la posibilidad de que se esté preguntando, no sin extrañeza, por qué alguien como yo, un profesor de pueblo y un simple vecino de Jaroslav Hašek, se preocupa de este modo por su situación. En realidad, no me une a él nada más que nuestra breve vecindad aquí en Lipnice. No hay ninguna relación familiar, ni ciertamente de amistad entre nosotros. Debo, así, reconocer que la única razón que me empuja a escribir estas osadas líneas es mi propio abatimiento. Soy de la opinión que una persona de los conocimientos y el talento de Hašek debería tener la oportunidad de desarrollar sus capacidades como se merece y que, además, habría de ser así por el propio bien de nuestro Estado. Nuestra joven República, estoy plenamente convencido de ello, no debería desdeñar precipitadamente ningún talento, incluido, qué duda cabe, el de Hašek.

Soy perfectamente consciente, sin embargo, de que su reputación se ha visto empañada, aparentemente con razón (si bien, a mi juicio, de forma ponderada), por no pocos escándalos. Especialmente difíciles de justificar son sus excesos ocasionales derivados de la desmesurada ingesta de alcohol. A pesar de ello, se me antoja una persona aplicada y trabajadora. Además, considero que, si el susodicho dispusiera de un empleo suficientemente serio y con sentido, sería capaz de dejar atrás con éxito los excesos y ejercer su labor con firmeza.

En la parte final de esta misiva, me tomo la libertad de apuntar una cuestión que acaso no sea baladí. Durante ya hace más de un año, Hašek trabaja en su nueva novela Las aventuras del buen soldado Švejk, que, como es posible que su honorable persona haya advertido, ya se ha venido publicando por entregas (actualmente en la destacada editorial praguense Synek). Si bien resulta innegable que hasta ahora habría sido posible reprochar a Hašek, no del todo sin motivo, cierta ligereza o falta de seriedad en sus textos

exclusivamente humorísticos, hoy me atrevería a afirmar que estos defectos forman parte del pasado. A mi juicio, y aun cuando pueda seguir pareciéndoselo a un lector no instruido tras una somera ojeada, en su última novela esta cuestión ha dado un giro de 180 grados. El envoltorio de esta obra, por lo demás muy divertida, oculta un interior de un carácter sustancialmente más serio. En el supuesto de que la novela de Švejk haya escapado hasta el momento a su distinguida atención, me tomaría la libertad de recomendársela como, de acuerdo con mi convicción más cabal, una lograda obra satírica en la que, a través del humor, se tratan situaciones que van más allá de la guerra. El antiguo (y podrido) régimen monárquico en su conjunto y toda la época en la que carecíamos de libertad encuentran aquí un reflejo no precisamente complaciente.

Acaso no me tome demasiado a mal mi osadía al expresar que son libros como este —precisamente como este— lo que nuestra República necesita. ¡No dejemos que la risa nos confunda! No le resta ni un ápice al heroísmo de Masaryk ni de los legionarios de la batalla de Zborov (por lo demás, seguro que está al corriente de que también Hašek, con anterioridad a sus capítulos menos lisonjeros, empuñó el fusil con honra); al contrario, el escritor trata, a su manera, de enriquecerlo.

No quiero cerrar esta carta sin darle las gracias de todo corazón. Le ruego que acepte mis disculpas por el tiempo robado, el tiempo de un hombre excepcional y, sin duda, sumamente ocupado.

Reciba mi más profunda consideración y admiración,

Bohuslav Pavel

Director de la escuela de Lipnice

Praga, a 12 de noviembre de 1922

Estimado señor director:

Le agradezco su extensa carta, en muchos sentidos verdaderamente inspiradora, que, no me cabe la menor duda al respecto, está guiada por la mejor de las intenciones. Soy perfectamente consciente de la importancia que, para nuestra juventud, nuestra patria y nuestro Estado, tiene la labor que realizan usted y la gente que se le asemeja. Me invade el respeto y una sincera alegría al reconocer en su persona a un hombre completamente entregado a la causa colectiva. O mucho me equivoco, o resulta del todo innecesario convencerlo de la enorme necesidad que tenemos de ciudadanos tan trabajadores y honestos como usted.

Con un gozo aún mayor y no poca humildad, he recibido, asimismo, su opinión y agradecimiento ad conto de mi humilde trabajo, el cual he creado y seguiré tratando de crear en el campo —tan estimado por ambos y, en ocasiones, aún tan pedregoso— de la idea nacional.

No soy tan soberbio como para considerar su tiempo menos valioso que el mío propio. De ahí que me permita abordar sin ambages el quid fáustico, es decir, el propio contenido de su misiva. El nombre de Jaroslav Hašek no me resulta, desde luego, desconocido. Por desgracia, debo añadir... Por desgracia. Pero no adelantemos acontecimientos. Antes de nada, considero imprescindible aclararle que nos hallamos ante un más que evidente malentendido. Nuestra sociedad, constituida aún hace menos de un año —y me refiero específicamente al Comité para el Ensalzamiento de la Literatura y las Letras Checoslovacas— carece por completo de ánimo de lucro y, lógicamente, no dispone apenas de recursos financieros con los que asumir libremente según qué desembolsos. La función de los emisarios, cuya capacidad e influencia habrán de favorecer en el futuro la tan necesaria divulgación de la idea de paneslavismo, fue concebida en su nacimiento, y sigue siéndolo en la actualidad, como

una función meramente honoraria, que no acarrea, por tanto, compensación económica alguna por nuestra parte. Exactamente lo mismo cabe afirmar del resto de posiciones de nuestra sociedad a la que, a pesar de ello, le auguro un futuro prometedor. Todo noble y significativo esfuerzo, al igual que ocurriera en tantos momentos de nuestro turbulento pasado, debe hundir sus raíces en el entusiasmo patriótico y la buena voluntad. Resulta bastante probable que esta breve, pero, por desgracia, veraz explicación acerca de nuestra, de momento, no demasiado idílica situación lo haya decepcionado. Por otra parte, surge la cuestión de si, a fin de cuentas, no es precisamente este difícil estado de las cosas el mejor modo de separar el grano de la paja en este campo tan grave, con frecuencia incluso trágico, del destino de nuestra nación. Acaso solo así habrá de mantenerse en una pureza sacra, a salvo de las sucias huellas de los bajos intereses materiales que, según parece, pisotean nuestros aspiraciones e ideales con cada vez mayor fuerza.

Le ruego disculpe a este exasperado anciano por demorarse en todos y cada uno de los detalles, un defecto tan frecuente a esta edad mía y que acaso le resulte molesto. No tenía intención de robarle el tiempo y, sin embargo, no he logrado contenerme. Volvamos, sin embargo, al asunto en cuestión. Volvamos, sí.

En lo relativo a «su» Jaroslav Hašek, no me es posible —y créame, por favor, que he tratado con toda mi alma de entender su punto de vista— estar de acuerdo con usted. Creo no equivocarme al afirmar que tanto el hombre como los dudosos frutos de su trabajo me son perfectamente conocidos. Y es precisamente por esta razón por lo que debo decir: ¡no, no y cien veces no! Aun en el supuesto de que nuestra sociedad dispusiera de los medios suficientes, jamás elegiría de emisario (y créame que no soy el único) a semejante individuo.

Lo llama escritor, mas esta expresión surge de su bondadoso corazón y de su descomunal benevolencia habituada a tratar con el revoltoso alumnado. Nada más lejos de mi intención que cuestionar en lo más mínimo su buen juicio, basado en la indudablemente valiosísima experiencia de un hombre de «labor menuda»... Sin embargo, debo afirmarlo: ¡Hašek no es escritor! O, al menos, no un escritor digno de tal nombre en el sentido puramente ideal de la palabra, en el modo en que un miembro de la joven intelectualidad

auténticamente checoslovaca lo concibe y tiene la obligación de concebirlo. En modo alguno. Švejk no me es desconocido, ni siquiera ese nuevo, el que transcurre «durante la guerra mundial». Debo admitir que mi lectura de esta «obra» fue más bien superficial. Y, sin embargo, considero que fue más que suficiente. ¿Dónde, dígame, se halla la relevancia y la profundidad de su contenido? ¿Dónde el ideal? ¿Dónde el modelo para nuestra juventud? ¿Dónde un lenguaje hermoso, elevado y novedoso? Yo, y créame que no estoy solo en este asunto, en lugar de todo eso solo observo grosería y falsedad. Falsedad sobre nosotros, señor director, falsedad sobre nuestras más altas aspiraciones. Sobre nuestra gente. ¿Acaso somos así? No hallo en su obra ni un ápice de gravedad. Y lo que más me asombra es su aseveración de que la encuentra divertida. ¿Debería resultar graciosa? ¿A quién, me pregunto yo? ¿A las mozas de labranza? Aunque, bien pensado, ¿qué mujer con un mínimo de moral, incluso la más sencilla, habría de reírse con algo semejante? ¿No es acaso el humor —en su justa medida— el cálido beso de los antiguos dioses del sol? ¿El toque de sus vivificantes rayos? ¿Qué tienen en común esa inmundicia y nuestro pueblo? Incluso el hombre más sencillo conoce la dignidad.

Discúlpeme, se lo ruego, me he dejado llevar. Al fin y al cabo, no se trata tanto de Švejk, que será sí o sí olvidado en cuestión de días, sino de su autor, a quien debo volver a dirigir mi atención. Hace ya muchos años, en tiempos aún del imperio austriaco, tuve el «honor» de coincidir en un par de ocasiones con Hašek. En persona. Incluso una vez tuve la ocurrencia —en efecto, tan lejos estaba dispuesto a llegar— de invitarlo a colaborar en cierta producción literaria. Quería complacer así la petición de un puñado de mis algo atolondrados estudiantes. Sin embargo, fui advertido a tiempo por algunos colegas. Al menos, lo suficiente como para que, por fortuna, fuera a verlo antes de formularle la ya mentada invitación. Lo encontré en el barrio de Vinohrady junto con su pandilla, en un local de, cómo no, dudosa reputación. Estaban representando una suerte de obra teatral. Sin mucho éxito, debo añadir. Tampoco yo disfruté excesivamente de la experiencia. Aun así, por puro interés profesional, aguanté hasta el final. Es algo que nunca olvidaré. En un acto de imprudencia había invitado a mi prometida. No puede ni imaginarse cómo habría de arrepentirme después. La vergüenza que pasé. La pobre muchacha no se rio ni una sola vez. Y lo que es peor,

tras la representación, ambos tuvimos la desgracia de ver, sí, también mi Růženka, a Hašek vomitando... ¡En plena calle! Repugnante. Por lo demás, no tardó en llevárselo una patrulla de policía. ¿Qué tiene esto en común con la literatura? ¿Tendría la bondad de explicármelo?

No le faltaría razón si argumentara en su defensa que ha llovido mucho desde aquella noche. Sí, es cierto. Hašek era, por aquel entonces, un muchacho joven y yo, por el contrario, un hombre en sus años de plenitud. Sin embargo, por lo que sé, el tiempo transcurrido no ha mejorado lo más mínimo su comportamiento. Más bien, al contrario. Estimado señor, que quede entre nosotros, pero aquella vez fui testigo de cosas aún peores y de las que tan solo el pudor y el buen gusto me impiden hablar. Pobre Růženka, qué penosa imagen de la literatura se formó aquella noche... Y con toda la razón del mundo.

Con el corazón en la mano, estimado director, con el mayor de los respetos y de las consideraciones por usted y su labor, le aseguro que Jaroslav Hašek no es la persona indicada para que desperdicie su preciado tiempo. Ha llegado a mis oídos de fuentes mejor informadas que su alcoholismo y ruina moral generalizada no han hecho más que agravarse con el paso de los años. A fin de cuentas, usted mismo admite algo similar. Y aun en el supuesto de que obviara —no me queda más remedio, el deber me anda ya llamando— el nefasto, al tiempo que absolutamente fundamental, capítulo de su compromiso con la causa bolchevique en la actual Rusia soviética —adjetivo este último a cuyo logro ha contribuido Hašek personalmente—, resulta del todo imposible obviar el plano puramente humano. Supongo que, quiera o no, estará al tanto de su bigamia, sobre la que, a causa de la ya mencionada escasez de tiempo, no me extenderé. El completo deterioro moral de Hašek es un asunto de sobra conocido. Y, en parte, lo es gracias a algunos de los que él denomina sus amigos. Estimado señor director, ¿acaso no ha escuchado que este personaje no asistió al funeral de su propia madre?

No quiero cerrar esta misiva sin disculparme por la decepción que —créame, siempre de buena voluntad y acaso por su mismo bien— debo haberle causado. Por su propio interés, el de un hombre a

todas luces honrado, un buen ciudadano de esta nuestra República, le ruego, sin que ello implique la más mínima sospecha respecto a su persona, lo siguiente: ¡manténgase alejado de tipos como Hašek!

Con el mayor de los respetos y suyo de todo corazón,

Prokop Radomír Duchoň

P.D. Como muestra de admiración por su postura comprometida con la ciudadanía, adjunto un cuadernito con mis, hasta el momento, últimos versos Volos ha despertado. Puede que le cause alegría saber que, según he descubierto casualmente, han sido nominados al premio Petr Chelčický de literatura. Me despido de nuevo, esta vez con las palabras La verdad triunfará (¡aunque no resulte una tarea sencilla!). Siempre suyo, P. R. D.

Ni fumar podía. Tanto la angustiaba el viento. Esa hambrienta loba que deambulaba alrededor. No era una treta para mantenerlo en casa. No se pudo acabar el pan, ni el café, que reposaba sobre la mesa, con la cuchara aún lacerando la taza. No quitó la nata que la leche había formado sobre él, no se atrevió. Incluso en ella veía aquel rostro salvaje. Sería mejor tirarla junto con el café por el fregadero. No lo hizo. No se acabó el cigarrillo, y eso sí era una lástima. Al menos lo había disfrutado un poco. Fijó la mirada en la ceniza. Reposaba junto al cenicero. Toda. El viento la había hecho volar sobre el mantel antes de dejarla caer. Tuvo una idea. Ya sabía lo que debía hacer. Primero, fue a buscar un vestido viejo y recortó un recuadro de tela blanca. Después, se acercó al dormitorio y recogió algunos cabellos de la almohada. Tanto suyos como de él. Regresó con ellos a la cocina. Lavó el cenicero y lo secó cuidadosamente con un paño a cuadros. A continuación, quemó en él los cabellos. Echó sobre la tela los escasos restos que había dejado el fuego. Para que la Hambrienta supiera a quién debía evitar. Añadió un poco de ceniza de la estufa para que reconociera incluso dónde vivían. Regresó al dormitorio con un cuchillo. Levantó su propia almohada, le quitó la funda y le hizo un leve corte. Buscó a tientas entre las plumas. No tardó en dar con una bolsita de brocado dorado, bordado en varios colores al estilo oriental. Desató el cordón y buscó con la mirada en su interior. Ahí estaba. Pero ya solo quedaba una. Solo una. La última piel de serpiente. Le asaltaron las dudas. La Hambrienta aulló en la chimenea. Golpeó la ventana. No le quedaba más remedio, debía hacerlo.

Colocó la mitad de la piel seca junto a la ceniza. Un valioso presente para la diablesa. Sabía cómo honrar a una invitada como aquella. Antes de hacer con la tela un hatillo, del tamaño de apenas un cuarto de la palma de su mano, escupió dentro. No tenía carne cruda en casa, pero sabía cómo apañárselas sin ella. Se hizo un corte en el pulgar, bastaba con uno imperceptible. Lo suficiente como para poder ungir el hatillo con un poco de sangre. Después, cortó una rebanada de pan. Le quitó la miga y envolvió con ella el hatillo. Todo había quedado reducido a aquella bolita de pan que

sostenía en la mano. Menos mal que se ha ido, cayó en la cuenta. Estaría furioso. Discutirían. Qué bien que se hubiera marchado a la taberna.

Se vistió rápidamente. Metió la mano con la bolita en el bolsillo del abrigo. No se olvidó del cuchillo. Bajó la cuesta y, tras dejar atrás la taberna, giró a la derecha para, a la altura del cementerio, ascender con dificultad el cerro que se levantaba enfrente. Resbalaba por el camino embarrado. El viento cargado de lluvia le golpeaba el rostro. Hacía un tiempo inclemente. Al menos así nadie andaría deambulando por allí fuera. No querría tener que hablar con nadie en un momento como ese. No podría. No debía. Solo ella. Ella y la Sedienta. Trataba de no pensar en lo que despertaba su sed de aquella manera.

Arriba, detrás de la capilla derruida, hizo un agujero en el suelo con el cuchillo. Metió dentro la bolita y lo cubrió con barro. Dio vueltas alrededor sobre el pie izquierdo. Rodeó el lugar tres veces caminando hacia atrás.

—¡Para ti! —gritó al viento—. ¡Esto es para ti! ¡Para ti!

Hašek no volvió a casa hasta por la noche. La despertó. Resollaba como un cerdo. Su aspecto también recordaba a un cerdo. Olía a humo y la boca le apestaba a alcohol.

—¿No te da vergüenza, Jaroslávčik? ¿No te da vergüenza? —murmuró apenas.

No le había ocurrido nada. Había vuelto a casa. Pero no la dejaba en paz.

—¡La loba! ¡La loba! ¡La loba de moda! —aullaba—. La loba haciendo estragos y tú aquí roncando tan tranquila. No te entiendo. Porque sabes que roncas, ¿verdad, Šura? Que roncas como una bestia.

—Tú también, reina mía. Venga… hay que dormir.

—Como un cosaco. Como un oso de esos de tu país, de esa mierda helada vuestra. Tú también eres un oso. Jarma no roncaba,

¿entiendes? Nunca. Ella no roncaba. Era de Praga, de Vinohrady, de una buena familia. Jarma tenía educación. Hasta durmiendo tenía educación. Hasta sentada en el retrete la tenía. Siempre. Incluso su mierda tenía más educación que yo. Así que de ti mejor ni hablar.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te pones así, Jaroslávčik?

—¿Que qué ha pasado? De verdad lo preguntas. Desde bien temprano andas con tus malos augurios, dando por saco, no le dejas a uno ni un momento de tranquilidad. Gimoteas, metes miedo, asustas a la gente decente y...

—¿Gente decente? ¿Y eso qué significa? ¿Desde cuándo te interesas tú por la gente decente?

Šura se levantó. Fue a por un vaso de agua. Silencio. No quedaba ni rastro del viento. Al volver, estaba tumbado sobre la cama. Tal como lo había dejado. Seguía despierto y le costaba respirar. Se pasaría otra vez la noche en vela. Tenía los ojos cerrados y algunas gotitas de sudor sobre el rostro. La expresión de un niño asustado.

—Gente decente. No te reconozco. ¿Ha ocurrido algo?

Šura apagó la luz.

—Por supuesto. Tenías razón, como siempre. La muerte se ha cobrado su tributo.

—¿Cómo?

—La loba ha atacado. El cerdo de los Zelenka tiene mal rojo. Está muerto.

Se durmió casi al amanecer y no se despertó cuando llamaron a la puerta a media mañana. Tuvo que ir ella a abrir. De todas formas, llevaba mucho rato levantada. Era el hombre de abajo, el de la última casa junto al camino que va a Okrouhlice. Uno escuálido y encorvado, lo conocía, sí, pero no lograba recordar cómo se llamaba. Aquella mañana le pareció más encorvado que de costumbre. Venía a ver a Hašek. Como todos los que iban hasta allí, con la única excepción de Ašulinka. A ver al señor Hašek. Al escuchar que aún estaba durmiendo... No, no dijo que estuviera durmiendo, dijo que no se encontraba bien. El hombre se disculpó, no quería molestar. Vendría en otro momento. Solo le rogaba que fuera tan amable de comunicarle al señor Hašek que tanto él como su mujer le daban las gracias. Y que nunca dejarían de estarle agradecidos. Incluso en ese momento, cuando había ocurrido lo que nunca debería haber ocurrido. Y que, como Rudolfek había muerto la víspera, que ya no iban a necesitar su ayuda.

—Sabe usted, nosotros nunca le pedimos nada, no nos habríamos atrevido. Fue él mismo... Dígaselo, por favor, de mi parte... Volveré otro día, cuando el señor Hašek se encuentre mejor.

Ahora se acordaba. Rudolfek era el muchacho al que Jaroslávčik pagaba los estudios. No sabía cuánto le enviaba. Le preguntó al hombre si Hašek ya lo sabía. Si sabía que el muchacho había muerto. ¿O se lo tenía que comunicar ella? Le respondió que sí, que lo sabía. Su mujer había ido corriendo por la tarde a la taberna La Corona. Pensaban que el señor Hašek estaría allí. Y así había sido. Se lo había dicho, pero, ya se podía imaginar, estaba alterada. No le había dado las gracias como es debido.

Le cortaron el pescuezo,

ni un grito pegó el buen cerdo.

Viejo cerdo de la suegra,

que por poco se la cuela.

Lo persiguieron con palos

alrededor del establo.

Con un buey lo confundieron,

no se salvó por un pelo...

—¿Qué haces? ¿Escribes Švejk? Perdona, yo solo…

—¿Por? ¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—No, no, nada, yo solo...

—Déjame, por favor. Si no es importante, déjame.

—¿Y en la taberna? ¿Cuando todo el mundo está gritando? ¿Allí sí puedes? ¿No te molesta?

—Es distinto. Venga, ¿qué ocurre?

—Nada.

Šura se marcha. Arruga el papel. Lo tira. Después se pone a escribir Švejk. Acaba un fragmento, pero luego lo deja. La obra de teatro. Lo prometido es deuda, así que debería escribirla. Al menos un ratito. Un cerdo. Mejor una cerda. La cerda de la suegra. Eso podría gustarles. Aunque quizá se sintiesen ofendidos. ¿Ofendidos? ¿Por qué? Es gracioso. Cada vez que se acordaba de ese hombre, le venía a la mente un cerdo. De una u otra manera. Pero eso no es culpa de

Mašek. Cuando se ve a sí mismo por error en el espejo, le viene la misma idea a la mente. Incluso en la matanza estuvo hablando de cerdos. Claro que, por otra parte, de qué habría de hacerlo si no. No da discursos en las inauguraciones de monumentos a la memoria de los caídos precisamente. No lo invitan y sus razones tendrán. Cerdo tras cerdo. Todo el tiempo, constantemente. ¿Es porque hace el tonto? ¿Porque no se comporta como debería? ¿O será quizá porque toda la sociedad checa es un poco porcina? ¿Y la alemana? ¿Y la austriaca? Zampar, beber, zampar, beber... ¿Qué podría decir él al respecto? ¿Acaso comienza a enloquecer? Le duele el estómago. A causa de todos esos cerdos que se ha comido a lo largo de su vida. ¿Cuántos serían si los hubiera contado? ¿Y si el vientre tuviera conciencia? Al menos aquí, en Europa central. En Europa ventral, como quien dijera. Y, sin embargo, él carece de conciencia. Todo el mundo lo sabe.

Transcribe sobre el papel una canción que le gusta especialmente. Alabín, alabán, Dios no nos tirará. Si nos tira al barro, al final nos levantará... Si nos tira al matorral, al final nos sacará. Alabín, alabán, Dios no nos tirará... Venga, un poco de Švejk. Y de Jurajda. La obrita de teatro, mañana. O quizá luego por la tarde.

Un gordo borracho. Todo reluciente. Pobre, pero gordo. No, ya no es pobre. Se ha comprado una casita. Con lo de Švejk. Y ahora está feliz. Ya no es pobre, solo gordo. No tiene nada, pero tiene una casita. Aunque en Lipnice todo el mundo tiene una. Incluso Ferda Progreso.

Un revolucionario. ¿Dónde quedó todo aquello? ¿Y por qué? El fantasma del comunismo recorre Europa. Es cierto. Él lo ha visto.

Habían mandado a Tonda a por cerveza. Estaba contento. No porque lo hubieran mandado a un recado, pero si lo mandaban, al menos que fuera a por cerveza. Llevaba la jarra, estaba a la vista de todos, así no tendría que ir dando explicaciones a nadie. Sobre todo, a Hašek, en el caso de que, por casualidad, estuviera en la taberna y, por casualidad, quisiera volver a molestarlo.

Efectivamente, estaba en la taberna. Y, para colmo, con su señora esa rusa... Se debe pasar allí media vida, pensó. La abuela le ha dicho que no hace otra cosa que beber cerveza en la taberna. E incitar a la gente decente de Lipnice al pecado. Eso le ha dicho la abuela. Que ya hasta al señor director de la escuela lo habían visto bebiendo con él. Tonda no se lo acaba de creer. El señor director solo bebe agua e infusión de tilo. Es mejor ignorar a ese cerdo, eso le había dicho la abuela. En referencia a Hašek, no al señor director. Y, desde luego, él piensa ignorarlo.

Saludó y se dedicó a lo suyo. Mejor no mirar mucho alrededor. Mientras esperaba a que Invald le tirara la cerveza, estuvo observando cómo del otro grifo caían algunas gotas que formaban charquitos sobre la barra y cómo, sobre el cuerpo plateado del grifo, también chocaban gotas de agua entre sí. Cómo una gota de agua alcanzaba a veces a otra, cómo se unían y, ya juntas, se lanzaban aún más deprisa en busca de las demás. A mayor número de gotas, mayor la velocidad a la que caían. Tonda no era el único en observar las gotas, desde la pared le hacía compañía el presidente libertador. ¡Qué vergüenza colgar su retrato en un antro como ese! Panda de borrachos. El señor presidente los echaría a todos de allí a patadas, decía la abuela. Cómo podía saber ella que lo tenían allí colgado si en su vida había puesto un pie en la taberna era todo un misterio para Tonda. Tampoco estaría muy feliz de saber que a Tonda lo habían mandado a por cerveza. El señor director decía que el presidente no tocaba el alcohol y que también él, el director, siguiendo sus pasos, había dejado en su honor las bebidas alcohólicas de todo tipo. Antes, según les contaba a los alumnos, se bebía cuatro cervezas al año. Una por carnaval, la segunda por la feria, la tercera el día del patrón y la cuarta en Navidad. Sin embargo, cuando Tomáš Garrigue Masaryk se convirtió en el

padrecito de la patria, el director dejó la bebida por completo con el fin de demostrar que era digno del señor presidente.

Durante mucho tiempo el segundo nombre del presidente había intrigado a Tonda. Hasta el día en que se le ocurrió comentar en casa que el Garrigue ese era como de perro, que sonaba exactamente como el nombre de un perro. Y que por qué entonces... Su padre le soltó un bofetón. Qué perro ni qué perro. Se trataba del apellido de soltera de su esposa. Lo llevaba por ella. Pues que hiciera con su nombre lo que le diera la gana. A él le importaba un bledo Masaryk, y también su mujer y sus perros.

—¡Acércate un momento!

Ya estamos.

—¡Tonda! Eres Tonda, ¿no? Acércate.

No sabía qué hacer.

—Entonces, hoy...

—Hoy he venido a por cerveza —dijo casi a gritos.

—Ya lo veo, ya. La última vez no tenías tiempo, pero hoy... ¿Qué dices?

De nuevo se quedó sin palabras. Observaba con cara de pánfilo cómo se acababan el almuerzo.

—Lexa, hazle una salchicha. Será cosa de un segundo. Antes de que te acabe de tirar la cerveza... Quieres, ¿no? Te debo una.

¡Una salchicha!

—Entonces, ¿qué? Siéntate, anda. No le tienes miedo, ¿verdad? No te va a morder. Además, estaba a punto de irse, ¿a que sí, Šura? Voy a hacer las presentaciones. Este es Tonda y esta de aquí, Tonda, es la princesa Alexandra Lvova.

¿Princesa? Sonrió levemente. Debía de ser un chiste, aunque tampoco estaba seguro.

—¿No te lo crees?

Afortunadamente, trajeron la salchicha.

—Mejor no creérselo, haces bien. Venga, come, que no se te enfríe. La señora no te va a morder. Aunque podría. En realidad, no es una princesa, sino una salvaje de Siberia, de la tribu Cojo-Como. Samoyedos. Por si no lo sabías, los samoyedos son célebres por sus prácticas caníbales. En serio. Pero tampoco es como para tenerle miedo, hace ya meses que prefiere comer cerdo. Y ahora ya ni le hace ascos al pollo cuando no le queda más remedio. Me costó lo suyo domesticarla e incluso civilizarla un poco. Pero el esfuerzo ha merecido la pena.

Šura no decía nada. Tonda, por si acaso, intentaba no mirarla directamente, aunque con el rabillo del ojo pudo ser testigo de cómo arrancaba con los dientes los restos de carne de un muslo de pollo. Sujetaba el hueso con la mano y los ojos le brillaban con ferocidad, o al menos eso le pareció.

—¿Quieres saber cómo nos conocimos? Te lo puedo contar, no hay problema. En realidad, la cacé.

Šura apartó su plato.

—Me voy. Tú querías escribir, ¿no?. Paga y vete.

Se marchó. Tonda recuperó el ánimo.

—¿Cómo fue? —preguntó—. ¿Cómo la cazó?

—Continuaremos la próxima vez —contestó—. Tiene razón, debo escribir. Pásate por casa algún día si te apetece. Te contaré el resto de la historia. O te prestaré Tarzán, si es que lo encuentro.

Debía escribir. Parecía algo lógico, tratándose de un escritor. Y, aun así, tenía la sensación de que, de pronto, ya no le divertía contar esa historia. Desde el mismo momento en que ella se había marchado.

—¿Conoces Tarzán?

Negó con la cabeza.

—No lo tenéis entre las lecturas de la escuela, ¿verdad? Lo escribió mi amigo Matěj Kuděj. En serio, yo nunca miento, de lo que, sin duda, ya te habrás dado cuenta por ti mismo. Bueno, lo tradujo, del inglés. Y es una verdad tan verdadera como que tengo a Masaryk sobre mí. Lexa, hazle un poco más de espuma o se le va a caer el pelo al muchacho.

—De la paliza hoy ya no me libra nadie, es tardísimo. Me espera una buena.

—Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos: que Jehová tu dios es el que va contigo, no te dejará ni te desamparará.

Ya le estaba tomando el pelo otra vez.

—Usted tampoco está.

¿Dónde?

—Entre las lecturas de la escuela.

—¿Yo? Muchacho, tendría que ser todo un cagamieles para que me incluyeran en la lista de lecturas.

Tonda no sabía si entendía bien el significado de esa palabra. Era la primera vez que la oía. Pero no quería preguntar para no quedar como un idiota. Bastante tenía con lo de Tarzán. Cagamieles. ¿Qué podría significar?

Había pasado un año desde la muerte de Pokorná. Ferda acompañó el cortejo fúnebre. Fue una procesión breve, el cementerio no estaba a más de doscientos pasos. Desde entonces apenas salía de casa. A veces iba a por alcohol y a comprar lo imprescindible. Se había comido todos los conejos. Bueno, ojalá realmente se los hubiera comido: se comentaba que se habían muerto de hambre. No había sobrevivido ni el perro. Probablemente también se había muerto de hambre. Lo había dejado tirado varios días en su caseta. Solo cuando un vecino, a causa de las moscas y el hedor, fue a romperle la cara, se deshizo finalmente del cadáver. La hierba ya apenas crecía en el patio, se la habían comido las gallinas antes de que también a ellas les llegara su hora. No quedaron más que un par de parches verdes por aquí y por allá. Junto a la valla crecía algo de mala hierba. Compartían el barro bolsas caídas, cubos oxidados con el fondo agujereado, una carretilla rota y varias ruedas más que a saber de dónde habían salido. Sobre una cuerda para tender ya podrida podían aún verse algunas piezas de ropa tal y como las había colgado Pokorná antes de sufrir el infarto.

Tan solo el gato y dos patos habían sobrevivido a aquel armagedón. Los patos estaban sucios y escuálidos. Daban vueltas y más vueltas por el patio en busca de algo que llevarse al pico. En algunas ocasiones realmente excepcionales, Ferda les tiraba por la ventana pieles de patatas cocidas o una montañita de cualquier otra sobra. Se lanzaban agradecidos hacia semejante tesoro para, a continuación, seguir balanceándose en su avanzar sin fin a lo largo y ancho de aquel lugar. En realidad, se trataba de un pato y una pata. A veces, el macho aún era capaz de reunir las fuerzas necesarias como para saltar sobre la montaña de tablas que se descomponían en mitad del patio, hinchar el pecho y mirar a su alrededor como buscando de dónde habría de venir su salvación. Sin emitir ni un solo sonido, extendía las alas y las agitaba un par de veces. Después, volvía a bajar al barro junto a su última compañera. Quizá se tratara de una demostración de fuerza, por el gato. Pero probablemente no fuera más que una vieja costumbre.

El gato nunca atacaba a los patos. Se conocían y se evitaban mutuamente dando un gran rodeo, que, en medio de toda aquella

miseria, producía una sensación extraña, casi cortés. El gato era, con mucha diferencia, al que mejor le iba de los tres. Ni siquiera había adelgazado demasiado. Los ratones no habían desaparecido, más bien al contrario. Además, ahora abundaban las ratas. Aparte de esto, no estaba atado a aquel lugar. Era una criatura autosuficiente, como lo son todos los gatos. Si regresaba era solo por voluntad propia, siendo perfectamente consciente de que ya nadie le ofrecería leche, puesto que la mujer que a veces le rascaba detrás de las orejas se había hartado de todo aquello y hacía tiempo que se había marchado a un sitio mejor. Seguro que la echaba en falta, pero tampoco podía sorprenderlo que no hubiera querido seguir allí.

En medio del barro y la peste se acicalaba todos los días su rojizo pelaje. Lo hacía con la mayor solemnidad, sin prisa alguna y a conciencia. Hašek no sabría decir si esa imagen lo movía al llanto o a la risa. Era un auténtico ignorante en el tema de la vanidad.

Le lanzó un trozo de salchicha y se marchó de allí tan rápido como sus pies hinchados le permitieron.

El párroco volvió a inclinarse sobre la cunita para hacerle la señal de la cruz al bebé sobre la frente.

—No es tan repugnante como la mayoría de los niños —dijo pensativo sin mirar siquiera al ama de casa. A través de la ventana que daba al jardín siguió con la mirada a dos carboneros que revoloteaban peleándose por un trozo de sebo. Él mismo lo había colgado de un manzano la víspera. No se volvió hacia la mujer hasta que esta estalló en un llanto. Sí, estalló, no podía expresarlo de otro modo. Temblaba de arriba abajo. Por Dios, otra vez con el teatrito ese. En su mente había sonado a halago, aunque debía reconocer que quizá no lo había expresado de la mejor manera posible.

—Sobre todo no llores, por favor. Sabes de sobra a qué me refería. ¿O es que acaso no has visto nunca un recién nacido?

Ni una palabra. Su única respuesta fue colocarse al niño en el regazo, estrujarlo contra el rostro empapado por las lágrimas y zarandearlo hasta que también él rompió a llorar.

—A ver, los niños son terriblemente feos, los pequeñitos. Arrugados y medio morados... Soy yo el que debería llorar. La que nos espera.

Nada. Pensó que lo mejor sería arreglarse y salir. Dio un par de pasos indecisos hacia el comedero. Entre los dos carboneros se había entrometido un trepador, motivo de un nuevo alboroto, por un pedazo de comida. Las aves del cielo no tienen juicio. Se trataba de su propia sobrina. Dios era testigo de que no sabía cocinar. Había acogido a esa avinagrada solterona en la casa parroquial más por compasión que por otra cosa. Lo habían traslado a Lipnice para frenar la decadencia moral del lugar. Disfrutaba de un buen nombre, de una sólida reputación. Desde luego, no estaba dispuesto a organizar veladas de la juventud católica como su predecesor. Y ahora el niño. Y aún irían diciendo por ahí que era suyo. No le cabía duda de que había quien lo decía. Hasta la más baja de las vilezas se le puede atribuir alegremente a un cura. A uno católico, claro... Era algo de esperar, allí, en Bohemia.

Ni siquiera le había preguntado cómo había sucedido. Prefería no saberlo. Una inmensa contrariedad, inmensa. Pero tampoco iba a echarla a la calle por ello. Si al menos no fuera tan insufrible. Desde que nació el bebé, no había quien la soportara. Se había apoderado de ella una suerte de extraña histeria, no hacía más que llorar y llorar. Todavía no lo había inscrito en el registro. Confiaba en que recuperase un mínimo de cordura y le confesara quién era el padre del niño, probablemente en vano. Tendría que escribir «padre desconocido». No iba a preguntarle una tercera vez, no podría soportar otra de sus lastimeras escenitas. Noviembre, octubre, septiembre... Contó hasta llegar a marzo. ¿Qué había ocurrido en marzo? ¿Y qué podría haber ocurrido? Más frío que en Siberia. ¿Algo más? A mediados de marzo había vuelto a nevar, en Semana Santa todavía quedaban rastros de nieve por algunas partes. Querían encalar, pero por culpa de las heladas lo habían retrasado un mes. Se había sentido contrariado por no tenerlo acabado antes de la Semana Santa. También había ido a visitarlo el obispo. Un acontecimiento extraordinario, incluso pasó la noche en la casa parroquial. Un hombre espléndido, modesto, que no miraba a nadie por encima del hombro. Como debía ser. Oficiaron una misa juntos y por la noche estuvieron charlando tan a gusto. Él, su Excelencia y, claro, el alcalde, que no podía perderse semejante ocasión. Sentía una profunda gratitud, uno allí no tenía realmente con quién conversar. Semana Santa, el obispo, el funeral de la anciana Jarešová, el funeral de Pokorná... Nada de aquello tenía sentido. Al final habrá sido el Espíritu Santo. Sonrió con una mueca agria. También él se estaba volviendo vulgar allí.

El trepador era un pájaro hermoso. Elegante. Una vez, en verano, había visto una abubilla. Bastante de cerca. Un auténtico deleite, una criatura de Dios. Dudarlo sería necedad. Le gustaba pensar en ese pajarito cuando le entraban dudas. Una belleza, una inmensa belleza. Aunque se comentaba que olía terriblemente mal, la abubilla. Se dirigió hacia la taberna La Corona, para almorzar, de momento la ama no era capaz de cocinar. De acuerdo, olía mal, ¿y qué? Quien busque fragancias que recoja violetas. Junto a la barra vio la figura de Hašek. Lo que faltaba. Un mal día. El escritor le sonrió amistosamente. A mí no me engañas, pensó. Siempre con esa inocente expresión infantil, ese rostro plácido de bebé bien alimentado. Pero, luego, cuando menos te lo esperas... La asociación

de ideas hizo que comenzara a dolerle el estómago. Trató de devolverle la sonrisa.

—¿No se toma una conmigo? ¡Lo invito!

—No, no, gracias. Ahora no. Pero venga a verme algún día a la casa parroquial, allí tampoco se pasa sed.

¡Sancta simplicitas! ¿Cómo había podido ocurrírsele algo semejante? Sería por el hambre y aun así… Un mal día. ¿Y cuántos llevaba ya? Quizá al final no fuera a verlo. Si no podía ridiculizarlo públicamente, no le valdría la pena. No le parecería divertido.

Y, sin embargo, sí que fue a verlo. Esa misma tarde. Desde luego, bebía más de lo que resultaba saludable, y vino, además. Aunque no se pusieron de acuerdo en prácticamente nada, descubrió que no era algo que le quitara el sueño.

Una vieja a un viejo salvó.

El hecho en Rusia ocurrió,

el Día de San Basilio.

Quién a quién prestó auxilio,

se me lía en la mollera.

Basilio puede que fuera.

De Masaryk santo el día,

me voy a la vicaría.

En un gran fuego común,

arderán como Jan Hus.

Leyó por tercera vez el regalo de Hašek. No pudo evitar volver a

reírse. Después, con una sensación de culpa más bien leve, lo guardó cuidadosamente.

—Ha venido un muchacho. Tonda, dice que se llama. ¿Le digo que se vaya?

—No, no, que pase. Es el de la taberna, con el que estuve charlando. ¿No lo has reconocido?

—No, no lo he reconocido. Fue bonito escuchar que me como a la gente.

—Mujer, no seas así. Anda, hazlo pasar.

Saludó y se quedó de pie, desconcertado. No esperaba algo semejante.

—Así que has venido. Me alegro. No te molesta que esté tumbado, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No me molesta, pero si no se encuentra bien... Puedo volver otro día.

—¡Qué va! Quédate un rato. Vamos a tomarnos un té. Es solo que me duelen los pies, se me hinchan. Reúma. Es por el frío y la humedad, se me pasará. En primavera estaré como nuevo.

—Nuestra abuela también tiene reúma. Se da friegas en las rodillas con alcanfor o con aguardiente de hierbas. Pero no le ayuda mucho que digamos, por eso está todo el día de mal humor.

Se calló, quizá el comentario sobre su abuela no había sido muy afortunado. Él no era tan viejo. Pero ya era tarde. Por suerte no parecía que se hubiera ofendido.

—No me extraña, el dolor pone de mal humor hasta al más pintado.

—Es cierto, lo mismo me pasó a mí cuando me rompí el brazo. Me caí de un árbol y, al llegar a casa, para colmo, me llevé una buena paliza. Menuda forma de tirar el dinero, me dijeron. Encima se

pensaron que estaba robando.

—Y ¿estabas robando?

—No. ¿Para qué iba a robar manzanas? Tenemos de sobra en el huerto. Además, me caí de un abeto. Solo quería echar un vistazo desde arriba, nada más. Tenía las ramas más bajas como los peldaños de una escalera. Solo que una se partió. Caí a plomo. Me arañé la tripa de lo lindo, me hice sangre y todo.

—Tarzán, el personaje del que te hablé, ¡ese sí que sabía trepar por los árboles! Y saltar de uno a otro. El hombre mono.

—¿Me lo presta?

—Has venido más que nada por el libro, ya lo sé. Lo que pasa es que no lo tengo, no puedo encontrarlo. Perdona.

—Vaya. No pasa nada.

—Sí que pasa. Pero no te preocupes, voy a escribir a Matěj, ya sabes, a mi amigo. Le voy a escribir que lo traiga la próxima vez que venga. O que me lo mande. Pero lo más probable es que venga, me lo ha prometido. Vendrá cualquier día de estos.

Bebió un sorbo de té, con cuidado, para no manchar nada. Le habría gustado preguntarle a Hašek si no tenía una cama normal. Si de verdad era tan pobre. Saber por qué estaba tumbado sobre un colchón como en un campamento en mitad de la guerra. Pero habría sido de mala educación.

—¿Vio cadáveres? ¿Muchos cadáveres?

—¿Te refieres a durante la guerra?

—Yo solo he visto uno, a nuestro abuelo. Pero hace ya mucho tiempo, no lo recuerdo muy bien. Por eso me gustaría saber...

—¿Te he contado lo del oso?

—No, creo que no. ¿Usted no luchó?

—¿Y tu padre? ¿No fue a la guerra?

—Sí que fue.

—¿Y no te ha contado nada? Seguro que sí.

—No volvió. Lo mataron en Italia.

—Vaya. No lo sabía. Pensaba que tenías...

—Es mi padrastro.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Mi Ríša va a cumplir once.

—¿Quién es Ríša?

—Bueno, al asunto del oso. Ocurrió durante un traslado. Lejos, en el este, hay llanuras desérticas, pero también bosques frondosos, ríos bravos y un frío cruel casi todo el año. Y también fieras salvajes. ¡Vaya fieras tienen por allí! Animales así no nos los podemos ni imaginar aquí en Bohemia. Lobos e incluso tigres y osos. El oso, nunca lo olvides, es la bestia más insidiosa del mundo. ¿Sabes por qué? Porque su rostro carece de expresividad. Nunca puedes estar seguro de lo que está pensando un oso. Siempre tiene el mismo gesto. Con un tigre enseguida sabes a qué atenerte. Pero con un oso, no. Jamás. Puedes incluso tener la sensación de que es un animal amistoso, casi inofensivo. Un error que puede resultar fatal. Te engaña su cuerpo. No es el de una fiera aterradora. Pero corre a gran velocidad y hasta puede trepar a los árboles. No hay forma de escapar a un oso.

—Se le puede matar a tiros, ¿no?

—Desde luego, pero pobre de ti si fallas. Si no le das, eres hombre muerto. O, no lo quiera Dios, si solo lo hieres, entonces se pone furioso y... Ojalá nunca tengas que ver a un oso enfurecido.

—¿Usted sí lo ha visto?

—De ser así, no estaríamos aquí charlando juntos. Sin embargo, tengo una historia realmente pasmosa. Como te estaba diciendo, teníamos que trasladarnos de un punto a otro. Y ya sabes, allí las distancias son enormes. Marchas de la mañana a la noche. Helado hasta los huesos avanzas penosamente con la nieve por la cintura, el viento sopla con fuerza y apenas hay luz. Éramos cuatro, nos habíamos separado del resto de la tropa durante una tormenta de nieve. Estábamos perdidos. Al final, no nos quedó más remedio que pasar la noche en aquel lugar helado. En el linde del bosque descubrimos una cabaña de madera que alguien había construido allí. Quizá los leñadores, quizá los cazadores. También podría haber sido tranquilamente cosa de los buscadores de oro. Estaba medio derruida, había unos huecos entre los tablones por donde te cabía la mano entera. No era gran cosa, pero menos da una piedra. Hicimos una hoguera, no para preparar la cena, porque no teníamos provisiones, sino para calentarnos... Y por las fieras. Nos repartimos las guardias para mantenerla viva. Lo echamos a suertes. Me tocó ser el primero y, la verdad, me alegré: prefería pasar el mal trago cuanto antes. Mis compañeros se metieron en la cabaña y al instante se durmieron. Incluso con ese frío y muertos de hambre como estaban, tal era nuestro cansancio.

—Y fue entonces cuando ocurrió.

—¡Qué va! No ocurrió nada. La ventisca nos dio una tregua y quedó una noche bastante tranquila. Tranquila y clara. Aparecieron en el cielo las estrellas. No había visto tantas en toda mi vida. No pasaba nada, nada en absoluto... A excepción de aquellos sonidos procedentes del bosque, claro, tan aterradores que tenías que concentrarte para no cagarte en los únicos pantalones que tenías.

—¿Lobos?

—Sí, pero había algo más allí.

—¿Lo pudo ver?

—Pude ver sus ojos. Unos ojos amarillos verdosos brillando entre los árboles. Por suerte, gracias al fuego, no se atrevían a acercarse más. A las tres horas me relevó Jura. Y a él, tres horas más tarde, Karel. Pero para entonces yo ya estaba durmiendo y no me enteré

de nada... Hasta que oí el grito. Curiosamente, no me despertó al instante. Lo oí como en sueños, seguía durmiendo y pensé que el grito aquel formaba parte de mi sueño. Aunque, claro está, no era consciente de que estaba soñando. Fue entonces cuando los chicos me despertaron. Jura me zarandeó y Hans, que era el cuarto soldado, Hans ya estaba de pie junto a la puerta. Gritaba horrorizado.

—¡Un oso! ¿Había un oso?

—No, no había ningún oso, pero Karel había desaparecido. Encontramos huellas, de oso, por todas partes. Y otra huella, en realidad, una especie de surco en la nieve por donde había arrastrado a nuestro compañero. El oso nunca se come a su presa en el lugar donde lo caza. Ataca y se lleva a su víctima. Karel había cometido un error garrafal. Sucumbió al cansancio y la fatiga. Se quedó dormido. Permitió que se extinguiera el fuego. Se podría decir que a Karel le había hecho un flaco favor estar bien equipado. Llevaba las mejores botas y también el abrigo que más calentaba, no pasaba tanto frío como el resto del grupo. Incluso tenía una petaca de vodka que no compartía con nosotros, bebía solo, a escondidas, para que nadie lo viera. Por supuesto, nosotros lo sabíamos, pero nunca lo sacamos a relucir. Resumiendo, Karel se quedó dormido, el fuego se consumió y la tragedia estaba servida.

—¿Y no hicieron nada? ¿No trataron de salvarlo? No podían andar muy lejos si lo habían oído gritar.

—Por supuesto que lo intentamos. Nos echamos a correr tras las huellas a tanta velocidad como nos permitían la nieve y el viento. Lo llamamos a gritos, pero no escuchábamos ni nuestras propias voces. Logramos prenderles fuego a algunas ramas y las estuvimos agitando. Nada, todo en vano. Se acercaba el amanecer, el cielo comenzaba a clarear. Y menos mal, porque la ventisca no tardó en apagarnos las ramas. Ya estábamos a punto de rendirnos cuando, de pronto, justo delante de mí, veo que de un buen montón de nieve asoma una bota alta de cuero. Una bota con pierna incluida. La pierna de Karel. Faltó un pelo para que me tropezara con ella. Recobramos la esperanza. Como te he dicho antes, es frecuente que el oso no mate de inmediato, arrastra a su víctima, la pone a resguardo en un lugar seguro y luego la deja reposar un tiempo. Y

es que a los osos les gusta la carne bien madurada, incluso que ya empiece a heder. Aún confiábamos en que Karel pudiera estar vivo, que no se hubiera ahogado en la nieve. A fin de cuentas, no había pasado tanto tiempo. Tampoco creas que fue exactamente así, ahora te cuento lo que se nos pasó a todos por la cabeza, pero, a decir verdad, en aquel momento no sabíamos qué esperar. Vimos la pierna y comencé a apartar la nieve con las manos mientras Jura la agarraba y se ponía a tirar de ella. Lo que pasó entonces, muchacho, es algo que no te podrías ni imaginar. Dio un tirón con todas sus fuerzas, perdió el equilibrio, cayó de espaldas y se quedó con la pierna —aún dentro de aquella bota de cuero— en las manos. Gritamos horrorizados. Pero no tardamos en recobrarnos y seguir cavando. Y aunque debimos quitar lo menos una tonelada de nieve e hicimos un agujero tan profundo que llegaba hasta el mismo infierno, no encontramos nada más. Del cuerpo de Karel solo nos quedó una pierna. La izquierda. Para colmo.

—Ostras. ¿Y qué hicisteis con ella?

—¿Qué podíamos hacer? Volvimos a enterrarla en aquel profundo agujero y la cubrimos de nieve. No había muchas más opciones. Y colocamos encima aquellas dos ramas quemadas, una sobra la otra, como formando una cruz.

—¿Y la bota?

—Ya te puedes imaginar lo que hicimos con la bota. No íbamos a dejar a ese pobre compañero muerto sin lo más preciado que tenía. Y, además, no pudimos quitársela.

—Pues no sé.

—¿Qué no sabes?

—Si es todo verdad.

—¿Cómo? ¿Insinúas que estoy mintiendo?

—No es eso, pero... ¿No duermen los osos en invierno? Creía que los osos hibernaban, nos lo enseñaron en la escuela.

—¿Y quién ha dicho que fuera invierno? En la región donde todo

ocurrió hace un tiempo invernal —me refiero a la nieve y el hielo —, aunque no sea invierno, no sé si me entiendes. En abril o hasta en agosto tranquilamente. Anda que no hay veces que... ¿Eso no os lo han enseñado?

—No sé. Quizá. Bueno, me voy ya.

—Y es todo cierto, por mucho que te jorobe.

—No me joroba. Pero, de verdad, tengo que irme.

—¿Has oído hablar alguna vez de la belleza interior?

—No sé.

—¿Sabes lo que es?

—Más o menos. Pero no sé.

—Pues esfuérzate un poco, demonios. Cuando alguien por fuera no es muy hermoso que digamos, pero luego por dentro tiene algo como... Algunas cualidades buenas, por ejemplo, y así, en realidad, es hermoso. Incluso precioso. A veces.

—Ya, sí. Por ejemplo, a mi perro no lo soporta nadie porque no puede ser más feo el pobre y... A mí, en cambio, me parece bonito. Pero solo a mí, a nadie más.

—Pues lo mismo vale para la verdad. La verdad es la verdad, eso lo sabe todo el mundo. Pero también existe la verdad interior y esta es mucho más importante.

—Vale, de acuerdo.

—No, hombre, no, era broma. Una broma tonta.

—¿Y lo del oso? ¿También era broma?

—Esa es la cuestión, piensa en ello. Para la próxima. Si es que vuelves alguna vez.

—Quizá sí ocurrió. Pero no fue un oso el que lo mató.

—Quizá.

—Pudo ser también un tigre. Los tigres no duermen en invierno. Y en cuanto a las huellas, en medio de esa tormenta de nieve… Quién sabe. ¿Usted qué opina?

—Justo lo que estás diciendo. Quién sabe…

—... Así que, por favor, no te olvides. No es que sea tremendamente importante, pero me alegraría que lo trajeras. Al chico le hará ilusión. Y fírmaselo. Tenemos que cultivar a nuestros lectores, ¿no? Nadie lo va a hacer por nosotros...

—Una carta. Una carta para ti.

Por el sobre no reconoció de quién podía ser. Se preparó un café con un poco de ron para leerla. Enseguida se encontró un poco mejor.

Tú, cabrón bolchevique de mierda, no te sorprendas de que te tutee. Lo hago porque eres un cabrón y no te mereces otra cosa.

La estufa estaba prendida. Dudó, pero, al final, no la tiró al fuego.

De lo contrario, no te tutearía, no tuteo a nadie, ni a mi propia madre tuteo porque yo, a diferencia de ti, soy una persona decente. Pero a ti sí, a ti te tuteo. Siempre hemos sabido que no eras un escritor, sino una bestia sin cerebro. Siempre nos ha producido náuseas la mierda que escribes. Pero lo último se pasa de la raya. Esa bazofia, ese imbécil de Švejk, por eso ya sí te mereces una bala. ¡Qué lástima que no te trajeras ninguna de Rusia! La mayor de las desgracias es que son precisamente los cerdos cobardes como tú los que tienen siempre tanta suerte. Pero no te preocupes, eso tiene fácil solución.

Escribe una sola palabra más y nos alegrarás el día. Iremos a tu casa y te meteremos esa mierda por el culo hasta que te salga por la boca. No puedes esconderte de nosotros como te escondiste cobardemente durante la guerra cuando luchamos por la República. ¡Cabrón! ¡Ándate con ojo! Guárdate de nosotros y de todos los ciudadanos decentes de Checoslovaquia. ¡Lo sabemos todo de ti! ¡Cabrón!

—Me he preparado un café y he perdido el hilo. Nada, ven a verme, hombre, lo pasaremos bien. La gente me aprecia mucho por aquí. Tanto que no deja de sorprenderme. A mí, a un cabrón como yo...

Praga, miércoles 15 de noviembre de 1922

Nueva Época

Editorial

Suicidios

El peso de la melancolía otoñal no afecta únicamente a los árboles y los arbustos, a las casas y las calles, sino también al alma de aquellas personas que han fracasado en la vida. Desde el ámbito de la naturaleza, en el que marchitas hojas, impelidas por el viento, vagan por los húmedos caminos, un sentimiento de abatimiento, cargado de atroces connotaciones, se transmite a las personas caídas en desgracia. Así, de súbito, a unos la desintegración familiar se les antoja aún más penosa, a otros las preocupaciones existenciales les parecen aún más insuperables y hay, además, a quienes el futuro se les presenta aún más negro de lo habitual, de modo que la desesperación de todos ellos se vuelve aún más desesperante. En semejante estado, las personas que han naufragado en su existencia y que creen que la vida ya nunca les sonreirá, claudican y terminan por suicidarse.

La «crónica negra» de varias publicaciones recoge en las últimas semanas un aumento (denominado otoñal) del número de suicidios, aumento este supuestamente relacionado, tal y como ha podido leerse en algunos noticieros, con la situación colectiva de posguerra o con las consecuencias de la actual crisis económica, que provoca que numerosos desempleados no vean otra salida que la muerte a voluntad. Se trata de una conclusión tomada con cierta falta de rigor. Al menos, si atendemos a las estadísticas, que señalan que los

suicidios, en el momento actual, no alcanzan las cifras previas al año catorce. Debemos, empero, reconocer que su número es ostensiblemente más elevado que durante la Gran Guerra.

Böhm ya había despachado sus asuntos y a las doce y media en punto estaba de vuelta con su carruaje en la plaza. Mandó al carretero a tomarse un gulash, dando por hecho que Hašek no llegaría puntual. Que no lo estaría esperando allí como habían acordado. Contaba con tener que andar buscándolo por dos o tres tabernas hasta dar con él. Y que, cuando lo encontrara, estaría bebido y todo se retrasaría. Y, sin embargo, ahí estaba Hašek. Justo en el lugar donde lo había dejado. Lo vio desde lejos. Mucho mejor así, muchísimo mejor.

—¡Buenas, deportista! ¿Qué? ¿Lo has pasado bien en mi ciudad? —dijo Hašek.

—¿Deutschbrod tu ciudad? Más bien la mía, ¿no?

—Pronto le cambiarán el nombre, no te quepa la menor duda. De este Brod alemán tuyo a Hašekbrod... Ya verás de aquí a cincuenta años.

—¡Venga ya! Hace falta ser un mártir para que le pongan tu nombre a una ciudad.

—Soy el mártir por antonomasia. Martirizado a base de cerveza y codillo de cerdo. Ay, ¿hasta dónde habría podido llegar de haber nacido 300 kilómetros al oeste?

—¿Quieres que te responda a eso?

—Mejor no.

Le preguntó a Jarda si no quería dar un paseíto. Que no, que ya había paseado bastante. Ni siquiera le entusiasmaba la idea de entrar a la taberna, no tenía mucha hambre. Al final aceptó, pero a desgana. Y no había podido comprar el gramófono, estaban agotados, tendría que encargarlo. Le habían dicho que estaría en unos catorce días y que telefonearían a la estafeta de correos cuando lo tuvieran. Le preocupaba que no llegara a tiempo para Navidad.

—¿Navidad? Te da de sobra para comprar tres... Vendré yo a recogerlo, no te preocupes. Seguro que lo tienen a tiempo, ya verás. ¿Cuántos gramófonos venderá Fischbein al año?

Tenía miedo de que Šura se cabreara. Le haría la vida imposible, estaba totalmente obsesionada con el tema. Ni siquiera sería una sorpresa, había tenido que prometerle que lo iba a comprar para que lo dejara en paz.

—Estará a tiempo, no te preocupes. Y si no, morirás como un mártir y entonces sí que le pondrán tu nombre a alguna ciudad. ¿Qué te parece Hašekgrado? O, ya puestos, incluso a un país, Hašekistán. Cuenta con mi voto.

Antes de emprender el viaje de vuelta, lo abrigó como a un bebé. Tres gruesas mantas y una botellita en el bolsillo para que no cogiera frío. Hizo bien, enseguida comenzó a nevar. Los copos volaban hacia ellos, al igual que lo hacía el paisaje. Cuando la nieve cubrió la carretera, se sumieron en el silencio. El rechinar de la calesa, el repiqueteo de los cascos de los caballos, todos esos sonidos se habían debilitado o simplemente los habían dejado de percibir. Le pareció que se había quedado dormido, así que permaneció callado. Le echaba un vistazo de cuando en cuando. Esperaba que no se resfriara. Había querido acompañarlo ese día a la ciudad, a cualquier precio. Era comprensible. Se puso a planear adónde iría al día siguiente. Dónde habría de recoger la carga, dónde entregarla, a quién mandaría y adónde iría él mismo.

—¿La añoras, Hubert? ¡Añórala! Alemania. Un cuento de invierno*.

—Vete a la mierda tú y tus Alemanias.

Le dieron un trago a la botellita y se puso a cantar. Un horror, como siempre, casi ni se le entendía. Algo sobre Dios, por extraño que pudiera parecer. Pero ¿por qué? Parecía alegre, al menos un poco, ya era hora.

—Alemania, manda narices... —le gritó. No sabía ni siquiera si Hašek lo estaba escuchando—. ¿Qué sabré yo sobre Alemania? Posiblemente lo mismo que tú. Sin embargo, Bohemia, Bohemia es como el gramófono ese tuyo. ¿No crees? Tomas un disco, lo pones,

suena de maravilla. Pero solo un momento. Nunca más de un momento. Después empieza a rayarse. Se raya y se vuelve a rayar, se atasca y listo. Silencio... ¿Y qué hacen los checos?

—¿Los checos?

—Los checos, los alemanes, los judíos, ¿qué sé yo? Nosotros... ¿Qué hacemos nosotros? En lugar de arreglar el gramófono, cambiamos el disco. Siempre, sin excepción. Ponemos uno nuevo. Y ¿qué ocurre? El disco suena, es hermoso, un deleite. Es una música tan maravillosa que hasta en el cielo disfrutan escuchándola. Pero, de nuevo y como resulta lógico, no dura más que un momento. No deja de ser el mismo gramófono de siempre que nadie ha arreglado. Que nadie ha intentado siquiera arreglar.

—Así que vuelve a atascarse en el mismo lugar.

—Exacto. O incluso antes.

—Cada vez antes.

—No seas agorero.

—Poco importa cuán hermosa sea la sinfonía, está condenada. Da igual si la ha compuesto Wagner, Dvořák o Mahler. No puede sonar completa. Y así funciona todo. Una sinfonía, una novela, un buen drama, nunca da tiempo a acabarlos.

—La verdad, no tengo una opinión al respecto, no leo mucho. Y de teatro sé aún menos. Para complacerme me basta y me sobra un Fledermaus.

—En los últimos tiempos a mí también, Hubert. Y un cabaret, uno bueno. Así, si en este país quieres aspirar a tener siquiera la oportunidad de que te escuchen hasta el final, antes de que el gramófono vuelva a irse a tomar por donde la espalda pierde su casto nombre, debes ser breve. Muy breve, y, al mismo tiempo, que te quepa todo dentro.

—Es posible.

—Y entonces, ¿qué te queda?

—No lo sé, no es algo que la gente espere de mí. Déjalo, estoy empezando a estar harto del tema. Lo he soltado un poco sin pensar.

—No te queda más que un único género posible. La anécdota. Casi siempre te da tiempo a acabarla. Es nuestra auténtica saga, nuestra novela, nuestra sinfonía, lo que mejor sabemos hacer. Lo hacemos a las mil maravillas, es la única de entre todas nuestras producciones que, a veces, disfrutan hasta en el cielo. La única. Y es precisamente por eso por lo que nos odiamos, con toda sinceridad, además. ¿Me estás escuchando? Uno aquí sudando sangre y este alemán gordo y estúpido se queda tan ricamente dormido. Igualito que yo... ¿Pepík? ¿Me oyes? ¿Qué opinas del asunto?

—Aguante un poco, ya estamos llegando —dijo el cochero volviendo hacia él su enrojecido rostro.

---

* En referencia a la obra de Heinrich Heine. (N. d. T.)

Aunque no tenía el más mínimo interés en ver a nadie, sabía que debía ir. De lo contrario, parecería que se aislaba de la gente. Que les tenía miedo a sus propios feligreses o que los menospreciaba. Las actividades organizadas por el Sokol no eran de su agrado, todas aquellas banderas, por no hablar del cultivo colectivo de las habilidades corporales. Para mantener una condición física decente bastaba sobradamente con caminar con frecuencia como hacía él. Eran pocas las ocasiones en que no iba a pie, le gustaba andar. Solo. Además, siempre que sus obligaciones lo permitían, practicaba el senderismo entre la primavera y el comienzo del otoño. También, a ser posible, solo. No se trataba únicamente del nacionalista Sokol, el movimiento gimnástico católico Orel tampoco le decía nada. Sin embargo, si no se dejaba ver por allí, volvería a despertar antipatías. Especialmente después de que lo hubieran invitado.

Ejercicios en el patio del castillo, una idea ciertamente estúpida en esta época del año, pensó. Pretenden mostrar toda su hombría, ¿de eso se trata? En cualquier caso, no deja de ser una mera excusa para luego irse todos juntos a tomar una cerveza sin que sus mujercitas se pongan a refunfuñar. Miró por la ventana. Observó que, gracias a Dios, no estaba lloviendo. Al menos eso. Igualmente, agarró el paraguas. Siempre viene bien para caminar por todo ese barro, usarlo de bastón de senderismo. Tenía varios realmente hermosos. A veces, en un acto de vanidad, sostenía una de esas piezas en la mano y la giraba, ligeramente perdido en sus propios recuerdos. Al final, siempre acababa quitándoles el polvo y sacándoles brillo con un aceitito especial con cera de abeja. Después brillaban y olían a las mil maravillas. Su favorito era uno negro como el ébano con una plaquita de metal que decía Großglockner. Aquella vez en los Alpes, veintiún años atrás, aún se sentía realmente cerca de Dios. Decidió dejar el paraguas, no quería parecer un hombre de poca fe. En su lugar tomó su bastón preferido. Al salir de casa, ya se había reconciliado casi por completo con la situación. La verdad era que había un par de personas a las que le apetecía ver y que el paseo le sentaría bien. Tomaría un camino más largo, a propósito. Ya puestos. No giraría a la derecha, por la calle que subía por donde la escuela, iría por el otro lado. Había tiempo de sobra, en cuarenta

minutos podría subir hasta allí tres veces tranquilamente. No le sorprendió que no se cruzara con nadie, sabía que todos iban por otro camino, más corto, más cómodo. Como al infierno, se le ocurrió. La asociación no carecía completamente de lógica, justo se había acordado de Zdobinský. No le cabía duda de que también él iría. Por desgracia, no habría manera de evitar a ese renegado. En el seminario lo tenía en gran estima, aunque siempre le había parecido que mezclaba en exceso la fe con la política. No se trataba de un caso único, desde luego, y había que reconocer que su autenticidad era entonces digna de respeto. Pero ¿ahora? La Iglesia husita checoslovaca... ¡Qué ridiculez! No acababa de hacerse a la idea. Ya ni siquiera era capaz de creer en su autenticidad. Se imaginaba a Jan Zdobinský con un cáliz rojo sobre el pecho. Por lo visto, últimamente era más rojo que husita, o eso le había dicho alguien. Y se había casado, se había casado enseguida. Con una cantante de ópera. ¡Qué cosas! ¡Se fue de Roma! ¿Para dirigirse adónde?

Cayó en la cuenta de que estaba lloviznando. Se detuvo varias veces para secarse las gafas. Sin embargo, llegado cierto punto ya no tenía sentido seguir haciéndolo. El fino y frío chispear se había convertido en un aguacero sin fin de enormes gotas. Pero ya casi había llegado. Subió los últimos escalones. Siento curiosidad por esos deportistas del Sokol, pensó ya frente a la entrada con cierto regodeo que no tardó en transformarse en sorpresa y, al final, en una oleada de impotente ira. En el patio no había nadie. Lo atravesó, absolutamente en vano, de un extremo a otro, ascendió hasta el mirador, donde, bajo los restos de la cornisa semiderruida, se detuvo cubierto tan solo parcialmente del diluvio.

Lo han cancelado. Lo han cancelado y no me han dicho nada. No me han avisado, no me han escrito, no han colgado carteles, no han hecho nada. Sin duda se habría fijado. Miró el reloj. Había llegado puntual, pero no demasiado pronto. Alguien debería estar ya allí. ¿O puede que no? Decidió esperar un rato. Una hora después no había aparecido nadie. Otro husita, el señor Čeněk. Este castillo había sido por años el bastión de esos bandidos y asesinos. Y aunque con el tiempo habían logrado acabar con todo aquello, seguía habitando aquel lugar el espíritu de la subversión, de los falsos mesías y del caos, acaso incluso de la misma esencia de lo checo. Al bajar por la encharcada colina, el bastón le vino de perlas.

El camino, como ocurría allí con tanta frecuencia, no había tardado en convertirse en un no-camino, prácticamente indistinguible e inservible.

Lipnice, a 27 de noviembre de 1922

¡Estimadísimo profesor!

Antes de nada, quiero expresarle mi agradecimiento por su extensa y generosamente exhaustiva respuesta. Supone un gran honor para mí que me haya dedicado una cantidad tan considerable de su valioso tiempo.

Respecto a la persona del escritor Jaroslav Hašek (le ruego que no me tome demasiado a mal que, en lo relativo a esta cuestión, mantenga mi opinión y continúe denominándolo escritor), comprendo perfectamente su punto de vista. No me cabe la menor duda de que se trata de una postura meditada con detenimiento e imparcialidad: resultaría insensato esgrimir más argumentos con los que tratar de convencerlo de lo contrario.

Permítame que, para finalizar, le agradezca de todo corazón que haya tenido a bien enviarme su librito de poemas Volos ha despertado, dedicado y firmado, además, de su puño y letra: un volumen finito, sí, pero, al mismo tiempo, si me permite la expresión, robusto en cuanto a su significado. Ya le he encontrado un lugar de honor en mi pequeña y modesta biblioteca personal, después, cierto es, de que permitiera que, con el mayor de los cuidados, circulara entre las manos de mis ansiosos alumnos. Es usted un genuino, aplicado e iluminado soberano en el campo de la floreciente literatura checa y checoslovaca. Al mismo tiempo, le ruego que acepte mi humilde admiración y mi enhorabuena por el premio cuyo fallo, entre tanto, ha salido a la luz pública.

Le deseo, desde lo más profundo de mi corazón, mucha salud y fuerza, imprescindibles ambas para las batallas venideras, así como la consecución de ulteriores y merecidísimos éxitos.

Su leal admirador,

Bohuslav Pavel

Director de la escuela de Lipnice

1. Comprar en Světlá dos tinteros azules, uno rojo y una cajita de tizas (blancas). (Quizá también otra de colores.)

2. Pagar al librero la suscripción a la revista Horizontes por otro medio año.

3. Pasar mañana a limpio y enviar certificada la carta al cretino este.

—¿Qué tal va, Hašek? ¿Cómo avanza el temita? Espero que viento en popa y a toda vela. ¿Pues no paso justo por aquí al lado y me digo, Mašek, acércate un momento a verlo, seguro que agradece la visita y quizá ya tenga algo escrito? Conociéndolo, no es de los que vaguean.

—Pues Hašek no tiene nada escrito.

—¿En serio? ¡Qué lástima! A ver si le va a pillar el toro. Sin ánimo de meterme en su vida profesional ni nada por el estilo... Que sé muy bien cómo funcionan estas cosas. Cada cual hace lo que puede, ¿verdad?

—Exacto.

—Menudo velatorio tiene hoy por aquí. Anda algo malhumorado, ¿no es cierto?

—Me duelen los pies.

—¡Ni que escribiera con ellos! Jajajajaaa... ¿No le parece?

Por un momento dudó si decirle que ya casi ni podía escribir, que se lo iba dictando a Kliment. Que le costaba mover las manos tanto como los pies. O quizá sería mejor mandarle directamente a la mierda. ¿Y por qué no? Cien coronas... Pero esa no era la cuestión.

—¿Su señora no viene hoy?

—Ni lo dude. No se perdería la oportunidad de verlo. Pero debía solucionar antes un asunto. Arreglar no sé qué en el registro local, creo. Ya ni lo sé, siempre tiene algo que hacer en alguna parte. Es una mujer ubicua, que si por aquí, que si por allá, siempre se le ocurre algo. Ya lo ha visto usted por sí mismo. Lo del baile de carnaval, que lo invitáramos a participar, también fue idea suya. Siempre está metida en algo. Yo ya ni le pregunto, sabe usted. Con tal de que se divierta, ¿acaso me falta razón? Cuando la mujer se divierte, se divierte también su pariente. Corriendo para acá, corriendo para allá, así son las cosas. Paciencia, mucha paciencia y

alguna que otra broma. Mejor que vivir con una amargada, ¿no cree?

—Salúdela de mi parte.

—Pero si lo puede hacer usted mismo, en una hora está aquí como un clavo.

—La próxima vez tendrá que ser, hoy ya no. La próxima recuperaremos el tiempo perdido. Necesito acostarme.

—¿En serio? Pues cómo lo siento. Parece que ha sido una visita inoportuna.

—Tampoco es eso.

—¿Qué le ocurre tan terrible? Da igual, ya me marcho. A ver si se va a encontrar mal precisamente por estar pasándoselo tan bien, jajaja. ¿Sabe a qué me refiero? Seguro que conoce aquello de las calabazas, ¿verdad? Como dicen los judíos...

—No lo conozco.

—Sí, hombre, eso de que somos como calabazas y que solo cuando nos aplastan bien aplastados...

—Aceitunas.

—¿El qué?

—Son aceitunas, no calabazas.

—Pues vale. Aceitunas, eso es lo de menos. Como estoy aquí enfrente mirándolo se me ha venido a la mente una calabaza, jajaja. ¿Por qué será? No se lo tome a mal, las bromas son necesarias. Ya sabe lo que se dice: la broma o la vida.

—No sabía que se dijera así. Se lo acaba de inventar, ¿verdad?

Apenas tuvo que esperar un instante a que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. El día había despuntado tan inclemente y oscuro que prácticamente no había diferencia entre el exterior y el interior. Como si aquel día hubiera amanecido solo a medias. La iglesia, ajena al viento y a la furiosa lluvia, resultaba un rincón apacible. Incluso se le había ocurrido una palabra no especialmente afortunada para aquel lugar: confortable. Por lo demás, aunque la oscuridad fuera absoluta o él, Dios no lo quisiera, se quedara ciego, no tendría el menor problema para orientarse. Conocía aquel santuario como la palma de su mano. Y no solo el altar, el púlpito y su omnipresente y frágil belleza, que en ocasiones despertaba el interés incluso de los impíos, una parte de los cuales ni siquiera intuía que todo aquello tenía un sentido, y aún menos cuál era ese sentido. Conocía hasta el más nimio de los detalles, incluso la más desgastada de las baldosas. Precisamente sobre una de ellas se arrodilló con cuidado y se santiguó. No solía pensar en los impíos. No aquí. Aún restaba una hora hasta el comienzo de la misa. Había venido antes a propósito, aunque seguro que se iba a resfriar, incluso si no se quitaba el abrigo. Pero necesitaba tiempo para que todo aquello que debía quedarse fuera, se quedara realmente fuera. Al menos, en su mayor parte. Fue directamente, y no sin cierta presteza, hasta la sacristía.

En realidad, no había nada que controlar. De todo se había encargado ya el sacristán. Un hombre diligente, se podía confiar en él. Concienzudo. Eso sin duda. Quizá al final no se presente, se le ocurrió. Se sentó en el primer banco de la derecha. Apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos y así se quedó. Padre nuestro, que estás en los cielos. Que estás... Que estás. Cuando levantó la vista después de un instante y miró hacia delante, observó algo que no debería estar ahí. Algo horrible. Sobre el altar. Se acercó, con las piernas súbitamente entumecidas, con la destreza de un anciano. En el centro del altar yacía una rata muerta. Para ser precisos, no yacía, cabría decir más bien que estaba de pie, apoyada sobre dos candelabros. Mostraba los dientes a causa del espasmo que había sufrido al morir. Un minúsculo rosario de cuentas le decoraba el cuello mientras que, con las rígidas garritas, sostenía una pequeña

cruz. No se atrevió a tocarla. No podía apartar la vista de su boca. Se estaba riendo. Se estaba riendo de él.

—¡Infrahombres! ¡Habría que fusilarlos a todos! —escuchó a sus espaldas.

—Rudi —gimió—, tampoco es eso, Rudi...

A pesar de todo, estaba contento de verlo. De que hubiera llegado de nuevo antes de lo que debía. Se desplomó sobre el banco, ya se encargaría Rudi de todo...

—¿Se encuentra bien? ¿Le traigo un poco de agua?

Lo limpió, rápidamente, a la perfección. Como si nunca hubiera estado allí. Como si no hubiera sido más que un repugnante sueño.

—Un vasito de vino, por favor. No, espera, ya voy yo, me lo serviré yo mismo.

—¡Pueblo inferior! Todo lo que se extiende al este de Mariahilferstraße está habitado por seres inferiores.

—Al este de Mariahilferstraße está precisamente Viena, una parte bastante grande, además.

—Pues por eso mismo. Cuánto queda aún en Viena...

—¿Cuánto de qué? ¿De alemán? Yo también soy checo, Rudi. Y tu caso tampoco es muy simple que digamos, ¿no?

—En Viena la cagaron pero bien, con perdón, señor párroco. Pero bien. Y, claro, ahora estamos como estamos.

—Tanto rencor, Rudi, no es bueno… El asunto es más complejo.

—¿Más complejo? ¿Una rata muerta sobre el altar? ¿Más complejo? Bona terra, mala gens, señor párroco. Con todo el respeto... Si no, ya lo verá usted por sí mismo.

—¿Y cómo es que no acabaste tus estudios en el seminario? Bueno, da igual, tenemos que irnos, ya han llegado los primeros. Solo me

extraña que nunca hayas hablado de ello.

—Nunca me ha preguntado.

Abrió la puerta con tanta brusquedad que el hombre se asustó. Agitaba en el aire un trozo de papel amarillento.

—¡Gašek! ¿Qué es esto? ¿Qué poemas estúpidos son estos?

¿Cómo demonios iba a saberlo si no se los enseñaba?

—¿Poemas estúpidos? Entonces los habrá escrito Machar.

En primavera florecen

los capullos; sin embargo,

en esta tierra tan negra

con la nariz tallo el barro.

La veo a usted entre todas.

Para nada conmovida,

aunque con martillo y cincel

en el barro doy la vida.

Yo, con mierda hasta las cejas,

y aún hay quien se queja.

—Esto no es Machar, en ningún caso es Machar, ¡esto es tuyo!

—Por Dios, ¿de dónde lo has sacado?

—Se me cayó encima. Se me cayó. De la caja esa sobre el armario que está... Sucio. Lo escribiste tú.

—Ajá. Mira por dónde quizá tengas razón. Es un horror, dámelo. Me da vergüenza.

—Vergüenza, sí, a ti. Lo escribiste para ella, ¿verdad? Para tu querida Jarma... ¡Reconócelo! Lo escribiste para ella, todo lo escribías para ella. Para mí nunca. ¡Jamás me has escrito un poema!

—Deberías estarme agradecida.

—Pues no lo estoy. Me da pena. Debería darte vergüenza. Yo siento vergüenza porque no me quieres. Por eso.

—Šura, esto es de hace veinte años. Y no creo que fuera para ella, no habría escrito mierda.

—Tú ríete, bastardo. Es la verdad. Nada de poemas. Nada de amor.

—Me muero de vergüenza. No porque lo escribiera para ella. No lo hice y, si lo hubiera hecho, ¿para quién coño iba a escribirlo si no? ¿Cuántos años tenías tú entonces? ¿Cinco? Me muero de vergüenza porque son estúpidos. Unos versos estúpidos como tú bien has dicho. Más estúpidos imposible. Versos subnormales directamente.

—Subnormales... Puede que fueran subnormales, pero tú nunca has escrito ninguno para mí. Cualquier poema, eso es lo que querría.

—Hay que ver lo asimilada que estás. Llevas un año en Bohemia, no hablas checo decentemente y, sin embargo, ya sientes la necesidad de un poco de lírica. Aunque solo sean poemas subnormales. Vas por el buen camino, el del sufrimiento de todos nosotros.

—No me respetas.

—¿Sabes qué es el síndrome de Jerusalén?

—Déjate de judíos.

—Oye, que, de no ser por los judíos, todo el mundo se estaría limpiando el trasero con Švejk. No te olvides de Brod. El síndrome de Jerusalén se refiere a que todos los que llegan a la ciudad santa se vuelven chiflados con la religión. No solo los judíos. Los cristianos, los musulmanes, todos se obsesionan. Comienzan a sentir

que pueden tratar a Dios de tú a tú, que son únicos, los elegidos, y que saben mejor que nadie lo que hay que hacer. Nosotros, por nuestra parte, tenemos el síndrome checo. Y no solo los nativos. Vienes, pasas aquí un tiempecito y cae sobre ti como una losa. Dejas de razonar, comienzas a escribir poesía. Y comienzas también a creer que lo haces bien, que te han besado las musas. Así, de sopetón. No tienes por qué ser especialmente bueno. Si a nadie le interesa, mucho mejor. A fin de cuentas, los demás son una panda de cretinos. No lo han entendido. No están a la altura. Pero cuidado, que no hablo solo de poesía. Tenemos poetas de mierda de estos a patadas, por todas partes, en la prosa, en los periódicos y, por desgracia, también en la política.

—Yo tampoco lo he entendido. Da igual. No lo comprendo.

—Uno acaba teniendo miedo hasta de ir a la barbería. No estoy de coña. No es algo a lo que le dé especial importancia, es tirar el dinero, pero conocía a un barbero y a veces iba a que me afeitara. Un profesional estupendo, un tipo encantador. ¿Y cómo acabó la cosa? Tuve que dejar de ir. Se enteró de que era escritor y comenzó a traerme sus poemas.

Vuela, pequeño halcón, esbelto y hermoso,

álzate sobre nuestra capilla de oro.

Álzate sobre esta nuestra mies dorada,

saluda en el hogar a mi madre amada.

Siempre tan fatigada, tan pobrecita,

siempre tan querida, ay, mi madrecita.

Patria nuestra, solo hay una, tan amada,

con sus aldeas y la orgullosa Praga.

Hasta la altiva Viena ha de reconocer

lo que el checo y sus hermanos pueden hacer.

Eslavos, eslavos, llegó nuestra hora,

junto al halcón se alzará nuestra gloria.

—Después de todos estos años y me sigue rondando como un fantasma por la cabeza. ¿Qué podía hacer? Yo seré un cerdo, pero aquel peluquero era un buen hombre. No quería ofenderlo. No se lo merecía. ¿O quizá sí? No sé.

—Me voy.

—¿Qué comemos hoy?

—No sé. Le preguntaré a Špinarová.

—Le preguntaré a Špinarová. Tampoco te pasaría nada si aprendieras a cocinar alguna cosilla. En lugar de husmear en las cajas. Ahorraríamos.

—Se me cayó encima.

—Claro, claro. Venga, dámelo.

—No.

—Dámelo, joder.

—Deliciosa Jarma… ¡Eterna memoria! Jaroslávčik la ama. ¡Se siente tan desdichado!

—Ahora mismo lo rompo y lo tiro a la basura.

—Aquí lo tienes. Trágatelo, Gašek.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

—Que no me quieres.

—Que aquella vez posiblemente creía en lo que escribía. Igualito

que el barbero con sus poemas.

Rudi Wodička había propuesto que se informara del asunto a las autoridades. Pero él se había negado. ¿Qué íbamos a ganar denunciándolo? Nada. Y sería la comidilla de todo el pueblo. Se lo pasarían en grande. Se reirían de Dios en su propia cara. Esa había sido precisamente su intención, pero no, no les daría ese gusto. No harían nada y nadie se enteraría de lo ocurrido. Nadie debe enterarse, le ordenó a Rudi. Esperaba que le hiciera caso, aunque fuera a regañadientes. De todas formas, nunca darían con los culpables.

—¿Dar con los culpables? —objetó Rudi—. Sabe de sobra quién lo ha hecho.

No, no sabían nada. No era más que una suposición, y con eso no bastaba. Aunque trataba de aparentar serenidad, la indignación y la cólera lo estaban ahogando por dentro. Hasta tal punto que llegó a asustarse. Aquel hombre lo había ofendido en lo más profundo de su alma. Nunca antes lo habían ofendido de aquel modo. Lo peor era que se había dejado engañar. Que por un momento había creído en él. Había creído que incluso el enemigo podía ser una persona decente. Resultaba agradable conversar con él, lo había pasado bien. Además, paradójicamente, se había sentido como un auténtico cristiano, tolerante y hospitalario. Como uno que no debe temer por su verdad, que puede permitirse cierta generosidad. Qué espantosa sensación de vergüenza le producía todo aquello ahora. La decepción retorcía su cuerpo como si de reúma se tratase. Le dolía la espalda. Incluso aquel asunto del bebé bajo su propio techo no se le antojaba tan terrible. No resultaba tan devastador.

La abuela estaba furiosa. Por culpa de Tonda. La mano le temblaba de rabia. Manchó el mantel al servirse el café y puso todo perdido de migas al comerse el bollo. El niño había vuelto a ir a verlo. Se enfadó con Vojta por su falta de autoridad, por no impedir que fuera. A la casa de un individuo como aquel. Una auténtica vergüenza para la raza humana. ¿De verdad tenía que haber de todo en la viña del señor? Borracho, jugador e impío, así era aquel hombre. Y Vojta lo sabía muy bien. Pero era demasiado blando. Que no podía andar pegándole al muchacho todo el tiempo si no era hijo suyo, decía. Que así nunca iba a quererlo. Que el muchacho no iba a quererlo... Pero si no iba a quererlo de todas formas. Y, además, ¿qué importaba? Educarlo como es debido para que tuviera un futuro. Uno decente. Eso era lo que importaba. Eso era lo único que importaba.

Incluso le había dicho a Vojta lo de la rata. Costaba creer que algo así fuera posible. Y, sin embargo, era cierto, lo sabía por Wodička. Cuando se lo contó, Vojta pareció horrorizado. Pero se le notaba que solo fingía, que por dentro se estaba riendo. Se mordió sin querer la lengua, el dolor le nubló la vista. Tenía buenos dientes, como los de una jovencita. Una vez había ido al doctor. El judío aquel no quería creerse que fueran suyos. Qué manera de sufrir. Sufrir y nada más que sufrir.

Cuando el director de la escuela se percató de que el sol asomaba entre las nubes, se dijo con aire pesimista que no sería por mucho tiempo. Agarró el abrigo y el paraguas de forma algo precipitada y salió a dar un paseo casi a la carrera. Acabaría de corregir más tarde las redacciones de los alumnos. Además, aprovecharía el paseo para reflexionar sobre la carta que tenía pensado escribir. Conectaría lo agradable con lo útil y, de ese modo, no tendría luego remordimientos por haber perdido el tiempo. Si bien, el ejercicio no podía ser considerado una simple pérdida de tiempo. Algo de lo que, como apasionado seguidor del Sokol, era perfectamente consciente.

Sintió el olor ligeramente amargo del humo proveniente de algunos jardines donde estaban quemando hojas. No deberían hacerlo. Todas habían ido cayendo, una tras otra, de las ramas ennegrecidas, desnudas y tristonas. Sin embargo, la luz era suave, el aire, puro y la visibilidad, excelente. Todo parecía estar al alcance de su mano. Se dirigió hacia el castillo con la intención de subir hasta el mirador y disfrutar de las vistas. Tenía la sensación de que el año escolar hubiera comenzado la víspera y, sin embargo, ya habían celebrado el Día de Todos los Santos y el primer trimestre había tocado a su fin.

Vio una ardilla. Además de zarzas, en la muralla del castillo habían echado raíces algunos arbustos de saúco y de avellano. Eso probablemente explicara la presencia de la ardilla. De pronto, en un nicho del muro parcialmente cubierto por unas matas, sorprendió a dos niñas dándose mutuamente palmaditas en los traseros desnudos. Incluso se estaban tocando en la entrepierna.

—¡Qué asco! —gritó horrorizado—. ¡Para ahora mismo! ¡Eso no se hace! ¡Nunca! ¡¿Te queda claro?!

Siguió gritando aun cuando las niñas hacía tiempo que se habían dado a la fuga. Sin ser realmente consciente de ello, se había dirigido tan solo a una de ellas. A la mayor. La más pequeña, la de la perrera, de apenas cinco años, era, como todo el mundo sabía, tonta. La más grande, Amálie Rajtoralová, había comenzado

primaria ese mismo curso. Una alumna bastante espabilada. Quizá incluso demasiado.

Siguió su ascenso, nunca lo había hecho a tanta velocidad. Había olvidado por completo la carta a la que pretendía dar forma mental. Al alcanzar el mirador, dirigió la vista hacia abajo y no pudo evitar pensar en aquella desgraciada y licenciosa Kateřina, emparedada en vida por el cornudo de su marido. Un espanto. Todo esfuerzo es en vano, lo llevan dentro. Cuando regresó a la realidad, el sol había desaparecido y comenzaba a lloviznar. Exactamente como había previsto.

—¡Buenas noticias! —le dijo a gritos nada más verlo junto a la puerta—. Entra.

Buenas noticias, sí, pero tiene cara de que fueran más bien malas, pensó Tonda y, desconcertado, se quedó donde estaba. Hašek tenía compañía. A su mesa estaba sentado Kliment Štěpánek.

—Venga, acércate, solo un momento, tengo que escribir. Bueno, es Kliment el que lo hace por mí. Yo me doy la gran vida. Mira, aquí lo tienes, firmado y con dedicatoria. Matěj ya no va a poder venir antes de Navidad, no tiene tiempo, pero te lo ha enviado.

¡Tarzán de los monos! Qué maravilla. Lo sostenía entre las manos con tanto cuidado como si temiera que fuera a derretirse. Le dio las gracias, pero se le antojó poco.

—¿Está triste porque su amigo no va a venir?

—¿Te he comentado ya alguna vez que mi abuelo también se llamaba Tonda?

—Sí, ya me lo había dicho.

—Muy bien, venga, vete. Y no te olvides de venir luego a decirme si te ha gustado.

—¿Le está dictando?

—Te cuesta creer lo bien que lo tengo todo montado, ¿verdad? Casi como Dumas.

Conocía Los tres mosqueteros, le habría encantado presumir un poco de ello, pero evidentemente no era el momento más adecuado. La próxima vez, cuando no estuviera allí aquel hombre.

¡Se moría de ganas de darse un baño. Al desnudarse tocó con la mano el pliegue bajo la barriga. Por un momento lo dejó atónito el avinagrado hedor a viejo que se le había adherido a los dedos. Aún no había cumplido los cuarenta. Se pellizcó en el ombligo. Hundió en él sus hinchados dedos hasta que sintió dolor. Incluso en la grasa hay nervios, pensó. Hay que ver lo sensible que es la grasa. Tan sensible que le entraron ganas de llorar.

No debería haberle dado una paliza. ¿Quién había dicho que le diera una paliza? Y encima con la correa. Ya le había quitado el libro, con eso era suficiente. Vojtěch era un idiota, siempre lo había sabido. ¿Cómo había podido ocurrírsele a Božena casarse con semejante idiota? Tampoco es que su hija fuera sobrada de luces. Le soltó una patada a una gallina que se le había cruzado entre las piernas. Después, metió la última a empujones y cerró la puerta. Fue a ver cómo estaba su nieto.

Se había tapado con el edredón hasta las orejas. Ya no lloraba. Cuando la oyó llegar, se hizo el dormido. Pero estaba despierto.

—Vaya, vaya —le dijo.

Estaba resentido. Pues que lo estuviera. Avivó la estufa. Que lo estuviera. Vaya un muchacho este. Volvió a la cama y apartó el borde de la colcha. Se sentó con dificultad.

—Te voy a contar un cuento —le propuso.

—No quiero.

—No seas así.

—Ya no soy un niño.

—Precisamente por eso. Los cuentos no son para niños. Bueno, como quieras, te contaré otra cosa si quieres.

No quiero, vieja sin corazón, pensó. Todo ha sido por tu culpa. Aunque, en realidad, sí quería.

—Es la historia de una jovencita a la que sus padres mandaron a Praga a visitar a unos tíos suyos que vivían allí. Era un viaje muy largo, desde los montes de Šumava. Y bien, un precioso día de verano, después de haberlo pasado de maravilla, de haber disfrutado de Praga y de todos sus monumentos, le llegó la hora a Verunka, pues así se llamaba la muchacha, de regresar a casa. Verunka era una chiquilla muy amable, buena y educada. Siempre

hacía todo lo que le decían sus padres, buenos cristianos temerosos de Dios. Y también era guapa, daba gusto ver su carita. Sus ojos eran como dos ciruelas, tenía la boquita de fresa...

Y el trasero como una sandía, se le ocurrió. Nunca había visto una sandía, pero le pareció gracioso.

—Me alegra ver que ya estás de mejor humor. La frente del color de la nieve y una naricilla pequeña y hermosa. Sin embargo, lo más importante era que en sus ojos de un azul oscuro brillaba la bondad, una bondad pura. No olvides que se dice que los ojos son las ventanas del alma. Su tía la acompañó hasta las afueras de Praga, hasta la puerta de Újezd, que está a las afueras de Praga. De ahí salen los caminos que van al sur y al oeste. Era allí donde la graciosa muchacha debía subirse a un carruaje, bueno, en realidad, era más bien un carro de esos de antes, de cuando no había otra forma de viajar, y en ese carro tenía que ir hasta casa, hasta Obice. Su aldea se hallaba lejos, lejísimos, ya casi en Šumava, cerca de Klatovy, por su parte septentrional. Y, ay, hijo, un viaje así en aquella época duraba varios días. No era como ahora, con todas esas modernas y ruidosas máquinas. Solo que, no te puedes ni imaginar lo que ocurrió...

—Abuela, ¿qué es eso que no me puedo ni imaginar? ¿Te has quedado dormida?

—¿Qué?... Hasta Šumava, hasta aquellos azulados montes, por su parte septentrional.

—Eso ya lo has dicho...

—Ya lo sé, niño, deja de interrumpirme todo el rato. ¿Acaso has estado alguna vez en Šumava? No, pues eso. Ay, lo que le ocurrió en Smíchov.

—¿En qué Smíchov?

—Presta un poco de atención, hombre. Me refiero a aquel lugar junto a la puerta de Újezd. Allí se despidió de su tía, que iba a subirse sola al coche, y se volvió a su casa de Praga.

—No entiendo nada de nada. ¿Quién hizo qué?

—Es que no prestas atención. Dos mujeres, demonios, que no hay más que dos, y tú no entiendes nada. Mira, si no te interesa, me marcho.

—Me interesa. Sigue.

—Tenía que ir hasta Klatovy, por su parte sept... Maldita sea, ¡me tienes hasta las narices!

—No te enfades. Y luego, ¿qué?

—No te puedes ni imaginar lo que le ocurrió. La buena y amable Verunka llegó tarde y perdió el carro. Pensaba que aún podría alcanzarlo en la siguiente parada y fue tras él. Caminaba despacio, hacía una mañana preciosa, los pájaros cantaban, toda la naturaleza estaba en flor y desprendía un maravilloso aroma. A su alrededor crecía todo tipo de flores. Perdió su carro y fue tras otro, pero este solo iba hasta a Zbraslav y ella lo alcanzó ya en Zbraslav. Fue a montarse y entonces se entera de que está en Zbraslav y que el carro ese ya no sigue, porque era otro carro y no iba a Klatovy. Solo hasta Zbraslav. ¿Y qué podía hacer? Pobre criaturita. No conocía aquel lugar, ¡cuál no sería su desesperación! Hasta comenzó a sentirse enferma. ¿Qué podía hacer? En Zbraslav. Afortunadamente, algunas personas que pasaban por allí, me refiero a dos hombres, completamente desconocidos, dos hombres desconocidos le aconsejaron que fuera a Cerhovice, que allí, sin duda, podría dar alcance al carro. Al carro que había perdido y que iba a Klatovy. Uno de los dos hombres la contemplaba deleitado porque era inmensamente buena y tenía los senos como pechitos de palomas. Le habría encantado acompañarla, mostrarle él mismo el camino, pero Dios tendió sobre ella su manto protector y el hombre tuvo que marcharse a trabajar a la fábrica. Así que ella se echó a andar por el camino de Jíloviště, tal y como le habían indicado aquellos hombres, y de Jíloviště a Řevnice, y los piececitos ya le dolían y por el camino ayudó a una gente muy buena y terriblemente pobre. Dos niñas pequeñitas y pálidas que encontró solas en un jardincito. Eran muy muy pobres, el papá con un pie en la tumba, la mamá extenuada y cuidando, además, de un niño de pecho. Su situación era tan mala que apenas podían encargarse del pequeño y vivían

todo tipo de miserias y pasaban hambre. Le dieron de beber a Verunka y esta estuvo charlando con las niñas y, al comprender su sufrimiento, les dio todo el dinero que aún guardaba porque en Praga no se había comprado nada, así era de buena. Y también casi toda la comida que su tía le había preparado para el viaje. Y, a continuación, prosiguió camino de Cerhovice, pero se asustó al ver a un guardia y se escondió tras un peral. Después, se lanzó monte abajo a la buena de Dios con tal de evitarlo. Y, de pronto, estaba completamente desorientada y ya no tenía la menor idea de... En resumen, ya no podía y... Tonik, mañana te lo acabo de contar. Y ya no vayas más a su casa. Buenas noches.

—Buenas noches. ¡Abuela! ¿Te lo has inventado?

—¿Pero qué...? Yo nunca me invento nada. La verdad y el amor vencerán sobre... Bueno, que no, qué tontería. Es un cuento de la célebre escritora Božena Němcová.

—¿En serio? La que escribió La abuela.

Al sacristán no le gusta Němcová. Dice que era una puta. ¿Por qué no me dejan todos en paz de una maldita vez? Ese se cree que caga verdades, el sacristán.

—Claro, la misma. Buenas noches.

Qué cosas, pensó, hundiéndose lentamente en la oscuridad. No era que tuviera La abuela en especial estima, pero con eso y con todo...

Estaba terriblemente enfadado. También con ella, por muchas historias que le contara. No era tonto, sabía que había sido ella quien había estado malmetiendo. Su padrastro no se habría dado cuenta por sí mismo, a ver, que nunca leía nada. Los libros le traían al fresco. No conocía ningún escritor. ¿Para qué, si no ordeñaban? Se había escondido tres veces a llorar. Atrás, en el cobertizo, en lo alto de la escalera. La abuela no era capaz de subir hasta allí, tenía los huesos deformados. Torcidos y llenos de manchas, le daba asco tocarla. Las articulaciones de las manos eran como bolas enormes, tenía la piel toda arrugada y con manchas. Marrones, de longaniza. Así las llamaban. Había escuchado una vez que las llamaban manos de longaniza. ¡Qué asco! Había querido más al abuelo. Y a nadie había querido tanto como a su padre. Cuando le daban una paliza, se repetía por dentro: «Toník. ¡Toník! Toník, no llores. Pronto pasará». No había olvidado las palabras de su padre, pero le preocupaba que ya no lo escuchaba. No escuchaba su voz. Vaya mierda. Ya no la escuchaba. Estaba que se subía por las paredes. ¿Pero qué podía hacer?

Hašek estaba asomado a la ventana cuando pasó por allí. Llevaba días tratando de evitar el lugar. No por ellos, a ellos no les tenía miedo. Sino por Hašek. Y por sí mismo. ¿Qué iba a decir si le preguntaba qué le había parecido? ¿Qué iba a contarle sobre Tarzán? ¿Que se lo habían quitado y lo habían tirado a la estufa? ¿Con dedicatoria firmada y todo? Se habría muerto de vergüenza. Apenas le había dado tiempo a leer diez míseras páginas. Las diez páginas más increíbles de su vida.

—¿Tienes prisa? ¿Vas justo de tiempo?

—Hoy sí.

—¿Qué le vamos a hacer? Yo estoy igual. Voy tan justo de tiempo que no me lo puedo ni creer. La próxima vez será.

Uf. Qué alivio que pudiera salir corriendo de allí. Y, sin embargo, como no le preguntaba por el libro, se sentía un poco mejor. Llevaba un tiempo dándole vueltas a algo.

—Hace frío, ¿verdad, señor Hašek?

—Hace frío, Tonda.

Se reía de él, aunque no se estuviera riendo. ¿A quién quería engañar? Se rindió por completo y se lo preguntó directamente.

—Němcová, la escritora... Božena Němcová, ya sabe. ¿Era una cagamieles?

Le gustó ver a Hašek reírse de aquella manera, aunque se sentía un poco intimidado. No paró en un buen rato. Luego tomó aire ruidosamente y siguió riéndose. Lo estuvo observando, esperando a que se le pasara, pero, al final, también él se echó a reír. Sin tener la más remota idea de por qué. Por fin.

—Yo no diría que fuera una cagamieles —le respondió.

Esperó un momento más, pero eso era todo. Así que se fue. Le habría encantado comentarle lo que había hecho. Llevaba bastante tiempo preparándose para contárselo. Pero decidió dejarlo para otro momento, no fuera a acabar dirigiéndose la conversación hacia Tarzán. Mejor otro día, cuando tuviera más tiempo.

La abuela tuvo un final rápido. Se resfrió o algo parecido. Al principio, temblaba de frío. Después, justo al revés, tenía calor y decía incoherencias. A veces se sentaba junto a ella, por aquello de devolverle el favor. Ni él mismo sabía lo que le pasaba por su propia cabeza. Una cosa y la contraria. Así era.

Las manos de longaniza reposaban sobre el edredón sin apenas moverse. O bien, al contrario, se movían sin parar. Comenzaba a hundirlas de un modo salvaje en el cabello, el mismo cabello que siempre llevaba firmemente recogido y cubierto con un pañuelo. Ni siquiera sabía que lo tuviera tan largo. Largo y blanco, extendido sobre la almohada, por encima del edredón e incluso más allá. Un cabello en el que se le enredaban las manos cuando las movía como a la buena de Dios.

—También a mí me pegaban —le dijo, aunque él no le hubiera preguntado nada.

—Y bien que hacían. ¿Qué otra cosa podían hacer con una muchacha tan revoltosa? De no ser así, ya sabes cómo habrías acabado.

Después regresó el dolor. O eso parecía. Todo su cuerpo se retorcía y se contraía de un modo extraño, estaba completamente despeinada y con el cabello como húmedo. No era una imagen hermosa. Lo llamaron para que fuera a trabajar, que no se quedara todo el rato ahí sentado. Vino el párroco y luego una segunda vez. La primera parecía contenta, la segunda, ya no tanto. Tampoco era fácil saberlo. Después volvió a marcharse.

Y él ni siquiera sabía si la quería ni por qué estaba ahí sentado. Y aunque tenía miedo, seguía a su lado siempre que se lo permitían. Y ella estaba contenta de que estuviera ahí sentado y a veces hasta le hablaba. Si bien, cada vez menos y ni siquiera tenía muy claro si realmente se dirigía a él. Al final, le permitieron que estuviera con ella todo el tiempo, los dejaron en paz. En una ocasión dijo que debería haberse quedado en Viena o, al menos, en Praga. Eso le pareció interesante, no tenía ni idea de que hubiera estado en esas

dos ciudades, habría querido preguntarle por los detalles. Sin embargo, luego le llamó «señor ingeniero» y se rio a carcajadas. Todo resultó muy extraño.

También vomitó, y ahí sí que no supo cómo reaccionar. Había vómito por todas partes. Hasta en el pelo tenía. Tuvo que llamar a su madre. Cuando esta abandonó la habitación para volver con las vacas, pensó que la abuela ya se había muerto. Pero no.

—No confíes en nadie —le dijo. O, más bien, a otra persona.

Y entonces se enfadó.

—¿Y usted que sabrá de eso? —gritó la anciana—. Escribió La abuela. ¿Cómo habría podido hacerlo de ser como usted dice? ¿Cómo habría logrado algo así? ¿Y usted qué sabrá de estos asuntos? Yo, al menos, lo intenté, pero ¿qué sabrá usted al respecto? ¿En esa miseria? ¿Qué ángel me guardó? Eso sí que fue un milagro. ¿Cómo se explica si no? Aunque fuera desgraciada... ¿Qué ángel...?

—El ángel del Señor dijo: ¿Por qué preguntas mi nombre? Hace milagros.

—Ya veo que lo conoce —susurró.

Por primera vez la vio tranquila. Y entonces murió. De todas formas, no le habría preguntado nada a la abuela. Él mismo entendía que no tenía sentido hacerlo. Tampoco ella le había hecho preguntas, ni siquiera sabía que era él su interlocutor. De eso estaba seguro, si no, no le habría contestado aquello del ángel del Señor. Porque si hubiera pensado que ella le iba a preguntar quién se lo había contado... Habría tenido que mentirle y eso no era algo que quisiera hacer. O tendría que haberle dicho la verdad, que lo conocía por Hašek... Y eso la habría matado.

Habían salido de Krč a primera hora de la mañana. Hacía rato que los pájaros cantaban, pero el sol aún no calentaba y la hierba estaba húmeda. Le habría encantado ir descalzo, pero el abuelo lo había disuadido. Era una caminata larga. Le saldrían ampollas y luego se estaría quejando todo el tiempo. No te las des de hombre de campo, praguense, le dijo burlándose. Pasaron por delante de un molino, del molino en que se aparecía el fantasma de una ahogada llamada Anča. ¿Cómo pueden vivir ahí? Preguntó sorprendido. ¿No les molesta? ¿No tienen miedo? Y, además, seguro que al dar las doce se escuchan por todo el molino las pisadas de unos pies mojados. Yo le tendría miedo, toda hinchada y azul, con algas en el pelo y los bolsillos llenos de ranas. ¿Tú no? Es cuestión de acostumbrarse. Uno se acostumbra a todo. Hay cosas peores que el fantasma de Anča. O eso dicen. Quiso saber cómo se había ahogado. Estaba borracha. Se cayó a un canal. Parece que creyó ver algo que brillaba el fondo y pensó que serían monedas. Se inclinó sobre el canal, se cayó al agua y sanseacabó. Esa mujer era de más allá del río y lo que viene de más allá del río no vale nada. ¿Se convirtió en fantasma porque estaba borracha? Qué va, por eso se ahogó, se convirtió en fantasma porque era avariciosa y estafaba a la gente. A todos les robaba un poco de harina. A todos, incluso a los más pobres. También era mala con los de su profesión que no tenían molino e iban de pueblo en pueblo buscando trabajo. Jamás se mostró generosa con nadie. Resumiendo, aquella mujer no sabía lo que era la compasión. Vaya, así que convertirse en fantasma resulta bastante sencillo, pensó. Basta una pizca de mala suerte. Por otra parte, tampoco es algo que le ocurra a todo el mundo. Anda que no hay gente avara, que roba... Tenía que haber algo más. Quizá el abuelo no supiera bien cómo había ocurrido.

Ya habían dejado atrás el molino, pero el perro del molinero seguía ladrando. Le preguntó si ni siquiera el perro era capaz de ahuyentarla. ¿El perro? ¿Me lo dices en serio? El perro es el que más miedo tiene. Es el primero en sentir que Anča va a salir del agua. Se mete a toda velocidad en su caseta, en el rincón más alejado posible, con el rabo entre las piernas y no dice ni pío. Tiembla como un flan hasta que todo acaba y la ahogada

desaparece de nuevo en su canal. Y hay veces en que tiene tanto miedo que sigue gimoteando penosamente un buen rato después. Hasta que cantan los primeros gallos. Le interesaba saber si no era posible liberarla de su maldición, que dejara de ser un fantasma. Desde luego, es posible, todo fantasma puede ser liberado. ¿Y con Anča? ¿Qué hay que hacer? Por lo que yo sé, alguien tiene que decirle lo siguiente exactamente doce minutos antes de medianoche: «Ven, Anča, querida alma perdida. Estás helada, siéntate un momento junto a nuestra estufa para entrar en calor. Que Dios te ayude a ti y a todos nosotros. Amén». Y entonces hay que hacerle la señal de la cruz sobre la frente. De ese modo, Anča alcanzaría, por fin, la paz y la tranquilidad volvería al molino. ¿Y, entonces, por qué no lo hacen? Sería lo más razonable. Es difícil, muy difícil. El miedo se lo impide. Mirar a un fantasma cara a cara no es cualquier cosa. Pocos son capaces de hacerlo. Has dicho que no tenían miedo. Que estaban acostumbrados. Acostumbrados al miedo. Una cosa es intuir o incluso tener la certeza de que por tu casa se pasea algún ser maligno y otra bien distinta, acercarte al lugar donde se aparece el fantasma, esperarlo, plantarte delante de él, invitarlo a que se siente junto a tu estufa y mirarlo a los ojos. A unos ojos sin ojos. Resulta difícil incluso imaginárselo. Ya sea razonable o no, ¿serías capaz de hacerlo? Querría, pero dudaba. Posiblemente no. Quién sabe, con el tiempo quizá seas capaz. Eres un muchacho listo y valiente.

—Una vez vi un cadáver, en Praga. Una niña pequeña. Era retrasada y luego se murió. Estaba tumbada en el féretro.

—¿En serio?

—Pero tenía ojos. Cerrados, quiero decir.

Al pasar junto al estanque convenció al abuelo para que le dejara darse un baño. Al principio no quería consentirlo, aún hacía fresco. Pero acabó cediendo. Cuando se trataba de estanques, el abuelo siempre acababa cediendo. Gritaba de puro placer, aunque el agua estaba terriblemente fría. Helada. No había ni rastro de los cálidos rayos del sol. No a esa hora de la mañana. Y olía de maravilla. A lentejas de agua, a barro, a peces. No entendía cómo podía ser que aquello no atrajera al abuelo. En lugar de bañarse, cargaba la pipa en la orilla. No tardó en llamarlo.

—Sal, venga, sal. Ya estás tan azul como el fantasma de Anča. Tenemos que seguir, a este paso no llegaremos muy lejos.

Atravesaron Zelendarka. Arriba, sobre el altozano, junto al crucero que se levantaba frente a Nová Ves, fue el propio abuelo quien quiso hacer un alto. Los tilos aún no estaban en flor.

—¡Mira bien a tu alrededor! Menuda vista hay desde aquí, ¿verdad? Siempre paro aquí un rato.

Había otra cruz en la encrucijada antes de llegar a Nuzov. También con tilos, aún pequeños.

—No soy especialmente religioso, pero no me digas que esto no es una auténtica belleza. A Matěj Žofka, el que los plantó, lo conozco. Me acuerdo incluso de su padre. En fin, lo recuerdo todo, excepto lo que pasó ayer. Venga, hay que seguir. Ahí delante está Paseky, a partir de ahí continuaremos por el bosque. Un bosque tan frondoso como nunca has visto. También en él hay fantasmas. ¿Quieres que te lo cuente? Pero luego no me vengas con que tienes miedo. Por el bosque llegaremos directamente a Písek. Son más de diez kilómetros.

—¿Tanto?

—Venga, hombre, eso no es nada para unas piernas jóvenes. En Paseky hay una taberna estupenda.

—¿Vamos a ir?

—¡Qué va! Hoy habrá taberna, sí, pero en Písek. Hemos traído comida. Haremos una parada cuando lleguemos a la encrucijada de Paseky o por allí cerca. Algún lugar hermoso encontraremos en el bosque donde reponer fuerzas. Venga, vamos, Jaroušek, vamos. Lástima que no te pusieran Antonín como a mí. En fin, qué le vamos a hacer.

Y, por fin, la torre de la iglesia de Písek. Ya no podía más. Sin embargo, estaba contento, especialmente cuando apareció ante ellos una taberna. Y, para colmo, la más famosa: La Taberna de los Reiner. Al menos el abuelo afirmaba que era la más famosa de

Písek. Sin embargo, antes había que hacer una parada en la iglesia.

—Te voy a enseñar la Madona de Písek, es famosa.

Para el abuelo, todo, absolutamente todo en Písek era famoso. No tenía muy claro que una Virgen María fuera a interesarle. Ya había visto suficientes, no en vano hacía de monaguillo en la iglesia de San Ignacio. Pero tampoco quería discutir con el abuelo. ¡Qué remedio! Habría que ver otra virgen más. Antes de llegar, cerca ya de la iglesia, se dieron de bruces con un león. Este sí le gustó. Se erguía sobre un alto pedestal y machacaba con las garras dos serpientes. Según la placa que lo acompañaba, era un monumento en recuerdo a las batallas de Magenta y Solferino.

—Fueron dos auténticas carnicerías. Conoces la canción, ¿no? Hubo una batalla, junto a Solferino, ríos rojos corrieron, cubren las rodillas. Sangre por las rodillas, carne por donde miras...

—¿Y es cierto?

—Lo es, Jaroušek. Una batalla terrible, sangrienta. Como todas. Montañas de cadáveres.

—¡Qué asco! No me gustaría vivir algo así.

—Ojalá, pero lo tienes difícil. Quiera Dios que no te veas obligado a vivir nunca algo así. El emperador tendrá muchos defectos, pero no quiere guerras. Claro, que hasta el momento las ha perdido todas sin excepción. De ahí que ahora huya de la guerra como de la peste, y bien que hace. Creo que es algo digno de elogio. ¿Sabes lo que se dice? Todas las naciones guerrean y solo tú, oh, feliz Austria, te vas de boda. Es por eso de que los nobles de alta alcurnia de la corte se casan de la manera más conveniente para tener parientes por todas partes, y con los parientes, al final, siempre acabas poniéndote de acuerdo. O celebras otra boda. Y luego otro bautizo. Y así una y otra vez hasta que a veces se quedan tontos. Pero vivimos en paz, eso es lo importante. Mejor que te gobierne un tonto en la paz que un genio en la guerra, ¿no te parece?

La Madona de Písek sonreía ajena a la conversación, pero también ella era particular. Había salvado la ciudad de otra batalla. Allí

estaba escrito bien claro. El abuelo comentó algo al respecto, pero había dejado de prestarle atención. Tenía hambre, le dolían los pies y todas aquellas azucenas comenzaban a marearlo. Era una fragancia fuerte y algo tétrica. Era un aroma como de cadáveres.

—¿Qué te parece? Es una hermosura, ¿a que sí? Se parece a tu difunta abuela... Cuando era joven.

Al abuelo le rodó una lágrima por el rostro sin afeitar. Al instante sacó un pañuelo. El chico se quedó muy sorprendido.

—Perdona, Jaroušek, son cosas de viejos. Lloran por cualquier cosa, tienen el cerebro ya reblandecido.

Decidió sacar ventaja de la situación.

—La vuelta la haremos en tren, ¿verdad? A Protivín.

—¿En tren? Por favor, ¿por qué en tren? Volveremos a pie, pero por otro camino, por Putim. Después iremos hasta el estanque de Selibov, luego al estanque de Tálín o, por detrás, directamente a Myšenec y desde allí ya hay apenas un trecho. Pero sería mejor ir por Tálín. Es un estanque que, desde luego, deberías ver, es famoso. Después de descansar en La Taberna de los Reiner, el viaje de vuelta será pan comido, ya verás.

Al salir de la iglesia, se dio cuenta de que, tras las pesadas puertas del templo, había un murciélago tirado en el suelo. Pequeñito, gris, de ojos vidriosos. No estaba muerto, aún se movía un poco. Pero no cabía la menor dudad de que estaba herido, tumbado de aquel modo tan extraño. Incluso vio una gota de sangre. Se iba a morir. ¿Cómo podía haberle ocurrido algo así? ¿Cómo había llegado hasta el otro lado de las puertas? Pensó que tenía que hacer algo y, sin embargo, al mismo tiempo, aquel murciélago moribundo lo aterrorizaba. Volvió la cabeza indeciso y debió de tropezarse porque se cayó al suelo.

—¡Míťo, Mítěnko! ¡Despierta! ¿Pero qué te ha pasado?

Comprendió que había sido un sueño. Todo. Era ella quien le decía Míťo*. Para el abuelo siempre había sido Jaroušek, pero para el

otro. Al de Krč apenas lo recordaba. No tenía que haber dejado a aquel murciélago allí tirado. Cuántas veces había pensado en él a lo largo de los años. Aún seguía sintiéndose culpable. Aquella vez debió de desmayarse por un instante. Se hizo una herida en la rodilla, una herida bastante fea. Y aun así volvieron andando. Putim, Selibov, Tálín… Toda una vida trabajando de guarda de pesca. Fueron de estanque en estanque. A pie. ¿Solamente en aquel sueño o también en la realidad?

---

* Por Matěj, el segundo nombre de pila de Hašek. (N. d. T.)

Vomitó por la mañana y luego otra vez antes de mediodía. No debería haberse comido el pan, por mucho que le insistieran. Por la tarde se pasó Bondy a verlo. Y después también Böhm, estuvieron jugando a las cartas. Bondy le trajo el periódico. Fue echarle un vistazo y cabrearse. Había un reportaje sobre el parlamentario Václav Švec y estuvieron charlando sobre el tema. Lo conocía. También hablaron sobre Jan Žižka, Procopio el Grande, Albrecht von Wallenstein y Joseph Radetzky. Hizo traer cerveza de la taberna de Invald. Cuántos gloriosos militares había dado el pueblo checo. Muchos para una nación tan pequeña. Y todo en vano. Como si nunca hubieran existido, nadie los reivindicaba. Ni siquiera él mismo los tenía en gran aprecio. No se sabía muy bien qué hacer con ellos. Tenían otros héroes, aquellos que se habían sacrificado. Que se había dejado matar o incluso se habían matado directamente ellos mismos. Quien lucha comete actos atroces. Poco adecuados para los manuales escolares. Al menos, para los checos. Pero así son las cosas. No podían actuar con relativismo. Debían adoptar una postura clara. Ergo, cabía la posibilidad de que se confundieran, de que se situaran, visto en retrospectiva, en el lado equivocado. ¿Qué se podía hacer al respecto?

—Señores, ahora tenemos nuestro propio Estado, eso es bueno, ¿verdad? ¿O no? —Bondy era un optimista. Un optimista precavido.

Y tenían, además, a Masaryk. Eso era mejor que bueno. Bastaba con echar un vistazo a los imbéciles que gobernaban en otros lugares. Sí, era bueno. Sin duda, era algo bueno. Brindaron por ello.

—Eso sí, en cuanto se afirma de alguien que es la encarnación del bien y de la verdad, ¿en qué se convierte todo aquel que defiende otras ideas? ¿Todo aquel que no está de acuerdo en algún aspecto, sin importar cuál? Ahí puede surgir un problema.

—¡Cuidado, Böhm, cuidado! No nos toques al padrecito de la patria.

—A nosotros tampoco nos lo toques —se sumó Bondy.

—Os podéis ir los dos a la mierda, idiotas.

—En realidad, ya casi estamos. En la mierda. Al menos, yo.

Ganó la partida, lo que le subió el ánimo.

Praga, jueves 30 de noviembre de 1922

Nueva época

Otros temas

¿Es la zarda un baile húngaro?

Esta es la pregunta que el redactor de Tatra le formuló recientemente a Josef Škultéty y a la que este experto en tradiciones eslovacas respondió con las siguientes palabras: El término húngaro csárdás surgió hace aproximadamente ochenta años. Concretamente en 1840, cuando el barón Bela Wenckheim, que tras el año 1867 ocuparía en dos ocasiones una cartera ministerial, dio ese nombre a unos bailes húngaros de pasos rápidos y ligeros, denominación esta que no tardó en arraigarse. Por tanto, no estamos ante una designación que surgiera de manera natural. De ahí que resulte difícil discernir qué es zarda y qué no. La denominación es, desde luego, de origen húngaro, mas todo baile que responda a dicho nombre no tiene por qué serlo necesariamente. Los eslovacos también cuentan con un buen número de bailes de semejantes características que, en su conjunto, cabría englobar bajo el término skočná, de skok ‘salto, brinco’. En el año 1883 salí una mañana temprano junto a Vajanský y Jaroslav Vlček de Kubín en dirección a Námestovo para visitar a Hviezdoslav. En Hruštín nos cruzamos con un alegre grupo de invitados a una boda que iban acompañados de varios músicos: nunca en toda mi vida he visto un baile más hermoso que aquel. Se trataba, claro está, de un baile de pasos rápidos y ligeros, indudablemente eslovaco y, en ningún caso, húngaro. Cada baile se relaciona con una música concreta y los especialistas distinguen las diferencias entre estas sin ningún género

de duda. Así, resulta impensable un baile húngaro al ritmo de una canción eslovaca, al igual que no es posible bailar al estilo eslovaco con base en una melodía húngara. La zarda fue una invención del ardor nacionalista húngaro. Los eslovacos, en opinión de Škultéty, no bailan zarda, sino la skočná eslovaca.

El conde ladrón

En los últimos tiempos se mueve por Viena un tal «conde Rüdesheim», que se dedica a entablar relaciones con muchachas a las que luego les pide dinero y joyas y a las que roba de las más diversas formas. A la oficinista Hochstratt le hizo una propuesta de matrimonio que le costó a la dama dos anillos de brillantes con un valor de un millón y medio de coronas austriacas; a la empresaria Bauer, a la que conoció poco después, le robó joyas por 26 millones; al oficinista Weber, en cuya casa estuvo alojado un tiempo, le tomó prestada ropa estimada en 20 millones, tras lo cual, desapareció sin dejar rastro. La policía, gracias a los retratos que el magnánimo caballero repartía entre sus víctimas, ha descubierto que el «conde Otokar Robert Rüdesheim» es, en realidad, el cerrajero Josef Halánek de České Budějovice. Aunque en este momento ya se conoce su identidad, aún no han logrado atraparlo.

Durante el trayecto desde la estación se sintió relajado, casi feliz. La quietud del paisaje invernal, de aquellos conocidos horizontes y familiares pueblitos encerrados en sí mismos, le permitió, por primera vez aquel año, sentir el tácito regocijo del adviento. Le estaba agradecido a Rudi por haberle organizado aquel viaje y aún más por no haberlo acompañado. La estancia de dos jornadas en Praga había satisfecho por completo sus necesidades, por lo demás bastante poco exigentes, de socializar y tratar con sus semejantes. Cuarenta y ocho horas habían bastado para disfrutar de todo aquello que llevaba año y medio deseando vivir en la capital. Por otra parte, así le ocurría siempre. Estaba encantado de llegar y aún lo estaba más de marcharse. En la redacción de la Gaceta Católica reinaba un ambiente como de permanente enojo y excitación en el que no halló, sin embargo, ni sombra de la sensación de derrota, de esfuerzo que no dará fruto alguno, que, de cuando en cuando, se apoderaba de él. Comentarios del tipo «el abuelete no nos trata bien» o «quien sostiene una pluma en la mano está en nuestra contra» eran proferidos con ligereza. Parecían más bien chistes levemente cínicos y, en realidad, resultaba evidente que esa, y no otra, era su intención. Tampoco era algo que lo hubiera sorprendido en demasía. Ya se tratara de la opinión de la prensa o de la población en general, a los praguenses les resultaba bastante sencillo rodearse de personas que compartieran sus mismas ideas, tenían sobradas oportunidades para apoyarse e infundirse ánimo recíprocamente. Un ánimo que, con frecuencia, carecía de gravedad, a pesar de lo cual, o incluso precisamente por ello, resultaba enormemente eficaz. Sus eventuales quejas y dilemas no iban dirigidos a un sacristán chovinista que, a pesar de su buena voluntad, no hacía sino multiplicarlos.

Por la noche había ido con Petr a una tasca. El que antaño fuera su compañero de pupitre ahora no solo ostentaba un puesto de redactor en la Gaceta Católica, con una energía acaso mayor de la que le recordaba de los años de estudios, sino que lo compaginaba con la docencia en la facultad. A todas luces, Petr rebosaba ánimo, diligencia y optimismo, si bien todo salpicado de cierto escepticismo intelectual. Tanto era así que, al final, solo se había

visto capaz de revelar una parte de su propio abatimiento. Y no precisamente la fundamental, que repentinamente se le antojaba ridícula y fuera de lugar. Quizá, a fin de cuentas, su decaimiento no fuera más que una muestra de su propia incapacidad y de la debilidad de su carácter.

Petr incluso mencionó a Hašek.

—He oído que tienes un nuevo feligrés —se rio—, al comisario Hašek en persona. Menuda bendición, ¿verdad?

—Así es —respondió y rápidamente cambió de tercio.

No podía dejar de pensar en que, si hubiera mencionado el repugnante episodio de la rata, Petr se habría echado a reír. Sabía que una reacción así le resultaría irritante. Él era incapaz de tomárselo a risa. Bastante tenía con que, a causa de Rudi, o eso tenía entendido, ya se hubiera difundido por todo Lipnice. No, él no podría reírse y la superioridad de miras de Petr lo ofendería. Acabarían discutiendo. Lo tomaría por un hombre de mente estrecha, por un idiota de pueblo. No quería aguarse la velada.

En un asunto sí se había mostrado decidido. Le había pasado a Petr su artículo y le había pedido que le echara un vistazo. Quizá lo pudieran imprimir, siempre y cuando les pareciera apropiado. No había insistido, tan solo había dejado caer, no sin cierto pudor, esa posibilidad. Tampoco había mencionado que el semanario de Brod había rechazado el

texto. No era un dato verdaderamente relevante: en realidad, no cabía esperar otra reacción de aquella revista de izquierdas.

Si no les concediera tanta importancia a las ideas expresadas en su artículo, no se lo habría ofrecido a nadie. Aunque no le agradaba hacerlo público, sentía que no podía pasarse la vida escondido. Seguían existiendo valores que resultaba necesario defender. Sin miedo. La fe era uno de ellos. Pero también la decencia, la humildad y el respeto por las ideas de los que piensan diferente. Eso era todo cuanto le pedía a la gente. Sin miedo, en eso estaría de acuerdo incluso Masaryk. Todos sin excepción estarían de acuerdo. Sin embargo, cada cual aplicaba esta expresión de una forma

distinta. No era precisamente escaso el número de personas que lo que hacía sin miedo era ridiculizar, ofender y pisotear a sus semejantes. Así eran las cosas, así funcionaban en Bohemia. Con Masaryk o sin él.

El silencio en la sala era casi absoluto. Saludó enérgicamente, mas no recibió respuesta alguna. Volvió a llamarla.

—¡Josefa! Ya estoy aquí.

No es que esperara un recibimiento especial, ni mucho menos aún cualquier muestra de afectuosidad. La llamaba, ante todo, para que no se asustara, sola con el niño como estaba y anocheciendo ya. Seguía sin responder. ¿Acaso no ha oído los caballos? Quizá haya bajado a por algo al sótano o esté arriba durmiendo al niño, pensó. Mejor no seguir gritando, Dios me libre de despertar a la criatura, solo faltaría que la mujer se pusiera aún de peor humor de lo habitual. En medio del conocido y familiar olor a humedad, del moho centenario del vestíbulo, identificó un aroma mucho más agradable. ¿De verdad olía a bollitos? ¿Habría estado preparando algún manjar? Había que reconocer que la mujer se esforzaba. Abrió la puerta de la cocina y, sí, era cierto. La bandeja del horno, cubierta con un paño bordado, reposaba sobre la mesa. Estuvo a punto de emocionarse. Antes de lavarse las manos, y por pura costumbre, fue a comprobar la estufa. Casi apagada, apenas quedaban un par de carboncillos encendidos. No se lo esperaba y se le amargó la buena disposición. Trató de reanimar el fuego. Pero ¿es que no es capaz ni de vigilar la estufa? ¿Tiene que mostrarse tan indiferente con todo? Por otra parte, los bollitos... Pero ni con esas. Cuando por fin se hubo lavado las manos, se acercó a la mesa y levantó ligeramente el paño por uno de sus extremos. La mujer se esfuerza, se esfuerza. No hay razón para enojarse, el asunto requiere paciencia. Más paciencia. Solo entonces cayó en la cuenta de que, además de la bandeja, en la mesa había una hoja de papel y, sobre esta, a guisa de pisapapeles, una manzana. Algo arrugada ya. La apartó y se puso a leer. Era una carta. En realidad, más bien un mensaje. Lo leyó una vez y, tras sentarse, volvió a leerlo. Le escribía que se marchaba. Que le daba las gracias por todo, pero que no lo soportaba más. Se mudaba a Sedlčany, a casa de su prima. Le pedía perdón. No debía preocuparse, tenían un lugar donde vivir y

alguien que se encargaría de ellos. Volvía a disculparse. Le había faltado el valor para decírselo antes. Así sería mejor. Le daba las gracias de nuevo. Que lo sentía. Los bollitos eran de semillas de amapola, esperaba que le gustaran. Aunque no estaba segura, no era muy buena cocinera. Lo sentía.

Oyó la madera crujiendo en la estufa. Lo había logrado. Le entraron ganas de tirar al fuego los bollitos. No lo hizo. ¿Pero a qué se refiere? ¿Qué es lo que no puede soportar? ¿Y él? ¿Él sí puede?

Dormía en la cama de la abuela, en la misma en la que había muerto. En su cama y en su cuarto. Lo había heredado todo. Pensaba en sus manos de longaniza, en esa piel tan fina, casi transparente, alrededor de las prominentes articulaciones. Pensaba en que le daban un poco de asco. En cómo se habían quedado inmóviles sobre el edredón y, de pronto, tras dar una especie de latigazo, habían salido como en volandas, igual que las gallinas cuando la abuela les cortaba la cabeza. Ya ni siquiera tenía miedo. Había sido solo cosa de las dos primeras noches. Sin embargo, no había día en que no se le viniera a la cabeza antes de dormirse. Era cerrar los ojos y ya estaba ahí hablándole como en vida. No trataba de evitarlo, sabía que, antes o después, se le pasaría. Que, al final, ocurriría como con su padre. Aún se acordaría a veces de ella, pero ya no la oiría. Ya no oiría su voz tal y como había sido en realidad. Y podía ser que incluso con el tiempo dejara de verla. O que, como mucho, la viera borrosamente. Así sería, más o menos. Ya lo había vivido antes.

Le preguntó a su madre por Praga y por Viena. Si era verdad que la abuela había estado allí, nunca le había hablado de ello. Hasta un momento antes de morir. Le respondió que sí, que era cierto. Que en Praga había ido a la escuela, incluso a una superior. A una escuela superior para señoritas. Por eso, de acuerdo con su madre, era tan orgullosa, ni que hubiera estudiado en París. Más tarde trabajó algún tiempo en Viena. Al servicio de una familia de alta alcurnia. Le encantaba todo aquello. Sin embargo, cuando se casó, tuvo que regresar, a disgusto. ¿Por qué? Porque... Simplemente tuvo que hacerlo. Había conocido al abuelo cuando este prestaba el servicio militar. Podía darse con un canto en los dientes de que la cosa hubiera acabado así. Que el abuelo la hubiera sacado de allí y se hubiera casado con ella. Había tenido una suerte enorme. Enorme. El abuelo tenía algo de tierra y animales. Debería haberle estado eternamente agradecida. Debería haber besado el suelo por donde pisaba hasta el mismo día de su muerte. Y, sin embargo, no había sido así. Todo lo contrario. Nos lo estuvo reprochando toda la vida. Lo de no haberse podido quedar allí. En Viena. A mí a quien más. Y al abuelo también. Las hemos pasado de todos los colores.

Dios la tenga en su gloria. Así te lo cuento.

En toda aquella historia había algo que no le cuadraba. Pero su madre se negó a seguir hablando del tema. Y, con eso y con todo, probablemente era la primera vez que le escuchaba hilar tantas frases seguidas. Eso había que reconocerlo. Así que la abuela había estudiado y había visto mundo. No tanto como Hašek, pero, aun así. Lástima no haberlo sabido antes. Que no hubiera presumido de ello.

—A ver, Jarda, ¿cómo fue todo aquello de Zborov? Aquí escriben que ni siquiera estuviste en la batalla, o que sí, que estuviste, pero que no combatiste como es debido, y que en ningún caso...

—¿Habéis oído alguna vez hablar del baile de los flamencos en el lago Ngwe-wu?

—Déjame en paz con tus flamencos, hombre. ¿Estuviste en la batalla o no estuviste? Confiesa.

—Déjalo en paz tú a él, hombre. Te pasaste toda la guerra calentito en tu casa y ahora vas a...

—¿Y entonces por qué no quiere hablar del tema? Me interesa saber cómo fue todo aquello y si lo que cuentan se ajusta o no a la verdad. Uno tiene ya experiencia, no puede ir por ahí creyéndoselo todo.

—No hay ave que supere en belleza al flamenco. Ninguna garza, ningún cisne, ningún pavo real se le puede comparar. Y de vuestras gallinas y pavos de corral mejor ni hablar. El flamenco, como es bien sabido, es la encarnación de la elegancia y la beldad. Un ave alta y esbelta de largo cuello y un colorido de extraordinaria hermosura. En este mundo nuestro nada se asemeja tanto a una majestuosa y ardiente llama.

»Puede sin temor afirmarse que, en este caso, somos testigos de una valiosa muestra de que nuestra lengua checa es capaz de escoger, en un derroche de agudeza e inventiva, el nombre más oportuno. Así, la denominación flamenco o plameňák coincide con las características de su portador, semejante, como ya ha sido mencionado, a una llama o plamen. Sin embargo, y por desgracia, no estamos ante una situación habitual como alguno acaso pudiera pensarse. ¿Qué tienen en común, a modo de ejemplo, el tórtolo y la tortilla? ¿Acaso es uno de los alimentos propios de su dieta? ¿Es el oso osado? ¿Produce el canguro canguelo? Y así podríamos continuar hasta el infinito. Algo que no haremos. En su lugar, recordaremos con sincera gratitud al sabio erudito que dio en el

blanco al denominar a nuestra ave. No podemos descartar, cierto es, la posibilidad de que no fuera a la primera. No resulta difícil imaginarse el tormento de este buen hombre en su búsqueda del término más adecuado. Cuántos días no pasaría entre libros, renunciando a realizar labores más provechosas. Y cuántas no serían las noches en vela. Y es que al principio vivía obsesionado con el nombre azulena. Sentía en su fuero interno que no era exactamente lo que buscaba, pero tampoco podía quitárselo de la cabeza. ¡Azulena! ¡Azulena! Azulena. Resonaba día y noche en su desdichada y torturada mente. No dormía, no comía, no se afeitaba, sumergido como se hallaba en un completo ascetismo corporal. Su ascetismo espiritual, por lo demás, había formado parte de su naturaleza desde que tenía uso de razón. Una doctrina esta que, por lo demás, acabaría dando sus frutos. El pobre estaba ya al borde mismo de la locura, de una locura casi absoluta, cuando, por fin, surgió ante él un nuevo nombre. Enseguida sintió que era mucho mejor que el anterior. Me refiero concretamente a gran rinopernonte africano. Sin duda, se trataba de una denominación incomparablemente más oportuna. Cuántas de las más relevantes características de esta admirable criatura resonaban en ella en un acorde cercano al júbilo, o eso le pareció a él. Por desgracia, no por mucho tiempo. Su alegría era inmensa, sí. Solo superada por la alegría de su mujer y de sus hijos, que albergaban, ingenuamente, la esperanza de que el científico pudiera, en homenaje a su descubrimiento y tras dos años, volver, por fin, a lavarse. En vano. Y es que subestimaban la inquebrantable voluntad y la firme naturaleza del cabeza de familia. Así como también su integridad y su fantasía, rayanas, en ocasiones, en lo enfermizo. La breve euforia del hombre se vio repentinamente sustituida por un mar de dudas que no tardaron en convertirse en abatimiento y, al final, en una desesperación prácticamente sin límites. No había logrado engañarse a sí mismo por mucho tiempo. Y así, aunque la nueva denominación del ave era, en general, acertada, también era cierto que resultaba bastante extensa. Además, estaba desnuda de elegancia. Era decepcionante y él no estaba dispuesto a conformarse con poco. Sus pretensiones eran elevadas, pocos menos que ideales. Y esto no era, con diferencia, lo peor del asunto. Gran rinopernonte africano... No podía evitarlo, no sabía decir a qué, pero, al igual que le había ocurrido con azulena, también en este caso el nombre le recordaba con fuerza a algo. ¡No! ¡No era posible! No podía

resignarse a una denominación como aquella. La consecuencia de su decisión fue una nueva e inenarrable tortura. Adelgazó hasta quedarse en los huesos, se tropezaba con sus propias barbas, lo que, dicho sea de paso, no resultaba del todo inútil, ya que así, al menos de cuando en cuando, pisaba alguno de entre la miríada de piojos que había encontrado allí un acogedor hogar. Mientras que el alma del científico vivía entre ángeles y demonios, a los que pedía consejo por igual, su decadencia física avanzaba peligrosamente hacia la línea que el ser humano no puede franquear. Además, junto a las del cuerpo, comenzaban a abandonarle rápidamente las fuerzas de un tipo más elevado, las psíquicas, que tan necesarias resultaban para su labor y, ciertamente, también para la vida misma, incluso para la de un insecto. En pocas palabras, todo apuntaba a que su final se acercaba de modo inexorable. Y no fue hasta hallarse a las mismas puertas de la muerte cuando cayó en la cuenta de que hacía tiempo que lo habían abandonado en aquella casa. No había ni rastro de su mujer ni de sus hijos, de su alegre alborozo. Se había quedado solo con su majestuosa ave. No temía a la muerte, le era indiferente. Por lo demás, su vida había resultado una decepción, no se merecía mejor suerte. Lo único que lo atormentaba era aquella ave, auténtica culmen de la creación divina, cuya belleza y gracia resultaba imposible expresar con sonidos. Aquel animal alado para el que, en su ignorancia absoluta, era incapaz de dar con la palabra adecuada. ¿Habría de quedarse para siempre innombrada?

»Fue entonces cuando llegó el invierno. Ese año golpeó de forma inesperada, demasiado pronto y, por si fuera poco, con inusual crudeza. Estaba acostumbrado al hambre, no necesitaba gran cosa. Sin embargo, el frío era otro cantar, le habría desbaratado su despedida con el mundo. Y así sucedió que, un buen día, se levantó de su escritorio y, sacando fuerzas de flaqueza, recogió en el patio algunas ramitas y astillas de tiempos ya remotos y con ellas, por primera vez en aquella vida suya dedicada por completo a la ciencia, encendió la estufa. A pesar de toda su debilidad y sufrimiento, pudo constatar que había actuado con pericia. Hasta tal punto que no recordaba haber visto jamás un fuego más hermoso. Hechizado, observó en silencio las llamas con la esperanza de que su vida no hubiera sido completamente en vano. Y fue entonces cuando ocurrió. Un milagro, pensó. Un milagro, Dios me

ha iluminado. ¡Hosanna en el cielo! ¡Plameňák! Sea el nombre. Y fue el nombre.

»Hay diversos tipos de flamencos. Sin embargo, en todos ellos los principales rasgos de su ciertamente inusual belleza y de sus costumbres se asemejan notablemente entre sí. Una de dichas costumbres se refiere a que, una vez al año, guiados por una fuerza poderosa y enigmática, emprenden el vuelo. Parten hacia tierras lejanas, dejando atrás sus queridos y seguros hábitats, arriesgando todo sin excepción, incluida su propia vida, sin conocer siquiera el sentido de este impulso: a pesar de toda su belleza celestial, no dejan de ser animales, hermosos, qué duda cabe, pero nada más que animales.

»El lago Ngwe-wu es uno de los lugares donde, con frecuencia, reposan tras ese viaje que guía su pasión. Dos millones de aves se reúnen a las orillas de este lago tras superar su penosa peregrinación. Es su tierra prometida, mas no por ello un lugar que les brinde seguridad. No son pocas las aves que, habiendo alcanzado felizmente su destino, son presas de fieras de toda suerte, sin un ápice de respeto o comprensión. Ya que, como es bien sabido, también los animales se diferencian entre sí por su grado de sanguinariedad, así como por su muy diversa concepción de los fundamentos y las consecuencias de sus bestiales vidas. ¿Sería acaso posible comparar una mariposa con un león y establecer la medida de sus culpas, en el supuesto de que las hubiera? De ahí que la fe auténtica, la católica, se muestre a este respecto acorde con la antagónica Iglesia evangélica y no cuente con un espacio en el cielo para los animales, ante todo porque nos conduciría a la locura discernir cuál de entre ellos es culpable y por qué motivo. ¿De qué otro modo habría de alimentarse el tigre que no fuera con un sangriento pedazo de carne si el mismísimo Dios lo creó así? ¿Qué debe hacer el osito panda oriental con un trozo, a modo de ejemplo, del mejor asado servido en una bandeja de plata, si la voluntad divina ha estipulado que se alimente única y exclusivamente de un puñado de hojas de bambú? Y yo me pregunto, ¿lo convierte eso en mejor animal que el tigre? ¿Quién ha de descifrarlo? Estas son las causas por las que la Santa Iglesia afirma inequívocamente: ¡Ninguno! Ninguno de entre vosotros los animales —diversos entre sí, mas animales del primero al último— tiene derecho. No es solo

una solución sencilla al tiempo que completamente eficaz, sino que, de hecho, es la única posible.

»En cuanto los flamencos han descansado, refrescándose en el agua y desentumeciendo sus exhaustas alas emplumadas, el buen ánimo se apodera de ellos, hasta el extremo de que ya no quieren saber nada de sus semejantes menos afortunados. Así, no resulta extraño que, al tiempo que en la orilla los dientes de las bestias que pueblan estas espléndidas aguas continúan despedazando el cuerpo, víctima inocente, del que no tanto tiempo atrás fuera uno de sus compañeros de vuelo, las aves ya se estén preparando alegremente para el baile. Así se lo ordena la naturaleza, ajena a la misericordia. Comienzan a unirse en pares de acuerdo con sus gustos. Las parejas se alinean unas tras otras como si se hallaran en la corte imperial, sus esbeltos cuellos se inclinan unos hacia otros, sus picos se rozan suavemente, las aves elevan sus cuerpos como si se pusieran de puntillas. A la primera pareja le sigue la segunda; a la segunda, la tercera... Millones de aves a través de las cuales se propaga una tensión electrizante que se extiende hasta que todas sin excepción forman un único baile. Un baile de una belleza simplemente indescriptible. Sus ojos, al mirarse, arden en llamas, por lo que no son solo sus plumas las que relucen con un salvaje colorido. Sus garras se entrelazan con una inusitada coordinación. Un espectáculo que ni siquiera puede observarse en las más refinadas sociedades humanas. Un ballet de millones de aves perfectamente sincronizadas que hacen que el lago arda y que el ser humano se maraville. Si bien, al tratarse de un lugar tan remoto, son pocas las personas que han podido presenciar este extraordinario espectáculo. Mención aparte de los indígenas, claro está, cuya alma vacía de ideales muestra un único interés por las aves: tratar de golpear al mayor número de esos estúpidos pajarracos para poder luego comérselos. Y si la caza se ha dado bien, esta vez son ellos los que bailan. Algo que, a fin de cuentas, no carece por completo de interés, especialmente si lo comparamos con la polca checa.

—No me vengas, Lexa, con que realmente estuvo en esa batalla. ¿Cómo podría ser mentira si ha salido en los papeles? ¿En serio lo piensas? Y entonces ¿por qué no quiere hablar del tema? Si hubiera estado en la batalla...

—Imbécil, pero si tiene hasta una medalla. Al valor.

—¿Sí? ¿Y por qué no nos la enseña? ¿Por qué no fanfarronea si tiene la posibilidad? Solo bebe y suelta disparates. No le creo. Yo no, desde luego. Miente más que habla. También he oído que, en realidad, tuvo que huir de Rusia. Que de lo contrario lo habrían liquidado sus propios amiguitos bolcheviques.

—¿Sabes qué, Lojza? —comenzó, pero enseguida se detuvo.

Ni él mismo sabía cómo continuar. Lo suyo sería darle una bofetada, pero, como tabernero, no podía.

—¿Sabes qué? Que entonces, al menos, no dejes que te pague las putas cervezas.

Trató de acercar un poco la silla hacia la mesa. Nada más tocarla, se le clavó una astilla en el dedo.

—¡Ostras! —dijo con rabia—, ¿de verdad tienes que copiar el mobiliario del castillo hasta el último detalle?

—¡Qué va, Hubert! En el gran salón todo está pulcro y bien pulido —respondió Bondy—. ¡Ni se te ocurra tirar la astilla! Guárdatela bien, ponla a buen recaudo y algún día te pagarán una fortuna por ella.

—¿Por qué lo dices?

—Le pones una etiqueta diciendo que es de la silla donde Jarda solía plantar el trasero y, algún día, te la quitarán de las manos, ya verás.

—Hazle caso, Böhm, falsa modestia aparte. Los judíos destacan en estos asuntos. Ya sabes, igual que en la corona de san Wenceslao hay una astilla de la cruz de Cristo o algo por el estilo...

—Una espina de la corona de Cristo. ¿Creéis que es auténtica?

—Resulta difícil de decir… Podría ser. Pero una cosa es segura: Carlos IV acumuló tal cantidad de huesos y dientes que podría haber formado todo un ejército de santos.

—Ya se sabe cómo son los coleccionistas... Yo conocí a uno en persona, aunque de esto hace ya mucho tiempo. Vivía en la calle Salmovská, justo detrás de la iglesia de San Ignacio de Loyola. Allí ejercía yo en mi más tierna infancia de monaguillo, en San Ignacio, digo. Después de misa nos íbamos corriendo a la casa de aquel hombre, nos acercábamos gateando al sótano y tratábamos de echar un vistazo dentro a través de un ventanuco. Con cuidado, porque el tipo aquel tenía muy malas pulgas. En cuanto nos veía, salía a toda velocidad gritando Virgen Santa María de Todos los Dolores, tú lo has visto, semejante depravación. Y si pillaba a alguno, le zumbaba con un bastón.

—¿También coleccionaba reliquias de santos?

—No, qué va. Coleccionaba ropa interior femenina. Bragas nada más.

—¿Por qué?

—Supongo que porque son menos voluminosas.

—Me refiero a por qué ropa interior.

—Yo qué sé. Los muchachos nos pasábamos horas discutiendo si era un donjuán y simplemente guardaba sus trofeos o si más bien no sería un violador y un asesino. En serie. Esta posibilidad se nos antojaba la más probable, ya que lo estuvimos observando a distancia mucho tiempo, controlando la entrada y el ventanuco ese, y nunca vimos ni a una sola mujer que entrara o saliera de allí. Supongo que las asesinaba antes para luego quedarse con las bragas.

—Quizá se las compraba. ¿No se os ocurrió esa posibilidad?

—Difícilmente, era pobre de solemnidad.

—Porque se lo gastaba todo en ropa interior.

—Estuvimos sopesando si no habría que denunciarlo a la policía o, al menos, al gendarme a cargo de esa zona que pasaba con frecuencia por allí. Pero después nos dijimos que las personas decentes no deben relacionarse con la bofia y que sería mejor que se encargaran ellos solitos de descubrir el misterio. Y es verdad que, al final, lo metieron en la cárcel. No por sus crímenes sexuales, sino porque una vez —un 18 de agosto, el cumpleaños del emperador— colgó de la ventana unas bragas a modo de banderita. Unas bragas bonitas, de encaje. Se lo llevaron y lo encerraron por provocador, ya que consideraban imposible que alguien pudiera andar colgando banderas a voluntad en una celebración como aquella. Ya nunca regresó a casa, a los pocos días lo mandaron de la prisión al manicomio de la calle Kateřinská. Lo que tampoco es motivo de humillación, yo mismo pasé allí una temporadita, aunque debió de ser unos veinte años después. Y ahora os estaréis preguntando cuál

es la moraleja de todo esto. Pues que no hay que implicarse en exceso y que uno tiene que ser precavido por muy buenas que sean sus intenciones, dado que nunca se sabe si, al final, no se volverá todo en tu contra ni quién te acabará calumniando por ello.

—¿También tú estabas implicado en exceso? ¿Tanto como para que te mandaran al manicomio como al tipo aquel de la calle Salmovská?

—¿Quién? ¿Yo? No, lo mío fue porque estuve a punto de tirarme al río desde el puente de Carlos.

—Hablando de astillas...

—Solo para tu información, Bondy, ya hemos cambiado de tercio.

—Hablando de astillas, ¿no os he contado nunca que nuestra familia posee una astilla de la hoguera donde quemaron al maestro Jan Hus? En realidad, más bien un palito.

—Esto es insuperable, amigo.

—Seguro que estabais allí dale que te pego vendiéndoles madera para hacer la hoguera, viniendo de los tuyos no me parece inverosímil.

—No, en serio. Si me dejáis hablar, os cuento cómo ocurrió. Un tatarabuelo mío, Abraham ben Josef se llamaba, fue a Constanza justo cuando se estaba celebrando el famoso concilio. En un viaje de negocios.

—Eso por descontado.

—Claro, sí, eso por descontado. Aunque me puedo imaginar motivos más humillantes como, por ejemplo, divulgar la fe o la verdad. Resumiendo, él estaba a lo suyo sin interesarse lo más mínimo por aquellos asuntos de la iglesia. Si exceptuamos que debía de andarse con mucho ojo, no fuera a salir malparado, siendo como era un judío en una concentración de enfervorecidos cristianos. Por otra parte, esperaba que estuvieran suficientemente ocupados con sus asuntos como para no tomarla con él. En fin, ni siquiera sabía que estaba allí Jan Hus, incluso es bastante probable que por aquel

entonces no tuviera muy claro ni quién era. Sin embargo, el destino quiso que, justo antes de su regreso a Praga, sus caminos se cruzaran. Fue todo fruto de una enorme casualidad. Se mantenía tan al margen como le era posible, pero, en una ocasión, la multitud comenzó a abrirse paso a empujones de tal modo que, sin comerlo ni beberlo, se vio arrastrado hasta los mismos pies de la hoguera justo antes de que le prendieran fuego. A punto estuvo de perder el equilibrio y, sin saber muy bien ni cómo, de pronto se dio cuenta de que tenía en la manga, en uno de esos pliegues anchos que se llevaban por aquel tiempo, un trozo de madera. Se le había enganchado alguna ramita. No os voy a engañar, lo único que quería era largarse de allí cuanto antes, pero no era tan sencillo. Así que no le quedó más remedio que ver y oír al pobre Hus. Regresó a casa con esa terrible experiencia y con un trozo de madera en el bolsillo. Solo Dios sabe por qué no lo tiró y lo trajo hasta Bohemia. Cuando más tarde se lo contó a sus parientes, nadie pareció especialmente interesado. Tenían suficientes preocupaciones de por sí como para andar pensando en un cura, de los que nada bueno cabía esperar, y, para colmo, medio loco. Sacarle provecho económico resultaba imposible, ¿cómo habría de demostrar que era auténtica y que no la había arrancado de un árbol de Petřín o de cualquier otro parque de Praga? Por no hablar de que se habrían tomado como una inmensa ofensa y un acto repulsivo que pretendieran vender algo semejante. Especialmente al tratarse de un mártir cristiano, por un lado, y de un estraperlista judío, por el otro. Incluso llegaron a reprenderlo por entrometerse en ese tipo de asuntos, aquello podría traer terribles consecuencias tanto para él como para el negocio familiar. En eso no les faltaba razón. En resumen, ni despertaba el interés de nadie ni había de dónde sacar cualquier tipo de beneficio. Pero el hombre, por muy dotado de sentido común que esté, no es un ser plenamente racional, y el bueno de Abraham, al final, se guardó la ramita que, por otra parte, no medía más de diez centímetros. Ni él mismo sabía por qué lo hacía, al igual que tampoco sabía por qué no la había tirado y se la había llevado hasta casa. Escribió en un pedazo de pergamino «Constanza 1415» y lo envolvió junto a la ramita en un trozo de lienzo. Luego lo colocó todo en un cofrecito donde guardaba un par de objetos de valor y algunas otras cosas que, por uno u otro motivo, consideraba de interés. Pasado un tiempo, cuando hubo envejecido y sus hijos eran ya adultos, toda Bohemia sin excepción,

quisiera o no, ya sabía quién fue Jan Hus y quiénes eran los husitas: había guerras de religión por todas partes. Fue entonces cuando les mostró la ramita y les contó de dónde la había sacado y todo cuanto sucedió aquella vez. Esto se convirtió después en una tradición familiar, pasó de generación en generación, y fue un auténtico milagro que el cofrecito no se perdiera durante todos esos pogromos y persecuciones sin fin, durante las huidas y los regresos y, en definitiva, durante los frecuentes traslados de un lugar a otro. La ramita, junto al texto con la fecha, permaneció en la familia. Y eso no es todo. Años después ocurrió una cosa la mar de curiosa. Cuando, en medio de todo el caos causado por las continuas batallas y contiendas, los católicos empezaron a tomar ventaja, la confesión de la Hermandad Bohemia fue prohibida. Y algunas de esas familias evangélicas, en su mayoría procedentes del este de Bohemia, antes de regresar al seno de la única iglesia auténtica, prefirieron convertirse secretamente al judaísmo. No era algo común en aquel tiempo, al igual que no es algo común hoy en día, y tampoco es que les sirviera precisamente de gran ayuda en el asunto de las persecuciones. Pero el caso es que sucedió. Sus descendientes ya eran judíos, similares a los demás, tan solo los apellidos de algunos de ellos eran distintos. Y así fue como ocurrió que, de cuando en cuando, uno de estos conversos acababa, matrimonio mediante, formando parte de nuestra familia. Y por mucho que ejercieran de creyentes ortodoxos, no cabe duda de que no habían olvidado por completo sus remotos orígenes, gracias a lo cual aquel pedacito de madera y su larga historia adquirieron un nuevo y especial sentido. Eso es todo. Cosas más extrañas ha visto este mundo. Y uno nunca puede saber por qué algo ocurrió precisamente de ese modo y no de otro. Y resulta, además, inútil hacerse demasiadas preguntas al respecto, y mucho más aún enfadarse, al menos si no se trata de una cuestión de vida o muerte, si bien ni siquiera en ese supuesto suele servirle a uno de mucho.

—¡Venga! ¡Saca la ramita!

—¿Te has vuelto loco? Yo no la tengo.

—¿Y quién la tiene?

—Un primo mío de la rama vienesa, creo. O sus hijos, no lo sé. Pero todo es verdad. Mi abuelo la sostuvo de niño entre sus manos.

—Eso podría afirmarlo cualquiera.

—Cierto, pero mi abuelo nunca mentía. Hasta donde yo sé, al menos. Era un hombre piadoso.

—¡Pruebas, Bondy, pruebas! Los tiempos modernos demandan pruebas y no cuentos de viejas. No nos chupamos el dedo.

—¿Pero qué pruebas queréis? Además, ¿por qué tendría yo que probar nada? No soy Einstein precisamente.

—Ya nos habíamos dado cuenta.

—Y ni siquiera a él lo creyeron durante mucho tiempo. Podéis creerme o no creerme, haced como os venga en gana. Me es completamente indiferente.

—Ya ves, Hubert. Más te vale guardarte de verdad esa astilla. Y no te olvides de escribir que es de la silla en la que se solía sentar el escritor de reconocida fama mundial Jaroslav Hašek, autor del célebre soldado Švejk. Pero debes tener paciencia y esperar a que me muera porque, de momento, no harás gran fortuna con ella. Si algún crítico de Praga se enterara ahora de que la tienes, seguro que vendría y te prometería el oro y el moro para, una vez que se hiciera con ella, clavártela bien clavada en el ojo.

Camina descalzo, la tierra le hace cosquillas, pero también duele un poco, la piel aún está blanda, excesivamente sensible tras el invierno. Es la primera vez que se quita los zapatos este año. Los ha dejado en la orilla con el resto de las cosas y con su hermano, necesita estar solo. Camina un ratito por el sendero, luego directamente por la hierba alta. Aquí, junto al bosque, está aún sin segar, repleta de margaritas y campanillas. Ha contado siete matices de verde, todos hermosos, intensos, no queda ni rastro de ocre y marrón. El sol aún no ha tenido tiempo de quemar nada. La naturaleza apunta hacia su apoteosis, aún no ha alcanzado el punto de inflexión, aún no hay el menor indicio de decadencia, al menos si no cuenta el caracol muerto del camino y el cortejo fúnebre de hormigas que, en ese mismo lugar, han transformado su ordenada formación en un irreverente festín. Sopla una ligera brisa, le echa el pelo sobre el rostro y levanta un agradable aroma, pero ni una mota de polvo. El ambiente aún no es seco. Observa un faisán, es una pieza realmente espléndida y le hace gracia que se dé aires de importancia. Su hermano le diría que los faisanes no se dan aires. Ni de importancia ni de grandeza. Pero no es verdad. Este se da aires de importancia y está tratando de impresionarlo.

Será cerca de mediodía, aunque este dato sea irrelevante. Ni siquiera tiene hambre. No echa nada en falta. El feliz empleado del banco Slavie se sienta en el suelo. Se va a quedar aquí para siempre, con el faisán y el caracol muerto, con la brisa atusándole el pelo y un mugriento cuadernito en el bolsillo. Quizá escriba un poema dentro de un rato, si es que alguno surge, pero ahora no. Se tumba sobre la hierba. Alrededor de su cabeza hay llantén, fleo y carrizo, no recuerda el resto de los nombres que le enseñó su abuelo. ¿Cómo se llamaba esa planta que huele tan mal y que crece junto a los caminos y en el fango? Esa que no le gusta. Cierra los ojos, por un momento le sorprende su propia respiración, que sea capaz de percibirla. Se duerme.

Cenizo. Cenizo hediondo se llama la planta. Pero no crece en los prados, sino entre los escombros, junto a los muladares y las tabernas. En los apestosos rincones en los que orinan los borrachos. Aquí no, no en los prados. Y, a pesar de ello, el cenizo no lo deja

tranquilo. Le hace cosquillas en la nariz. Apesta. Incluso se le ha metido en la boca, bien dentro, hasta la garganta. El hedor lo ahoga, le revuelve el estómago. Las arcadas lo despiertan. Se levanta con dificultad del colchón. Desentumece su pesado y dolorido cuerpo, llega a tiempo. Vomita. Por segunda vez, quizá por tercera. Antes de volver a tumbarse, abre un momento la ventana. Está nevando de nuevo.

En aquella época, todos los campesinos, labradores y gañanes pero también el resto de gente, por ejemplo en la ciudad los mineros y las costureras, vivían oprimidos porque tenían que trabajar gratuitamente en las tierras del señor feudal, y esto duró trescientos años. Pasaban mucha hambre y penalidades y debían aprender alemán y en general sufrían muchísimo. Por ejemplo el escritor Karel Havlíček Borovský se convirtió en mártir en Bresanona, al igual que Jan Hus y Božena Němcová, quien le colocó al difunto sobre el ataúd una corona de espinas y luego ella misma también se murió. Y no había forma alguna de librarse de ese yugo porque el emperador de Viena era el que mandaba y todos debían obedecer, incluso en Praga. Hasta el día en que el presidente Tomáš Garrigue Masaryk liberó al pobre pueblo checo instaurando nuestra República checoslovaca, también para los eslovacos. Por eso deberemos estarle eternamente agradecidos y demostrarle a través, muy especialmente, de nuestro trabajo y dedicación que...

El director apartó las gafas con un suspiro. Con este ya eran quince los trabajos que había leído y comenzaba a sentirse agotado. ¿Qué nota debía ponerle a Liduška? Prácticamente no tenía faltas de ortografía, era una de las mejores. Un tanto simplificado todo, eso era cierto. Poco importaba cuánto se esforzara en hablarles, en explicarles. Tendría que ponerle un sobresaliente, de lo contrario... ¿Cuántas calificaciones distintas serían necesarias?

—¿Sigue usted aquí?

El profesor se disculpó por no haber llamado a la puerta, no esperaba encontrar al director allí a esas horas. No pasaba nada. No le apetecía cargar con todos los cuadernos hasta casa. Pero, al final, tendría que hacerlo, ya no podía más.

—Entonces, ¿ha ido a visitarlo?

—Sí, pero un momento nada más. En realidad, solo le he llevado el periódico y dos libros.

El director recogió los cuadernos y los metió sin mucho cuidado en la gastada cartera.

—Estaría contento, supongo —observó en voz baja—, no para de invitar gente a su casa.

Y entonces volvió a hacerlo. Siempre salía en su defensa, en todo momento y lugar, poco le importaba que le tomara el pelo, no era una persona para nada quisquillosa. Tendría todos los defectos del mundo, sí, pero era un hombre con talento. Pero... Y ¿lo último? ¿Lo de la rata? Eso ya era demasiado incluso para él. No era cuestión de si eran o no católicos, tampoco él sentía especial simpatía por ellos, en general, ni por el párroco, en particular. No había sido gracioso, solo de mal gusto. Por desgracia.

—Entonces ¿piensa que lo hizo él?

—¿Y usted no? ¿Y quién podría haberlo hecho si no?

El profesor no lo sabía. Aseguraba que podría haber sido cualquiera. El mismo Progreso, sin ir más lejos, o ese espanto de Mašková. Dijo que el otro día la había visto dando vueltas por la iglesia, lo cual le pareció sospechoso al instante. Esa mujer se cree que ha nacido para educar a toda la nación, y lo hace de un modo tan ostensible, además. ¿Y el sacristán? Un tipo extraño, quizá incluso lo había hecho él mismo, a propósito, para cargarle luego el muerto a Jarda. No podía verlo ni en pintura.

—No digo que le falte razón, pero ¿profanar el altar solo por eso? ¿Él precisamente? No sé, está un poco traído por los pelos. Igual que lo de Mašková.

—Tendrá todos los defectos del mundo, sí, pero ya no podrá repetirlo. Ahora no llegaría hasta la iglesia por su propio pie.

—¿Tan mal está la cosa?

—Por desgracia. ¿Echo la llave o se va a quedar un rato?

—Ya voy. No debería haberlo hecho, ¿sabe? No, no debería. Todo me resulta tan...

Aunque el director dejó la frase inacabada, su rostro reflejaba con meridiana claridad la palabra que había dejado sin pronunciar.

Ese viernes recibió dos cartas. Las puso a un lado, a propósito. Así, al menos, tendría compañía durante la cena. Aunque la tarde de aquel ventoso día había traído una nueva ración de nieve, se sentía a gusto junto a la estufa bien cargada. Incluso habían cocinado para él. Callos en salsa en una olla y en la otra, škubánky, una suerte de ñoquis dulces. Ya los había probado. Superaban cualquiera de los platos que le hubiera servido su antigua ama de casa. Incluso le había traído un bollo, grandecito, un tanto amorfo, pero que olía bien. La mujer del sacristán se estaba encargando de la casa, tan solo de manera parcial y por un tiempo, hasta que encontrara a alguien. Bien mirado, tampoco él se quedaría allí para siempre, no era algo que pudieran esperar de él. De hecho, nadie lo esperaba. Últimamente nadie esperaba absolutamente nada de él o, al menos, eso le parecía. A excepción de los bautizos y las unciones... Y de las misas, claro está. Sin embargo, dudaba de que quedara alguien realmente interesado en las misas. Que alguno de ellos las siguiera necesitando de verdad, con tanta sinceridad y vehemencia como el pan nuestro de cada día. Más bien, se le ocurrió, como un pedazo de comida. Como su ración de alcohol, como la fornicación y como la fiesta. Fiesta. Cayó en la cuenta de que era una palabra que, aunque no fuera nueva, últimamente se venía usando con un nuevo sentido. Y con mucha mayor frecuencia, o eso le parecía. Y no pensaba únicamente en las fiestas de guardar, la palabra ya apenas se relacionaba con la feria o el carnaval o con algún baile ocasional.

Que alguien necesitara la misa al menos tanto como todo aquello, si no más. Sabía bien, sin embargo, que era mejor no hurgar demasiado en la herida. Continuaban yendo a misa... Algunos seguían haciéndolo, sí. Pero no era lo mismo. Cierto, el hábito se vuelve necesidad, pero no era lo mismo. ¿Qué pasaría si un día cerraran la iglesia, si llegara alguna orden, algún mandato desde las altas instancias? De no estar él ni ningún otro párroco, todo acabaría de un día para otro. ¿De verdad les importaría? ¿Cuántos de ellos lo echarían realmente en falta? No ya la iglesia, ni el órgano, ni a él, desde luego, sino... No se atrevía ni a nombrarlo, intuía que la respuesta sería lúgubre. No se atrevía, aunque resultaba evidente que a Él no podía ocultárselo. Pero quién sabe,

quizá solo tuviera miedo a responder porque el lúgubre era precisamente él. Cada vez que se enfrascaba en semejantes reflexiones —pero no, no era realmente así, eran las reflexiones las que se abalanzaban sobre él—, la confusión y la rabia terminaban dominándolo. Se enfadaba consigo mismo y con su propia incapacidad. Qué poco, a pesar de todos los años pasados entre ellas, conocía a las personas. Qué escasa habilidad para leer en sus mentes, hasta en las de las abuelitas más simples. No era severo, ni mucho menos fanático, tampoco era una cuestión de soberbia. No buscaba el distanciamiento, era algo que simplemente estaba allí. En realidad, tras veinte años de servicio, no estaba seguro ni de la más sencilla de las cuestiones, de si alguno de ellos lo quería. Quererlo de un modo normal, como persona, como vecino, como lo que fuera. Quererlo de un modo completamente mundano y corriente.

Encendió una vela, la colocó sobre la mesa y tomó las cartas del aparador. Reconoció al instante que una era de Josefa; la segunda, de Praga. Posiblemente de Petr. Quién si no iba a escribirle desde la capital. Acercó hacia sí la de su sobrina, no esperaba nada especial de ella. La leería primero. A pesar de ser de su antigua ama de casa, preparó el momento con sumo cuidado. Antes de rasgarla con el cuchillo —no le apetecía lo más mínimo subir a por el abrecartas—, controló si había cerrado con llave, echó otro leño a la estufa y se sirvió una copita de vino tinto de la botella que había abierto media hora antes. Así era exactamente como había que hacer las cosas. La botella era del obispo, la había estado guardando todo ese tiempo para una ocasión especial como aquella. En realidad, era un poco distinta a como se la había imaginado, cierto. Aunque, ¿verdaderamente se había imaginado cómo sería esa ocasión especial? Muy probablemente no. Dio un sorbo, sin prisa, y luego, otro. Era un buen vino. Quizá hasta excelente, tampoco sabría decirlo con certeza, no era un especialista. Rasgó el sobre y de la boca le surgió un sonido que recordaba a la risa. Mientras vivieron bajo el mismo techo, nunca le había prestado tanta atención. En realidad, ni a ella ni a nadie. Acaso con la única excepción del obispo. Antes siquiera de comenzar a leer, la copita estaba vacía. Llegado el caso, cuánto consuelo podía hallar el hombre en su trato con las sombras. Qué sensación tan agradable, cuánto sosiego y cuánta preciada libertad.

Escribía que les iba bien. Su prima, que había enviudado recientemente, estaba contenta de no vivir sola con los niños, la presencia de Josefa no le causaba molestia alguna. Al contrario, incluso se mostraba agradecida. Se entendían bien y se ganaban la vida sin problemas. Si comprendía correctamente lo que le escribía, por las noches cosían algo juntas y, además, tenían un pedazo de tierra en una pequeña finca. Se las apañaban bien. No eran mujeres exigentes. Karlík prosperaba, gracias a Dios, y allí nadie preguntaba por su padre. Albergaba buenos recuerdos de Lipnice. Y esperaba de corazón que también allí albergaran buenos recuerdos de ella. Le pedía perdón por haberse marchado tan precipitadamente. Lo sentía, lo sentía de verdad. Aquello no había estado bien. Pero no sabía qué hacer. Que todo era su culpa. Y que, aun así, no quería que Karlík pagara por su error y que, con la ayuda de Dios, acaso...

¿Karlík? ¡Karlík! Karlík unas gachas con leche quiere. Aún mejor con nata, pero Karlík no tiene. ¿Por qué no? Mamá, ¿por qué no? ¿Por qué no tiene? ¡Cómo odiaba esos versos infantiles! Tranquilo, no te lo tomes como algo personal. ¿Acaso ves gachas por aquí? Pues eso... Cuando las hagamos, serán de leche y de patata o de sémola. Nadie tendrá gachas de nata. Ninguno de nosotros.

Se sirvió otra copa de vino. Nunca, nunca en aquellos dos meses se había fijado en el nombre del niño. Sabía cómo se llamaba, desde luego, que para eso lo había inscrito él en el registro de su puño y letra. Padre desconocido. Pero nunca había caído en la cuenta de que se llamaba igual que él. ¿Cómo podía haberle hecho algo así aquella mujer? Como para que luego no fueran por ahí señalándolos, a los dos. Que lo sentía. ¡Que lo sentía! Que ya no podía aguantar más allí. Buscó a tientas en el aparador hasta encontrar los cigarrillos. Se llevó uno a los labios y lo encendió en la estufa. Menos mal que no era ortodoxo, se habría incendiado las barbas. Se rio con desesperación de su propio chiste. Esta vez en voz alta. Regresó a la mesa y releyó la carta. Una letra elegante, poquísimas erratas, solo estilísticamente cojeaba. Como si la hubiera escrito un tablón o la puerta del establo. Ese era el sentimiento que la impregnaba. Así era ella, algo que siempre le había molestado. Esa frialdad, ese distanciamiento. Se sirvió una tercera copa y fue entonces cuando se le ocurrió. ¿Sería posible? ¿Sería realmente posible algo semejante? No, no podía ser. Por las

fechas, cuadraría, seguía teniendo el calendario en la cabeza. Cuántas veces no lo habría calculado con resignación. ¿Sería posible que, por una vez que se emborrachaba en todo el año, hubiera acompañado al obispo a su cuarto y después, por segunda vez en su vida...? ¿Y que no lo recordara? ¿Y que después se hubiera marchado, sin la menor idea de cómo o cuándo había ocurrido, y que, al despertarse en su cama a la mañana siguiente, no sospechara nada y ella tampoco se lo dijera? ¿Ni aquella mañana ni durante el embarazo ni después? Borracho estaba, como una cuba, pero precisamente por eso. ¿Cómo habría sido capaz en semejante estado? Se suponía que los borrachos no podían. Tonterías, nada más que tonterías.

Karel... cómo le pesaba aquel nombre de reyes. Siempre había tenido la sensación de que en el contexto checo se diluía toda su majestuosidad. Lo cual, por otra parte, ocurría con tantos otros asuntos. En Bohemia hasta el mismísimo rey se transformaba, como por arte de magia, en un personaje jovial y algo cómico. Ni en Charles ni en Carlos había ni un ápice de comicidad. En Karel, sí. Toda su grandeza sucumbía ante la discreta subversión de las risotadas en las tabernas. Tan solo nuestro Karel IV parecía haber resistido a duras penas esta maldición. Así que le había puesto Karel al niño. Eso no significaba nada, no podía significar nada. Acaso no fuera más que una mera muestra de agradecimiento. De lo que no cabía duda era que en este asunto la mujer se había mostrado tan torpe como en todo cuanto pasaba por sus manos. Aunque estuviera pensando en Josefa, grandullona, puro hueso, se le apareció, en contra de su voluntad, la imagen de otra mujer. Aquella que tanto había deseado borrar de su mente de una vez por todas y a la que, ciertamente, ya casi había olvidado. Tendría por aquel entonces unos treinta y cinco años, posiblemente más. Era rolliza y rubia.

—Antes de empezar, mírame un momento —le dijo—, para que sepas dónde te metes.

Fue un horror, un horror imposible de expresar con palabras. Trató de huir, pero ella se lo impidió.

—¿Te lavas al menos de vez en cuando? Más te valdría —continuó.

En realidad, todo podría haber salido peor, mucho peor. Dios no lo

castigó con una de esas repugnantes enfermedades, tan solo con un recuerdo humillante y una sensación de repulsa. No les confesó a sus compañeros de clase sus auténticos sentimientos y, sin embargo, aquella experiencia vivida durante los años de secundaria lo había convencido de algo: no quería volver a tener nada que ver con todo aquello. Jamás. ¿Era posible que la notable velada con el obispo hubiera arruinado su firme propósito? ¿Que se hubiera dejado arrastrar a un acto tan repugnante precisamente en aquel momento de singular entusiasmo? Impensable. Además, algo, por poco que fuera, debería haber quedado en su recuerdo. Descartado. Y ella no solo no había afirmado nada semejante, si no que, de hecho, ni siquiera lo había insinuado. ¿De verdad estaba a punto de aguarse la noche dejándose llevar por especulaciones fuera de lugar y sin lógica alguna? Tomó la segunda de las cartas. Quizá debería escribirle a Petr y contarle todo el asunto, pero ¿con qué propósito? Sentiría alivio, mas solo por un tiempo. ¿Y después? Después sería aún peor.

Se animó al leer la divertida descripción que Petr le enviaba del día que habían pasado juntos en Praga, un día de alegre recuerdo para él, según afirmaba en la misiva. También le comentaba una serie de observaciones relacionadas con la facultad, tan graciosas que las leyó con gusto a pesar de serle ajenas tanto las situaciones narradas como la mayoría de las personas en ellas implicadas. Tres páginas completas ocupaba la descripción de un enfrentamiento entre dos conocidos escritores, dos poetas —uno católico, el otro comunista —, en una tasca de Malá Strana y su continuación en las páginas de la prensa del partido. Petr incluía hasta una breve parodia de los versos de ambos poetas. Se los imaginaba vivamente. El texto se le antojó sumamente divertido y, por un instante, incluso llegó a sentir una leve punzada de envidia. Y eso a pesar de que era perfectamente consciente de que todo aquello no era para él, que no formaba parte de ese mundo. Lo que más envidiaba era la levedad con la que podía cargar con el peso de la fe en este mundo no especialmente amigable. Sin la menor muestra de esa repulsiva implacabilidad suya. Que le fe de Petr era tan sincera y genuina como la suya propia era algo de lo que no había dudado ni un solo instante. Lo que sí era distinta era su naturaleza, más feliz, o eso le parecía.

Hasta las últimas líneas no halló aquello que con mayor ansia esperaba. Lo expresaba con brevedad, con evidente tacto y con sumo respeto. No podía sino estar de acuerdo, sin ninguna reserva, con las ideas que formaban la columna vertebral de su extenso artículo. Quizá incluso demasiado de acuerdo. Sin embargo, había de ser franco: estas no aportaban grandes novedades al asunto tratado, lo que tampoco habría de ser necesariamente un inconveniente —a fin de cuentas, somos católicos y no revolucionarios, ¿no es cierto?— de haber sido formuladas de un modo ligeramente distinto. La revista estaba concebida como una publicación literaria, esa era su esencia, y la mano del autor carecía aparentemente de la experiencia necesaria. Pero tampoco había que dramatizar, seguro que podría, a pesar de las exigencias propias de su servicio, hallar un momento para retomar el texto. Y enviarle esa nueva versión si lo consideraba adecuado, a ser posible algo más breve, como la mitad aproximadamente. Que lo meditara todo con tranquilidad, el asunto no corría prisa, no tenía sentido forzar las cosas. Él mismo —Petr— reescribía buena parte de sus textos una y otra vez e incluso, con no poca frecuencia, los tiraba sin piedad a la basura. Que no se lo tomara a mal, que hasta a su propia madre (¡qué imagen tan terrible!) le habría escrito exactamente lo mismo. A ella más que a nadie, bromeaba Petr, tratando así de mermar su posible desencanto. En vano, desde luego.

Abre con brusquedad la ventana que da al jardín. Se queda de pie frente a ella, con un cigarrillo en una mano y la botella con el resto del vino en la otra. Bebe ya directamente de ella. Se siente como si su amigo le hubiera escupido a la cara. La mano del autor carece aparentemente de la experiencia necesaria... Ahora, tras todo ese vino, carece también de firmeza. Semejante humillación. Al diablo con tu periódico, ameba repugnante, baboso animálculo praguense. Límpiate con él el trasero, es lo único para lo que sirve. El tuyo y todos los periódicos. Qué nombres tan extraños le susurra el espíritu de la malicia desde los mismos orígenes de la cadena evolutiva. Vete a tomar por saco, sacárido. Quizá se deba a que no está acostumbrado a hablar de un modo vulgar, pero debe reconocer que no sabe insultar. No, no sabe. Ni siquiera eso se le da bien. Va tambaleándose hasta el cuarto de baño. En el camino de vuelta por poco pisa un ratón. Con un ahogado gemido logra evitarlo en el último instante. Lo ha dejado aquí el gato. Esta vez no se trata de

nada siniestro. Un ratón muerto corriente y moliente. Y, aun así, la locura se apodera de él. Se echa el abrigo por encima, ata el cadáver del ratón a un cordel y se adentra en la oscuridad.

Hace tiempo que han dado las doce cuando cruza haciendo eses la plaza desierta. Entre los graves nubarrones asoma por un instante una luna redondeada. Casi llena. El conocido y pálido rostro de boca retorcida en una suerte de angustioso grito se alza por encima del castillo. El mismo castillo sobre el que el idiota ese escribió que evoca una locomotora después de sufrir un accidente. O algo por el estilo. No es consciente del espectáculo, romántico y un tanto fantasmagórico, que, en cualquier otra circunstancia, habría despertado en él numerosas elucubraciones. No puede pensar en nada más que en él. Toda su atención se concentra en su persona. Seguro que a él no le rechazan ningún artículo. Sin importar el periódico. Se los quitan de las manos, le suplican, le imploran y, por si fuera poco, le pagan bien por ese estiércol que escribe. No hay ni rastro de una supuesta carencia de experiencia. Al contrario, ya ha ensuciado cientos, puede que incluso miles de páginas. Morirse de risa, eso es lo que todos desean. Puede que ya hasta en los periódicos católicos el autor deba resultar divertido, deba ser original y deba... Se tropieza y poco le falta para caerse justo delante del piadoso rostro de san Juan Nepomuceno. Ni por esas suelta el ratón, que se mece de un lado a otro bajo el cordel. Recuerda ligeramente a un niño agigantado con un peludo mono de feria colgando de una gomita. Seguro que a él ninguna de esas rameras bolcheviques suyas le había dicho jamás que se lavara. Ese tipo de persona puede oler mal. Es algo habitual, quizá incluso deseable. Todos apestan. A ignorancia, a alcohol, a cigarrillos baratos y los judíos, además, a ajo, y todos ellos sin excepción, a sangre. Lo sabía sin sombra de duda.

Puede que lo mejor fuera pedirle consejo a su amiguito, le decía de broma al ratón mientras lo ataba al picaporte de la casita amarilla. Bastaría con comentárselo, seguro que por un par de copitas de aguardiente estaría encantado de abreviar el texto y añadirle un par de chistes de mal gusto. El ratón parecía estar de acuerdo. Sin protestar, giró aún una o dos veces sobre su eje antes de quedarse sumisamente colgado.

Progreso estaba en la cárcel. Desde hacía ya tres semanas y aún estaría encerrado una cuarta. Eso comentaban en la taberna La Corona, lo sabían por František Štěpánek, el padre de Kliment, que era agente de policía. Así que debía ser verdad. Además, ¿dónde habría podido estar, si no, todo ese tiempo? Nadie lo soportaba más de un día, a lo sumo, dos. Había ido a manifestarse a Jihlava, había cargado con una de las pancartas y, lo más importante, se había liado a golpes con dos escaparates de la plaza. O eso decían. Hacía tiempo que el estado de su patio no era de mucha ayuda a la hora de juzgar la presencia o ausencia de su dueño.

Frente a una montaña de tablas en descomposición pudo observar a la extraña y heterogénea pareja. Se sentó en un muro bajo. Esos pocos cientos de metros lo habían agotado casi tanto como la visión del patio. Poco importaba dónde posara los ojos, todo era una mera ruina. Y, en mitad de aquella desolación, un pato y un gato de pelaje rojo, que no solo estaban uno al lado del otro, sino que, según parecía, estaban juntos. Miraban, inmóviles y graves, hacia la lejanía que se extendía más allá de la cerca de madera. Conformaban el único elemento de interés en aquel patio de pueblo enfangado y miserable como ninguno. La relación de los que antaño fueran enemigos se había transformado en una suerte de tolerancia que, aun siendo extraña, no resultaba del todo incomprensible dadas las adversas circunstancias. La situación del pato parecía clara, no tenía elección. Pero ¿qué hacía ahí el gato? ¿Por qué siempre acababa regresando? De acuerdo, era su casa, su territorio, lo hacía movido por una esperanza aparentemente inquebrantable e incomprensible de naturaleza, qué duda cabía, absolutamente material e interesada. Pero ¿por qué buscaba la compañía del pato? Resultaba absurdo y, al mismo tiempo, era un hecho incontestable. ¿Cuánto conocimiento se nos mantendría para siempre oculto de no tomar suficientemente en consideración aquello que resultaba evidente? Se levantó, no sin esfuerzo, y se registró los bolsillos. De uno sacó el ratón muerto que había encontrado esa misma mañana en el picaporte, lo desenvolvió y lo lanzó al otro lado de la valla agujereada. Repitió la operación con una rebanada de pan y media manzana algo mustia que tenía en el otro bolsillo. Llevaba el pan y

la manzana por casualidad, los había escondido durante el desayuno para que Šura no viera que no había probado bocado.

—Que os vaya bien.

Se volvió hacia el patio unos metros más adelante. Tuvo la sensación de que estaban comiendo. Satisfecho, los abandonó a la silenciosa dignidad de su destino compartido.

—Una vez a eso de medianoche en Montmartre, me refiero al local de Praga, el que está en la Ciudad Vieja, bailé el baile del oso con Emča Revoluce. Ella misma me escogió. ¿Te lo puedes imaginar, Bondy? Yo —bajo una piel de oso— con una mujer medio desnuda en los brazos.

—¿Y después? ¿Qué pasó?

—¿Qué habría de pasar? Nada. Nunca destaqué en estos asuntos. Creo que fue precisamente por eso por lo que me escogió, porque sabía que no iba a ser una molestia. Ni entonces ni luego. Quería hacer su número y que la dejaran en paz.

—¿En serio?

—Pues claro. A ver, ella me conocía. Ojalá me hubiera podido quedar dentro de esa piel. Quizá todo hubiera sido distinto.

Tonda observaba el panorama que se extendía bajo el castillo. Se imaginaba en lo más alto del mástil de un barco. A pesar de que avanza a través de un mar agitado, no siente vértigo. Enormes olas rompen contra la embarcación, tan grandes que recuerdan las montañas que, lejos, muy lejos, cercan Lipnice, el lugar de procedencia del primer oficial. Es inmune a las envestidas del mar, no está mareado, así como tampoco siente la menor nostalgia por su hogar. Está decidido a no regresar jamás. Comenzaba a anochecer, el horizonte se oscurecía. A su alrededor flotaban los primeros copos de nieve. Pronto sería completamente de noche y todo indicaba que se aproximaba algo aún mayor. Las nubes se arremolinaban ante él como una muralla en movimiento. Se dirigían lentamente hacia su posición.

—¡Tierra! —gritó—. ¡Tierra a la vista!

Después, dio las últimas órdenes. Arriad las velas y otras por el estilo. Quería irse a casa. Sin embargo, la abuela no estaba por la labor.

Era la víspera de San Juan y por todo el pueblo se escuchaba el griterío y el bullicio de los jóvenes que, armados con leños, subían al monte para encender, cerca del antiguo castillo, la hoguera de San Juan. La primera en llegar arriba fue Zuzanka. Cuando levantaron la pila de madera y le prendieron fuego, los jóvenes del pueblo se cogieron de las manos y comenzaron a saltar y a cantar alrededor de la hoguera. Cantaban un momento y luego saltaban por encima de las llamas. Y en esto, Zuzana se tropezó con algo. Se agacha, lo levanta y ve que se trata de una pequeña mano de alabastro.

—¡Tírala, está hechizada! —gritaban los jóvenes.

—¡No, no, no la tires! —replicó un viejo soldado que había subido cojeando con los muchachos del pueblo.

—Ponla en un cordel y cuélgatela del cuello, te traerá suerte.

Cuando la abuela lee es mejor que cuando cuenta las historias de memoria, al menos no se lía tanto.

—Amigas, no os marchéis aún a casa, hace una noche preciosa, vamos al castillo.

No hay ninguna muchacha, no es de noche, aún está cayendo el sol, y no es la víspera de San Juan, sino la de San Nicolás. Y nuevamente nadie le regalará nada*. Tienen que irse ya o la cosa se va a poner fea en casa.

La abuela no se dejó disuadir, bajó con los jóvenes al pueblo, pero luego volvió al viejo castillo, se sentó en un asiento que ella misma se había preparado y se puso a mirar el cielo estrellado hasta que los ojos le empezaron a lagrimear. Y en esto, escucha una música a lo lejos que parece llamarla, una música tan hermosa que se le estremeció el corazón, esos irresistibles sonidos estaban cada vez más y más cerca...

Siempre se enfada con él por deambular y ahora es ella la que lo anda incitando. Bien pensado, cree saber de sobra quién es ese viejo veterano de guerra. ¿Has encontrado un tesoro, hijo? El viejo veterano que a duras penas se sostiene en pie y que tiene una mente alegre. A veces. Y a quien la abuela no soporta.

—No le contéis a nadie lo que encontréis y no os quedéis en el pueblo.

Ya empieza otra vez con los disparates, cuando llega al final.

—En el desván, mira en el desván. Verás un cofre de hierro forjado.

¡Para de una vez!

—Por el camino, el viejo soldado le reconoció a su compañero que lo había echado mucho de menos, que había pasado muchas penurias y que se había lanzado al camino para verlo una última vez antes de morir.

¡Basta! Déjame. ¡Me has quemado el libro de Tarzán!

—Y el Señor le dijo a Moisés: ¿Por qué me gritas? Diles a los hijos

de Israel que se pongan finalmente en marcha...

¿De dónde se había sacado ahora eso? A pesar de todo, subió al desván en cuanto llegó a casa. Y, por sorprendente que pudiera resultar, allí estaba. La humedad no lo había afectado demasiado, aunque tenía algunas telarañas por encima. A los tres días ya se lo había leído. A los tres días únicamente porque se había contenido a propósito. De lo contrario, lo habría devorado esa misma noche. E incluso conteniéndose, no había sido capaz de alargarlo más. Al cuarto día fue a casa de Hašek. No pensaba explicarle lo que había ocurrido, pero ya no había por qué tener miedo. No a causa del libro de Tarzán. Esperaba hallarlo de buen humor. Estaba sentado a la mesa, solo, no era mal comienzo. Escribía algo, pero enseguida lo dejó y le ofreció un té. Directamente del samovar, ¡menudo invento! Era el único de todo Lipnice. Le preguntó si estaba escribiendo Švejk. Le contestó que en ese preciso momento no, que estaba con una obra de teatro. O, mejor dicho, una obrita, apenas un par de escenas para un grupo de actores aficionados. Que no andaba muy inspirado, pero que debía acabarla porque se había comprometido. Quería saber de qué trataría. Al principio, había pensado que sobre una suegra malvada, así sería fácil de escribir y resultaría muy divertida, que era justo lo que le habían encargado. Sin embargo, el tema no había tardado en aburrirlo. Al final, sería sobre una viejecita y su perro. Se alegró. Sobre un perro, eso está bien.

—¿Me la dejará leer cuando esté lista? Solo espero que no sea como... —se detuvo. No sabía si decirlo, no quería que pensara que era un descarado.

—¿Que no sea como qué? Venga, dilo.

—Bueno, pues que no acabe tan mal como el perro de su otro cuento... Kaťouráci o como se llame.

—¿Lo conoces?

Asintió con la cabeza.

—Solo si fuera posible, claro.

—No lo sé, la verdad, no te prometo nada. ¿Y qué me darás tú a

cambio?

—Le mostraré algo si le parece bien.

Sacó del bolsillo un papel todo arrugado, lo estiró con cuidado y se lo pasó por encima de la mesa.

—Flor murciélago, flor de chocolate, flor del hombre desnudo, flor cadáver, jengibre de la colmena, llagas de Cristo, linterna china, flor de porcelana, cara de mono, orquídea fantasma...

—No está mal, ¿verdad?

—Pues sí. Hay algunas de las que no había oído hablar en mi vida. ¿Cuáles te has inventado? La flor cadáver, ¿verdad? Reconócelo.

—Ni una, todas existen.

—¿Y para qué lo tienes?

—Para la escuela, tenemos que escribir una lista con las diez flores que más nos gustan.

—Llagas de Cristo... De acuerdo, voy a pensármelo. Veremos qué se puede hacer con el perro. Espera, también te voy a mostrar algo —garabateó un par de palabras en un trozo de papel y se lo entregó.

—Salido, Perroverde, Braga, Cabezón. ¿Qué es esto?

—Son los apellidos de los profesores de mi instituto.

Tonda se echó a reír y se guardó aquel tesoro en el bolsillo.

---

* En la noche del 5 de diciembre, san Nicolás reparte pequeños regalos entre los niños checos. (N. d. T.)

Los dos días siguientes no salió de casa. Se bebió dos cervezas, un par de cafés y apenas comió. Con excepción de Kliment y Šura, únicamente habló con Böhm. Fue una visita breve, había ido solo para darles una liebre. Andaba con prisa, la otra liebre era para el párroco. Cuando le mandó saludos, Hubert reaccionó con escepticismo. ¿Era realmente necesario? A ver si el cura se lo iba a tomar como una nueva provocación. Según tenía entendido, seguía furioso con Hašek. Por otro lado, incluso él mismo pensaba que se había pasado un poco de la raya con todo aquello del ratón.

¿Que se había pasado de la raya? Quizá sí, tenía la sensación de que se estaba volviendo un sentimental recalcitrante. Aun así, le daba pena. Además, ¿qué iba a hacer con aquel ratón si el pobre hombre no tenía gato? Se lo había traído, eso era todo. De verdad que no entendía por qué alguien habría de tomarse a mal algo así. ¿A quién le podría importar? ¿Pena? ¿Era por pena por lo que le había plantado una rata muerta sobre el altar? ¿No le parecía un poco extraño? ¿Que no había sido él? ¿En serio? Pues eso era lo que pensaba todo el mundo sin excepción. No sabía qué decirle, ni siquiera comprendía de qué estaba hablando. Al final, todo quedó aclarado. Se rieron de lo lindo. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Era lo que todo el mundo pensaba... Lo que todo el mundo sin excepción pensaba. ¿Qué más pensaría todo el mundo sin excepción sobre él?

Praga, lunes 4 de diciembre de 1922

Nueva Época

Otras noticias

La política de Hlinka

El Partido del Pueblo Eslovaco tiene buena parte de culpa del actual sectarismo político y cultural que ha envenenado por completo la vida pública eslovaca, primero abriendo una zanja —o, al menos, intentándolo— entre checos y eslovacos; dividiendo, además, a los eslovacos en partidarios y retractores de la autonomía eslovaca; y ahora, por último, fragmentando el campamento de los autonomistas en diversos grupos y grupúsculos enfrentados entre sí, algunos de los cuales no dudan en buscar aliados contra sus rivales políticos eslovacos entre comunistas, húngaros y alemanes.

Andrej Hlinka es completamente incapaz de llegar a ningún tipo de acuerdo con el resto de los eslovacos, es incapaz incluso de dominar la situación en su propio partido. Cuán funestas resultarían las consecuencias de su liderazgo si tuviera que concentrar todas las fuerzas eslovacas en el supuesto de que Eslovaquia obtuviera la autonomía. En esas circunstancias Eslovaquia se convertiría en un infierno de partidos y partiditos enfrentados entre sí, de modo que no habría ya ni tiempo ni energía para la labor productiva. Esos, y no otros, serían los frutos de la política de Hlinka.

La verdad que oculta

la Universidad Alemana de Praga

Un estudiante checo nos escribe lo siguiente: Las últimas manifestaciones y peleas en la Universidad Alemana de Praga han despertado el interés hacia su estado actual y han sacado a la luz varias cuestiones no carentes de relevancia y que hasta ahora se hallaban en la sombra. Algo que salta a la vista son las enormes diferencias existentes en el seno del alumnado checo respecto al alemán. En la universidad checa, a pesar de que convivan numerosas nacionalidades y existan diversas creencias, la tolerancia es prácticamente ideal y la asistencia a las clases tan elevada que las aulas se quedan pequeñas. El grado de tolerancia entre los alemanes, por el contrario, ha quedado en evidencia tras los recientes acontecimientos cuyas consecuencias aún perduran. No es sino el resultado de la disoluta vida del estudiante alemán en Praga, que, a diferencia de su colega checo, encuentra mayor apoyo en los suyos y se forma en las tabernas. Las aulas alemanas suelen estar vacías por la mañana, ya que los universitarios, tras pasarse la noche en la asociación estudiantil «Germania», «Teutonia» o similar, no pueden luego ni levantarse de la cama. En las tabernas les ponen ridículos apodos a sus profesores, en ocasiones incluso vulgares, caricaturizando su conocimiento científico mientras sostienen auténticas cubas de cerveza en las manos. Se refieren a la universidad como «la pocilga» y todo aquel que de verdad tiene interés en los estudios se marcha a Berlín o a Viena. A día de hoy, la Universidad Alemana de Praga se mantiene principalmente gracias a judíos y húngaros, estudiante estos que reconocieron abiertamente en una reciente reunión en el «Bristol» que, de hablar checo, no estudiarían allí. Las alusiones políticas por parte de los profesores alemanes están a la orden del día y lo que se escucha, en ocasiones, desde el decanato haría que hasta el censor más benevolente se llevara las manos a la cabeza. En las ceremonias de graduación los estudiantes alemanes se lamentan de lo terrible de su situación, de que los alemanes estén obligados a vivir en «Tschechei», y los miembros de las asociaciones arriba mencionadas, ataviados con gorritos y los colores de la Gran Alemania, proclaman afrentas contra la República ante la indulgente sonrisa del rector. Este es el comportamiento actual de los jóvenes académicos en las facultades

alemanas. ¿Quién habría luego de sorprenderse de que, en ocasiones, estalle la barbarie y se busque desahogo, a falta de otra posibilidad, en sus propias filas?

Confiscado terreno del monasterio premonstratense de Teplá

El diario Slovan de Pilsen informa de que el Ministerio de Hacienda va a desamortizar 9000 ha del terreno del monasterio premonstratense de Teplá.

Mendigo rebelde

El vagabundo Antonín Hohlfeld, actualmente sin oficio ni residencia fija, estuvo molestando ayer a las siete de la tarde a todo aquel ciudadano que cruzaba el puente de las Legiones mediante el ejercicio de la mendicidad. Un superior de policía en servicio lo invitó a seguirlo hasta el puesto de guardia. Hohlfeld, sin embargo, no solo hizo caso omiso al agente, sino que, además, lo amenazó con un bastón de madera de manera que este, al final, se vio obligado, en defensa propia, a arrebatarle el bastón de las manos con la ayuda de una porra. Al llegar a la carrera la ayuda policial, el vagabundo fue conducido a la comisaría de policía y retenido en una celda.

Exposición de canarios

La primera Asociación para la Cría de Canarios de Raza de Praga organiza los días 8, 9 y 10 de diciembre una gran exposición de canarios en el Hotel Estrella Azul, ubicado en la calle Příkopy número 34.

Teatros de Praga y su periferia

Teatro Nacional: Káťa Kabanová.

Teatro de las Naciones: La posesión.

Teatro Municipal de Vinohrady: Una muchacha de la periferia.

Teatro Švanda de Smíchov: Escuela de coquetas.

Uranio: Molly, ¿por qué te duele el corazón?.

Teatro Tyl de Nusle: Venoušek y Stázička.

El director de la escuela entró en la café medio vacío, echó un vistazo a su alrededor y escogió una mesita con una buena vista a la plaza y que, al mismo tiempo, se hallaba un poco escondida detrás de una de las columnas. Había acordado con el profesor en que se verían allí. Aún faltaba casi una hora, pero ya había acabado todos los recados y comenzaba a tener frío. Pidió un té con leche. El camarero lo miró sorprendido y preguntó si no quería decir té con ron y leche. Asombrado, negó con la cabeza. ¿Acaso tenía aspecto de borracho? El alcohol se había convertido en uno de los peores males de la sociedad. Las dos de la tarde y daba por hecho que iba a beber. Para entrar en calor, le respondió el camarero con una sonrisa. Para entrar en calor se iba a tomar precisamente el té. En la silla libre que había a su lado colocó la cartera y el par de paquetitos que, a pesar de todos sus esfuerzos, no habían cabido en su interior. Había aprovechado el tiempo pasado en la ciudad para visitar la biblioteca, pero también para realizar un par de compras imprescindibles. Se acercaba la Navidad y quién sabía si tendría la oportunidad de volver antes del día veinticuatro.

A su esposa le había comprado una bufanda de cuadros. No estaba excesivamente entusiasmado con la adquisición, probablemente fuera más extravagante de lo imprescindible, los colores eran demasiado llamativos, estampado escocés se llamaba hasta donde él sabía. Y, sin embargo, Mařenka llevaba tiempo deseando una así, se lo había dejado caer varias veces. Quince coronazas le había costado, todo un pecado, esperaba que, al menos, le hiciera ilusión. Y, en contra de su costumbre, le había comprado un segundo regalo. Mientras escogía una novela para su hijo —al final se había decidido por En la corte ducal de Jirásek—, un libro había llamado poderosamente su atención. Cumbres borrascosas de Emily Brontë, en una edición muy cuidada, con numerosas ilustraciones ocultas tras sedosas hojas semitransparentes. Le había gustado. Le dio las gracias al camarero por el té y cayó en la cuenta de que llevaba un día de lo más británico. Una bufanda, después un libro y ahora un té. No le quedó más remedio que reírse. Lo peor era la bufanda: roja, verde, azul y sabía Dios si no se había olvidado de algún otro color. Era la moda del momento y, en fin, a Mařenka se le había

metido en la cabeza que quería ser moderna. Era buena, abnegada y decente, no podría desear una esposa mejor que ella, ¿por qué no habría de permitirle alguna excentricidad? En Lipnice seguro que nadie tendría una bufanda como aquella, las viejas iban a quedarse boquiabiertas. Además, mejor una bufanda escocesa que una rubaška rusa o que esas absurdas botas de fieltro, se le vino a la cabeza sin mucho sentido. De golpe regresó a la auténtica razón que lo había llevado hasta allí aquel día.

A decir verdad, le había costado bastante convencer al profesor para que hiciera aquel viaje. En cuanto tuvo constancia de que una delegación praguense del Ministerio de Educación e Instrucción Nacional se dirigía a Brod y, muy especialmente, cuando descubrió qué dos funcionarios la formaban, comenzó la campaña de persuasión. Se trataba del catedrático de universidad Hladký y de Evžen Pazdera, quien, función ministerial aparte, no solo era un escritor de mediana edad en activo, sino que, además, y ahí estaba la clave del asunto, era un viejo conocido del profesor. Enseguida cayó en la cuenta de que se trataba del mismo Pazdera que el profesor había conocido durante la guerra. Le había hablado en multitud de ocasiones sobre él. No eran exactamente amigos, el profesor era bastante más joven, pero durante un tiempo habían coincidido en las remotas tierras rusas. Habían vivido juntos como legionarios parte de esa campaña militar sin fin. Escuchaba con gusto sus historias de la guerra. Siempre con renovado asombro y con un silencioso respeto por su joven colega. Cada vez que lo escuchaba, le surgían no pocas preguntas, sobre todo dirigidas hacia sí mismo. Sin excesivo éxito trataba de imaginarse si él hubiese sido capaz, y en qué medida, de superar semejante prueba.

Así que, al recibir la noticia sobre el viaje de Pazdera, le había pedido al profesor que fuera a Brod. Que tratara con antelación de concertar una cita con su viejo conocido para hablarle de Hašek. Sin embargo, su subordinado no estaba por la labor, se negaba con obstinación. Estaba convencido de que aquello no tenía el más mínimo sentido. ¿Qué habría de decirle concretamente a Pazdera? ¿Qué podría pedirle? ¿Qué frutos pensaba, le había preguntado al director, que podría traer aquella reunión? ¿Dinero para Hašek? Ya se podía ir olvidando. ¿De dónde habrían de sacarlo? Además, dirían que ya tenía suficiente. ¿Honor y reconocimiento? Se

burlarían de ellos, no le cabía la menor duda. ¿Alguna oficina o puesto? Sería absurdo. Aunque estuvieran de acuerdo y, por supuesto, no lo estarían, Jarda no aceptaría algo así y, además, ni siquiera podría. ¿No le había comentado que ya no era capaz ni de llegar por su propio pie a la iglesia o a la taberna? El director sabía de sobra cuál era su estado de salud. De acuerdo, supongamos que mejorara, ¿de verdad avalaría a alguien como él? ¿Podría recomendar a alguien así con la conciencia tranquila? El profesor le tenía aprecio, mucho aprecio, pero, que no se llevaran a engaño, era un alcohólico, un alcohólico crónico, una persona que no era digna de confianza. Hašek sería el primero en reírse de ellos.

Todo aquello era verdad, una verdad como un templo. Sin embargo, no era nada de eso a lo que aspiraba el director. Ya no. Sus pretensiones se habían vuelto más modestas. ¿No cabía la posibilidad de que visitaran a Hašek? Al menos uno de ellos o incluso alguna otra persona a través de ellos. ¿Que le dieran a entender de un modo tan simple como ese que en Praga sabían de su existencia? ¿Que lo consideraban uno de los suyos? ¿Que lo apreciaban, aunque fuera solo un poco, como escritor? Era algo que no le costaría nada a nadie. Y, si no —que no se lo tomara a mal, quizá sonara ingenuo—, ¿no podrían, por lo menos, escribir algo sobre él, sobre su obra? Pero algo decente, el profesor ya sabía a qué se refería, algo que demostrara cierto reconocimiento. Se decía que todo dependía de los conocidos, del amiguismo y demás. A él eso no le gustaba en absoluto, incluso le repugnaba, prefería no tener nada que ver con todo aquello y, sin embargo, Hašek se lo merecería.

Con todo el respeto, le había objetado el profesor, aquello era muy inocente de su parte. Ya lo vería, sería completamente en vano. De acuerdo, probablemente tuviera razón, pero, aun así, por intentarlo no perdían nada. Si no servía de gran cosa, tampoco nadie saldría perjudicado, al menos no el profesor, en cualquier caso. Y ya que conocía personalmente a Pazdera... ¿O el problema era precisamente que pensaba que podría salir perjudicado? ¿Temía que aquello lo pusiera en una situación desagradable? Eso era algo que él, qué duda cabía, no deseaba. No tenía ningún derecho a pedirle algo semejante y respetaría su decisión si se negaba. El director lo haría por sí mismo de ser necesario, pero él, el profesor, lo conocía

en persona. Esa era la única razón por la que quizá fuera preferible si él... Podría acompañarlo a Brod si así lo deseaba, pero creía que sería más adecuado que a la reunión asistiera exclusivamente el profesor.

Al final, había dado su brazo a torcer. Había acabado aceptando. No sin antes preguntarle por qué hacía algo así. En su respuesta, el director se había puesto a hablar de la nieve y la lluvia, de Vysočina, de una región hermosa, pero pobre y de clima severo, de los bosques y los montes, de la miseria, de las ciudades y los pueblos, ahogados, olvidados, sin capacidad para despertar. De una miseria que los ahogaba aún más, del paso del tiempo —que era traicioneramente ambivalente— y de su propia edad. Todo aquello carecía de sentido y, al final, había acabado volviendo al tema del clima. Efectivamente, la mayor parte del tiempo había estado hablando sobre la nieve y la lluvia como un completo idiota. Bien, de acuerdo, se había echado a reír finalmente el profesor, rogándole que parara. Que estaba divagando casi tanto como Hašek. Ni una sola respuesta directa a las preguntas directas. Ya podía dejarlo. Apreciaba al director y apreciaba a Jarda. Era un buen hombre. Ingenioso, divertido, un escritor popular. El director debía ver algo más que él. Él no lo tenía tan claro, pero bueno, eso carecía de importancia. Aceptaba. Lo haría.

Ya estaba con su segundo té. Observaba la plaza a través de la ventana, los puestos con sus mercancías desplegadas, en parte ya navideñas, y todo aquel alboroto a su alrededor. Un día de diario, a dos semanas de la Navidad. También él se había paseado entre todos aquellos tesoros, ligeramente irritado por la cantidad de personas que uno se podía encontrar allí en comparación con la iglesia o la biblioteca, y ciertamente desconcertado por la idea de dónde debería querer estar toda aquella gente en realidad. Era consciente de su propia confusión, de su falta de reflexión, de esos meteoritos que daban vueltas sin mucho orden por su cabeza. A ver, él no era creyente. Ya no estaba tan orgulloso de ello como a los diecisiete años, pero su falta de fe no había perdido vigencia. Tras el cambio de régimen, se había decidido por la nueva Iglesia Husita Checoslovaca, pero se trataba más bien de una cuestión relacionada con su visión del mundo. No tenía mucho en común con la fe. Quizá se tratara más de la tradición, del orden o de la cuestión nacional.

Del nuevo Estado checoslovaco en el que había creído con enorme ilusión y en el que seguía creyendo. Y, sin embargo, ¿qué tenía que ver eso con Dios? ¿Por qué entonces estaba tan furioso con esa gente? ¿Por qué le molestaba que, si podían, se dedicaran a comprar o a cualquier otra actividad igualmente vana como emborracharse, bailar o ir al cinematógrafo? ¿Dónde preferiría que estuvieran? ¿Dónde exactamente? ¿En los gimnasios del Sokol? ¿En las asambleas de esos partidos políticos beligerantes y de ideología más que dudosa que se celebraban directamente en las tabernas? Muchos de ellos realmente las frecuentaban. ¿O bien a los pies de los filósofos y los escritores que se despreciaban mutuamente, cuyos idearios no podrían ser más distintos entre sí y cuyas vidas no se regían en absoluto por esas mismas ideas que iban proclamando por doquier? Porque, al final, ¿en qué se diferenciaban de los actores que prestaban sus voces, sus cuerpos y sus rostros a unos u otros pensamientos, en ocasiones incluso nobles, pero que vivían su día a día en el barro del mercantilismo y las pasiones fingidas con la única finalidad de que el público se acabara fijando en ellos, que recordara sus nombres, que sucumbiera a sus encantos para así, al final, poder asegurarse su sustento? ¿A qué venía entonces sentirse tan molesto?

El profesor apareció por la puerta. Le hizo un gesto con la mano al director, se sentó a su mesa y pidió una cerveza. Parecía bastante alegre.

—No voy a contarle los detalles, no se lo tome a mal. Para eso necesitaría antes emborracharme, disculpe mi sinceridad.

—Así que tenía usted razón.

—Sí. Y usted también, por supuesto. Venga, vamos a tomarnos un ron, yo invito.

—Sabe que no bebo.

Le resumió a su manera la reunión. Al director no le pasó desapercibido que había estado bebiendo. Posiblemente no mucho, pero él era capaz de reconocer incluso una copita. Y, en este caso concreto, debía de haber sido más de una. Lo veía en sus ojos, en el modo en que brillaban tras las gafas. En esencia, no le contó nada

que no supiera ya sobradamente. Como tantos otros, Pazdera era de la opinión que Hašek era un granuja, un comunista, un bígamo, en resumen, un cerdo. Nada que ver con un poeta maldito. Un mal escritor de historias tontas. Y, precisamente por eso, muy bien remunerado. La gente pedía basura y pagaba con gusto por ella, con gusto y con generosidad. A su manera, era un hombre de éxito. Solo que, donde habitaba la popularidad y el éxito, no había espacio para el auténtico arte. Eran dos elementos que se excluían mutuamente. ¿Acaso el profesor no era consciente de ello? A Pazdera no se le ocurría nada que él pudiera hacer por Hašek y reconocía, además, que no pensaba perder ni un segundo más con todo aquel asunto. Que fueran a visitarlo sus amigotes. Por lo demás, seguro que ya lo hacían. Incluso escribían sobre él, según había escuchado. Hasta con demasiada frecuencia. Que no se lo tomara a mal el profesor, todo cuanto podía ofrecerle era otra copita de slivovice. Del sur de Moravia, de su región. Su padre y sus hermanos aún mantenían una viña, incluso una pequeña bodega tenían, pintada con corazoncitos y flores. Era un lugar hermoso, de una hermosura asfixiante. Qué lástima que el trabajo le impidiera volver a su tierra con mayor frecuencia. Cada vez que, con las primeras luces del alba, subía a una zona elevada en mitad del viñedo, tenía la sensación de que, a pesar de todo y de todos, el mundo seguía manteniendo cierto orden. Sobre los montes de Pavlovice salía el sol, los pájaros lo recibían con su alegre coro...

El profesor era medio alemán, de Šumava, y sentía predilección por la belleza algo triste y amarga de la región bohemia de Český Krumlov. Sin embargo, no era ese el motivo que lo había llevado hasta allí.

La esencia de Moravia del sur tenía algo de sentimental, ¿no estaba en lo cierto? Sentimental al tiempo que recatada, un poco al estilo de la Virgen María. Pero de la más joven. De esa muchachita a las puertas del mundo adulto, hermosa, fresca y ligeramente asustada. De la Virgen María tal y como debió de dejarla el ángel un instante después de la anunciación. Siempre se la había imaginado así, de pie, con la boca levemente abierta, sobre el labio superior quizá un poquito de sedoso vello. Pero, eso, nada más que un poquito, apenas una sombra.

La reunión había sido breve. Después del segundo slivovice, se había despedido de Pazdera. Había estrechado la mano que este le ofrecía y le había prometido que no perderían el contacto. Ambos sabían que no cumplirían su promesa. No había podido resistirse a especular, no sin una punzada de envidia, cuánto costaría un traje como el que vestía Evžen. De lana y rayas finas. Sin embargo, no había tardado en avergonzarse. Antes de marcharse, había tenido que escuchar una vez más que para él Hašek no era más que un golfo, un golfo vulgar y sin personalidad. Y eso que se estaba conteniendo. La gente como él no merecía compasión alguna. Que no lo tomara a mal el profesor, pero así era.

No había ido directamente al encuentro del director, había rodeado la iglesia hasta un callejón cercano y se había metido en un antro de mala muerte. Allí se había tomado otra copita, a solas. Posiblemente era aguardiente de patatas, de las sucias patatas de la zona. Tenía que disipar el angustioso recuerdo que, de improviso, había emergido de lo más profundo de su ser. El recuerdo de Martin Srp, un muchacho de un pueblecito de la región de Lounsko, el recuerdo de lo que le había contado en Rusia la última vez que lo vio, poco antes de regresar de la guerra. Martin le había hablado de un paseo nocturno en barca por un lago en mitad de un frondoso bosque. Iba a ser, o al menos eso le habían adelantado, una especie de fiesta de despedida, una celebración con sorpresa a medianoche. Una pequeña ceremonia sobre el agua, una suerte de Venecia a lo ruso. Solo que aquellas barcas no se semejaban a góndolas, esos féretros flotantes, y, en lugar de vino italiano, era vodka ruso, lógicamente, lo que se bebía. En grandes cantidades. Pero no todos se habían emborrachado, de hecho, de entre los hombres presentes, ni uno solo estaba bebido. Y, por supuesto, en una celebración como aquella no podían faltar mujeres, mujeres rusas. Hašek, quien no tenía absolutamente nada que ver con aquella historia, no había sido el único en buscarse una. Como tampoco era el único que ya tenía otra esperándolo en casa. Y eso suponía un problema. Bueno, podría llegar a suponerlo. A eso de la medianoche, lejos de la orilla, el grupito de legionarios checoslovacos había tirado al agua helada a sus parejas rusas aturdidas por el alcohol y que, en ese momento, ya no suponían para ellos nada más que un estorbo. Las habían ahogado como a gatitos recién nacidos. Según le habían asegurado, Pazdera se hallaba entre ellos. ¿Qué habría hecho un hombre

decente, al regresar a la patria, con una segunda mujer? Martin nunca había mencionado cuál había sido su papel en todo aquello. O quizá sí, apenas se le entendía. Se hallaba al borde del coma etílico, le faltaba el aliento, vomitaba y las manos le temblaban, pero pedía más y más alcohol. No estaba dispuesto a irse a dormir bajo ningún concepto. Al final, el profesor lo había dejado allí solo y se había acostado. Ya estaba casi amaneciendo, no lo soportaba más. No se creía nada de lo que le había contado. Como habría podido creer algo semejante.

No volvieron a verse. Ya en el camino de vuelta a casa, alguien le dijo que Martin había muerto. Que se había caído por las escaleras y se había roto el pescuezo. Durante un tiempo se reprochó haberlo dejado allí solo aquella vez. Sin embargo, nadie dijo que hubiera muerto aquella misma noche. Al parecer, ese era su estado habitual en sus últimos días. A veces se acordaba de él. A veces se le aparecía por la noche como un fantasma el rostro asustado de una muchacha, un rostro redondo y pálido como la luna llena. Tenía la boca abierta en una mueca de asombro y horror. Sí, veía a esa muchacha, siempre a la misma. Su cabello suelto y rubio se elevaba por encima de ella en el agua, la falda hinchada a su alrededor recordaba un globo, había varios pececitos nadando por su boca abierta. También los ojos los tenía abiertos de par en par. Se hallaba suspendida en mitad del lago, lejos del fondo, pero también de la superficie, sin poder alcanzar ni uno ni otro y, a pesar de todo, aún seguía viva. El sueño se había repetido varias veces en distintas variantes, aunque su esencia era siempre la misma. También el sonido era el mismo, la ausencia absoluta de sonido más bien. El de la muchacha era un grito mudo, al igual que tampoco podía oírse el movimiento del agua. Lo único audible era el otro grito, el suyo propio, que lo despertaba al fin. Con el tiempo todo aquello había acabado por desvanecerse y ya casi se había olvidado de Martin Srp. Ni siquiera le había asaltado el recuerdo al mencionar el nombre de Pazdera, ni siquiera al verlo en persona. No había ocurrido hasta que sacó el tema de la Virgen María.

Nunca se lo había contado a nadie, le había faltado valor. Tan absurdo y terrible le parecía aquel asunto. No recordaba cómo se llamaba el lago ni ningún otro nombre. No hasta ese mismo día. Ese día, por desgracia, había recordado uno. Era todo un disparate sin

pies ni cabeza, o eso esperaba, pero iba a necesitar un poco más de alcohol para recobrar del todo el aplomo y la tranquilidad. Y, aun así, debía reconocer que la irritación que en él provocaba Pazdera no emanaba exclusivamente de la soberbia algo esnob propia de los intelectuales praguenses ni de sus opiniones sobre Hašek.

—Cumbres borrascosas, lo conoce, supongo. También nosotros en Lipnice somos un poco así. Considero que es una buena elección, ¿qué me dice? Si bien, debo reconocer que no sé si Mařenka sabrá apreciarlo adecuadamente. La historia es bastante lúgubre, no tengo ya tanta confianza en que le vaya a hacer ilusión. Lipnice en enero y, para colmo, Cumbres borrascosas, no sé, no sé...

Observó el ingenuo rostro de su superior, en ese momento ligeramente colorado, pero solo por los efectos del segundo té y por el exceso de confianza que había mostrado. Lo escuchaba solo a medias, siguiendo con la mirada cómo sopesaba el libro, sintiéndose sinceramente confundido por la sensación de haber ido demasiado lejos y, de pronto, le entraron unas ganas irrefrenables de preguntarle por su opinión. Por su opinión sobre esos diez legionarios checoslovacos, diez o los que fueran, esos hombres casados que habían asesinado sin piedad al mismo número de prometidas —o, ¿quién sabía? Quizá ya al mismo número de esposas— rusas. ¿Qué opinaba él? ¿Consideraba que algo así era posible? Aunque sabía que no serviría de nada, sintió un deseo repentino de contarle hasta el último detalle que lograra recordar. Contarle que había una muchacha que no estaba tan borracha como los hombres pensaban y que había comenzado a rogarles que no la mataran, que solo tenía diecisiete años. Que no quería nada de ellos, que se quedaría en Rusia, que no se lo diría a nadie. ¿A quién podría haberle interesado? La guerra, la revolución, ¿a quién podría haberle interesado? En resumen, tenía ganas de hacerle daño al director.

—Últimamente tengo la sensación de que si me subiera al montículo que hay frente a la iglesia y gritara «cerdo», el eco replicaría «Hašek» —dijo abandonando la idea.

El director hizo un gesto con la mano.

—Totalmente de acuerdo. Disculpe, no debería haberlo involucrado.

No se enfade conmigo, ya he aprendido la lección. Sabe, se me ocurre algo. Al final, quizá debería intercambiarlos. Quizá sería mejor si le regalara a Mařenka En la corte ducal. A fin de cuentas, es una obra más amable, un libro checo en el mejor sentido de la palabra, o eso creo yo. Y dejaría para Petřík Cumbres borrascosas. No descarto que su lectura pueda cautivarlo. Por otra parte, es un libro bastante duro y él, aún un niño, si entiende lo que quiero decir. No tiene más que catorce años.

—Al alistarme, yo ya tenía veinte años. Sin embargo, mi hermano tenía apenas diecisiete.

Decidió no acabar de contar aquella historia, no mencionó que Richard nunca había regresado de la guerra. Que se había alistado en julio, recién acabada la secundaria, y que en Navidad una bala se había cruzado en su camino. Y no había sido una bala perdida. En ese momento no se luchaba, había ido por agua a un pozo que se hallaba en medio. En medio del campo de batalla. Algún ruso le disparó y lo mató. Decidió no acabar de contar aquella historia y, sin embargo, el director estaba horrorizado de todos modos. Se disculpó al instante.

—Déjese llevar por los sentimientos. No sé si me explico —replicó el profesor—. Si de mí dependiera, yo les regalaría Švejk a ambos, tanto a su mujer como a Petr.

El director se echó a reír. Posiblemente lo había entendido como un chiste. Aunque, quién sabía, quizá no. ¿Quién era capaz de leer en su alma? El profesor no, desde luego, ni podía ni tenía el menor deseo de hacerlo.

Se tiran al suelo entre las tumbas. No les queda más remedio. El tiroteo empeora. Por momentos. Primero las balas impactan sobre el muro del cementerio, después también sobre las cruces y las tumbas. Todo salta por los aires a su alrededor, sale disparado y vuela sobre sus cabezas antes de volver a caer. Y, para colmo de males, aparece un avión. Los chistes cínicos menguan. Ya no solo desde los costados, ahora también les cae fuego desde el cielo. Y, de repente, están por todas partes. Calaveras y huesos. Y aún hay más. Los muertos saltan literalmente de sus tumbas. No se trata solo de esqueletos. Los hay medio putrefactos y relativamente frescos. En realidad, no se trata de cuerpos, sino solo de sus partes. Trozos de cadáveres en todos los estadios de descomposición imaginables comienzan a confundirse con los que acaban de perder la vida. Así como con los heridos, los moribundos y los medio muertos. En realidad, medio muertos están todos, vivos incluidos. Un hueso largo y bastante podrido cae justo a su lado. En ese preciso instante cae Procházka, el de Heřmaň. Unos descarnados dedos parecen señalar a Procházka. Los dedos de algún afortunado que debió morir por causas naturales un par de meses antes de que el frente llegara hasta allí. Los dedos, de los que aún cuelgan algunos restos de carne, están temblando, al igual que todo cuanto los rodea, todo tiembla y se mueve. Heřmaň está a tiro de piedra de la casa del abuelo. De pronto, Jan Procházka no tiene cara. Heřmaň está muy cerca de Ražice y Ražice, muy cerca de Písek. Sangre por las rodillas, carne por donde miras. Lo despiertan sus propios vómitos.

Eran las dos de la tarde. Cuando algo no podía ser, no podía ser y no había que darle más vueltas. Se sentía mal de nuevo. Como siempre, como casi siempre. Le dolía muchísimo la espalda. No había hecho nada, ni siquiera a media mañana. Nada que no fuera retorcerse en la cama. Había echado a Kliment, cada vez lo echaba con más frecuencia. Estaba tumbado, no podía moverse con normalidad, hasta el estómago le dolía. Y eso que llevaba tres días sin beber y sin comer apenas nada. Al final, se había quedado dormido. No solo el sueño de la razón, también el de la tarde produce monstruos. Lo sabía bien. Y, aun así, no se había resistido, agradecía huir del dolor. Ahora había vuelto y era peor que antes.

Por desgracia, no le quedaba más remedio que llamar a Šura y a Tereza. Solo no podría limpiarlo y no quería andar revolcándose en sus propios vómitos.

Šura con su sempiterno cigarrillo en la boca asomada a la ventana, aunque caldear la casa cueste un ojo de la cara. Šura con su gramófono a todo volumen. No puede esperar hasta Navidad, es simplemente incapaz de esperar, jamás. Šura que quería una alfombra en la cocina. Una alfombra junto a la estufa. Una alfombra mullidita para las cenizas y las chispas. ¡Una alfombra! Una alfombra, esencia y síntesis de oriente. Una alfombra en la cocina, una alfombra en la sala, una alfombra en la yurta. Alfombras... Y aparatos de cualquier tipo, todo cuanto esté disponible. Aquel asunto de la alfombra le daba cien patadas en el estómago. Sin embargo, no cedió. Salió victorioso. Pero a qué precio. Aún se lo está haciendo pagar con intereses. Se la puede imaginar perfectamente: fumando toda aburrida sobre su alfombra de pelo largo. Si fuera voladora, se la compraría. Cien patadas en el estómago. No era de extrañar que le hubiera vuelto el vómito. Sin embargo, ella lo quiere. Tal como es: asqueroso, gordo, borracho y enfermo... No espera nada de él. No espera absolutamente nada de él. Con la única excepción de una alfombra y un gramófono.

Lo limpiaron todo sin mediar palabra. No espera nada de él, solo que no beba mucho. Ahora ya no bebe mucho. Y con lo de la alfombra salió victorioso. Por fin ha salido victorioso en algo. Necesitaría beber. Beber porque ha salido victorioso en algo, habría que celebrarlo. Hay que celebrarlo. Se subestima sin motivo. Ha salido victorioso en algo. En algo sí, en algo no. Le trajeron un té. Las dos juntitas, como si le tuvieran miedo. Preferiría tomarse un café, lo espabilaría un poco. Lo ayudaría a reponerse. Lo único que Šura sabe hacer en la cocina es té y café. ¿Y qué más da que no sepa cocinar? Lo quiere. Y él está encantado de que lo quiera.

Se habían puesto de acuerdo ya por la mañana, cuando Bondy se encontró con Böhm en la plaza. Poco faltó para que, más que un encuentro, fuera un encontronazo. Hubert estaba agachado atándose los cordones delante de su casa mientras que Vítězslav reculaba lentamente desde la taberna al tiempo que charlaba animadamente con un cliente que estaba apoyado en el quicio de la puerta. De haber dado dos pasos más, habrían chocado. Se saludaron con los ojos entornados porque —¡oh, milagro!— el sol había hecho acto de presencia. No hacía tan buen tiempo desde mediados de agosto.

Fue idea de Böhm. Quedarían a eso del mediodía y, en lugar de almorzar, llevarían pan, alguna que otra salchicha, o lo que les pareciera bien, y una botella de cerveza para cada uno, vamos, lo que se dice un señor pícnic. Arriba, en el castillo. Bueno, si no se estropeaba el tiempo. Disfrutarían de un poco de sol y todo sabría el doble de bien después de subir la cuesta.

El cielo no los defraudó en esa ocasión y a las doce menos diez ya estaba Vítězslav, todo impaciente, haciéndole señales con la mano a Hubert desde la escuela, el punto de encuentro estipulado. Las gafas de sol y la gorra de visera le daban a Vítězslav un aire algo mundano y cómico. Hubert lo saludó con unas afectuosas palmaditas en el hombro. A las doce en punto, pasaron junto a la casa de Hašek y tuvieron que detenerse porque Jarda, justo en ese momento, abrió la ventana como si les hubiera estado esperando. No querían demorarse, apenas contaban con una hora para el pícnic. Era un día de diario y el trabajo era el trabajo. Quería saber adónde iban, le dijeron que al castillo. Sorprendido les preguntó por qué. Ligeramente abochornados le reconocieron lo del pícnic. No dijo nada, apenas comentó con tono lacónico: —¿Un martes? ¿Y sin mí?

—¿Piensas que un jueves habría sido más adecuado? —bromeó Bondy, ignorando a propósito la segunda pregunta.

No le apetecía explicarle lo que él mismo debía saber mejor que nadie: que no sería capaz de llegar hasta arriba. Y menos aún en

diez minutos, que era aproximadamente el tiempo que habían reservado para el camino de ida y, de igual manera, para el de vuelta, de modo que tuvieran una buena media horita arriba para disfrutar del pícnic. Hubert, con la cabeza gacha, hurgaba concentrado en el morral, se sentía estúpido y culpable a partes iguales, así que prefirió no decir nada hasta que dio con la salchicha y se la pasó a Hašek. El pobre Bondy hizo lo mismo con su única botella de cerveza, ya que juzgó acertadamente que con un huevo duro no se lo iba a ganar.

—¿Y tú qué estabas haciendo? —preguntó.

—Escribiendo —respondió con algo de maldad e insidia el escritor, consciente como era de que sus amigos se sentían mal y estaban deseando irse. Decidió que no se lo pondría fácil. Lo habían dejado tirado, no se merecían la más mínima compasión.

—¿Švejk? —preguntó Hubert tras un instante más prolongado de lo que habría sido conveniente mientras movía nervioso los pies, lo cual no le pasó inadvertido a Hašek.

—No, estoy escribiendo un cuento, una fábula, en realidad. El caracol y el antílope. Con moraleja, desde luego. ¿Queréis saber cuál es?

—Que es bueno tener una casa donde poder meter la cabeza, a ser posible la tuya propia.

—¿Tu propia cabeza?

—Tu propia casa.

—Tu propia cabeza dentro de tu propia casa. Bueno, nosotros nos vamos ya a...

—Pues sería una moraleja de lo más estúpida, qué queréis que os diga. Nada de eso. La moraleja es que la prisa no siempre es buena consejera. ¿No se os ocurrió cuando os dije que iba de un caracol?

—El antílope... El antílope me ha desconcertado un poco.

—Mira tú por dónde, yo también me sé un buen cuento. No va de

un caracol, sino de una babosa, tampoco hay tanta diferencia. Tu caracol me lo ha traído a la mente.

Bondy miró a Böhm y comprendió que no había nada que hacer. Sacó del morral un huevo, se sentó en un muro bajo y, al principio con cierta dignidad, después ya de forma mecánica, se dedicó a golpear el huevo contra el muro. Hubert ni se dio cuenta, no le estaba prestando atención.

—Este cuento —dijo— se llama La venganza de la babosa o, en alguna de sus variantes, De cómo una babosa muerta mató a tres cocheros. Existen varias versiones, pero el original está en la recopilación de los hermanos Grimm.

—Sí, claro, dónde si no —suspiró Bondy y comenzó a pelar el huevo.

—La historia es la siguiente. Por un camino avanzaba una babosa. Era primavera y había llovido, tal y como les gusta a estas criaturas. La babosa reptaba alegremente y...

—Más bien se arrastraba, ¿no? —lo interrumpió Bondy.

—Se arrastraba bastante despacito por el camino, no tenía ninguna prisa, había salido únicamente a dar un paseo. Estaba feliz de poder contemplar este mundo de Dios en toda su hermosura y acompañaba sus pasos —o como se diga— con una cancioncilla: buen Dios que estás en los cielos, dales sumisión a nuestros corazones, alas a nuestras almas y paz a nuestros huesos.

—Las babosas no tienen huesos.

—Calla, ¡alas a nuestras almas y paz a nuestros huesos! Es una canción alemana. Antigua, muy antigua. La babosa la iba cantando tan feliz y celebrando la vida con humildad. Y así llegó arrastrándose hasta una encrucijada donde confluían tres caminos. Los pájaros estaban exultantes, las lilas desprendían una fragancia embriagadora, hacía mucho que la babosa no sentía semejante alegría en el corazón. Y fue entonces cuando, de súbito, apareció por un recodo del camino un carro de caballos a toda velocidad. El cochero estaba borracho como una cuba y atropelló a la babosa.

Todo cuanto quedó de ella fue un montoncito de babas.

—¡Qué asco! Dame al menos un trago —le dijo Bondy a Hubert cuando vio que este abría su cerveza.

—Y a mí otro —ordenó Hašek, que hacía rato que se había acabado la cerveza de Bondy. No le gustaba fumar con la boca seca.

—El cochero aquel siguió adelante, no redujo la velocidad ni se volvió a mirar. De hecho, ni siquiera se dio cuenta de lo que había causado. También cantaba, como la babosa, pero su canción era inmoral y blasfema, la había aprendido en el burdel en el que había pasado la noche.

—¿Qué canción?

—No sé, ya lo he olvidado. No es importante.

—La otra no se le ha olvidado, pero esta ni a tiros, ¿verdad? Un poco sospechoso, ¿no te parece, Jarda?

—Te estoy diciendo que no es importante. Algo sobre los muslos blancos de una pelirroja llamada Trudi, pero no sabría decirte más. Así que el cochero...

—Los muslos solían ser un eufemismo de otra cosa, ¿no? En la Biblia, me refiero, ¿no es así?

—Soy plenamente consciente de ello, Jarda, pero Hubert no ha oído hablar del tema en su vida. ¿Verdad?

—El cochero continuó alegremente su viaje a la velocidad del rayo. No lo afligía ni un ápice lo que acababa de causar. Pero aquí no termina el asunto. Una de las características de las babosas es que se comen cualquier cosa. Lo que sea, de verdad, incluso la mierda, ¿lo habéis visto alguna vez? Creedme, es una imagen terrible. Muchas veces te encuentras una mierda, de cualquier tipo, incluso humana, y por todos lados babosas, diez, quince, poniéndose moradas. Comen mierda hasta reventar. Metafóricamente hablando, no vayáis luego a andar diciendo que si esto y que si lo otro. Pero eso no viene al caso. Lo que quería decir es que comen cualquier cosa, que incluso se comen unas a otras, cuando se mueren, claro.

Es decir, las babosas vivas se zampan a la muerta. No me miréis así, solo quiero que quede claro. A nosotros nos parece raro, ¿verdad?, pero ellas no pueden evitarlo. Así las creó Dios. Y, bien mirado, no es tan terrible, al menos no se desperdicia nada. Y volviendo a nuestra babosa muerta.

—Tanto como nuestra.

—Al momento estaba rodeada de otras babosas que se pusieron manos a la obra. No era un camino muy transitado que digamos, pasaba un carro cada dos horas. Bueno, tampoco lo sé exactamente, pero así es como siempre me lo he imaginado. Así que cuando pasó por allí el siguiente cochero, ya se estaban dando un banquete, pongamos, cinco babosas. Que fueron nuevamente atropelladas, claro está. A las dos horas pasó un tercer carro y atropelló a unas diez, por ejemplo. Diez babosas, todas hechas papilla.

—Por Dios, voy a vomitar.

—Bien, el día siguiente amaneció aún más hermoso que el anterior. El sol inundaba aquella región con un brillo dorado, no había criatura que no se sintiera feliz de vivir en este mundo. Incluido el primer cochero, que precisamente regresaba a su casa desde la ciudad y que, como de costumbre, iba demasiado deprisa. El camino estaba seco y firme como la era donde se trillan las mieses. Pero, ay, los molinos de Dios muelen lento, pero muy fino. En el mismo lugar donde la víspera había atropellado a la babosa resbaló una rueda sobre la montañita de babas. Quinientas babosas, mil, ya no sé ni cuántas se habían reunido allí al final, todas las que habían podido arrastrarse hasta aquel lugar. Y, claro, a semejante velocidad no hubo forma de frenar el carro, que se fue hacia un lado, los caballos se encabritaron y, algo aún peor, en ese mismo momento llegaron al galope otros dos carros —ya os dije que todo ocurrió en una encrucijada— y a ninguno de ellos le dio tiempo a reaccionar. Chocaron los unos con los otros, fue una auténtica sangría. No sobrevivió nadie. Y así fue cómo una babosa mató a tres cocheros. Bueno y, ahora ya en serio, tenemos que irnos, nos quedan solo treinta minutos.

—Es tiempo más que de sobra, Hubert. Además, ya no tenemos nada que comer ni que beber. Subimos, bajamos y listo.

—Tres personas, seis caballos, mil babosas, no sé qué decirte, algo no me acaba de cuadrar. ¿No es todo un poco excesivo por una única babosa? Y que a eso se le pueda llamar cuento es algo que no comento por pura decencia.

—Mira, Jarda, vete a la mierda. No me lo he inventado, solo lo estoy contando. No digo que sea hermoso, pero de niño me dio mucho que pensar.

—No me extraña.

—Cómo la causa más insignificante puede tener grandes consecuencias.

—No, no es Němcová que digamos. Pero un aire a Erben sí que se da, ¿no? —salió Bondy en defensa de uno de sus amigos en contra del otro—, es un autor que a ratos también puede ser bastante salvaje. Por ejemplo, cuando Jiřík le clava la espada a su fiel caballo para alimentar a las crías de cuervo, algo que, para colmo, debería entenderse como un indiscutible acto de bondad. A ver, dime, ¿acaso tiene eso alguna lógica? ¿No es la moraleja un poco dudosa?

—¡Ni me hables! No te puedes ni imaginar cómo me atormentó —al pequeño e inocente Jaroušek— aquella historia.

Dudosa o no dudosa, todo el camino hasta el castillo se lo pasó Bondy reflexionando sobre si en el repugnante cuento de Böhm no había una esencia típicamente alemana. Claro que, por otra parte, ¿qué pensar de lo de Jiřík? Nada, nada, mejor no decir nada. Subieron, no sin dificultad, hasta el mirador. El hueco de lo que antaño fuera una ventana era tan enorme y el muro inferior tan bajo que casi sintió vértigo.

—Ya estamos aquí*. Un poco tarde, pero hemos llegado. Cada vez que vengo a este lugar me pongo más sentimental que una puta vieja.

Solo Dios sabía por qué Hubert había pasado al alemán. Acaso porque estaban los dos solos.

—Pues sí. Si no me diera tanta vergüenza, diría que siempre que estoy aquí arriba tengo la sensación de que pertenezco a este lugar. ¿No resulta ridículo?

—Un poco sí, en efecto. Pero solo un poco.

Al bajar, volvieron al checo. Hablaron, ante todo, sobre Jarda. Que tenían que organizarlo de modo que la próxima vez los pudiera acompañar. Bondy tuvo una idea. Los Fischbein, los de Deutschbrod, hacía poco que habían enterrado a la abuela. Que él supiera, ahora tenían su silla de ruedas muerta de risa. Podrían pedírsela prestada. E incluso comprársela si fuera necesario. Lo llevarían hasta el castillo en la silla, pero casi mejor esperar a la primavera. Por mucho que hubiera hecho un día tan bueno, no dejaba de ser una excepción. En primavera, cuando el camino estuviera bien seco. Aunque también podría ser que ya ni fuera necesaria la silla de ruedas. Quizá para entonces ya se hubiera recuperado. No tenía buena pinta, pero tampoco era algo que se pudiera descartar. En cualquier caso, Bondy se haría con la silla en cuanto pasara por Brod. No fuera a ser que se la vendieran a otro. Aun así, era una lástima que no los hubiera podido acompañar. Tanto sol, una belleza tan excepcional. La idea los estuvo torturando todo el camino de vuelta. A los dos por separado.

---

* Todo el diálogo que mantienen en el castillo es en alemán en el original. (N.d.T.)

Praga, a 13 de diciembre de 1922

Querido Siegfried:

Te saludo de corazón y después de mucho, mucho tiempo (de lo que soy plenamente consciente) desde Praga, una ciudad que, por fin, vuelve lentamente a parecer un lugar tranquilo. ¡Alabado sea Dios por ello! No sé en Lipnice, pero por aquí, desde la perspectiva de un comerciante judío normal y corriente, los tiempos que siguieron al cambio de régimen del dieciocho no fueron precisamente alegres. Aunque seguro que ya estabas al corriente. Ha sido duro. Como bien sabes, nuestra parte de la familia, hasta donde el recuerdo me alcanza, se ha sentido prácticamente «checa», por así decirlo. Algo bastante lógico, por otro lado, en un pequeño pueblecito cerca de Písek. Y, sin embargo, me atrevería a decir que no se trataba únicamente del negocio y de llevar una existencia tranquila, sino que creo que, al final, respondía a una convicción algo peculiar, pero sincera, por parte de mi padre. Si bien, ¿quién soy yo para afirmar lo que realmente le pasaba por la mente a ese hombre al que el destino examinó con tanta severidad a lo largo de su vida? Si te soy franco, ni siquiera hoy estoy completamente seguro. Y no me refiero solo a las poco felices y eternamente tensas relaciones entre checos y alemanes, así como a nuestra búsqueda de equilibrio, en ocasiones, ciertamente desesperante, entre ambos. En fin, no resulta necesario entrar en detalles, sabes sobradamente de lo que hablo. Siempre ha sido así. Y, a pesar de todo, me sigo sintiendo, en cierto modo, una suerte de patriota del sur de Bohemia y, muy particularmente, de Písek, de lo que, por otra parte, nunca hablo, ni siquiera en casa, por aquello de no resultar ridículo. Y, en realidad, no puedo evitar sentirme un poco ridículo. Mucho me temo que, en lo que a este asunto respecta, ni siquiera mi propia familia llegaría a entenderme. En el mejor de los casos, me dedicarían una sonrisa compasiva; en el peor de los casos (al tiempo que el más probable), pensarían directamente que me falta un tornillo. Cabría decir que ha sido la línea familiar de mi mujer la que ha acabado venciendo y quizá incluso sea mejor así. Ya sabes cómo funcionan estas cosas:

¿acaso podría yo, con mis humildes orígenes, competir con una familia plagada de rabinos y eruditos de todo tipo? Además, no sé si lo recuerdas, pero no es algo propio de mi carácter. Toda la vida he dado preferencia al actuar sobre el hablar. Siempre me ha parecido más importante el primero e incluso, en realidad, la única opción posible. La única opción posible para elevar mi propia posición y, más tarde, la de mi familia con la que, gracias a Dios, he sido tan generosamente obsequiado. Me he desvivido para que ninguno de mis seres queridos tuviera que experimentar los mismos aprietos que viví yo en mis años de juventud. Ese era mi mayor deseo. Y el Señor, alabado sea su nombre (ahora caigo en la cuenta de que no sé nada acerca de tu vida y aún menos de tu religiosidad, es posible que todas esas fórmulas antiquísimas mías te resulten un tanto ridículas, pero es el modo en que lo siento, aunque, por lo demás, difícilmente podría ser tomado en lo referente a mi fe como un judío ejemplar), ha sido generoso conmigo. Sin obviar que también me he dejado la piel por lograrlo.

No sé en tu caso, pero yo tengo la sensación de que, el par de veces que he intentado transmitir a mis hijos mis experiencias y vivencias, así como las conclusiones que de estas cabe desprender, no he salido muy airoso. Acaso sea por mi escasa capacidad de elocuencia. Me temo que me consideran una criatura terrenal, estrictamente pragmática, carente de cualquier tipo de ideal. Especialmente Franz, lo cual me apena por encima de todas las cosas. Es mi único hijo varón y no se parece a mí en absolutamente nada. No me malinterpretes, no veo en ello el más mínimo problema, más bien al contrario. Todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha perseguido precisamente ese fin, que mi hijo fuera distinto a mí. Que pudiera ser distinto a mí. Es delicado, inteligente, sensible... Si bien, por lo visto, todo ello en exceso. A ver, para que me entiendas, lo es hasta tal punto que le resulta imposible llevar una vida normal. Perdona, tantos años sin vernos, sin retomar el contacto, y ahora te aburro, y probablemente hasta te incordio, con estos asuntos. La verdad es que si mi sobrina —por casualidad— no se hubiera encontrado con la tuya, tampoco nosotros nos habríamos reencontrado de algún modo y posiblemente nos habríamos acabado muriendo sin saber ya nunca más el uno del otro. Gracias a Dios, no ha sido así.

Quizá precisamente porque llevamos tanto tiempo sin vernos,

porque prácticamente no hemos tenido contacto desde la época en que ambos éramos apenas unos muchachos llenos de esperanzas e ideales, porque no hemos sido testigos de nuestras respectivas concesiones y derrotas en la vida, quizá sea precisamente por todo eso por lo que ahora te escribo como hacía años que no le escribía a nadie. A decir verdad, yo ya apenas le escribo a nadie. Y si lo hago, suele tratarse de correspondencia mercantil. Recuerdo vivamente aquel día y aquella noche en que vagamos juntos por las calles de Viena. Debimos recorrer tranquilamente veinte kilómetros o, al menos, así es como lo guardo en mi memoria. De norte a sur y de este a oeste, con algún que otro café y un poco de agua, con multitud de preguntas e ingenuos ideales. Y, después, la duda de en qué invertir esas pocas monedas que habíamos ahorrado al prescindir del almuerzo. Si ir al teatro o al burdel. Al final, solo Dios sabe cómo, logramos disfrutar de los dos. Creo recordar que nuestro amigo vienés conocía a alguien en el teatro, de modo que nos ahorramos las entradas. Aquel día también aprendimos, sentados tras la representación con los miembros de la compañía, que, en comparación con las actrices y los escritores, las putas eran criaturas conmovedoramente inocentes. Yo era bastante mayor, pero ni de lejos más sabio. Ya ves hasta dónde me han llevado mis recuerdos. ¿Y qué me dices de Grétl? Llevaba cuarenta años sin acordarme de ella y, de pronto, se me ha aparecido su imagen. La de cosas que sabía decir en húngaro y lo divertido que nos parecía.

Franzi es mi único hijo varón. Estoy orgulloso de él, siempre lo he estado. Se licenció con éxito en derecho y obtuvo un buen puesto en una compañía de seguros. Por desgracia, ya no trabaja allí, está enfermo (de consunción) y me tiene bastante preocupado. Él también escribe un poco, no mucho, y por placer, porque, según parece, disfruta haciéndolo. Lástima. Lástima lo del puesto en la compañía de seguros. También me duele que no se haya casado. Y que no tenga hijos. Franz y yo no nos entendemos. Él se cree que estoy dolido porque no entró en el negocio familiar, porque carece de espíritu comercial. Sin embargo, no es más que un malentendido. De ser esas mis expectativas sobre él, ¿acaso habría deseado yo que estudiara? Créeme si te digo que he sido feliz viendo a un Kafka, a uno procedente de Osek, de toda aquella miseria, en la universidad, y con tan buenos resultados, además. No quería que se convirtiera en un simple buhonero. De verdad, no comprendo a qué se debe

nuestra falta de comunicación. Solo espero que no se avergüence de mí. Perdona, ya no voy a seguir con el tema. Nietos tengo bastantes, gracias a Dios. Sin embargo, Franzi ha cumplido los cuarenta y ya no se va a casar.

Ahora tiene una nueva relación, con una judía, hermosa, joven... Pero de qué sirve. Ella es del este, ya sabes a qué me refiero, todo aquello de lo que siempre hemos tratado de huir... No sé, me imaginaba que todo sería distinto. Pero ¿qué le vamos a hacer? Si Franzi fuera feliz, si fuera, al menos, un poco más feliz. Ahora se ha empeñado, en realidad se han empeñado los dos, en mudarse a Berlín. No me gusta Berlín, aunque eso no viene al caso. Pero ¿que alguien me explique a qué se van a dedicar allí? Él no hace nada, ella no hace nada... ¿Qué sabe hacer él? ¿A qué se va a dedicar? ¿A escribir novelas? Y luego, claro, lo de su salud.

Por otra parte, a veces me pregunto si no deberíamos marcharnos todos a Berlín. ¿Qué sentido tiene seguir aquí? Si somos alemanes, como nos reprochan aquí continuamente, pues vivamos, entonces, con los alemanes. Estoy completamente del lado de la República, de Masaryk... ¿Pero y ellos? ¿Están ellos de nuestro lado? ¿En qué medida? Nunca seremos ni lo uno ni lo otro. Resulta simple y llanamente imposible. Sin importar lo que nosotros pensemos. ¿Y qué nos resta? ¿Palestina? Absurdo. Bien mirado, quizá no tanto para esos pobres judíos rusos a los que todos persiguen. (Han hecho de ellos revolucionarios. ¡Qué horror!) Pero ¿para nosotros? Cuando sientas la necesidad de aprender a arar y sembrar la tierra, avísame. Puede que me apunte. Ya sea por guasa o por desesperación. Berlín ahora debe ser una ciudad fantástica y cosmopolita. La Nueva York de Europa. Dicen que da absolutamente igual quién eres y de dónde vienes, y que a casi nadie le molestan los judíos. No como aquí. (Y, cuando hablo de aquí, me refiero a toda la antigua Austria.) Y, sí, puede que sea cierto lo que cuentan de Berlín, pero eso ya no es para nosotros, no a nuestra edad. Ni siquiera Franz es ya un hombre joven y, con todo el respeto, a sus cuarenta años no sabe, en realidad, hacer nada. Y, para colmo, le traiciona la salud.

Así que ya ves, tengo tres hijas sanas, muy válidas, y un buen montón de nietos. Todo ello debería servir para atrapar, al menos, un pedacito de inmortalidad, pero yo dale que te pego con mi

Franz. Una de mis hijas se ha casado con un checo, ¿te lo puedes creer? Y, sin embargo, yo me digo, ¿por qué no? Hay cosas peores. Y no puedes ni imaginarte de qué me acordé en la boda. Ni yo mismo sé muy bien por qué, la verdad. Apuesto a que no lo adivinarías. Me acordé de la ramita. De ese trocito de madera de la hoguera del Maestro Jan Hus que nuestro abuelo nos enseñaba en momentos excepcionales. ¿Lo recuerdas? En aquel tiempo lo contaba con un... No sabría cómo describirlo... Con una luz tan especial en los ojos, casi entre susurros, y sonaba tan enigmático que uno tenía la sensación de que de esa ramita dependía toda nuestra felicidad. Y eso a pesar de que nadie jamás fue capaz o estuvo dispuesto a explicarme por qué era así. Si tuviera esa ramita, se la daría a mi hija más joven. Le gustan este tipo de historias y es, a fin de cuentas, la que se ha casado con un checo. Pero yo no la tengo, ni yo ni, hasta donde sé, nadie de nuestra familia. ¿Y tú? ¿No sabes adónde fue a parar? ¿Si existió siquiera? A veces tengo la impresión de que no fue más que un sueño.

Mi sobrina me comentó que ahora te haces llamar Vítězslav. Debo reconocer que, al escucharlo, no pude evitar echarme a reír. Pero enseguida caí en la cuenta de que debía pedirte perdón por ello. Me basta con recordar el final del año dieciocho y se me quitan todas las ganas de reír. Haz que te llamen como prefieras, pero háblame de tu vida, de ti. Te he escrito mi dirección, espero que volvamos a vernos. Solo Dios sabe cuánto tiempo nos queda aún por aquí, y eso que trato de ser al menos tan optimista como lo es nuestra nueva República,

Un saludo,

Hermann o, si lo prefieres, Heřman

En cuanto se sintió un poco mejor, invitó a Bondy y Böhm a echar una partida de cartas en su casa. Le podía la impaciencia. Aunque aún faltaban dos horas para su llegada, los esperó asomado a las ventanas. Sí, en plural: para estar seguro de que los vería acercarse, se pasaba de una a otra, observando cómo iba cayendo poco a poco la noche, a pesar de que, como ocurría desde hacía ya demasiado tiempo, apenas era media tarde, y deseando de corazón que, al final, no faltaran a su cita. Vio a Tonda detrás de la escuela en plena batalla de bolas de nieve con los otros niños. Lo saludó con la mano. Tonda se acercó corriendo y, al ofrecerle un té, el muchacho se mostró encantado. Apenas se habían intercambiado un par de palabras cuando aparecieron por la puerta Mašek y Mašková. ¡Atención, inspección!, irrumpieron a voces en la casa con un paquete de longanizas y morcillas bajo el brazo. No podía echarlos, al menos no enseguida. Y de nuevo que cómo lo llevaba, si ya lo tenía y si no podía mostrarles al menos un fragmento. Que le iba a pillar el toro. No quería mostrarles nada, pero ya casi la tenía, así que les dijo que volvieran en una semana, que ya estaría lista. Tampoco pensaba seguir torturándose más tiempo con la maldita obra para el baile de carnaval. Así, se obligaba a que el proceso creativo tuviera un final rápido. Nunca había tardado tanto en escribir algo, ya hacía tiempo que lo habría acabado de no estar constantemente indispuesto.

Se tomaron un té con ron e insistieron en que les hincara el diente a las longanizas. No se atrevió, ni siquiera tenía hambre. Le dio una a Tonda. El matrimonio puso mala cara. A él le importó un comino, pero Tonda se dio cuenta y se quedó tan tocado que apenas disfrutó del manjar.

—La dura vida del aventurero, ¿no estoy en lo cierto, Hašek? No crea que todo el mundo lo tiene en tan alta estima como nosotros. Quizá le sorprendería saber lo que uno escucha por ahí sobre usted.

—No, no me sorprendería.

—Sin ir más lejos, nuestro vecino, por lo demás un tipo magnífico, un patriota, instruido, que nos da cien mil vueltas a todos, e incluso

me atrevería a decir que un hombre progresista. Bien, pues no pude verlo a usted ni en pintura.

—Principalmente, por el asunto ese de los bolcheviques. Usted mismo se hará cargo de que tampoco es algo que deba sorprendernos en exceso, ¿no es cierto? El hombre es de la opinión que usted no pudo salir de todo aquello limpio como el manto de la Virgen, que eso cae por su propio peso. ¿Una carnicería de semejantes dimensiones y no verse involucrado? Que también usted debe tener las manos manchadas de sangre, que lo contrario es simplemente inconcebible. Ese no se cree ni una sola palabra de lo que usted cuenta, así se lo digo. No me lo tome a mal, solo le trasmito lo que él dice.

—Pero que conste que, diga lo que diga ese buen hombre, nosotros lo queremos igual. Lo apreciamos porque es un escritor del pueblo. Que sabe bien lo que la gente necesita, que la tiene en consideración. Y que no se da aires de superioridad. Así debería ser siempre.

—No queremos removerle la conciencia, nada más lejos de nuestra intención. Pero tampoco ha de extrañarnos que la gente piense lo que piensa, que lo vea desde otra perspectiva, solo faltaría. Y si a él, por su parte, le sorprende que hagamos negocios con usted, pues que se sorprenda cuanto quiera. También a él le obsequiaremos con alguna que otra longaniza para que vuelva al redil. Ese hombre tampoco tiene de qué quejarse, ¿a que sí, Růža? Mire usted, un profesor que no tiene donde caerse muerto, que le den por...

—Bueno, bueno, que hay un niño presente. Contente un poco, Láďa.

—Ese chaval tampoco tiene de qué quejarse. ¿Acaso me falta razón?

—¿Sabe qué? Nos interesaría saber cómo fue todo aquello de Rusia y si usted en medio de aquella sangría no...

—Yo no me creo que usted matara a nadie. ¿A que no? Como mucho, en defensa propia —dijo el muchacho con un hilo de voz.

—Y ya que estamos con el tema de la sangre, ¿sabrías decirme, Tonda, cuál de entre todos los animales es el más sanguinario? ¿De

entre todos los de este mundo? Pero cuidado, no es tan sencillo como podría parecer. Te voy a dar una pista. No es ni el león ni el tigre ni el lobo...

—¿El oso?

—¡Qué va! El oso, como te conté el otro día, es insidioso porque no puedes leer sus intenciones. Pero, créeme, en comparación con el icneumón, no es más que un corderito.

—¿El ichneumon? ¿Y eso qué es?

—Bueno, nosotros nos vamos a ir yendo. Veo que tienen clase de zoología y aún nos espera un buen montón de trabajo.

Se marcharon. Se sintió repentinamente agotado, le gustaría echarse una cabezadita, pero Tonda estaba expectante. No podía dejarlo así. Se tumbó, eso sí, antes de continuar.

—El ichneumon, también conocido como mangosta egipcia, es una auténtica bestia, digna como pocos animales de semejante calificativo. Y eso que no destaca por su tamaño precisamente. Es poco más grande que un gato. Su cuerpo es alargado y cilíndrico, y reposa sobre unas patas bajas y algo arqueadas. Tiene el hocico puntiagudo y armado con cuarenta dientes, en su mayoría fuertes y grandes. En la zona alrededor de los ojos carece de pelo, lo que hace que sus ardientes ojos destaquen especialmente. El trasero es plano y está cubierto por una suerte de bolsa en cuyo centro se halla el ano. Su pelaje es tremendamente peculiar. El pelo interno es de un tono amarillo rojizo. El pelo protector es de color negro, con anillos blancos y amarillos. Se mueve de un modo extremadamente insólito. Da la sensación de que se estuviera arrastrando sin mover las extremidades.

Aunque África es su hábitat principal, vive también en el sur de Asia e incluso puede hallarse una especie de mangosta egipcia en España. Eran célebres ya en tiempos remotos, como atestigua que fuera un animal sagrado para los faraones. Se alimenta de todo lo que puede cazar, incluidos mamíferos del tamaño de una liebre, aves del tamaño de un ganso o incluso gusanos, si bien muestra cierta predilección por las serpientes, a las que sigue el rastro para

luego cazarlas sin compasión. Si encuentra huevos, se los bebe, y de los mamíferos y aves generalmente tan solo succiona la sangre y se come el cerebro. Mata mucho más de lo que es capaz de comer. Se atreve incluso con los cocodrilos, a los que mata gracias a la más endiablada de sus habilidades. Se cuela de un salto en el hocico de los cocodrilos mientras estos duermen y se abre paso a mordiscos hasta su corazón, órgano que despedaza a dentelladas hasta causarles la muerte.

—¿Los cocodrilos duermen con la boca abierta?

A pesar del ataque de risa de Hašek, aquel diciembre la horripilante mangosta egipcia de ardientes ojos acosó a Tonda a lo largo de varias noches que parecían no tener fin. África estaba bastante lejos, cierto, pero ¿y España? Cualquier otro tipo de matanza había perdido, en comparación, toda su importancia para él.

El director no pudo evitarlo. Escogió tres libros y se dirigió a casa de Hašek. No fue una tarea nada sencilla. La oferta de la biblioteca de la escuela era limitada. Finalmente, se decidió por tres clásicos. Hugo, Twain y, tras no pocas dudas, Scott. Ni Los miserables ni Ivanhoe podían ofenderlo. Apostó muy especialmente por Los miserables a causa de su potente componente social. Seguro que ya lo habría leído, pero incluso así podía hacerle ilusión. De eso se trataba, no albergaba otras intenciones. Y, aun así, no las tenía todas consigo. Temía un poco su sarcasmo, que se burlara de él. Al final, se dijo a sí mismo que era algo que no se podía descartar. Contaba con esa posibilidad, iba preparado.

Le abrió Šura con un cigarrillo entre los labios. Lo invitó a pasar. Según le informó, Hašek ya tenía visita. Bondy y Böhm. La noticia lo tomó por sorpresa, no sabía muy bien por qué, pero había dado por hecho que estaría solo. De pronto, se sintió fuera de lugar.

—Me gusta la literatura rusa —le comentó a Šura—, la tengo en alta estima. Por ejemplo, Chéjov.

Le dio una calada al cigarrillo y dijo algo que él no logró entender.

—Menuda es Šura —se rio Hašek—, toda una experta en literatura rusa.

Un instante después ya le estaban rogando que se sentara. Dominaba la estancia una suerte de tinaja llena de cerveza que, plantada sobre la mesa justo delante de él, apenas le permitía ver. No tardaron en ofrecerle una jarra. Dijo que no. Sabían de sobra que no bebía. La gente cambia de opinión. Nunca es tarde si la dicha es buena. Por qué tengo que explicarlo una y otra vez, pensó malhumorado. Se disculpó por haber interrumpido su partida de cartas. No pasa nada, de todas formas, queríamos tomarnos un descanso. Sacó los libros de la cartera. Dijo que se alegraba de que Hašek ya se sintiera mejor. Pero que, como había escuchado que aún no estaba completamente recuperado, le había traído algo de lectura. De la biblioteca de la escuela, en la que, como bien podrían imaginarse, no había mucho donde escoger. Sin embargo, quizá los

libros le ayudaran a sobrellevar las inclemencias del invierno. Probablemente ya los habría leído. Se los pasó a Hašek a través de la mesa.

Sí, los había leído. Pero no importaba lo más mínimo. Ivanhoe le hacía especial ilusión. Observaría las tormentas de nieve golpeando los muros del castillo, encendería unas velas, se fumaría unos cigarrillos y se dedicaría a la lectura. ¿Podía quedárselos hasta después de Navidad? Bondy comentó que Isaac de York siempre había sido su personaje favorito. Y qué decir de Rebeca. ¡Y de lady Rowena! Hubert no tardó en apuntar que le gustaría que le prestara el libro después a él. Puede ser, si el señor director lo permite, pero no antes del día de Reyes, decidió Hašek. Quería disfrutarlo tranquilamente, sin prisas. Después de Reyes era demasiado tarde, que se lo prestara al menos para Año Nuevo. Discutieron, para alegría del director. Por fin se sentía tranquilo. No rechazó la taza de té que Šura le había traído.

—Chaikovski —le dijo—, a él también lo admiro.

—Chai negro —le respondió ella pasándole la taza de té—, el azúcar está aquí.

Y se marchó.

—Tengo algo más, antes de que se me olvide —volvió a hurgar ruidosamente en la cartera—, le he traído una reseña sobre Švejk. De Horizontes Literarios, estoy abonado, ¿sabe? Después, si no es mucha molestia, me gustaría recuperarla, guardo todos los ejemplares, pero no corre prisa. Nada más lejos de mi intención que aguarle el día precisamente cuando se lo están pasando tan bien.

—¿Aguarme el día? ¿Por qué lo dice? No tema. No permitiremos que algo así ocurra tan fácilmente.

—Ya, ya lo sé, yo solo quería, es que no es... No escriben de usted de un modo especialmente favorable, pero...

—No me diga. ¿Escriben que soy un idiota del mismo calibre que Švejk? ¿O acaso algo aún peor? ¿Un borracho? ¿Un bolchevique? ¿Un bígamo? ¿Eso debería aguarme el día? ¿Por qué? Pero si es

todo verdad. La pura verdad.

—No se enfade, se lo ruego, a fin de cuentas...

—Pero si no me enfado. ¿Cómo puede siquiera ocurrírsele que me podría enfadar por algo así? ¿Que me afectara hasta ese punto?

—Ya me imagino que no, sin duda, no le afecta. Yo tampoco estoy de acuerdo con lo que se escribe, considero que Švejk es una obra notable y que no es cierto que sea un blanducho, un cobarde, ni que, al ser tan pasivo, no pueda ser un auténtico...

—¿No está de acuerdo?

—No.

—¿Y puede explicarme entonces por qué me lo trae? ¿Por qué demonios se cree que podría interesarme?

—No se enfade, yo... Pensaba que, por interés profesional, que el autor necesita conocer la opinión de sus colegas, su posición en el mundo de la literatura y que... Que esto le aporta... Disculpe, no quería ofenderle, no se me había ocurrido que... No me muevo en... Apenas soy...

—¿Qué es? Venga, dígalo, señor director, sin miedo. Explíquenoslo. ¿Quién es usted en realidad? ¿Un pequeño y buen hombre checo? ¿Un humanista en edición de bolsillo? Compasivo y comprensivo... Me comprende a mí y los comprende a ellos... Todos tienen su parte de verdad, ¿no es cierto? El proletario y el burgués, tanto el santo como el asesino tienen su parte de verdad, al igual que la tenía Jan Hus y que la tenía el jesuita Koniáš. Resulta difícil orientarse en estos asuntos. Pero, al menos, hay que esforzarse por conseguirlo.

El director echó la silla hacia atrás. Con dificultad, ya que, al hacerlo, se sujetaba con una mano las gafas, como si estuviera esperando que fueran a golpearlo entre los ojos.

—Desde luego que debemos esforzarnos —se atrevió aún a decir—. No hay otra opción.

—¿Me ha traído los libros para que aprenda algo nuevo o porque le

doy pena? ¿Es eso? Pues ha sido un error. No tiene que sentir pena alguna, no por mí, desde luego. Soy yo el que siente lástima por usted. Un pobre hombre, eso es lo que es usted, señor director, lo que es ahora y lo que será toda la vida. Un ingenuo pobre hombre.

Se marchó, sin mediar más palabras que un adiós. Ni siquiera se dio cuenta de que, por puro hábito, incluso había añadido un gracias. Había dejado los libros y la revista sobre la mesa, por qué no habría de haberlo hecho. No pensaba en ellos. No pensaba en nada. Sentía que tenía fiebre, lo que probablemente fuera cierto. Ardía de humillación. Era todo cuanto sentía. Para colmo de males, resbaló sobre el hielo nada más salir por la puerta. Bajó la mitad de la cuesta, casi hasta la escuela, deslizándose sobre el trasero. Lo ocurrido había encontrado su expresión física. Como ocurría siempre, en realidad.

—Bueno, ¿qué? ¿Acabamos la partidita de una vez?

—Casi que no. Es tarde. Por la mañana tengo trabajo. Temprano.

—No me vengas con esas. ¿Tarde? Aún no son ni las diez.

Hubert se abrochó el abrigo en silencio.

—Te espero en la puerta.

—Jarda, ¿de verdad era necesario? No ha estado bien. No ha sido una reacción por la que te merezcas un premio que digamos.

—¿De qué premio hablas? ¿Por qué me sales ahora con lo del premio? Me cago en los premios. Desde lo más alto me cago en todos los premios habidos y por haber.

Bondy también se puso en pie.

—Sabes perfectamente a qué me refería. Pero tú, en lugar de reconocerlo, me vienes con chorradas. Te pones gallito, pero, créeme, no hace ninguna falta. Resulta patético. Ay, si te dieran un premio, solo uno. Te morirías de felicidad. Como todos. Déjate de mierdas, al menos delante de nosotros, déjate de mierdas. Nosotros te entendemos.

—¿Yo? ¿Que yo me moriría de felicidad? ¿Que me deje yo de mierdas? ¿Y por qué habría de hacerlo? ¡El que tiene que dejarse de mierdas eres tú! Porque, a diferencia de ti, yo no soy un miserable judío de provincias que vive cagado de miedo. ¡Eres tú el que tiene que dejarse de mierdas! Tú, que no te queda más remedio que sentirte agradecido cada vez que alguien se toma una copita en tu tugurio, por mucho que el tipo esté deseando escupirte en ese careto de judío que tienes porque, en el fondo de su corazón, te desprecia a ti y a todos los tuyos... Porque os odia. Y tú aún vas y le limpias servicialmente los restos de baba de la boca, le das las gracias cortésmente y le haces una reverencia hasta el suelo. Tú... ¿De verdad has pensado alguna vez que te tengo aprecio? ¡Šura, ven! Los señores ya se marchan.

Terezka Špinarová se marchó a media mañana, en cuanto acabó de cocinar, y Ašulinka se pasó a recoger a Šura poco después del almuerzo. Se quedó solo en casa. Les había asegurado que no le importaba, que se encontraba bien. Y no faltaba en lo fundamental a la verdad. Quizá no debiera abandonarse de esa manera a la debilidad. Estaba decidido a hacerlo, obligaría a sus piernas a moverse al tiempo que se airearía un poco el cerebro. Iba a subir al castillo, llevaba varios días pensando en ello. Era la ocasión ideal, sería mucho mejor así, sin testigos. Esperó a que oscureciera un poco, salió de la casa, cruzó el camino y comenzó el ascenso lentamente. Avanzaba con dificultad, pero avanzaba. Levantar una pierna, posarla en el suelo y repetir luego el mismo proceso con la otra pierna suponía un esfuerzo terrible. No entendía cómo podían pesar tanto y, al mismo tiempo, era como si pisara sobre el vacío. Necesitaba beber. No, no podía, volvería a vomitar. Un par de minutos después ya había perdido el aliento. El corazón palpitaba con fuerza, sentía cada uno de sus latidos, al menos hasta que apareció el zumbido. Este se fue haciendo más y más intenso hasta que, al final, era todo cuanto podía percibir. El Blanice se había desbordado de nuevo. Un río de poca monta, más bien un arroyo grandecito, acaso por eso tomaba a mucha gente por sorpresa. Pero a él no, él lo conocía. Sabía cómo se las gastaba. No pasaba nada, no pasaba nada y, cuando te querías dar cuenta, ya era demasiado tarde. Y ahí estaba, efectivamente, acercándose a toda velocidad. Lo único que le sorprendió fue que se le echara encima al mismo tiempo por la derecha y por la izquierda. Las piernas dejaron de responderle. Cedieron ambas a la vez. Cayó de rodillas como un extraño penitente que adorara con apagada mirada los bloques de granito o las matas de hierba mustia. Duró solo un instante, no tardó en derrumbarse con todo su peso.

Rebañó los restos del gulash con un trozo de pan. Y luego una segunda vez, para que no se perdiera nada, ni una sola gotita de salsa. Tan rico le había sabido. Nunca había vivido tan bien como ahora con Wodičková. Por desgracia, la mujer de Rudi comenzaba a rebelarse. Sin palabras, no se lo iba a decir a la cara, seguía mostrándose igual de servicial y respetuosa. Pero últimamente había comenzado a hacerle de celestina. No paraba de ofrecerle mujeres. Todas serían, a su parecer, perfectas cocineras y competentes amas de casa. Todas emparentadas con el matrimonio, además. Que si una solterona de Budějovice, checa, de su propia familia; que si una pariente de Rudi, alemana de Jeseníky; que si una tercera de la que ya ni se acordaba de dónde decía que había salido. Tiene razón, pensó, hay que resolver este asunto de una vez por todas, pero, al mismo tiempo, le da tanta pereza. ¿Cómo elegirla? ¿Cómo reconocer cuál sería la adecuada? Adecuada significa decente, aplicada, hábil y buena cocinera. ¿No se habrá olvidado de algo?

Dos de ellas le habían escrito. Normal, no iban a recorrer toda esa distancia solo para que las conociera. Eran cartas hermosas, las tenía delante, sobre la mesa. Una en checo, otra en alemán. Ambas afirmaban ser exactamente lo que él quería escuchar. Pero cómo asegurarse de que realmente sabían cocinar. Y de que no eran antipáticas. Tras la experiencia vivida con Josefa, se inclinaba más bien por la de Budějovice. Simplemente porque era vieja. Claro que tampoco podía tener un carácter excesivamente dominante ni estar ya impedida. Y eso de que estuviera dispuesta a mudarse tan lejos a su edad, ¿no era un poco extraño?

Por otra parte, no había necesidad de decidirse entre las candidatas que le había propuesto Wodičková. Quizá debiera buscar por sí mismo. Preguntar en otras parroquias o poner un anuncio. Un anuncio... La desgracia de la era moderna, uno de los jinetes del apocalipsis. En realidad, estaba pensando fundamentalmente en los anuncios de contactos. Y, a decir verdad, el apocalipsis era el libro de la revelación y acababa lleno de esperanza. El significado de catastrófico no dejaba de ser un malentendido causado por una interpretación algo equívoca.

Aparte de las dos cartas abiertas, sobre la mesa reposaba una tercera, aún cerrada de Josefa. Esta vez no le preparó un recibimiento especial. No abrió una botella de vino ni echó otro leño a la estufa. Eso sí, quería acabarse antes el gulash. Había recibido la comida y la misiva prácticamente en el mismo instante. Sin embargo, una vez finalizado el almuerzo, le asaltaron las dudas. Acabó sirviéndose un poco de vino. Total, la botella ya estaba empezada. También abrió la ventana y se encendió un cigarrillo. Quizá tuviera un hijo. Un hijo llamado Karel. Supondría una gran complicación. No sabría qué hacer. No a un nivel práctico. Y lo más importante, ¿qué pasaría con ella? ¿Qué pasaría con Josefa? Aunque no fuera párroco, no podría ni imaginarse cómo y por qué habría de vivir con aquella mujer. Sin embargo, lo del hijo era distinto. ¿No era acaso toda la Biblia, desde los orígenes judíos hasta los evangelios cristianos, una única historia de padres e hijos? Nunca lo había pensado en esos términos. De hecho, ni siquiera en un momento como aquel fue su padre quien le vino a la mente, sino aquella mujer que había marcado su juventud. Cuando la conoció, debía tener algo más de treinta años y estaba casada. Un matrimonio infeliz a todas luces. Fue un encuentro fugaz, sus vidas apenas se cruzaron durante un par de meses y cambiarlas no estaba a la orden del día. Una ciudad de provincias, poco más que un muchacho, un cura inexperto, más joven que ella. Durante un breve periodo fue su confesor y también una suerte de consejero. Era absurdo, ¿cómo había podido aconsejarla? ¿Cómo había podido ser tan temerario? Hizo lo que buenamente pudo. Se sentía bien a su lado y notaba que ella estaba agradecida. Después lo trasladaron a otra ciudad. En realidad, no ocurrió nada, excepto que, aquella vez, pudo imaginarse teniendo un hijo con ella. Lo llegó a desear. Puede que, durante un tiempo, incluso lo anhelara con toda el alma, significara eso lo que significara y por mucho que tratara de reprimir semejante pensamiento. No sucedió nada, gracias a Dios, absolutamente nada. Tan solo aquella rabia que tardó mucho tiempo en extinguirse. Dirigida alternativamente hacia sí mismo y hacia ella. Una rabia que, sin embargo, se manifestaba únicamente en sus sueños y tan solo de forma ocasional.

Al caer en la cuenta de que se estaba fumando el tercer cigarrillo, cerró la ventana y abrió la carta. Lo saludaba, albergaba buenos recuerdos de Lipnice, buenos recuerdos, sin duda. Que en ningún

caso se debía preocupar por ellos, todo les seguía yendo bien. Cabría decir que, con la ayuda de Dios, cada vez mejor. Lamentaba, cómo expresarlo, que la situación que ella había causado lo desasosegara... Lo desasosegara de aquel modo. Que el error había sido de ella, que, por una parte, se había sentido culpable y ridícula y que, por la otra, no había sido consciente de cuánto lo afligía. Y, ante todo, le pedía perdón por, no sabía cómo expresarlo, que nunca se le había ocurrido, jamás, de verdad, que pudiera, cómo decirlo... relacionar todo aquello con él. Que no estaba enfadada, claro que no, cómo iba a estarlo, era todo su error. Más bien, y esperaba que no se lo tomara a mal, que lo decía bienintencionadamente, más bien incluso que había llegado a resultarle gracioso. Esperaba no ofenderlo, nunca se habría atrevido a formularlo en palabras, pero que él siempre había insistido tanto en que fuera sincera... Y no le faltaba razón. En cualquier caso, ahora ya completamente en serio, no, por supuesto que él no era el padre de Karlík, lo que para ella habría sido, de algún modo, un honor. Sin embargo, de verdad, no lo era. Que no se preocupara por ellos. No la había ofendido, al contrario. Posiblemente se tenía en muy poca estima, de lo contrario, cómo se le podría siquiera haber ocurrido algo semejante. Que era un hombre decente, cercano a la santidad. Y que no la malinterpretara, pero que ya no albergaba en la iglesia las ilusiones de antaño. Que debía escribírselo, por mucho que era probable que supusiera una decepción para él. En cualquier caso, que ya fuera el padre de su hijo el obispo o su chófer, que no esperaba nada de ellos. No buscaba nada y tampoco lo haría en el futuro. Que todo cuanto deseaba era que Karlík creciera sano y poder hacer de él un hombre decente. Que rezaba constantemente para lograrlo, que tampoco sabía qué otra cosa hacer. Que también rezaba por él. Y que, si alguna vez el destino lo llevaba hasta la región de Sedlčansko, se alegraría de volver a verlo. Todos se alegrarían de verlo. Y que lo sentía.

¡Le había parecido gracioso! Aún aguantaría un tiempo sin ama de casa. Se prohibió pensar sobre las demás cuestiones. Al menos en ese momento, antes de la misa

Praga, lunes 18 de diciembre de 1922

Nueva época

Editorial

«Fascismo» en Baviera

Estos últimos días el interés de la asamblea bávara se ha centrado en el denominado nacionalsocialismo, conocido también como «fascismo alemán», un fenómeno que últimamente está siendo fuente de enorme preocupación en amplios círculos de la sociedad de Baviera y, muy especialmente, de la muniquesa. El debate en la asamblea de Baviera pretendía aclarar este problema. Y no puede negarse que, en cierta medida, el objetivo se ha logrado. Si bien, nos queda la incógnita de saber si el nuevo presidente bávaro Knilling, que ha llamado a combatir cualquier intento violento de cambio del status quo, puede sentirse satisfecho con el modo en que su ministro del interior ha tratado el tema del nacionalsocialismo en la asamblea de Baviera.

A diferencia del rico material que diversos actores —y, muy especialmente entre ellos, el diputado socialdemócrata Auer— aportaron a la asamblea y que fue, a continuación, puesto a disposición de las autoridades pertinentes, el ministro del interior bávaro afirmó que no podía compartir con la cámara información alguna al verse esta afectada por una investigación en curso. El ministro del interior declaró: «El Estado no se ve amenazado por el nacionalsocialismo, del mismo modo que no se llevó a cabo ninguno de los golpes de Estado que se habían venido anunciando».

Estas declaraciones, sin embargo, no hacen menos preocupante el incontestable hecho de que el fascismo asciende prácticamente en todas partes, en una forma, además, que no se puede contraponer con el simple imperio de la ley.

El ministro del interior de Baviera evitó en sus respuestas a las interpelaciones socialistas relativas al nacionalsocialismo entrar a valorar la mayoría del material aportado. Afirmó que actuaba así a causa del peligro que suponía debatir dichos asuntos ante un público excesivamente amplio. Sin embargo, su decisión no ha traído más que perjuicios, ya que, sin lugar a duda, esta forma de abordar el asunto despierta, tanto en las mentes inmaduras de ciertos ciudadanos como entre los fanáticos, la idea de impunidad ante un hipotético golpe de Estado.

La lista de desmanes que los «fascistas» bávaros, guiados por su líder austriaco Hitler, han perpetrado sin intervención de la autoridad de este land es tan extensa que la cifra de 72 miembros del nacionalsocialismo contra los que se ha abierto investigación puede ser calificada simple y llanamente de ridícula. La organización de Hitler reparte a plena luz del día armas y porras de goma a sus correligionarios, amenaza con ultimátums, planea en sus reuniones atentados contra ciudadanos y periodistas que no son de su agrado: atentados que no tardan en ser consumados. Los miembros de la organización nacionalsocialista de Hitler van uniformados, reclutan tropas de asalto entre aquellos «que están dispuestos a dar la vida por sus caudillos» y los incitan a« la dictadura de los hechos». Y, mientras tanto, el presidente bávaro tilda estos actos de «exaltación» y no de crimen.

Tampoco se ha dado respuesta a la cuestión de cómo obtiene el nacionalsocialismo bávaro los ingentes recursos financieros que le permiten la impresión de octavillas, así como a por qué el gobierno de Baviera pretende impedir la formación de organizaciones de autodefensa contra los movimientos nacionalsocialistas y por qué se niega a hacer el más mínimo esfuerzo por erradicar la causas que conducen a la formación de estas organizaciones de «actividad nacional socialista». Hitler logra siempre justificarlo todo de forma magistral apelando a que su gente no hace sino responder a las provocaciones. El ministro del interior bávaro también afirmó que

la actuación de los seguidores de Hitler no era tan perniciosa como se había venido apuntando y tachó de alarmista la decisión del gobierno de Prusia de prohibir las organizaciones nacionalistas. Aseguró que el gobierno de Baviera tenía, y seguiría teniendo, la situación bajo control: tanto en relación con la izquierda como con la derecha. Sin embargo, no intervino, por ejemplo, en el caso del oficial de policía que recientemente declaró en un encuentro nacionalsocialista que, en el caso de que fuera necesaria su ayuda, bastaría con enviarle un telegrama.

De todo esto cabe deducir que el gobierno de Baviera, en su monarquismo encubierto, no quiere romper con el fascismo bávaro, sino que, justo al contrario, cuenta con él como poderoso aliado para el supuesto de conflictos civiles o golpes de Estado.

El escándalo del perro

(Farsa de carnaval en cuatro actos.)

Personajes:

Růženka, profesora jubilada

Boženka, su amiga

Pepa, marido de Boženka

Señor 1

Señor 2

Organillero

Vendedor callejero de periódicos

Pucik, perro

Vecinos

Periodistas

Acto I

Primera escena.

Růžena Bubeníčková, profesora jubilada, en su humilde vivienda. Un pisito en un edificio con corrala de Žižkov, en el extrarradio de Praga, formado de cocina y una única habitación. En la cocina, una estufa, un aparador, una mesa y una silla, nada fuera de lo habitual… Junto a la

estufa, la camita de un perro.

RŮŽENKA: ¡Dios! ¡Qué dolor me acaba de dar en el coxis! ¡Ay, cómo duele! ¡Ay, qué dolor! ¡Vaya vida miserable la mía! Nada más que sufrir y sufrir sin ni una sola alegría, ¿cuánto tiempo más tendré que soportarlo? ¡Menudo tormento! Vaya, juraría que ya empieza a colarse frío por la ventana. Pronto empezamos este año. En fin, qué le vamos a hacer. ¿Debería encender ya la estufa? ¿Tú qué opinas, Pucik? (El perrito, feo y de pelaje ralo, no dice nada. Tan solo gruñe malhumorado.) Tienes razón, Pucik. Hay que encenderla. (Agarra con la mano el cubo del carbón. Estrépito en la corrala. Bubeníčková escucha con curiosidad.) ¿Qué pasará esta vez? (Sale a la galería y ve a su vecina Boženka gritando como una condenada a un hombre. Es un mendigo que toca el organillo.)

BOŽENKA: ¡Recoja todos sus bártulos y lárguese de aquí! No hay quien aguante ese ruido. Me va a explotar la cabeza. Ya lo está recogiendo y marchándose.

RŮŽENKA: Bien dicho, Boženka. Si es que hasta tiemblan las ventanas.

ORGANILLERO: Tranquila, señora, que ya he acabado de tocar. Déjeme vivir. ¿Adónde voy a irme yo a estas horas de la tarde?

BOŽENKA: Eso ya es cosa suya. Vaya a donde le venga en gana, lo importante es que se largue de nuestro patio. Aquí no va a sacar nada. Como mucho me tendrá que pagar un cristal nuevo cuando reviente alguna ventana.

ORGANILLERO: Tampoco exagere, tenga un poquito de comprensión. Una mínima muestra de piedad con un pobre hombre.

RŮŽENKA: Si no me entiende cuando hablo, podemos llamar a los guardias. ¿Verdad, Boženka?

ORGANILLERO (Se pone en movimiento.): San Antonio, pero ¿tú has visto esto? Tratan a las personas como a perros. ¿De qué nos sirve tener una república con semejantes...?

BOŽENKA: No me mente a san Antonio y tirando. (Lo amenaza con

el puño.) Vaya cómo está el mundo. ¿Qué futuro nos espera con semejantes...? ¡En fin! Buenas noches.

RŮŽENKA: Buenas noches, Boženka, que descanses. Bendecido sea el Señor, por fin un poco de tranquilidad. (Entra en el apartamento.) Buenas noches, Pucik, ya casidejamos lo de la estufa para mañana. Me he puesto muy nerviosa. Me temblarían las manos. (Pucik vuelve a gruñir de modo displicente.)

Segunda escena.

Piso de Růženka, de noche, todo está oscuro, tanto ella como Pucik llevan tiempo dormidos. Llaman a la puerta. Růženka cambia de postura en la cama, pero continúa durmiendo. Ya no golpean la puerta, la aporrean más bien. Pucik se pone a ladrar y Růženka, por fin, se despierta. Se levanta de la cama, se pone la bata, enciende la luz y se dirige con pasos inseguros hacia la puerta. Observa con precaución a través del cristal. En la corrala hay dos hombres bien vestidos.

SEÑOR 1: Señora Bubeníčková, abra. (El perro ladra frenéticamente.)

SEÑOR 2: ¡En nombre de la República! ¡Abra! (El perro se calla y se esconde en un rincón.)

RŮŽENKA (Abriendo indecisa.): Pero ¿qué es lo que ocurre, señores? ¿A estas horas de la noche? ¡Menudo susto me han pegado! Podrían haberme matado de un infarto. ¿Ha ocurrido algo?

SEÑOR 1: ¿Nos permite pasar?

SEÑOR 2: ¡De una maldita vez!

RŮŽENKA: Claro, claro. ¿Es por ese mendigo del organillo? Pero si ya se ha marchado.

SEÑOR 1: Nada que ver, señora Bubeníčková, no nos trae aquí ningún mendigo.

SEÑOR 2: A no ser que, cuando se refiere a un mendigo, tenga en

mente a otra persona, algo que sinceramente no le recomendaría.

RŮŽENKA: ¡En absoluto, señores! ¿En mente? Yo ya no tengo mente para nada. Desde hace ya mucho tiempo, en realidad. Solo trataba de adivinar de qué asunto podría tratarse.

SEÑOR 1: Se trata de un asunto serio, señora Bubeníčková. Muy serio y delicado.

SEÑOR 2: Más le vale guardar silencio al respecto. Mucho cuidadito con comentar luego nada por ahí.

RŮŽENKA: Seré una tumba, no se preocupen. ¿No quieren sentarse?

SEÑOR 2: No somos precisamente nosotros los que deberíamos preocuparnos.

SEÑOR 1: Para un poco, hombre, tampoco hay por qué asustar a la señora, ya ves que parece una mujer razonable. Con gusto nos sentaremos.

RŮŽENKA: No me tengan en ascuas por más tiempo, háganme el favor. ¡Qué tensión! Estoy hecha un flan.

SEÑOR 1: El asunto es el siguiente, señora Bubeníčková. El primer hombre se halla gravemente enfermo.

RŮŽENKA: ¡Cuánto lo lamento, señores! Y puedo preguntar a qué primer hombre se refieren.

SEÑOR 2: Al primer hombre de nuestro Estado. Al más elevado. Al más sabio.

SEÑOR 1: Al más generoso y bondadoso.

RŮŽENKA: Se refieren al mismísimo...

SEÑOR 1: ¡Pssst! Sí. A ese nos referimos.

SEÑOR 2: Su enfermedad es grave.

RŮŽENKA: En ese caso, lo lamento doblemente.

SEÑOR 1: De facto, incurable.

SEÑOR 2: La junta médica al completo coincide en el diagnóstico.

RŮŽENKA: ¡Qué horror!

SEÑOR 1: Los mejores médicos del país, qué digo del país, también aquellos venidos del extranjero, han constatado que no queda prácticamente ninguna esperanza.

RŮŽENKA (Se echa a llorar, esconde el rostro entre las palmas de las manos. Solloza ruidosamente. De improviso, levanta la cabeza y se suena la nariz.): Pues es toda una desgracia, qué quieren que les diga. ¡Nuestro salvador! Nuestro padrecito. Con todo lo que ha hecho por nosotros y ahora esto. Sin embargo, señores, hay algo que no acabo de comprender: ¿por qué han venido a comunicarme esta triste noticia precisamente a mí.

SEÑOR 2: ¡Vamos! ¡Recupere la compostura!

SEÑOR 1: Enseguida se lo aclararemos todo. Hemos venido a verla...

SEÑOR 2: ¡Un gran honor para usted!

SEÑOR 1: Hemos venido a verla por la simple razón de que, si hay alguien que aún es capaz de ayudar al más elevado de nuestros hombres, ese alguien no es otra que usted, señora. O, para expresarlo con mayor exactitud, no es otro que su perro.

RŮŽENKA: ¿Pucik? ¿En serio? Y cómo podría él... Aunque, bien pensado, es cierto que a mí Pucik me ayuda una barbaridad. Anda que no hay veces en que, se lo digo como lo siento, desearía no estar ya en este valle de lágrimas y entonces miro a Pucik, veo esos preciosos ojitos suyos que rebosan sinceridad, acaricio su suave, su aterciopelado pelaje y, al instante, ya me siento más alegre. Al instante me encuentro mejor y me digo, Růža, aún debes soportar un tiempecito más en este mundo. Tienes en casa a un animal tan hermoso, tan noble, y, además, qué sería del pobre Pucik sin ti. Bueno, pues ustedes dirán... Si, de verdad, piensan que al más sabio lo reconfortaría, que le sería de ayuda, que le haría ilusión... Pues...

SEÑOR 2: Si nos dejara hablar. Ya hace tiempo que habríamos terminado.

SEÑOR 1: Mire, la situación es como sigue. Cuando los intentos de todos esos ilustres doctores acabaron en decepción, cuando ninguno de ellos dio con una cura, la primera dama hizo llamar a otra célebre dama, madame Szwěceny. Seguro que ha oído hablar de ella. Una famosa, cómo decirlo, vidente. Pero que, además, es capaz de curar, de hacer desaparecer las enfermedades. Auténticas multitudes van a verla desde todos los rincones del globo en busca de ayuda. La primera dama considera que hay que intentarlo todo, no sé si me entiende. El más generoso se lo merece.

RŮŽENKA: No me cabe la menor duda.

SEÑOR 2 (irónicamente.): Nos alegra saber que está de acuerdo. Nos ha quitado un peso de encima.

RŮŽENKA: Yo con mi difunto Rudolfek, policía de profesión, Dios lo tenga en su gloria, también lo intenté todo. Incluso la miel con cebolla esa que luego, que me disculpen los señores, le sentaba tan mal que parecía un cerdo al que lo estuvieran destripando de todo lo que vomitaba. Pero bien que le ayudaba. Siempre que lo tomaba, se tiraba al menos dos días sin beber. Y, sin embargo, todo terminó de un día para otro. Pobrecito mío, se cayó, se golpeó la cabeza y sanseacabó.

SEÑOR 1: Con permiso, señora Bubeníčková, vamos a intentar acabar de contárselo. Madame Szwěceny ha llegado a la conclusión de que lo único que aún podría salvar al altísimo es el hígado de su perro, de su Pucik.

RŮŽENKA (Sorprendentemente tranquila.): ¿En serio? Pues ya es mala suerte.

SEÑOR 2: ¿Por qué lo dice?

RŮŽENKA: Pues porque no va a poder ser. A ver, Pucik no puede vivir sin hígado, eso lo... (Se queda paralizada.) O es que ustedes se pensaban... Señores, no estarían ustedes contando con la posibilidad de que Pucik, no pretenderán... ¡Jamás!

SEÑOR 2: Y, sin embargo, así habrá de ser.

RŮŽENKA: No. ¡Nunca! (Se abalanza sobre el perro.) ¡En ningún caso! ¡No les daré a Pucik! Por nada del mundo.

SEÑOR 1: No se arrepentirá, señora Bubeníčková, créame. Por su servicio a la nación recibirá, desde luego, una generosa compensación económica, concretamente...

RŮŽENKA: ¡No pienso escucharlo! Le digo que por nada del mundo.

SEÑOR 1: Tiene tiempo para pensárselo, pero solo hasta mañana al mediodía.

RŮŽENKA: ¿Y si me niego?

SEÑOR 1: Hasta mañana al mediodía, señora Bubeníčková. Piénseselo bien.

SEÑOR 2: A más ver. (Se marchan.)

RŮŽENKA: ¡Pucik! ¡Dios mío, Pucik! ¿Qué vamos a hacer? (Se desmaya.)

Tercera escena.

En la calle.

SEÑOR 2: No entiendo a qué vienen tantos miramientos. Agarramos al perro y listo. Y si fuera necesario, le planto a la vieja una galleta. Qué mujer tan desagradable, insufrible.

SEÑOR 1: Déjate de tonterías, por favor. No es algo con lo que podamos siquiera especular. El jefe no quiere que lo hagamos así y, por tanto, no lo haremos así. Insiste en que lo sacrifique por voluntad propia, por amor.

SEÑOR 2: Pues, sinceramente, no lo entiendo. Como no sea porque anda ya un poco más para allá que para acá...

SEÑOR 1: ¿No lo entiendes? Los tiempos han cambiado. Así que vete haciéndote a la idea. El jefe es un demócrata y quiere seguir siéndolo hasta la muerte.

SEÑOR 2: Bueno, a este paso, a lo mejor lo consigue... Y bien prontito. La vieja no va a soltar al chucho ni por error.

SEÑOR 1: Que sí, al final, lo hará, no te preocupes. Y sin violencia. Somos gente con cabeza, ¿no? Ya verás que acaba cediendo.

Cuarta escena.

Piso de Růžena.

RŮŽENKA (Recupera la consciencia y poco a poco va recordando lo ocurrido.): ¡Pucik! ¡Tenemos que huir! (Mira por la ventana. En la calle, bajo su apartamento, pasa una patrulla de policía, va hacia la corrala. Dirige entonces la mirada hacia abajo y ve que por el patio se pasea otra patrulla. También detrás de su puerta hay un guardia con carabina que sonríe cortésmente e incluso le rinde saludo.)

(Al perro.) No podemos escapar. Nos vigilan. Dios mío, ¿qué voy a hacer? Y, aunque no estuvieran ahí fuera, ¿acaso quiero huir? ¿Acaso quiero arrastrarme a hurtadillas de mi propia casa en plena noche como si fuera un ladrón? ¿Yo, una profesora? Y ¿adónde? ¿Adónde podríamos ir? Además, ¿sería realmente capaz de hacer algo así? ¿Sería capaz de cargar con el más generoso sobre mi conciencia después de todo lo que él ha hecho por nosotros? ¿Cuando es alguien al que todos queremos tanto? ¿Acaso sería posible hacerle algo así? Claro que, por otro lado, ¿cómo permitir que maten a Pucik? ¿A mi fiel Pucik, que no le ha hecho nunca daño a nadie, que ha repartido tanta felicidad? Si es, además, todo cuanto me queda en este mundo. ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia! ¿Por qué nos ha tenido que tocar precisamente a nosotros? Con lo felices que vivíamos aquí. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer? Voy a casa de Boženka. Quizá ella me sepa aconsejar. Quizá se le ocurra algo. Dos cabezas piensan mejor que una. (Sale a la corrala. Aunque aún no ha amanecido, puede ver que una horda de personas se precipita hacia el interior del patio. Resulta evidente que son reporteros, observan todo a su alrededor y toman fotografías que relucen

en la oscuridad.) ¡Santo Dios! (Se dirige apresuradamente al piso superior. No para de aporrear la puerta hasta que Boženka —ataviada con un camisón y rulos en la cabeza— sale a su encuentro. Comienza a detallarle, gesticulando de forma exagerada, todo lo ocurrido. Boženka se pone la bata y ambas bajan casi a la carrera hacia el piso de Růžena.)

Acto II

Primera escena.

Piso de Růžena. Suena el timbre, se escuchan golpes en la puerta.

VOCES (Desde fuera.): ¡Abra! ¡Venga, señora Bubeníčková, abra la puerta! Sabemos que está en casa. ¿Es cierto que se niega a salvar la vida del Supremo? ¿Me oye? ¿Es cierto?

BOŽENKA (Abriendo ligeramente la puerta.): ¡Márchense! La señora Bubeníčková no está en casa. ¿Por qué vienen a molestar a la gente decente? ¿Saben qué hora es? ¡Lárguense ahora mismo!

VOCES: ¡Está en casa! ¡Que salga! No podrá esconderse de nosotros.

BOŽENKA (Cierra de un portazo y abraza a una aterrorizada Růženka.): ¡Qué horror! Ni siquiera ha amanecido del todo y mira la que ya hay montada ahí afuera.

VOCES: ¡La gente tiene derecho a la información!

RŮŽENKA: Te juro que esto va a acabar conmigo. Si les tengo que entregar a Pucik, me moriré de pena. Y si no se lo entrego, me moriré de vergüenza.

BOŽENKA: Tranquila, tranquila, algo se nos ocurrirá. (Observa la calle desde la ventana, la abre ligeramente. En ese momento se escucha a un muchacho que vende la edición matinal de un periódico.)

VENDEDOR CALLEJERO DE PERIÓDICOS: ¡Se niega a salvar la vida del jefe del Estado! ¡Su chucho es más importante para ella que el presidente de la República! La profesora jubilada Bubeníčková carece de conciencia. ¡Edición matinal especial de El Ciudadano! ¡Se aproxima una tragedia nacional! ¡Así es la gente que forma a nuestra juventud en las aulas!

RŮŽENKA: ¡Cierra! ¡Por lo que más quieras, cierra la ventana!

BOŽENKA: No temas, ya cierro. Ahora mismo cierro. Pero mira, ven, quiero que veas algo. Se me ha ocurrido una idea. (Růženka se acerca titubeante, pero dócilmente, hasta la ventana.) Dime, ¿qué ves?

RŮŽENKA: No sé. ¿El gato de los Singer?

BOŽENKA: Bien, ¿y qué más? Allí, debajo del castaño.

RŮŽENKA: No veo nada. Ah, sí, allí, el mendigo ese del organillo que te cae tan gordo.

BOŽENKA: Exacto. Ya sé qué vamos a hacer, creo que he encontrado una solución. ¿Tienes algo ahorrado?

RŮŽENKA (Abre el aparador y revisa el interior de una tacita.): Doscientas veintitrés coronas.

BOŽENKA: Con cincuenta habrá más que de sobra. Dame papel y lápiz. Eso es. (Se sienta y se pone a escribir. Después,

abre la ventana, se asoma y hace gestos con las manos para que el organillero repare en ella. Sin embargo, este no reacciona a sus señales.) Mierda, vaya un viejo. ¿Cómo podríamos hacerlo si no? Espera, ya sé. ¿Dónde guardas las cosas confiscadas?

RŮŽENKA: ¿Confiscadas? No entiendo.

BOŽENKA: Pues eso, todo lo que les quitabas a los alumnos. ¿No me digas que no tienes nada?

RŮŽENKA: Ah, sí, claro, algo debo guardar aún. Un momento, pero dónde lo... Aquí, aquí está. (Saca una caja de zapatos y la coloca

sobre la mesa.)

BOŽENKA (Levantando la tapa.): Perfecto, justo lo que esperaba. (Saca un tirachinas.)

RŮŽENKA: Pero ¿qué quieres hacer con eso?

BOŽENKA: Enseguida lo verás. (Toma una nuez de un cuenco que hay sobre la mesa y se la lanza con el tirachinas al organillero. A continuación, le lanza otras dos.)

Segunda escena.

Bajo el árbol. Poco a poco va amaneciendo. El organillero da un respingo hacia delante, con el segundo impacto se pone en pie de un salto y mira a su alrededor. Ve a Božena asomada a la ventana. Esta no hace ademán alguno de esconderse. Al contrario, gesticula con las manos en su dirección.

ORGANILLERO: Vaya una vieja. No lo deja a uno en paz. Pero ¿qué está haciendo? Parece como si le estuviera pidiendo algo a alguien. ¡Anda, pero si me lo está pidiendo a mí! Vamos a ver de qué se trata. ¿Qué será lo que quiere la vieja? Me mata la curiosidad. Y la otra está ahí también con ella. Vaya, aquí hay algo escrito. (Toma la nuez envuelta en un papel, extiende el papel y lee.) Parece que quieren que me encargue de un perro. Que me darán un paquete con ropa usada y cincuenta coronas si lo llevo a la otra punta de Praga, a Košíře, y se lo entrego con esta carta y veinte coronas a un tal Hašek, que tiene allí un negocio de perros. Ver para creer. Bueno, ¿y por qué no? De hecho, ya hace tiempo que vengo pensando en la posibilidad de hacerme con uno, por eso de que, según he podido observar, la gente siente mayor compasión por las personas si tienen un perro a su lado. Sin embargo, sería mejor un cachorrito lindo y no ese apestoso chucho suyo. A ese lo tengo bien calado, parece disfrutar meando sobre mi organillo, bicho pulgoso. Lo llevará a Košíře, de acuerdo, por qué no, pero no tan rápido, vieja. Ya que pareces darle tanta importancia al asunto, vamos a apretarte un poco las tuercas. Si ofreces cincuenta es que puedes pagar cien. (Se vuelve hacia la ventana y con los dedos de ambas

manos cuenta hasta cien. Boženka y Růženka lo consultan brevemente entre sí antes de aceptar.)

Tercera escena.

En la corrala, donde se agolpan los reporteros y los vecinos del inmueble. Hay un terrible bullicio.

BOŽENKA (Sale a la corrala y grita.): ¿Pero es que no hay nadie que ponga un poco de orden por aquí? ¡Las seis de la mañana y menuda reunión multitudinaria que tenemos aquí montada! (Llama a gritos a la patrulla de guardias del patio.) ¡Qué demonios hacen ahí parados! Una no puede ni ir a por carbón.

VOCES DE PERIODISTAS Y VECINOS: ¡Fuera! ¡Qué vergüenza! ¡Que salga de una vez! ¡Y ustedes, márchense! ¡Váyanse de la casa! ¡Menuda gente! (Efectivamente, la patrulla de policía sube y los dispersa a todos).

BOŽENKA: (Va con el cubo del carbón a su piso. Poco después, sale con dos cubos. Se dirige al sótano.)

VECINO (Gritando por la ventana.): ¡Deténganla! ¡Detengan a esa mujer! ¡Hay que ver qué lleva ahí metido! (La patrulla vacila, pero acaba echándose a correr tras Božena, a la que persigue toda una caterva de reporteros y vecinos.)

BOŽENKA: Pero ¡cómo se atreven! ¡Esto ya sí que es el colmo! ¡Ni que fuera yo un delincuente! (El gentío se acerca a la carrera y comienza una disputa por los cubos de carbón. A pesar de que Božena lucha con valentía, al final, se ve superada y los deja en el suelo. Todos se abalanzan sobre ellos, los vuelcan, revisan su contenido...)

PEPA: (Mientras tanto, los movimientos de un hombre pasan desapercibidos. Se trata del marido de Božena, quien desciende sigilosamente desde la primera planta y sale a la calle por la otra puerta. Lleva varios paquetes con ropa vieja. Pucik va escondido en uno de ellos. Bajo el castaño le entrega los paquetes al organillero.

Este los recoge y los coloca sobre el organillo. Se mete algo más en la mochila. Realiza un saludo militar y se marcha.)

Cuarta escena.

En la corrala. El gentío, tras no encontrar nada en los cubos, se lanza escaleras abajo al grito de «¡El sótano! ¡Hay que registrar el sótano!». Los fotógrafos siguen sacando fotografías. Božena se marcha enfadada.

BOŽENKA: ¡Voy a poner una queja contra todos ustedes!

Acto III

Primera escena.

Piso de Růžena. Sentada a la mesa, Růženka llora desconsolada.

BOŽENKA (Entrando.): Hala, asunto arreglado. Pero ¿ahora qué te pasa? ¿No estás contenta? Pucik está a salvo.

RŮŽENKA: Eso espero... Sí, claro, por supuesto que estoy contenta. Solo que no sé qué va a ser de mí sin Pucik.

BOŽENKA: Pero, a ver, ¿querías salvarlo o no? Pues eso. No había otra manera. El vagabundo se encargará un tiempo de él, luego se lo entregará al señor Hašek, este le dará un retoque a su peinado para que nadie lo reconozca y, entre tanto, todos se habrán olvidado un poco del asunto. Luego vas a recogerlo y, por si acaso, te lo llevas un mesecito a Vodňany, a casa de tu prima. Y a la vuelta, muerto el perro, se acabó la rabia... Bueno, muerto no, perdona, pero eso, que ya nadie se acordará de Pucik, ya verás.

RŮŽENKA: Ya, ya lo sé... Solo que no las tengo todas conmigo de que ese hombre sea de fiar.

BOŽENKA: ¿Quién?

RŮŽENKA: El organillero. Bueno, y tampoco el tal Hašek. He oído que es un golfo de mucho cuidado.

BOŽENKA: ¿Un golfo? ¡La madre de Dios! Un golfo, dice. ¿Y quién si no iba a ayudarte a salir de este berenjenal? Ya te digo yo que un hombre decente, no. A un hombre decente le entrarían ganas de escupirte más bien. Por comportarte de un modo tan egoísta. Las cosas como son.

Acto IV

Primera escena.

Un cementerio. Boženka, que lleva a Pucik sujeto por la correa, enciende una vela sobre una tumba.

BOŽENKA: Pobre Růženka. Nunca me creyó cuando le decía que todo acabaría bien. Y, efectivamente, al final, todo habría acabado bien. Si no se hubiera ahorcado, todo habría acabado bien. ¡Ay! ¿Por qué no se esperaría al menos una horita más? Se habría enterado de que el jefe del Estado había muerto apaciblemente mientras dormía, justo mientras nosotros andábamos como locos de acá para allá. En fin, quizá lo que ocurrió es que sí escuchó la noticia y precisamente por eso... Pero no es posible, no podía sentirse culpable, si ni siquiera había acabado el plazo que le habían dado. ¿O tú piensas que sí? No sé qué decirte. La vida de los seres humanas es complicada de narices. ¿Qué opinas, Pucik?

PUCIK: (Levanta la patita y orina sobre la lápida de Růženka.)

Nadie iba a visitarlo. Tan solo el matrimonio Mašek se había acercado a recoger la farsa para el baile de carnaval. Eso era todo. Se había pasado tres días seguidos dictando, como, por otra parte, era su obligación. Siempre por la mañana y luego un rato después del almuerzo. Las tardes eran terribles, las noches aún peor. Ya se había leído los tres libros. También había escrito un relato humorístico sobre las amarguras de la vida en matrimonio. ¿Cuántos iban ya con este? La revista con la reseña seguía tirada sobre la mesa. La había leído dos veces junto con el resto de los artículos. Conocía a la mayoría de los autores sobre los que, a diferencia de él, escribían en tono laudatorio. Sus libros no le gustaban. Le parecían poco naturales, terriblemente artificiosos, carecían por completo de vida. Y, sin embargo, contaban con el beneplácito de la crítica.

Caminaba* junto a ella mordisqueándose con sus ralos dientes el húmedo labio superior, cubierto por un bermejo mostacho, gesto este mediante el que trataba de evitar echarse a reír a carcajadas, tan irresistibles eran los cosquilleos que le provocaban en su cabeza pensamientos de toda suerte y condición. Era un hombrecillo pequeño y grueso, de poblada perilla pelirroja, lascivos ojillos cenicientos, piernas musculosas y azanahoriadas, que se estrechaban ostensiblemente al pasar de los menudos tobillos, y de una peculiar apariencia seudojovial. Una persona perspicaz que lo observara no podría evitar sentir que todo su aspecto, todo su cuerpo, no era sino broza, un hoyo encubierto, una trampa tendida en el bosque de la vida para atrapar a ingenuos e insensatos. Y en verdad que viven entre nosotros semejantes artimañas andantes, semejantes cepos bípedos. ¿Urdidos por quién o con qué motivo? Acaso para despoblar la Tierra de corazones excesivamente dulces y bondadosos, poco o nada adecuados para este mundo. Acaso para poblar con ellos el cielo.

Avanzaban uno al lado del otro: él, estremeciéndose con fiebre seca al ardor del pensamiento de que había llegado la hora, la hora de osar hacerse con aquello que le costaba nombrar, que le costaba incluso concebir, aquello por lo que había emprendido cuanto había precedido ese momento y que habría de suponer el premio a su determinación y a

todos sus empeños; ella, viviendo un sueño delirante a cada paso y, no obstante, tal y como él bien sabía, tensa, y no obstante, de lo que a él no le cabía duda, la atención personificada, arrodillada, entregada como el temeroso paje de cámara de un señor oriental, la cabeza cortada de su propia felicidad, sonriendo con una última mueca forzada sobre los pálidos labios, en sus pupilas ya casi ya casi heladas, presa una última gota, cálida y luminosa, mitad mendigada, mitad forzada por un último esfuerzo de su voluntad en mitad de la oscuridad y la perdición.

—Escucha, mañana por la noche vendrás a mi casa antes de las diez —profirió de improviso con una dejadez excesivamente tendenciosa como para que pudiera ser casual—. Pasaremos la noche juntos, pero será distinta a las noches precedentes. Ja, ja, de verdad que será una noche de lo más particular.

Y tras una pausa:

—Para no tener que explayarme y teorizar en demasía, algo que, como bien sabes, odio con toda mi alma, lo resumo en un par de palabras, en una frase: vamos a emborracharnos juntos. Mejor dicho: vas a emborracharte básica y principalmente tú, dado que a mí... A mí me cuesta mucho emborracharme o, para expresarlo de un modo más preciso, en ocasiones no hay manera humana de que me emborrache. En cambio, tú... Oh, sí, tú te emborrachas con facilidad, ¿verdad? Pero para no dejar nada al azar: ¡no cenes! ¡Sí! ¡Con el estómago en ayunas no habrá margen para el error!

Elevó hacia el hombre sus ojos atormentados por la consternación. Mas él pareció no verlo o, cuando menos, aparentó no verlo. Se sentía alborozado, jovial. Sus cortas manos de dedos deformados por la acropaquia disfrutaban tentando su espalda y sus femeninos hombros en una suerte de indescifrable lenguaje corporal al tiempo que sus ojos fulguraban con un grasiento brillo de serpiente al proferir:

—Por una vez estaremos tan alegres como la gente sencilla, ¿entiendes? Sans façon... Eso es todo.

Y, tras una pausa, retorciendo los labios en una mueca grotesca:

—Por lo demás: ¿acaso puede conocer una persona a otra si antes no se han revolcado juntos por el fango? Y mira tú por dónde, eso es algo que

resulta imposible sin champán.

Colocó la revista junto a los libros que le habían prestado. Debía devolvérselo todo al director. A ver si alguien se pasaba a verlo y le hacía de mensajero. Observó las obras de Hugo y de Twain, y pensó que él mismo era un mal escritor. Pensó que había cruzado a pie media Europa y un pedazo de Asia y ahora ya no era capaz ni de caminar hasta Okrouhlice. Y que cabía la posibilidad de que eso ya no fuera a mejorar. Ni siquiera en primavera. Pensó en por qué el poeta Karel Hynek Mácha sería recordado como un peregrino y él, aunque fuera caminando hasta el fin del mundo y volviera, no sería nunca más que un simple vagabundo. ¿Dónde se hallaba la frontera entre peregrinar y vagabundear? Al final, llegó a la conclusión de que el problema no era si había o no un punto de destino, de que lo que realmente marcaba la diferencia era el aspecto físico. Un peregrino debía ser delgado, bien parecido y tener buena planta, como Mácha. Hasta su apellido sonaba bien. Un peregrino, por tanto, no podía tener su aspecto. No, definitivamente no podía tener su aspecto.

No hay allí ningún — ningún — ningún destino —

avanzar sin fin — sin fin

la eternidad me observa.

Un mero vacío — sobre mí

a mi alrededor y debajo de mí

un mero vacío se crea...†

Se siente como el prisionero de Mayo. Con algunas diferencias, claro está: él no es un parricida ni está a la espera de que lo ajusticien. Pero percibe cierta afinidad con ese Vilém o incluso con el propio Mácha, por mucho que a él mismo le entre la risa solo de pensarlo. Y, sin embargo, puede que se trate precisamente de eso, que en eso resida el arte. Escribir algo que sea único, que no se

parezca a nada de lo anterior, y que, al mismo tiempo, los lectores, o buena parte de estos, sientan que el texto habla sobre ellos. Que no son ajenos a lo narrado. No siente una envidia insana por Mácha, en ningún caso. De hecho, lo aprecia. No era para nada un cagamieles, por mucho que les encantaría encasillarlo así. La estatua que de él hizo Myslbek tampoco ayuda mucho que digamos. Es cierto que nadie sabe qué aspecto tenía Mácha, pero eso tampoco es excusa. Uno se acerca al parque de Petřín y, al observar de cerca la estatua, tiene la sensación de que Mácha era medio tonto. Se acordó entonces de Arbes y, a través de él, de Lori‡. Hay tantas maneras de atormentar a las mujeres. Sabía bien de lo que hablaba.

Observó la oscuridad donde se levantaban las escaleras que ascendían al castillo. Ahora ya no podría subir ni esas escaleras. Volvió a aferrarse al salvavidas de la primavera. Sin embargo, estaba dejando de funcionarle. Por segunda vez tuvo la sensación de que no habría primavera. Y, para colmo, volvía a llover. El agua golpeaba las ventanas cerradas. Esa interminable columna líquida semejante a la de una tormenta de verano, pero que, a diferencia de esta, era gélida e iba acompañada de auténticos vendavales. La lluvia caía con toda su fuerza. Adoraba las tormentas de verano. Y aún más el momento que las precedía. En el aire una tensión como justo antes de cometerse un asesinato. También afectaban el sonido. Cuando se acercaba una tormenta, era posible escuchar el tren de Protivín a kilómetros de distancia. «¡Dios mío, el carbón arde en la estación de Protivín!». ¿Quién decía eso? ¿Su abuelo? ¿O era otra persona? ¿Cómo podía ser que no lo recordara? Debía ser el abuelo. ¡Cómo demonios podía ser que no lo recordara! Antes siempre lo recordaba todo. Tampoco es que fuera realmente importante, menuda tontería. Y, sin embargo, de niño le encantaba escucharlo. Al igual que le encantaban las estaciones. La de Protivín, la de Písek, la de casi cualquier lugar. La pasión por los trenes lo abandonó durante la guerra. Cada día gallina, amarga la cocina. Era su abuelo quien lo decía, estaba completamente seguro.

El carbón arde en la estación de Protivín. Qué frasecilla tan tonta. Exactamente igual que todas las que había creado él a lo largo de su vida. Mácha no pensaría que Hašek había inventado la rueda precisamente... O, ya puestos, ni siquiera la bicicleta. Y no era el único que pensaba así. Se imaginó a Mácha en bicicleta. Su

legendaria capa de forro rojo ondeando al viento. Ondea, ondea, baila con el aire, se engancha en la cadena y pum. Poeta al suelo. Eso le pasa por no gustarle mis poemitas, pensó, y tuvo la duda de si, de haber podido, Mácha habría cambiado sus caminatas a pie por un velocípedo o incluso por el tren o un automóvil. Solo Dios sabe por qué, pero deseaba que la respuesta fuera negativa. Aunque mucho se temía que habría sido afirmativa.

Debería escribirle una carta a Bondy... Y otra al director de la escuela. Se ha comportado como un auténtico idiota, debería disculparse. Pero no le da la gana. Y, sin embargo, debería. No le sorprende que se enfadaran con él. Se sienta a la mesa. Se pone a escribir. Toma otro papel y luego otro más. En lugar de al director, le escribe a Jarmila. Tarda casi una hora en acabar la carta. Después la toma, la arruga y la tira a la estufa. A la mierda con todo y con todos. Se pasa la vida disculpándose. Y ¿para qué? Al final, no sirve para nada. Cuando una persona pide perdón, cuando se arrepiente sinceramente, debería ser perdonada. Perdonada, sí. Sin la menor duda, perdonada. ¿De dónde había sacado eso? ¿Del catecismo? Le viene a la mente el párroco. Tampoco él lo ha perdonado. No le ha perdonado lo que le ha hecho. Y eso que, según parece, él tiene un hijo con la cocinera de la parroquia. O eso comenta la gente. Pues que tenga tranquilamente diez hijos con quien le dé la real gana, a nadie le molestaría menos que a él. Sin embargo, parece que la ha echado de casa. Que no se encarga de ellos, y eso ya sí es peor. La echa como a una puta sarnosa y luego me va a venir a mí con sermones. Sí, una rata... Él es la mayor de las ratas. Y Hubert está a partir un piñón con él.

Hay que perdonar a la gente. Varias veces si resulta necesario. Si uno se disculpa. Si uno lo hace con sinceridad. ¿Acaso no lo saben? Él los perdonaría, no le cabe la menor duda. Siempre los había perdonado a todos.

Ella no lo perdonaría. Ahora ya no. Para eso debería matar antes a Šura. Si no, imposible. Aunque, en el caso concreto de Jarma, tampoco era algo que lo sorprendiera.

Moría la tarde — de mayo el día primero

tarde primaveral — el tiempo del amor.

Escuchaste el graznido de un cuervo,

A freír monas te mandó mi corazón.§

Nuevamente no ha inventado la rueda, pero, al menos, se ríe. Se ríe y lo tira a la estufa. Šura probablemente no se reiría, aunque sabe Dios cómo lo habría interpretado. Toma otro papel.

¿Qué estará haciendo mi querida Jarma?

Yo aún la recuerdo, ¿me llevará en su alma?

Mas ahora resulta en vano recordar.

Nada ni nadie nos podrá ya salvar.

Esta vez dobla el papel, lo mete en un sobre, escribe sobre él la dirección del barrio de Dejvice en Praga y lo esconde. Es entonces cuando cae en la cuenta de que sí tiene algo en común con el Vilém de Mácha: ambos amaron a una Jarmila. Pero ni siquiera esto le sube el ánimo. Apaga la luz, se tumba, escucha la lluvia en la oscuridad y llora.

---

* Se trata de un fragmento de Nuevos y viejos grabados sobre madera del autor František Xaver Šalda. (N.d.T.)

† Se trata de un fragmento de Mayo, la obra cumbre de Karel Mácha. (N.d.T.)

‡ El escritor y periodista Jakub Arbes publicó en 1886 un libro sobre la relación amorosa entre Mácha y su prometida Eleonora (Lori). (N.d.T)

§ Los primeros dos versos, los que abren la obra Mayo de Mácha, son muy probablemente los más populares de la poesía en checo. (N.d.T.)

Querido Hašek:

Sí, querido, a pesar de lo cual tengo para usted una mala noticia. No me andaré por las ramas o, como también suele decirse, no me enrollaré. Le escribo precisamente por lo de su rollo —es broma— por lo de su obra: no la queremos. Es demasiado larga, no muy graciosa y, por si fuera poco, hay quien podría pensar que le estamos tomando el pelo a Masaryk. Y eso es algo que ni Máňa ni yo desearíamos. Las bromas son solo eso, bromas, pero Masaryk es Masaryk. Y no podemos hacer algo así con Masaryk, ni siquiera en carnaval. Sería casi como meterlo en el desfile entre las otras máscaras. El oso, el judío, el presidente Masaryk, la muerte... Cuesta imaginárselo, ¿verdad? Llamaría muchísimo la atención. Máňa y yo pensamos que con su obra haríamos prácticamente lo mismo, si entiende lo que le quiero decir. Y, para colmo, la mujer esa al final se muere, no le encontramos la gracia, la verdad.

Así que preferimos buscar otra obra y, claro está, no se lo tome a mal, no le pagaremos ya nada más (ni habrá matanza). Sin embargo, puede quedarse lo ya percibido. Y así estamos en paz, ¿no es cierto?

La gente comenta que no está usted en su mejor momento. Háganos el favor de cuidarse y ponerse otra vez en forma para que pueda venir a nuestra representación de carnaval. Será divertido y quizá le caiga alguna que otra longaniza. Esperamos que no nos guarde rencor ni se sienta ofendido.

Reciba un saludo,

Ladislav Mašek (y Máňa también)

Faltaban cinco días para Navidad. Nadie iba a visitarlo. Se iría a la taberna, pero apenas podía moverse. Se había pasado Hubert a verlo, pero eso, solo de pasada. Le había traído un faisán, pero no se había querido entretener. No tenía tiempo. Y, lo más importante, probablemente tampoco ganas. No les había escrito, no se había disculpado. Aún no lo había hecho. Sentía una enorme resistencia, una resistencia que no menguaba. No le daba la gana pedirles perdón. Con Hubert, sin embargo, lo había intentado.

—¿Sigues enfadado? Ya está bien, hombre, sabes de sobra lo imbécil que soy.

—No estoy enfadado, yo no. No tengo tiempo. Eso es todo.

Así que a seguir esperando, no le quedaba otra.

Le habían echado encima al médico, Šura y Kliment. Por suerte, no había sido para tanto. Se había quedado mirándolo, lo había manoseado un poco y se había marchado enseguida. Que tenía que cuidarse. Lo que significaba básicamente que no bebiera. Ni una gota. ¿Qué otra cosa podía significar si ya se pasaba todo el día tirado como un cerdo? De hecho, cada vez se parecía más a uno, y eso que comía menos con cada día que pasaba. El que espera desespera, sí, pero al final apareció Tonda. Le habría gustado charlar un rato con él, pero la carta tenía preferencia. Quería sacarla de casa cuanto antes. De forma segura y antes de las fiestas. Le daba una importancia rayana en lo infantil. Aunque lo llamaba carta, en realidad, no eran más que cuatro líneas, bien pesimistas, además. No le haría feliz leerlas. Y, a pesar de todo, hacía mucho tiempo que no le otorgaba a algo tanta importancia. Tonda era su única salvación, ¿quién sabía cuándo volvería a recibir visita? Con Hubert había resultado imposible, en cuanto se acercó a la puerta, apareció Šura. No se separó ni un paso de ellos. Como si intuyera algo.

Tonda acababa de sentarse y ya lo estaba levantando. Šura fue a ofrecerles té, sin que nadie se lo pidiera. Le dio las gracias, por él y por Tonda, pero mejor en otro momento. El muchacho tenía prisa y

él, además, quería ponerse a escribir. Se quedó sorprendida. ¿Se encontraba mejor? Llevaba varios días sin escribir. A pesar de que se andaba con cuidado, estuvo a punto de responderle de malas maneras. No, en ese momento ninguno de los presentes sentía la necesidad de tomar ni una gotita de té. Tonda, por supuesto, no se atrevió a objetar nada.

—No me queda muy claro —se dirigió al muchacho en cuanto Šura salió por la puerta— si la palabra checa para esposa, manželka, deriva de želat, es decir, de desear algo, o, por el contrario, de želet, o sea, de arrepentirse. Es bastante probable que venga de las dos: al principio deseas algo y luego te arrepientes. Manželka... Sí, sé que aún no entiendes de estos asuntos, pero has seguido el razonamiento, ¿no?

—Sí, lo he seguido. Pero lo mismo podría decirse de la palabra para esposo: manžel —dijo el muchacho secamente.

Le preguntó si no podía hacerle dos favores. Tonda aceptó antes de siquiera saber de qué se trataba. Primero, que le devolviera los libros prestados al señor director. Hacía tiempo que había preparado con cuidado un paquetito con los tres volúmenes en el que había incluido una breve nota... Una solución de mínimos.

Mi alma usted ha iluminado,

a veces olvido ser educado.

Espero que perdonarme sepa,

como a los niños de su escuela.

La vida es corta de verdad,

no nos amarguemos la Navidad.

Eso no corría tanta prisa. Cuando fuera a la escuela, que lo llevara. El segundo mandado era el importante. Un poco secreto y bastante

urgente. No eran más que unas líneas que había que llevar a la estafeta de correos. Pero rápido. De hecho, en ese mismo momento. Le entregó el sobre y el dinero para el sello. Algo sobraría, que se lo quedara, por el paseo. Pero que se marchara ya. Era terriblemente urgente. De verdad. ¿Podía confiar en él?

Tonda asintió entusiasmado. Sin embargo, enseguida le entraron las dudas. Parecía que quería contarle algo. Algo importante. Decía que también era urgente. No le llevaría mucho tiempo.

Le interesaba el asunto, incluso sentía cierta curiosidad. Pero ese día no, de verdad que no podía ser. Le rogó que lo dejara para el día siguiente. Que fuera de nuevo a visitarlo. O hasta ese mismo día, si es que aún tenía tiempo. Solo necesitaba que antes llevara el sobre a correos. No protestó, no se atrevería. Con lo que le había costado decidirse. Había tardado horrores en reunir el valor para contárselo y quería, además, que fuera antes de Navidad. Para estar tranquilo. Una vez asumido que se lo tenía que decir, cuando todo aquel asunto tomó un cariz tan desagradable, ya solo deseaba sacárselo de dentro. Sin embargo, no había nada que hacer. No podía soltárselo así, mientras salía por la puerta. Además, Hašek tenía razón, se echaría una carrera hasta la estafeta y luego volvería. Un rato después se lo podría contar todo. Ese mismo día.

Lo estaba acechando tras una esquina, tras la segunda, en el lado inferior de la casa. Lo cogió completamente desprevenido. Caminaba deprisa, sin prestar atención. Iba enfrascado en sus pensamientos, dándole vueltas a cómo se lo iba a explicar a la vuelta de correos. Y, de pronto, ahí estaba plantada frente a él.

—¡Para! ¡Dame la carta! —gritó.

Y, antes de que pudiera reaccionar, ya le había arrebatado el sobre de la mano.

—Pero qué... ¡No, no! ¡Devuélvamela!

—No. Ni hablar. Vete a casa.

—¡Devuélvamela, por favor! Tengo que...

—No, tú no tienes que hacer nada. Yo me encargo, sola...Yo sola. ¿Entiendes? Yo iré a correos. Vete a casa. No te preocupes.

—Se va a enfadar. Le prometí que...

—No se enfadará. No le diré nada. Lo llevaré yo misma. No habrá ningún problema. ¿No me oyes? Ahora vete.

Se marchó, ¿qué otra cosa podía hacer? Pasó junto a la escuela, junto a la taberna de Invald, sobre la que se hallaba la estafeta de correos y donde había vivido Hašek al mudarse a Lipnice, giró hacia el cementerio y, siguiendo su muro, subió el cerro. Desde allí se veía el pueblo y sus alrededores. Habría preferido ir al castillo, pero no era posible, podría verlo pasar desde la ventana. Y entonces posiblemente lo llamaría. No, era seguro que lo llamaría y que le preguntaría si todo había ido bien. Si aún estaba abierto y otros detalles. También era probable que le preguntara qué era eso que quería decirle, que ya sí era un buen momento para que se lo contara. Se sentó sobre una piedra y, de pronto, se echó a temblar. A pesar de que no hiciera mucho frío. No un frío excesivo, al menos. Desde la víspera la nieve se estaba derritiendo y había barro por todas partes. Decidió mirar hacia el bosque en lugar de hacia

Lipnice. La nieve de los árboles se estaba deshaciendo, la niebla caía sobre el bosque y, con ella, poco a poco también la noche. Los contornos comenzaban a desdibujarse, nada era ya claro y evidente. Todo se había perdido en algún lugar, todo era repugnante. Insoportablemente repugnante. Se puso en pie, cogió un palo del suelo y comenzó a dar golpes a diestro y siniestro. La tomó primero con una piedra, luego con el barro a su alrededor y, por último, con un escarabajo que había aparecido por allí: lo reventó al grito de «¡Masacrar! ¡Masacrar!» hasta que perdió la voz por completo. No sospechaba siquiera de dónde había podido sacar semejante palabra, pero tampoco era algo que le importara. Odiaba a esa mujer. Siempre la había odiado. Le produjo náuseas en el mismo momento en que la vio por primera vez. Es una samoyedo. ¡Una caníbal! Una furcia rusa y repugnante. Se come a la gente y se comerá también la carta. Se la comerá y luego la cagará. ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! No la llevará a ningún sitio, de eso estaba seguro. Aunque había entrado en calor por el esfuerzo, seguía temblando.

Había querido contarle a Hašek cómo había ocurrido todo en realidad. Así, como sin darle mayor importancia, pero con toda sinceridad. No le habría dicho que lo había hecho para complacerlo, eso no, habría sido una tontería. Pero le habría confesado que pensaba que había sido divertido y que él mismo se había sentido complacido. Bueno, hasta que se enteró de lo que había sucedido después, de que lo habían interpretado erróneamente. De verdad, nunca se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Había sido solo una broma o, en principio, eso es lo que debería haber sido. Al menos, esa había sido la idea, así se lo había imaginado y, sí, había metido ligeramente la pata. Eso le habría dicho. Y posiblemente se habría disculpado un poquito porque todo aquello no hubiera acabado como lo tenía planeado, aunque tampoco era culpa suya ni había ocurrido nada tan terrible en el fondo. Eso es lo que le habría dicho y él lo habría entendido. Se habrían reído. Al final, incluso cabía la posibilidad de que también Hašek se sintiera complacido, a fin de cuentas, no era una persona que perdiera los nervios así como así. Le daba igual lo que la gente pensara de él. Porque era distinto. Distinto de un modo genial. Recordó la primera vez que lo vio. Sintió repulsión, sí, pero solo porque le tenía miedo. Ya le ha perdido el miedo. Bueno, se lo había perdido... Hasta ese día. Pero

no, en realidad, ni siquiera en ese momento le tenía miedo, se trataba de algo diferente. Lo que había ocurrido ese día era diferente. Ya no masacraba. Estaba sentado sobre una roca y lloraba. Lo había estropeado todo. Ya nunca más podría volver allí. Ahora ya no.

En casa se alegrarían. Aunque, bien mirado, posiblemente les diera igual. Desde que murió la abuela, todo aquello que no afectara a las vacas y los cerdos les importaba más bien poco. No tenía muy claro si así era mejor o peor. Tendría que soportarlo de momento, hasta que fuera mayor. Después también a él le daría igual. O, al menos, eso esperaba. Pero sería en otro lugar. En cualquier otro lugar. Viviría entre samoyedos de ser necesario con tal de estar lejos de allí.

De eso estaba completamente seguro.

Qué estará haciendo mi querida Jarma?

Yo aún la recuerdo, ¿me llevará en su alma?

Mas ahora resulta en vano recordar.

Nada ni nadie nos podrá ya salvar.

Esta vez estaba en lo cierto: nada ni nadie los podría salvar, efectivamente. No le resultó sencillo subir a oscuras al castillo. No sentía especial simpatía por aquel sitio, pero sabía que esta vez debía hacerlo precisamente allí. Tenía una linterna del ejército, la de Hašek, cuatro velas repartidas por los bolsillos, cerillas y muchas más cosas. No era una labor sencilla. Quizá incluso estuviera poniendo su vida en peligro, era plenamente consciente de que podía despeñarse en cualquier momento, pero no le quedaba más remedio. El lugar, entre otras virtudes, multiplicaba el efecto. Y no había mejor lugar por allí. Se quedó de pie en el mirador, es decir, junto a la ventana inexistente, en el punto más elevado al que era capaz de llegar sin correr excesivos riesgos. Allí, donde todo y todos quedaban por debajo de ella, lo leyó por tercera vez. En voz alta. Al viento y a la oscuridad. No vencerá, dijo. Pero eso fue todo, no tenía tiempo que perder. No sería hasta más tarde, al dar las doce, esta vez en mitad de la entrada abandonada, entre esas puertas que conducían de la nada a la nada, cuando lo leyó una cuarta vez. Añadió las palabras rituales. En el plato en el que él solía comer quemó la carta, pero no antes de colocar y encender las cuatro velas. Junto al papel, desmigajó sobre el plato los restos del pan del desayuno que el hombre apenas había tocado y vertió un par de gotas del vino que no se había acabado. Añadió algunas gotas de su propia sangre. A continuación, echó sobre el plato un par de cabellos, un componente siempre indispensable. Y, por último, la mitad restante de la piel de serpiente y aquello que no se atrevía a nombrar ni siquiera ante sí misma. Solo después las convocó: loba, osa, águila y... ¿cómo se decía serpiente? ¿De verdad podría funcionar también en checo? Decidió pasar al ruso, pero los

demonios hicieron de las suyas y se le vino a la cabeza que, en checo, la hembra de medvěd, oso, es medvědice, sí, pero que la de had, serpiente, no es hadice, que significa manguera. Se enfadó. ¿Y si eso lo arruinaba todo? Extraña nación, ridícula lengua. Escupió tres veces y redobló esfuerzos. Convocó a san Gregorio, este tampoco carecía de importancia, así como las sagradas llagas de Cristo, puesto que ella sufría en este mundo como antes lo hiciera él.

Veo no veo.

Conozco no conozco.

Amo no amo.

Quiero no quiero.

¡Tú!

Ves por mí.

Conoces por mí.

Amas por mí.

Quieres por mí.

¡Actúa para mí!

Tuvo suerte, a pesar de todo aquel frío y humedad, el fuego devoró cuanto era necesario. Echó los restos —un puñadito de cenizas— en un pequeño recipiente que ya tenía preparado para este fin. Solo después comenzó el lento descenso.

Lo va a matar. Esta vez, sí. Sin embargo, no se conforma con su

muerte. Desea que tampoco ella llegue a vieja. Los dos la han estado engañando. Todo este tiempo la han estado engañando. Tanto ella, esa... Como él. Ahora lo ve claro. Él nunca la ha amado. Le ha mentido desde el primer día. No sabía que estaba casado. Ni que tenía un hijo. Ella no es así. ¿Por qué le ha hecho tanto daño? Y ¿por qué sigue haciéndoselo? ¿Por qué le ha hecho tanto daño? Lo amaba, ella sí lo amaba. Ella no es así, nunca ha querido ser así. No tenía alma de depredadora. No era una loba, a lo sumo una yegua salvaje. Sin embargo, uno podía llegar a ser lo que nunca había sido. El alma no tiene por qué ser siempre la misma. Cuando no le queda más remedio, cambia. Por mucho que duela. Un animal se transforma en otro. En uno completamente distinto. No puede evitarlo. Así es la naturaleza.

Era imposible saber si, al volver a casa, estaría despierto. Y, a pesar de ello, estaba segura de que esta vez estaría dormido, por muy improbable que resultara. Con frecuencia se pasaba las noches enteras en vela. No se encontraba bien. Llevaba tanto tiempo enfermo. ¿Pero de qué exactamente? Abrió la puerta de la calle sin hacer ruido. No sentía ni compasión ni remordimientos. Ya no sentía absolutamente nada por él. Lo haría. Bastaba con una pizca de ceniza, apenas una pizquita de polvo gris.

Tenía razón, estaba dormido. No se despertó ni siquiera cuando entró en el cuarto. Yacía pálido, blanco, sudoroso. Respiraba con dificultad por la boca abierta. Robusto al tiempo que extrañamente pequeño. No, esa no era la palabra correcta. La lengua checa había vuelto a jugársela, aunque él no emitiera otro sonido que esa respiración superficial y algo ahogada. No, no era ni pequeño ni joven. Nada joven. Lo extraño del asunto era que parecía viejo, más viejo de lo que debería, y que, al mismo tiempo, tenía

algo de infantil. Eso es lo que lo hacía disminuir de tamaño, al menos, en su mal checo. Se colocó detrás de él, de costado junto a su cabeza, y sacó del bolsillo aquello que debía echarle en la boca abierta. Bastaba con un poquito. Si no se había despertado hasta entonces, ya no lo haría. Y si, por algún casual, abriera los ojos, ya daría igual. ¿Qué estará haciendo mi querida Jarma? Estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas. Veo no veo. Amo no amo. Quiero no quiero. El sudor le corría por la frente. Ya incluso

mientras dormía. Aunque sabía que no había motivo para que el cuarto oliera bien, el aire estaba cargado de algo que la asustaba. Quiero. No puedo. Cerró la puerta tras de sí.

No recibirá la carta. Jamás. Ya no existe. No será suya. Y tampoco él lo será. Probablemente ya nunca sea de nadie, pero tampoco de ella. Ya no. Resulta en vano recordar. Como mínimo tan en vano como todo lo demás. En el este, al menos, lo saben, y algún día vencerán. Todo lo que es en vano acaba semejándose a la mala hierba, pobre del que la descuide. Las palabras no bastan. Los actos, apenas un breve periodo de tiempo. Ellos lo saben y dejan que crezca. Lo que ocurre es que los checos no saben cuál es el lugar al que pertenecen, probablemente les dé igual. Y el este comienza a acercarse.

Tiró al jardín las cenizas sobre las que había pronunciado el conjuro. Y ya que estaba junto a la ventana, abierta de par en par, decidió fumarse un cigarrillo.

De vez en cuando hojeaba el libro de Brehm. Generalmente en la cama, a ratos en la mesa. Tonda no lo había visitado la víspera, tampoco lo esperaba ese mismo día, ni a él ni a nadie. Aunque aún fuera media tarde, ya había oscurecido. Ni siquiera Šura andaba por ahí, no la había visto prácticamente en todo el día, no es que lo lamentara especialmente, pero aun así... Decía que le dolía la cabeza. Algo le pasaba también a Terezka Špinarová, así que nadie había cocinado. No le preocupaba en demasía, al menos no le obligarían a comer. Pero estaba triste. Hojeaba el libro de Brehm, sobre todo por Tonda, quería recompensarlo de algún modo por el mandado. Se había preparado un discurso sobre la lapilla bohemo-morava menor. Solo de memoria, no había escrito nada. Por puro divertimento.

Puede afirmarse sin temor a errar que no hay, en todo el continente europeo, una criatura más digna de atención que la lapilla. Cierto es que no deslumbra por su tamaño y que, de hecho, probablemente no sea del todo exagerado aseverar que es de dimensiones prácticamente insignificantes. Sin embargo, este animal destaca por otras características, algunas verdaderamente extraordinarias, que lo convierten en un ser digno, con todo merecimiento, de cierta atención. Ya la misma distribución de su hábitat refleja no pocas peculiaridades. Tal y como la misma denominación de esta especie indica, se halla casi exclusivamente en el espacio de la Corona Checa (de modo que no cubre completamente ni de forma equitativa el territorio de la actual Checoslovaquia), a pesar de lo cual, algunos (escasos) ejemplares de esta especie han sido avistados en las cercanas Austria y Alemania (y dentro de sus fronteras, muy especialmente, en Baviera). Se trata, por tanto —en el contexto del conjunto de Europa—, de un animal increíblemente poco común, mientras que, por el contrario, en el espacio de Bohemia y Moravia su presencia resulta hasta sorprendentemente frecuente. Prácticamente cualquier intento de trasladar la lapilla a otros territorios ha resultado en fracaso. Al serle arrebatado su hábitat natural, la lapilla sufre, se muestra incapaz de reproducirse y, por regla general, perece de forma indefectible en un periodo sorprendentemente breve.

Asimismo, la apariencia de la lapilla menor no puede ser, en ningún caso, calificada de ordinaria. De cabeza y cuerpo alargados, este animal alcanza habitualmente los treinta centímetros de la cabeza al coxis y alrededor de cincuenta si se incluye la cola. Las patas son cortas, pero fuertes, encorvadas de tal modo que recuerdan un tonel. Las extremidades delanteras son, con notable diferencia, las que despiertan mayor interés, dado que se caracterizan por una inusual capacidad de agarre, similar a la que, por otra parte, conocemos, ante todo, de los animales que forman la orden de los simios. Resulta probable, aunque hasta el momento nunca haya sido demostrado fehacientemente, que incluso la cola posee una capacidad de agarre considerable.

Hay que decir que el escaso tamaño de la lapilla se ve compensado por la absolutamente inusual longitud de algunos de sus órganos, entre los que destacan las orejas y la nariz o, para expresarlo con exactitud, el hocico, poseedor, además, de una elevada sensibilidad. La lapilla es capaz de olfatearlo literalmente todo con asombrosa facilidad. También ha desarrollado de manera excepcional el sentido del oído: en la actualidad ya ha sido confirmado científicamente, y sin ningún género de duda, que en ciertas condiciones es capaz de distinguir incluso el sonido de la hierba al crecer. No obstante, su atributo característico más insólito tiene que ver con su curiosa forma de vida que, en muchos aspectos, se asemeja al parasitismo, una práctica que este discreto animal ha desarrollado hasta rozar la perfección.

La lapilla menor, con una paciencia casi infinita, vigila desde su escondite a la espera de la situación propicia para entrar en acción. En otras palabras, aguarda hasta que tiene la oportunidad de dar un salto inesperado y ciertamente acrobático para pegarse (literalmente) a otro animal, del mayor tamaño posible, que pase por allí casualmente. (El objeto de su interés más común son ciervos, corzos y otras reses de caza mayor, si bien no es reacio a otros animales carnívoros como zorros y linces, habiendo sido documentados en el pasado casos de lobos, osos e incluso caballos. Se ha llegado a la conclusión de que la lapilla se decanta siempre por el animal de mayor tamaño a su alcance.) Gracias a la capacidad de agarre de sus extremidades, se aferra al animal escogido en la zona ubicada bajo su cola, en las cercanías del ano.

En esta posición puede permanecer a voluntad durante periodos prolongados, concretamente todo el tiempo que siga obteniendo provecho de la situación. Se deja llevar, sin el menor esfuerzo por su parte, de un lugar a otro y no resulta infrecuente que así alcance espacios que, de otro modo, le serían completamente inaccesibles. La lapilla, como animal omnívoro que es, se alimenta cómodamente de los residuos de los alimentos de su anfitrión, al que abandona, por norma general, solo en el momento en que este resulta herido, se halla enfermo o, de algún modo, débil o decaído.

Esta inusual práctica, que a los humanos les resulta, qué duda cabe, repugnante, para la lapilla supone un medio eficiente de alimentación y prosperidad. Un dato interesante e incluso sorprendente se refiere a que los animales «de monta», que podrían a priori suponer un peligro nada desdeñable para la lapilla, no se sienten incómodos con su presencia. Razonable se antoja ser la teoría, aún no suficientemente probada, del profesor Überschuss, de acuerdo con la cual la lapilla podría recompensar a sus anfitriones con algún pequeño servicio que estos consideran placentero y útil, si bien el carácter de este no ha sido determinado aún de forma inequívoca.

Ha sido posible demostrar de manera incontestable una abundante presencia de lapillas bohemo-moravas menores en el espacio aproximadamente delimitado por Alemania, por un extremo, y Rusia, por el otro, desde al menos el siglo XV, si bien existen defensores de que su presencia en estos territorios se remonta a una época sustancialmente anterior (véase la Crónica checa de Hájek, por lo demás, una obra que no resulta, por desgracia, completamente digna de confianza en según qué aspectos). La existencia de lapillas bohemo-moravas mayores apuntada por algunas fuentes debe ser considerada de momento una mera especulación, si bien tampoco sería adecuado descartar por completo esta teoría. De hecho, todo apunta a que la verificación de dicha hipótesis es cuestión de tiempo. Por último, en defensa de la objetividad y la rigurosidad científica que siempre debe prevalecer, resulta imprescindible advertir de que, en ciertos círculos zoológicos, se han alzado algunas voces —cierto es que se trata de casos aislados— que ponen en duda la existencia misma de las lapillas bohemo-moravas. Estos especialistas afirman que, de no

tener en cuenta las orejas extraordinariamente desarrolladas, no se trataría, en realidad, sino de ratas absolutamente comunes de un tamaño ligeramente mayor al habitual.

Como era de esperar, Tonda no fue a visitarlo.

¡Bondy querido!

¡Bien te es conocido! Partidita de cartas, ¡envida o pasa!

El jefe de guardabosques, tú y yo, ¡a las doce en mi casa!

Tuyo,

Jaroslav Hašek

21/12/1922

En el sobre había escrito: Amigo Bondy. Con eso debería ser suficiente para calmar su ego de diva, resultaba más que evidente que se estaba disculpando. Y que lo sentía. A ver si así iba a visitarlo de una maldita vez. Acababa de ser Janucá o incluso era posible que aún lo fuera, y en tres días sería Navidad. Tampoco se podía descartar que estuviera Emilka en Lipnice y quisiera disfrutar de unos días en familia. Que no tuviera ganas de andar por ahí con los amigos.

Le pidió a Kliment que le llevara el sobre a Bondy. Se lo habría dicho a Tonda, pero hacía días que no se lo veía por casa. Kliment tenía planeado ir a Světlá, así que aprovechó para pedirle que comprara cigarrillos y una caja de bombones de los buenos. Para Šurinka, algo habría que regalarle por Navidad. No tenía nada para ella después de que le hubiera obligado a darle el gramófono antes de tiempo.

Asomó el sol, por primera vez en días. Se acercó a la ventana. Al abrirla, vio al cartero. Lo saludó con la mano.

—Nada —dijo el cartero sin que le hubiera siquiera preguntado—. Alégrese. Yo me alegro cuando no hay nada. ¿Usted no? A menudo es mejor así.

—A menudo, sí —respondió.

El cartero saludó con la cabeza y bajó la cuesta con precaución. Tampoco él estaba especialmente delgado, algo sorprendente si se tenía en cuenta que se pasaba el día de un lado para otro. De pronto, se giró hacia la ventana y volvió a dirigirse a él a voces:

—A menos que se trate de dinero, señor Hašek, eso nunca viene mal. Nunca puede ser una mala noticia. Ha quedado una buena mañana, ¿verdad?

Navidad. Navidad de 1922, se dijo con un hilo de voz. Tenía la impresión de que no sentía nada. Y probablemente fuera cierto. Con excepción de esa oleada de angustia. En primavera iba a cumplir cuarenta años. Nada ni nadie nos podrá ya salvar. No le había respondido. Su querida Jarma. Tampoco lo esperaba. ¿Por qué no se pasaba Tonda por casa? ¿Qué iba a hacer con lo de la lapilla? ¿Debería pasarlo a papel? El viento hizo acto de presencia. Los cristales de las ventanas temblaron. No se fijó en que se le había apagado la pipa. La sujetaba distraídamente entre los dientes. No disfrutaba del sabor. Y no tenía la menor gana de ponerse a escribir.

El día veinticuatro se lo pasó tumbado. El veinticinco también. Todo el día. Vomitó un poco, pero ya no tanto como antes. Había habido días peores. Sin embargo, le dolía el vientre. Después vomitó más, todo cuanto había comido, y eso que había sido bien poco. Ya hasta le estaba cogiendo miedo a comer. Un poco de puré, té... La repugnante acidez acre regresaba una y otra vez. Le subía hasta la garganta, incluso hasta la boca. Y se sentía débil. En cuanto el dolor cedía, caía rendido por el sueño. Así de literario era el asunto. No se dormía, caía rendido por el sueño. Era como en las novelas, una expresión que siempre le había parecido ridícula. La joven condesa cayó rendida por el sueño. Aunque, bien pensado, lo suyo eran más bien desvanecimientos, apenas podía evitarlos. A ratos recuperaba la conciencia, sin importar el momento del día que fuera, cubierto de sudor y completamente desorientado. Se despertaba como si emergiera del agua. Y, por lo visto, también hablaba sobre el agua. Kliment, solo Dios sabía por qué, lo había estado tratando de convencer de que el agua no hablaba. ¿Y por qué habría de hablar? No tenía ni la más remota idea. Le costaba respirar. ¿Había llegado su momento?

—Ya no son necesarias más lecciones. Liubliú vas.* ¿Lo ve? Ya lo sé todo. Todo lo necesario.

Jarmila. Ambos se hallan en ese nombre. Jaroslav y su amada.† No lo dice en voz alta, resulta asquerosamente sentimental. Casi tanto como el texto en alemán impreso sobre esa lamentable postal que Kuděj le había enviado durante uno de sus viajes. «Apoya tu mejilla sobre mi mejilla para que nuestras lágrimas resbalen juntas. Y, sobre mi corazón, aprieta con fuerza tu corazón para que ardan juntos».

A ella el texto le resulta tan hermoso que no puede evitar comentárselo. Se lo dice al tiempo que le acaricia la cabeza, que él le ha colocado sobre su regazo. Pasa su mano con delicadeza por los largos cabellos de su amado, los riza con los dedos creando una suerte de anillos con ellos. Con suavidad y sumo cuidado, para evitar darle tirones.

—A los alumnos les está terminantemente prohibido tocar al profesor. ¿Acaso no está al corriente? —le dice con un susurro, cierra los ojos y se deja llevar por la felicidad hacia un lugar en el que tiene la sensación de no haber estado antes.

---

* En ruso en el original: ‘Lo amo’. (N.d.T.)

† En checo milá significa ‘amada, querida’. (N.d.T.)

El día de Navidad estuvo nevando. Todo el día. Toda la noche. Se despertó en mitad de la noche. Abrió los ojos en la oscuridad, esta vez sin mayores dificultades. Se sentía bien. Volvió ligeramente la cabeza y observó el manto blanco que caía sobre Lipnice. Toda una legión de copos de nieve. Se levantó y abrió la ventana. Para su sorpresa, se hallaba solo en el cuarto. Sintió alivio. Se sirvió una copita de ron y encendió un cigarrillo.

«El capitán del distrito y yo siempre comentábamos: El patriotismo, la lealtad al deber, la capacidad de superación... ¡Esas son las verdaderas armas en toda guerra! Estas palabras me vienen hoy a la memoria, precisamente ahora que nuestro ejército no tardará en cruzar la frontera».

Va a acabar el libro. Y quizá no solo este.

Se puso a limpiar la nieve. No querían permitírselo. Temían que le ocurriera algo. No lo aprobaban. ¡Desde las altas instancias! ¿Adónde podría uno llegar si solamente hacía aquello para lo que obtenía permiso? Permiso de unos o de otros. Pero siempre desde las más altas instancias. ¿Y qué más daba si realmente llevaban razón, si los movía la mejor de las intenciones? Nadie sabía tan bien como él mismo lo que era o no importante. Siempre lo había sabido. Le había pedido a Kliment que fuera a comprar un trineo. ¿Por qué no? Al día siguiente estaría abierto. Había tanta nieve como en Rusia. Si había trabajo, que hubiera también diversión.

Se tomó un respiro. Descansó, comió algo. Y, luego, continuó. Volvía a nevar. Claro que podía hacerlo otro en su lugar. Como con todo. Observó los brillos que producía la luz de la farola en la oscuridad. Nevaba sin parar. Sentía alivio. Que todo era efímero. Vano. Sentía libertad. A través de lo efímero y de lo vano.

Ella lo controla desde arriba. Otra vez la ventana abierta y otra vez Kmoch o lo que fuera que estuviera escuchando. No podía haber escogido mejor. Le grita que ponga La trucha que le había enviado Bondy. No, no pensaba cambiar el disco. ¡Que lo pongas ahora mismo!, vuelve a gritar. Que le haga caso de una maldita vez. Y ella va y desaparece. ¡Eso, eso, tú deja la ventana bien abierta, total, ya lleva así un buen rato!

La ventana abierta: su eterno reproche. Canturrea el quinteto de Schubert. Se gira. En la carretera hay alguien. No se mueve, no habla. Se limita a observarlo. Tiene la sensación de que es Progreso.

—¿Te han soltado? —dice levantando la voz—. ¿Has venido a decirme que soy un traidor?

Progreso no responde. Ni siquiera está seguro de que sea él. Resulta difícil de decir bajo semejante nevada. Ni una palabra, ni un movimiento. Podría ser cualquiera.

—¿Quién anda ahí?

A través de la nieve apenas ve, apenas oye. Ya ni siquiera la música.

—Para calmarme por completo, le he estado dando vueltas a una idea: también en una ciudad pequeña puedes lograr grandes cosas...

—¿Necesita algo?

Tiene los ojos y la boca llenos de nieve. Da un par de pasos hacia la figura. Sigue hasta la carretera. No hay nadie. Se apoya con dificultad sobre el mango de la pala. Toda su fuerza ha desaparecido.

Lipnice, a 28 de diciembre de 1922

Querido Hermann:

No puedes ni imaginarte la cantidad de recuerdos de todo tipo que tu carta ha despertado en mí. Ni siquiera sospechaba que algunos de ellos pudieran hallarse aún escondidos en algún lugar de mi cabeza. Y, para mi propia sorpresa, todos son hermosos. Un auténtico milagro de Janucá: nes gadol*, como en la canción. Bueno, digamos que solo un milagro pequeño, tampoco hay que exagerar. Pequeño, sí, pero que me ha producido una gran alegría. ¿Es posible que juntos viviéramos únicamente experiencias agradables? Con la distancia que dan los años, ¡esa es la impresión que tengo! E incluso puede que sea verdad. Éramos jóvenes, hoch†, y creo que eso lo explica todo. No me gusta la palabra checa hoch, siempre me ha sonado estúpida. Casi tanto como brach. La imagen de un hoch y un brach juntos siempre me ha horrorizado. (Me los imagino vestidos con pantalones cortos de deporte y medias hasta las rodillas.) No entiendo, de verdad, por qué la he utilizado.

¿Serías capaz de decir la edad que tengo? Este año que acaba he cumplido cincuenta y nueve primaveras. Podría decir que es un horror, pero no lo diré. Si no me falla la memoria, tú eres diez años mayor que yo y no quiero asustarte más de la cuenta. En realidad, hoy no tengo la intención de

escribir una carta muy extensa, solo quería saludarte y darte las gracias. Cuando Emilka se marche, lo que ocurrirá, por desgracia, ya pasado mañana, te escribiré más.

Me duele que Franzi y tú andéis con rencillas y, más que nada, que sufras por ello. No conozco a tu hijo ni conozco todas las circunstancias, así que espero que, cuando nos veamos, me puedas contar más al respecto. Pero solo si lo consideras oportuno,

lógicamente. No veo nada sustancialmente perjudicial en lo de querer ser escritor (no en balde, se dice de un modo ya casi trivial que somos el pueblo del libro, ¿no?). Estrecheces no pasáis, gracias a Dios, y ¿si a él escribir lo entretiene? Tú mismo dices que tienes suficientes nietos, seguro que alguno de ellos se acabará encargando del negocio familiar. Alguno más capacitado para esta labor. Yo no sufriría más de la cuenta por ello. Su enfermedad, eso ya sí es mucho peor. Yo estoy loco de contento de que Emilka esté estudiando. Estaba claro que no iba a tener el menor interés en destilar licores. Es algo que ni en sueños se me habría ocurrido. Va a ser doctora. Bueno, dentista, en realidad, pero, con todo y con eso, ¿no es algo hermoso? Y si lo que al final desea es hurgarle en la boca a los alemanes en Berlín, ¿por qué no? Sin embargo, tengo la sensación de que se quedará en Viena. Como te podrás imaginar, preferiría tenerla a mi lado, pero ¿qué habría de hacer aquí? Y si para verla tengo que ir a Praga o a Viena, en el fondo, ya poco importa.

Casualmente ahora también tenemos un literato en Lipnice. Se llama Jaroslav Hašek. Quizá lo conozcas o, más bien, Franzi. Bueno, probablemente no, aunque es bastante popular. Es cierto que especialmente entre los checos. Escribe breves historias de tinte cómico, aunque ahora está trabajando en una novela. Sobre un tipo llamado Švejk y sus peripecias durante la guerra. Se descojona, disculpa la expresión, de todo y de todos, pero, al mismo tiempo, el libro es más profundo. Depende de lo que cada uno extraiga de él. Pero tampoco voy a contarte más, deberías leerlo tú mismo. A mí me gusta y, lo principal que quería decirte, Hašek vive de la literatura razonablemente bien. Bueno, sería más exacto decir que viviría de la literatura si no bebiera tanto. Pero esa es otra historia. En resumen, para que entiendas lo que te quiero decir, no es ningún idiota, para nada. De serlo no habría escrito lo que ha escrito. Simplemente, o, al menos, es como yo lo veo, no sé cómo expresarlo correctamente, simplemente es su modo de suicidarse. ¿Por qué? No me lo preguntes porque no lo sé. Aunque lo conozco bien. Bastante bien... Jugamos juntos a las cartas, charlamos, creo que es un buen hombre. Um Gottes Willen‡, no era esto de lo que quería escribirte. Solo quería decirte que, dado el caso, también se puede ganar algo de dinero con la escritura. Doy por hecho que tu hijo no tiene problemas con el alcohol. Por otra parte, qué duda cabe de que el

negocio es el negocio. Ya sabes a qué me refiero, tener una existencia honrada y asegurada.

Esta iba a ser una carta breve, poco más que un saludo. Pero aún tengo que escribirte una cosa más antes de que me olvide. Ya que preguntas directamente por ella, te diré que, hace un par de días, también yo me acordé, ya ni sé a cuento de qué, de la ramita de la hoguera de Hus. Les estuve contando la historia a unos amigos. No es algo de lo que hable con frecuencia, de hecho, hacía años que no sacaba el tema, ¿por qué hacerlo, además? Lo que está claro es que, cuando la cuento (debo reconocer que, en este caso, el alcohol jugó un papel nada despreciable), todos, todos sin excepción, me toman por loco o por mentiroso. En el mejor de los casos, lo consideran una suerte de broma familiar. En resumen, que hace poco estuve hablando de la ramita y me comenzó a interesar su destino, dónde podría

estar ahora. Tenía una especie de corazonada algo difusa

de que había acabado en manos de nuestro primo (Grünbaum) de Viena. Pero no estaba del todo seguro. Y bien, ¿puedes creerte que ya lo sé? ¡Tenía razón! Aunque solo en parte. Que sepas que nuestra famosa ramita lleva nueve años en América. Grünbaum se la dio a Josef (que es, no sé hasta qué punto estás al tanto de estas relaciones familiares, su segundo hijo) cuando este decidió dejar Europa antes de la guerra. Se supone que ahora es un abogado bien establecido en Nueva York y que tiene una dilatada familia. Ver para creer. Lo sé por Emilka, se relaciona en Viena con Irma, la hija de Grünbaum, la más joven. Según Emilka, hizo bien en dársela precisamente a Josef. Asegura que Felix Grünbaum, el primogénito de los Grünbaum, es un idiota y un esnob. Es más alemán que los alemanes y se avergüenza de su propio origen y de todos nosotros. Y aún más de los checos y de esa gotita de sangre que tiene de ellos. Parece que el viejo Grünbaum es asquerosamente rico, al tiempo que está infinitamente triste. No me sorprende. Su propio hijo un parvenu. Su primogénito. Eso es motivo más que suficiente para sentirse triste. Yo, por mi parte, no tengo ningún hijo varón ni lo tendré ya. Conozco el eterno enfrentamiento entre padres e hijos únicamente por la Torá. Yo diría que, de hecho, es su tema principal, ¿no crees? Y también un poco por la literatura. No tengo

hijos varones y mi padre murió demasiado pronto. Aunque, en realidad, sí que conozco un poco este enfrentamiento, recuerdo que me enfadé con mi padre por morirse. Durante bastante tiempo. Más adelante, casi todo el mundo se quejaría de su propio padre. Para todos casi sin excepción era un déspota o un imbécil y, con frecuencia, ambas posibilidades a la vez. En los mejores casos, un reaccionario, avaro y cobarde, para colmo. Y, desde luego, todos eran unos cerdos hipócritas. Todos excepto el mío.

Mi padre, no sé si lo recuerdas, era una persona cariñosa e inteligente. Se dejó la vida trabajando como una mula para darnos de comer y, aun así, siempre encontraba tiempo para transmitirnos lo fundamental. Si bien, ¿qué es lo fundamental? El equilibrio es extremadamente frágil. Él lo sabía y se movía en él con cierta seguridad. Al menos, es lo que me parecía. La sinagoga y la taberna, la taberna y la sinagoga. Eso no suponía un problema para él. Amaba a mi madre y la trataba con cariño. Así lo recuerdo. Yo lo respetaba. Lo adoraba. Solo que se murió cuando yo apenas tenía diez años. Y ahora ya no puedo estar seguro de que lo que yo percibía fuera la realidad. Puede que no. Que lo siga mirando con ojos ingenuos. Con los ojos de un niño.

Entre el cielo y la tierra, solía decir mi padre. Ese es nuestro lugar. Donde siempre estaremos. Todo se reduce a una cuestión de mesura. Si dañas a alguien, dañas también a los otros. Si solo le das importancia a una cosa, perjudicas todas las demás y, quieras o no, acabarás también perjudicando aquello que tanto te importaba. Todo es una cuestión de mesura. No es tan complejo de entender como uno podría pensarse, al menos, si prescindimos del orgullo. No hay un debate más salvaje y, en ocasiones, más cargado de odio que el que mantienen los judíos entre sí, me dijo un día. Sin embargo, una cuestión está clara, al final todo dependerá de tu comportamiento. Y, como bien sabes, uno siempre es consciente de cómo debería comportarse. Si no lo hace, ya puede llamar tan fuerte como quiera a las puertas del cielo, será en vano. Como en vano será rezar. No te traerá la felicidad. Aún no me entiendes, continuó mi padre, y, cuando comiences a entenderme, te dejará de gustar lo que acabo de decirte. Pensarás que es algo terriblemente insensato y primitivo. Que el alma humana es compleja, que la vida es compleja y Dios, si admites su existencia, es inmensamente

extraño. Inescrutable al tiempo que injusto. Pero no estarás en lo cierto. Si logras ser honesto contigo mismo, con el tiempo lo acabarás comprendiendo. Es algo que está únicamente en tus manos. O, bien pensado, no solo en las tuyas, claro que no, también está en las nuestras. De ahí que todo sea tan complicado. Hace tiempo que conocemos cuanto es fundamental. Si no lo practicamos, no habrá teoría alguna que pueda salvarnos. Por mucho que empleemos la inteligencia. Porque no se trata de algo sobre lo que uno pueda razonar. Excepto para crear miles y miles de excusas frecuentemente brillantes que habrán de explicar por qué no funciona. No hace falta forzar las exigencias al máximo. No es más que un juego, una forma de burlar las responsabilidades. Otro pretexto para que nada funcione. Al menos, en apariencia. Para que seamos capaces de justificarlo. Nunca nos hemos acercado siquiera al mínimo. Perdona, hijo, no sé qué mosca me ha picado. No puedes entenderlo. Sé que aún no puedes. Te he traído unas galletas, por cierto, pero se me ha olvidado dártelas y ahora no puedo encontrarlas. Soy como ellos, como aquellos a los que no soporto. Mucho hablar y hablar, pero otra cosa es actuar. ¿Dónde habré podido ponerlas?

Fue más o menos así. No recuerdo las palabras exactas, claro está. Y ¿sabes por qué no he olvidado hasta hoy lo que me dijo mi padre aquel día? Por las galletas, por supuesto. Al final, nunca las encontró.

Perdona. Estarás pensando que tengo la cabeza llena de fantasmas. Y posiblemente así sea. Quizá se trate de la emparedada de nuestro castillo, una historia terrorífica, pero entretenida... Pero mejor dejarlo para la próxima carta. O, quién sabe, quizá nos veamos antes. Darte las gracias y mandarte un saludo, eso debía haber sido todo hoy. Y, sin embargo, no lo es. Disculpa. Saluda a toda tu familia de mi parte. Ahora que hemos retomado el contacto con fuerza, espero que también nos veamos. Pronto. A nuestra edad, mejor no demorarlo mucho. A pesar de que, en realidad, soy todo un optimista.

Un abrazo

Vítězslav

Ríete si quieres, pero, por favor, ya no me llames Siegfried. Te explicaré la razón cuando nos veamos. (Aunque, bien pensado, con tal de que mantengas el contacto, puedes llamarme como mejor te parezca.)

P.D. No tengo muy claro por qué, pero, si te soy sincero, no me gusta la idea de que la ramita esté al otro lado del océano. Toda esa historia carece de sentido, sí, pero poco importa lo que hagas, de algún modo, al final te acaba llegando aquello que los viejos te contaban, así como la importancia que estos les daban a esas palabras. Al escribirte, caigo en la cuenta de que esos viejos (perdona) somos ahora nosotros, ¿habrá quien les dé importancia a nuestras palabras alguna vez? ¿Deberían siquiera dársela?

---

* En hebreo en el original: ‘un gran milagro’. (N.d.T.)

† En checo hoch significa ‘muchacho, chico’ y brach, que es un término hoy en día arcaico, ‘amigo’. (N.d.T.)

‡ En alemán en el original: ‘Por el amor de Dios’. (N.d.T)

Abre los ojos. Aunque la habitación está a oscuras, vislumbra algo terrorífico. Se pone a gritar, horrorizado. Desde el otro lado de la ventana lo observa un rostro pálido con la boca medio abierta. Dice algo, pero no lo entiende. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos. No ha desaparecido. El rostro tiene manchas de sangre. Siente como si se estuviera mirando a sí mismo. Se pasa las manos por la cara. No hay sangre. ¿Quién puede ser? Ahora comprende lo que dice. Es de una canción de Ryba, el que se degolló como un ganso en mitad del bosque. Lo que sale del corazón, va al corazón. No resulta sencillo, tiene el cuello cortado y resuella. Pero él lo entiende. Lo entiende sin dejar por ello de gritar. Todos llegan a la carrera. Antes de desmayarse sobre el edredón, señala hacia la ventana.

Lo despiertan las carcajadas. Están de pie, a su lado, vociferando. Kliment empuña triunfante un palo con una cabeza de cerdo ensartada. Aún gotea sangre. Poco le falta para volver a perder la conciencia.

—¡Jaroslávčik! ¡Mira!

—¡Jarda! ¡Qué cosas, Jarda! ¡Espabila! Es para ti. Lo pone bien clarito. De la familia Mašek, supuestamente para que luego no vayas por ahí diciendo que son unos tacaños.

—La han clavado en el suelo. Debajo de la ventana, vaya par de bromistas.

—¡Mira, escritor! Y luego dicen que de la literatura no se vive bien. ¿No es una belleza?

—¡Ya es casi Año Nuevo! Solo falta una hora.

—¡Sopa de cabeza de cerdo! Nada de pescado este año. ¡Olvídate del pescado! Ya lo comimos la semana pasada. Sopa de cabeza de cerdo, gracias a ti. ¿Me oyes?

—Venga, levántate, que pareces un cadáver.

Después de redactar el testamento y de que todos lo firmaran, Šura, con lágrimas en los ojos, se fue un rato a la cocina. A fumar. Terezka la siguió. A Kliment hacía ya tiempo que lo habían enviado a la estafeta de correos de Světlá a telegrafiar a Bohuslav para que fuera cuanto antes. Que su hermano Jaroslav Hašek se estaba muriendo. Se quedó a solas con el doctor Novák. El redondo rostro del enfermo lucía un blanco nada natural. Respiraba rápida y superficialmente. Le fallaba el corazón. No había ninguna esperanza. Cuando ya no se podía hacer nada, acostumbraba a darles, al menos, un poco de conversación. Sin importar el tema. Solía hacerlo incluso cuando no estaba seguro de si el moribundo aún era capaz de escucharlo. Sin embargo, Hašek estaba consciente. O, por lo menos, lo había estado un rato antes. Hasta el punto de que había corregido dos erratas del testamento. Así todo resultaba un poco más duro.

Al final, reparó en un periódico metido en el cubo del carbón junto a la estufa. Eso podría valerle.

—Ayer —informó al moribundo— Žižkov se anexionó definitivamente a Praga.

—Es el fin —respondió con toda claridad sin mirar siquiera al médico.

No había forma de saber, sin embargo, a quién se lo había dicho ni a qué se refería. El periódico y, lógicamente, también la noticia que llevaba impresa, eran de hacía un año.

Wodička y su esposa conocían de sobra la noticia cuando, al regresar de la iglesia, se encontraron a una desconsolada Terezka Špinarová.

—Así que es cierto que se ha muerto —le dijo el sacristán—, por lo que veo.

Asintió con la cabeza.

—¿Tanto lo querías?

—No sé —dijo y se alejó apresuradamente.

Wodičková se volvió aún a mirarla.

—A Staňková le ha dicho esta mañana a primera hora que Hašek había estado llorando.

—Hombre, como para no llorar. Se acabó la fiesta. Esta vez de verdad.

Rechazó el cigarrillo que le ofrecía el párroco. No le quedaba otra que observar cómo fumaba y esperar pacientemente. Se hacía de rogar, de acuerdo, pero, joder, no podía pensarlo en serio.

—¿No quiere al menos un café? O una copita de aguardiente, algo tendré por ahí.

—Gracias. Ya le he dicho que tengo que irme enseguida. Solo quería que lo habláramos un momento.

—Pero si ya está todo hablado. Sé que no está de acuerdo con mi decisión, Hubert, pero haga, al menos, un esfuerzo por entenderme. Se salió de la iglesia y...

—¿Y qué?

—El cementerio no es cualquier lugar, es tierra sagrada. Esperaba que a usted, como católico que es, no tuviera que explicárselo.

—Si quiere que le diga la verdad, oyéndole hablar ya no sé cuánto tiempo me queda de católico.

No lo soportó por más tiempo y se marchó dando un portazo. La santa Iglesia, pensó. ¡Qué asco! ¡Métete tu Iglesia por el culo!* ¿Y qué coño pasa con Dios? ¿Dios tampoco te importa?

Oyó que lo llamaba con esa voz suya tan aguda y extrañamente fina.

—¡Hubert! ¡No se marche así, Hubert!

—¿Acaso seguimos viviendo en la Edad Media? —gritó sin siquiera volverse.

En realidad, ni por un segundo se le había pasado por la cabeza abandonar la Iglesia. Tenía edad suficiente para saber que Dios era Dios y los hombres, los hombres. Y que la ima-

gen de Dios no era más que un ideal. Una quimera divina. Una

señal de orientación en el bosque. O vaya usted a saber qué. Sin embargo, de algo sí estaba completamente seguro: a todos los seminaristas deberían enviarlos un añito a la guerra, medio año al hospicio y un mes al burdel. Y solo después ordenarlos y soltarlos por el mundo de los hombres. Me voy a cagar en la puta. De lo contrario, en menos de cincuenta años adiós a la Iglesia católica. Al menos, en Bohemia, de eso no le quedaba la menor duda.

---

* En alemán en el original. (N.d.T.)

Nunca había apreciado la festividad de los Reyes Magos como se merecía. Era incapaz de vivirla con plenitud. Para expresarlo metafóricamente, sentía que no eran más que las migajas desperdigadas durante la cena de Nochebuena. ¿Qué podía esperar de la gente si él mismo casi nunca lograba elevar su espíritu como desearía? De algún modo, todo aquello tenía que ver con la época del año y con el calendario, el seglar. Comienzos de enero, oscuridad, frío, una desesperación en toda regla. Se reprochaba, entre tantas otras cuestiones, no ser mucho mejor que un pagano que espera anhelante la primera señal de la vuelta a la vida de la naturaleza y el regreso, al principio discreto, de la luz. Además, parecía ir a peor con el paso de los años. En lugar de una auténtica religiosidad, expresada a través de la cada vez menor dependencia de lo material y de sus supuestas leyes o lógicas, solía mostrase en este tiempo impaciente y más bien pesimista. Que el sol habría de volver resultaba altamente probable, pero ¿qué ocurría con lo demás? ¿Con lo fundamental? Una condición indispensable para que algo vuelva a su lugar es que haya estado allí antes. ¿De verdad había estado allí alguna vez?

La respuesta más optimista que era capaz de dar se reducía a seguir la tradición de bendecir su hogar escribiendo con tiza sobre la puerta las iniciales en latín de los Reyes Magos: C + M + B 1923. Eso es lo que le tocaba en suerte ahora. Y después C + M + B 1924, 1925, 1926, 1927, 1928... Sentía náuseas. Y tenía claro que estaba blasfemando. No, no estaba blasfemando, blasfemar es una cuestión total y absolutamente inocente. Lo sabía y bebía cada vez más. Y lo mismo con el tabaco. Sobre las diez, cuando hacía tiempo que reinaban el silencio y la oscuridad, se dirigió a la iglesia con una botella de vino ya empezada y los cigarrillos en el bolsillo. En silencio, inadvertido, o eso esperaba, ascendió las gastadas y empinadas escaleras, no sin antes detenerse un momento frente al Nepomuceno de piedra y echarle el humo sobre el rostro helado.

—No me quieren —le dijo— porque tengo razón. Aunque tampoco me sorprende. ¿Me lo explicas?

¿Quién era el idiota que había construido la casa parroquial en el

otro extremo de la plaza, a cien escalones o más por debajo de la iglesia? Una iglesia que, a pesar de carecer de campanario, podía albergar cierta belleza en su exterior, pero ¿por dentro? ¿Dónde se hallaba la abrumadora urgencia de lo absoluto, la exaltación, el misterio? Por la noche era ligeramente mejor. Solo ligeramente. Con la linterna en la mano y un humeante cigarrillo en la comisura de los labios, buscó medio a tientas los candelabros. Los encontró con facilidad junto al altar, gracias a que, como ocurría siempre, Wodička lo había ordenado todo de forma impecable. Prendió una vela. Con la precaución propia de un borracho decidió encender solo una, no fuera alguien a percatarse de su estado. Aunque, bien pensado, le traía bastante sin cuidado. Que vengan tranquilamente. Que vengan todos y lo vean. Por la noche, en la iglesia. Borracho, solo. ¡Fumando! Cuando fumaba se sentía un poco menos solo. Santo Dios, pero a quién podría interesarle. Se puso a rezar. Lo crean o no, también por todos ustedes. Al decirlo en voz alta, se le cayó el cigarrillo. Gateó por el suelo hasta dar con la colilla aún prendida. La apagó y se encendió otro de inmediato. Sin embargo, encontró algo más. Un trozo de papel arrugado. Al tratar de alcanzarlo, perdió el equilibrio. Acabó sentado en el suelo, pero lo tenía en la mano. Lo extendió y se rio de sí mismo de tal modo que tuvo que esperar un momento antes de poder concentrarse en la lectura. Había algo escrito. La oscuridad, a excepción de la vela, era total y absoluta. Lo iluminó con la linterna. No había traído las gafas. Sin embargo, estaba escrito con letras enormes de fuertes trazos, aparentemente infantiles. Y el texto era breve. La mayoría de la superficie la ocupaba un torpe dibujo de algo difícilmente descifrable, probablemente algún animal. Quizá ni con luz podría reconocer inequívocamente de qué se trataba. Sin embargo, no hacía falta: estaba escrito. Tres palabras grabadas con tanta fuerza que habían perforado el papel: RATA DE IGLESIA.

—Enero es un horror de mes. Enero... Y febrero más de lo mismo. En enero siempre tengo la sensación de que Lipnice es un agujero insoportable. Pequeño, insignificante, triste...

—Y no le falta ni un ápice de razón.

—El problema es que tengo la misma sensación en verano. ¿Cree que París en invierno es también insoportable?

—No lo sé, la verdad. Solo pasé allí una semana, en mayo. Pero yo no diría tanto.

—Yo no he estado nunca y, aun así, tengo la sensación de conocerlo. Tanto he leído sobre esa ciudad. Llevo ya bastante tiempo pensando en llevar a Mařenka. Pero no le he dicho nada aún. No solo lo estoy pensando, también estoy ahorrando. Ya se sabe que estas cosas llevan su tiempo, pero llegará el día en que tenga suficiente para ir, un par de noches por lo menos. O eso espero. Seguro que Mařenka lo disfrutaría. La torre Eiffel, los bulevares y, si ella quisiera, incluso el Moulin Rouge. Estoy intentando formarla en este sentido. El primo Pons, Los miserables, incluso Madame Bovary, ¿por qué no? Se lo pasé para que lo leyera hace ya mucho tiempo, antes de nuestro viaje de novios a Budějovice, en realidad. Me costó mucho decidirme y luego va ella y no muestra ni la más mínima conmoción, o sea, emoción. Sabe, en ocasiones tengo la sensación de que el mundo en el que vivimos es completamente distinto a como nos creemos. Al menos en mi caso y en el de mi generación. ¿En su generación ocurre lo mismo?

Epílogo

Cerró la puerta tras de sí y, por pura costumbre, echó la llave. Después se la entregó al sacristán. A pesar de que la maleta no llegaba a los cincuenta kilos permitidos, seguía siendo demasiado pesada para un hombre de setenta y ocho años. Se la pasó de una mano a la otra al tiempo que comprobaba que tenía la orden de traslado en el bolsillo. ¿Qué pensaría Hubert, allá en el norte, de todo este sinsentido? Eso dando por supuesto que aún siguiera vivo. Lo que sí podía imaginarse era lo que habría pensado Jarda al respecto. Y también cómo habría acabado. No había pasado aún ni un año de la ejecución del párroco.

El sacristán comentó algo sobre los cerdos judíos. Trató de ignorarlo. Se dio cuenta de que algunos vecinos lo observaban desde detrás de las ventanas. Por un momento, tuvo un déjà vu, sintió que ya había vivido esa misma situación. Estás fatal de la cabeza, viejo, pensó. Mejor así. Pero, de pronto, lo recordó.

Tras las ventanas dominaban sentimientos de todo tipo. Impotencia, desesperanza, satisfacción, rencor, vergüenza. Pero también compasión y pena. Dependía. No había ni dos personas que coincidieran. Algunos sabían que Emilka había muerto, que la habían asesinado en Viena, en plena calle, nada más producirse la anexión. Y también que Dita, la hija de Emilka, había logrado marcharse a América en el año treinta y siete. Otros, por el contrario, no sabían nada sobre ellas. Y, sin embargo, había algo que ni uno solo de ellos lograba entender. De qué se estaba riendo ese viejo. Y cómo era siquiera posible que se pudiera reír en semejante situación.

EAgradecimientos:

Richard Erml, Mirko Kraetsch y Milan Ohnisko.

I. D.